



MAY
BOEKEN

*Todas
las benditas
decisiones*

Everlasting Wound 2

Phoebe

MAY BOEKEN

*Todas
las benditas
decisiones*



Phoebe

Primera edición: abril de 2018

Copyright © 2018 Maitane Vierbücher García

© de esta edición: 2018, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-63-6

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A Mikel.
Por esperarme al otro lado de la puerta
mientras escribía.
Y a todos los que se verán
reflejados en esta historia.
Os lo advertí.*

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA: MAY BOEKEN

MÚSICA DE *TODAS LAS BENDITAS DECISIONES*

FANPICS

«Nothing shows a man's character more than what he laughs at».
Johann Wolfgang von Goethe

1

BLANCANIEVES Y LOS SEIS ENANITOS

Observé ensimismada cómo las llamas se comían los restos de maleza y los trozos de madera muerta que habíamos depositado todos los vecinos el día anterior. Los habitantes de Hallerburg purgaban sus almas y jardines para despedir al verano de una manera bastante peculiar. Quemándolo todo.

Yo me uní encantada, ¡tenía muchas cosas que incinerar! De hecho, me cabré un montón cuando me dijeron que los CD no podía tirarlos a la hoguera. Me tuve que conformar con arrojar los pósteres y las camisetas de Everlasting Wound, que compré para la ocasión, y que ya se estaban chamuscando en la pila. Mi pasado reciente estaba echando humo delante de mis narices, el crepitar de las llamas me relajaba sobremanera.

Me tapé hasta la barbilla con la manta que había llevado y crucé las piernas tratando de mantener el calor. La fogata era espectacular, si no fuera porque a las ocho y media de la tarde el sol ya se había escondido y solo había doce grados. Por mucho que estuviéramos a finales de agosto, el clima alemán era un coñazo.

Ana le dio un trago a su cerveza y me sonrió. Aproveché el brillo borrachín de su mirada para comenzar con mi interrogatorio.

—¿Has sabido algo de él? Me refiero a que..., bueno, solía hablar contigo...

—Tu hermano me debe cincuenta euros —dijo alzando el puño en señal de victoria con una sonrisa burlona.

—Recuérdaselo después. Pero dime, ¿has sabido algo?

Puso los ojos en blanco frustrada.

Nada más llegar al aeropuerto de Nueva York, después de haber salido corriendo de la habitación donde se alojaba Gary y de haber hablado con mi

hermano Robert por teléfono, tomé la firme decisión de recluirme en el norte de Alemania. Hacía tres semanas de eso. Así había acabado en Hallerburg, una mierda de pueblo con menos de doscientos habitantes, rodeada de vacas pastando, plantaciones de remolacha azucarera y montones de alemanes.

Pasé la primera semana recluida en mi habitación, enfurruñada y en posición fetal. No tenía hambre ni ganas de hablar con nadie. Activé el modo de supervivencia dejándome arrastrar como una zombi por la inercia diaria. Consciente de que el aislamiento con el que me había castigado me estaba deshumanizando.

Con el paso de los días, tuve una revelación: seguía viva porque no me había muerto.

Jamás superaría la pérdida del amor de mi vida. Porque solo necesitas un segundo para fijarte en alguien, un minuto para enamorarte y toda la puta vida para olvidarlo, y ni con eso es suficiente.

Durante la segunda semana mi estado mejoró un pelín, cuando me confirmaron que me habían concedido las prácticas a media jornada que había solicitado en una agencia de publicidad en Hannover, a solo sesenta kilómetros de Hallerburg. No pude evitar culpar a Gary por la sensación agrídulce que me provocó la noticia, que debería haber sido motivo de jolgorio.

Pese a mi ligera, casi invisible y ridícula mejoría, mi hermano y sus cinco amigos, a falta de uno para ser como los siete enanitos del cuento originario de la región, velaban por mi integridad mental. Como si no me diera cuenta de que vigilaban cada uno de mis escasos y erráticos movimientos, incluso las cervezas que me tomaba en el único pub ilegal que había en el pueblo hasta que conseguía olvidar mi nombre.

Gracias a ellos, me había convertido en una versión absurda de Blancanieves: me había zampado dos manzanas envenenadas, me perseguían varios enanitos y solo era cuestión de tiempo que empezara a hablar con los espejos.

Lo malo era que en mi cuento de hadas no había un príncipe buenorro que fuera a luchar por mí armado con su espada a lomos de un dragón. Debía conformarme con el capullo con rizos, ojos azules y hoyuelos que me devoraba las entrañas cada vez que pensaba en él. Porque lo hacía, pensaba en él en cada maldito paso del camino que iba recorriendo a trompicones. Tal vez había llegado el momento de pegarle un telefonazo a Cenicienta para

pedirle que me explicara cómo consiguió encauzar a su alteza el descarrilado.

Y claro, en todo cuento de princesas desengañadas sin final feliz que se precie, siempre hay un puñetero... jorobado. En este caso era Alex, más conocido como «el origen de todos mis males», que no pintaba nada ahí en medio, pero que seguía intentando joderme la vida con mensajitos impertinentes.

Luego estaba Verena, la preciosa y altísima novia alemana-pero-no-rubia de mi hermano. Ella interpretaba a la perfección su papel de Bruja Malvada del Norte, ya que era el tipo de personaje que estrechaba la mano a su propia madre en lugar de abrazarla. También era la única culpable de que Robert se hubiera mudado a Alemania, manteniéndolo lejos de mí cuando más lo necesité. Encima, sus normas rígidas de convivencia y su falta de empatía y comprensión me estaban amargando la existencia. Tampoco es que fuéramos las mejores amigas del mundo.

A finales de la tercera semana, Robert, desesperado con mi estado apático tocapelotas, y más que aburrido de que rechazara hablar con él sobre el tema, llamó a Ana.

Nada más decirle que la necesitaba, lo dejó todo, la universidad y a su novio, para coger un vuelo y plantarse en Hannover en cuestión de horas. Me prometí que la conservaría para toda la vida, aunque fuera lo último que hiciese. Ana siempre había sido la que me aportaba cordura. Además, sabía demasiado como para dejarla escapar.

Le di un trago a la enésima cerveza que me bebía y retomé el último comentario de mi amiga.

—Lo de la pasta se lo recuerdas después. Pero dime, ¿has sabido algo?

—Tengo una apuesta con tu hermano acerca de cuándo me preguntarías por Voldemort —dijo de manera dramática—. He ganado.

—Está claro que la raza humana es cabrona por naturaleza —afirmé mosqueada.

No pensaba que fueran tan capullos como para hacer apuestas sobre mis desgracias, pero tampoco creía que Gary fuera a destrozarnos, así que...

—No te enfades, solo voy a estar cuatro días más, y no querrás que estemos de morros. He venido para sacarte del barrizal en el que estás metida, echar un par de juergas y repartir mis más que famosos consejos.

Ese no era el tipo de terapia que mi hermano tenía en mente cuando solicitó su ayuda, pero era lo que yo necesitaba: una borrachera de magnitudes épicas

con mi mejor amiga. De esas en las que acabas tecleando mensajes obscenos a todos tus ex pidiéndoles otra oportunidad.

—Cierto, tenemos que aprovechar a fondo el tiempo, y te tienes que integrar.

Desde que había llegado el día anterior, ladraba a espaldas de los alemanes imitando su manera de hablar, como un rottweiler sin comer durante tres días. También hacía chistes incesantes sobre invadir países y sobre salchichas de todos los tamaños. Era incorregible, pero era estupendo tenerla conmigo.

—¿Y bien? —insistí con urgencia.

Ella resopló asqueada.

—No, no he sabido nada. Pero te he traído un regalito que te daré mañana. No vaya a ser que te hunda la noche antes de tiempo.

Yo tampoco había tenido demasiadas noticias sobre Gary. Una señal tan buena como mala.

Josh me escribió a diario durante la primera semana. Se sentía culpable por la situación en la que me había visto envuelta, pero se alegraba de que lo hubiera dejado con él. Por el bien de todos, decía.

En cambio, Lucy, la novia del batería de Everlasting Wound, me escribió varias veces para saber de mí y ponerme al corriente sobre él. Según me contó, habían estado a punto de cancelar la gira de Estados Unidos después de que yo me marchara y Gary desapareciera un par de días más. Pero finalmente, como por arte de magia, recuperó el equilibrio y volvía a ser el mismo que durante el último año. Gracias al viaje a Belfast que había hecho con Chris antes del verano, estaban más unidos que nunca y no se separaba de su lado. Chris y Lucy no querían que se derrumbara, algo que sospechaban que iba a suceder tarde o temprano, si se atenían a sus variados antecedentes. Lucy también me dijo que hablaba a diario con Fiona, la hermana de Gary. Al parecer, había pensado en llamarme, pero le daba miedo meterse en un jardín que no era el suyo y estropearlo todavía más. Como si no lo hubiera hecho antes. ¡Ja!

Aunque mi lado racional intentaba alegrarse por él, en realidad no hacía otra cosa que maldecir a todos sus antepasados. Por otra parte, mi lado irracional me machacaba con la idea de que yo no había significado nada para él. Agradecí que Lucy se preocupara por mí, pero me dolía horrores saber que él había sido capaz de recuperar la normalidad, mientras yo malgastaba mis días repitiendo en mi cabeza la última conversación que habíamos tenido.

Cómo me había dicho que lo nuestro nunca se iba a terminar —aunque sus actos me demostraban lo contrario—, y cómo yo lo había mandado a la mierda poniéndole un abrupto final a todo.

Saqué mis manos de la manta y cogí unas botellitas de la cesta que tenía a mis pies. Le tendí una a Ana.

—Joder, ¿*Apfelkuchen*? —leyó con un acento indescriptible—. ¿Licor de tarta de manzana?

Giré la que sostenía entre mis manos.

—El mío es de regaliz. ¿Lo quieres?

—No. —Se lo bebió de un trago mientras se tapaba la nariz—. Es superempalagoso. Puaj. ¿Los germanos no saben hacer chupitos de hierbas?

—Jägermeister —pronuncié con voz de señor en un perfecto alemán.

—Vale. —Chascó la lengua—. Sigamos con los chupitos infantiles, no queremos que San Jägermeister le estropee la noche a Rebeka. De nuevo.

Recordé con una punzada de dolor el pub de Joe en Londres, y a Gary brindando con sus ojos clavados en mí. Incluso percibí su olor, la suavidad de sus labios sobre los míos, el tacto de sus rizos ingobernables entre mis dedos...

Tal vez Alemania no estaba lo suficientemente lejos y mi siguiente destino debía ser la Estación Espacial.

—Y tú, ¿has sabido algo de Gary? —preguntó con cautela, y a mí me sorprendió escuchar su nombre en lugar de un calificativo despectivo.

Si mi amiga estaba madurando, el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina.

—No. Nada desde el escueto mensaje que recibí cuando hice escala en Frankfurt de vuelta de Nueva York. Se limitó a escribirme lo mismo que me pidió antes de que me largara, «tiempo». —Solté una carcajada seca—. Le mandé la previsión meteorológica y la hora local.

—No tienes puto corazón. ¿El sarcasmo lo cuentas como segundo idioma? —Me dio una palmadita cariñosa en la pierna mientras me miraba con un gesto de orgullo.

—¿Qué querías que hiciera? Podría haberle dicho «Oh sí, tómate el tiempo que necesites, estaré esperándote, con los brazos y las piernas abiertos, dispuesta a que me llenes con tu amor de nuevo». ¿No crees?

Se rascó la barbilla calculando el efecto de mis palabras.

—Hombre, hubiera sido divertido; los polvos de ruptura son brutales, pero,

por desgracia, poco constructivos.

—Me sentó fatal que me escribiera en mi propio idioma, como si fuera idiota. Encima, me había bebido unas cervezas en el vuelo de vuelta, cortesía de American Airlines, así que la respuesta se escribió ella solita. Pero da igual, que le den.

—¿Y el sociópata acosador de tu ex?

El retorno de los apelativos malsonantes de mi amiga. El mundo estaba a salvo.

—Me manda mensajes casi a diario, no se rinde, el muy cansino. Así que cuando se acumulan sus gloriosas epístolas, las selecciono sin miramientos y las mando a tomar por saco.

Ana se puso a aplaudir como una loca provocando que los discretos alemanes que nos rodeaban miraran en nuestra dirección. Paró en seco, puso cara de circunstancias y carraspeó antes de seguir hablando.

—Pues debes saber que ha estado montando guardia delante de nuestra casa con su GTI.

Me quedé perpleja, porque una cosa eran los mensajes y otra, que me buscara con tanta insistencia.

—Los primeros días le dediqué miraditas asesinas y llamé a la grúa un par de veces, pero a partir de la segunda semana empecé a lanzarle besitos mientras agitaba la mano efusivamente. Iker ha empezado a imitarme. —Se carcajeó con sorna—. La semana pasada hasta nos pitó en respuesta a nuestros saludos. Creo que acabaremos siendo colegas. De hecho, ayer, cuando me dirigía al aeropuerto, le bajé un sándwich de Nocilla y una Coca-Cola.

La miré con los ojos como platos y ella se encogió de hombros con inocencia.

—¿Es más de Nutella?

—¿En serio que le bajaste un sándwich?

—Sí, claro. Empezaba a darme pena: tantas horas metido en esa caja de zapatos con el calor que está haciendo en Bilbao... Pero ni siquiera bajó la ventanilla. Qué poca educación.

—Eres la hostia. —La miré anonadada.

—Tengo mis momentos. —Se echó a reír como una loca—. Supongo que no sabe que estás en Alemania y está desesperado. No me malinterpretes, ¿eh? Porque no me da ninguna pena.

—Es cuestión de tiempo que lo sepa, aunque a estas alturas estará pensando que estoy en Londres o donde demonios esté Gary.

El nítido recuerdo de la cara de Gary me asaltó de nuevo haciéndome apretar los dientes, sin poder oponer ninguna resistencia. Los sentimientos que todavía albergaba por él en el corazón me comían viva, me mordisqueaban la cordura y me escocían en el alma. Me obligué a centrarme en mi imagen de relajación, esa fotografía mental a la que recurría para evadirme de los recuerdos dolorosos: una ovejita feliz saltando entre la hierba. Muy mona, pero poco útil.

—No es normal que hables con tanta naturalidad del tema. ¿Sigues en la fase ciega de negación o es la ira la que te mantiene en pie? —Arrugó la frente y me lanzó una mirada de reproche.

—No lo sé —dije, ignorando el picor que empezaba a llenarme los ojos de lágrimas—. A veces hay que saber decir adiós, aunque la conversación esté a medias... ¿No?

Me miró con lástima.

—Cuando Gary se presentó en Bilbao tal vez era demasiado pronto para retomar lo vuestro. ¿No lo habías perdonado? ¿No te habías perdonado a ti misma? Tengo muchas dudas al respecto, pero sí hay algo que tengo claro: sois un par de idiotas inmaduros. Lo que habéis invertido en vuelos supera a la deuda de Grecia. A no ser que hagas algo, todo ese dinero no habrá servido para nada y nunca sabrás por qué se comportó así en Nueva York. Por muy inestable, autodestructivo o gilipollas que sea, algo pasó que lo empujó a actuar como un adolescente atolondrado.

—¿Qué quieres que haga? Estoy hundida, dolida y cabreada. He pasado las últimas semanas llorando sin descanso. ¡Ya no me quedan lágrimas! El dinero me importa una mierda, pero ¿crees que no sé que he perdido al tío que más ha llenado mi vida? —pregunté un poco más alto de lo que requería la conversación. Respiré hondo para tranquilizarme—. No lo estropees, por favor. Por primera vez en semanas tengo una razón para estar contenta: estás aquí. En cuanto a dejar las cosas así..., tiempo. Es su lema, y por lo visto el mío también.

—Tal vez debería hablar con él y aclarar las cosas por ti, o al menos animarle a que hable contigo.

Lo último que necesitaba era que mi amiga tomara cartas en el asunto y me forzara a ver a Gary. No estaba preparada. Quería pasar página, necesitaba

hacerlo. Nuestra relación estaba sentenciada al fracaso. Quitando un par de momentos de extremo bajón y mucho alcohol, ni siquiera me había planteado llamarlo para entender qué puñetas nos había pasado. La cantidad de números que marcar era la misma en ambas direcciones, y si él no estaba dispuesto, yo menos.

—Sabes que mis servicios de reconciliación funcionan a la perfección, además de que soy muy discreta. Todavía no te he echado en cara el polvazo ruidoso, apasionado y salvaje que echasteis contra la pared del salón, mientras yo esperaba en el rellano jugando al Candy Crush.

Mi vestido negro, los tacones rojos de siete centímetros y Gary...

Oh, mierda.

Esa imagen me torturaría durante horas, casi tanto como la marca que sus manos dejaron en mi trasero aquella noche.

Por lo visto, aunque quisiera darle un par de tortas a Gary y estuviera hecha polvo, mi cuerpo seguía teniendo otras prioridades. No necesitaba tenerlo cerca para sentirlo entre mis piernas, triste pero cierto. La perversa que llevaba en mi interior, que había estado sedada con una mezcla letal de antidepresivos —cerveza y chocolate Milka—, acababa de asomar la cabeza con los morros pintados de rojo.

A lo mejor no me había deshumanizado del todo.

—No. —Negué enérgicamente con la cabeza—. Déjalo estar. Vamos a cambiar de tema, por favor.

¿En serio que me estaba sofocando solo con pensar en él?

Guardé un minuto de silencio por mis promesas vacías de no echarlo más de menos y lo rápido que se estaban yendo a la mierda.

—No entiendo que te quedes de brazos cruzados. Y menos que te escondas en otro país. Cambiar de código postal no funciona, y lo sabes. Joder, enfréntate a él, ¡espabila! Pídele explicaciones, grítale e insúltale. Pégale con la guitarra en la cabeza, yo qué sé... Pero no dejes las cosas así. Dile que lo quieres. —Apretó mi mano entre las suyas—. No puedes dejar que las cosas se arreglen solas, porque no va a suceder. Tienes que encontrar la manera de entender lo que pasó y decidir si seguir adelante juntos o separados. Mientras no lo hagas, solo vivirás una mentira, vivirás arrinconada por el qué pudo ser, qué hicimos mal...

Maldita sea, tenía razón, como siempre.

Se me empañaron los ojos por la amargura que me provocaban sus

palabras. Tarde o temprano, tendría que enfrentarme a él y cerrar el capítulo. No veía otra opción.

—Rebeka, es un tío guapo... MUY guapo, un gran cantante, un músico que peta estadios, buena persona y mejor follador. Y lo más importante, los meses que estuviste con él fueron los más felices de tu vida, a pesar de todo. No puedes perderlo.

Como si no supiera que Gary estaba hecho con los mismos ingredientes que mis sueños más húmedos y mis deseos más ilegales...

—Dime algo que no sepa.

—¿La tabla del ocho? ¿Manejar el *film* para envolver algo? ¿La masa atómica del manganeso? ¿Enfrentarte a los problemas con un par de ovarios?

—¡Hostia, Ana! ¡Vale ya! —exploté—. Me mintió, joder. ¡Es un maldito alcohólico! Me humilló. Me acusó de haberme acostado con Alex, no me quiso escuchar, me trató como a una zorra y me dijo que me largara. ¿Lo quiero? Sí, joder. ¿Me voy a arrastrar? Ni de broma. ¿Se acabó? Por supuesto. ¿Me duele el alma? Más que nunca.

No pretendía soltar todo eso, pero había llegado el momento de ponerlo en palabras.

—Estás obcecada, y te juro que lo entiendo, incluso comprendo que no quieras seguir hablando del tema, pero no te lo guardes, no te tragues toda la mierda tú sola. Y haz algo antes de que sea demasiado tarde o nunca te lo perdonarás.

—Lo estoy gestionando a mi manera —afirmé enfurruñada.

—¿Por qué no le has contado nada a tu hermano? ¿Eh? —Alzó ambas cejas de forma perfectamente sincronizada—. Menuda gestión de mierda.

—Le he contado lo imprescindible, que estuve saliendo con un rockero, que tuvimos problemas y que se ha acabado. No necesita saber los detalles escabrosos.

Mi amiga resopló a la par que negaba con la cabeza.

—Deberías hablar con Robert largo y tendido. Estás viviendo en su casa como una puta lela, como si hubieras tenido una experiencia cercana a la muerte. —Agitó los dedos frente a mí de manera teatral—. Se merece una explicación con todos los detalles morbosos. Cuando me llamó el otro día parecía muy preocupado por ti. Lo está pasando mal, y no es justo que le hagas pringar así con tus mierdas.

De buenas a primeras, un tío se interpuso entre nosotras, dándome la

espalda y dejándonos con la conversación a medias.

—Tú debes de ser la hermana de Robert —oí que le decía a mi amiga con un acento que me llevó a pensar que era del sur de Alemania.

Ana le dedicó una mirada golfa.

Era difícil reconocerlo de espaldas, pero estaba bastante segura de que no lo había visto nunca. Aquel pueblo era lo suficientemente pequeño como para conocer a todos sus habitantes en pocas semanas. Era alto, bastante más que yo, tenía la espalda ancha y era todo músculo.

Mi amiga me señaló con cansancio; no era el primer alemán que la confundía conmigo, y le habló en español.

—Es en el departamento de al lado. Yo solo soy la amiga sexy que atrae a los tíos y que nunca se come una mierda porque ella es una carnívora insaciable.

Tenía la suerte de conocer a tíos increíbles, eso no podía negarlo, pero también padecía la maldición de que las cosas se desmadrasen y de que ellos tuvieran un pasado más turbio que Charlie Sheen.

Ana se levantó de golpe dejando al alemán plantado y con cara de confusión. Se arrodilló frente a mí, al tiempo que él me miraba fijamente.

—Joder, ¡es el maldito portero de la selección alemana! —susurró a pleno pulmón con los ojos colgándole de las cuencas.

Berrear a los cuatro vientos en el momento más inoportuno era parte de su filosofía de vida y un paso importante en su plan para matarme de un soponcio.

—Alemania debería centrarse en producir modelos masculinos y dejar los coches para Rumanía. Maldita sea, que alguien hable con Volkswagen, aquí hay negocio... ¡Este país es injustamente famoso por las salchichas! —Entrecerró los ojos pensativa—. O tal vez no...

Se giró y lo escaneó de arriba abajo sin pestañear, captando todos los detalles de su cuerpazo. Y claro, teniendo en cuenta el tamaño del teutón, le llevó un ratito. Yo también lo observé.

El susodicho destacaba por su condición de germano de catálogo, por el tamaño de sus bíceps y por lo joven que parecía. Tenía la tez clara, ojos grandes rasgados, de un color turquesa claro llamativo, y el pelo rubio, muy corto a los lados y más largo en la parte superior, lo suficiente para que un mechón cayera por su frente con un toque desenfadado. Labios carnosos, ceño ligeramente fruncido, facciones duras y un gesto severo completaban al

atractivo bombón, que emanaba seguridad y confianza por todos los poros de su piel.

Encima, iba vestido de bombero, con los típicos pantalones negros de trabajo y mil bolsillos, una camiseta blanca sin mangas muy ajustada que estaba a punto de reventar en su pecho y botas de estilo militar. Increíble que aguantara de esa guisa con el biruji que hacía en Alemania.

Madre mía.

Ana volvió a mirarme con una sonrisa de oreja a oreja, y tuve una premonición acerca de lo que iba a decirme. Me agarré a la silla por si acaso.

—Es la cura para todos tus males —afirmó con determinación, tanta que parecía que se había tragado una maldita bocina.

—Uf, todo tuyo —susurré avergonzada—. Conozco ese tipo de remedios: duelen y abren las heridas mal cicatrizadas.

Volvió a mirarlo encuadrando al germano entre los dedos, como si fuera una fotografía profesional.

El tío estaba flipado, y no era para menos. Yo me quería evaporar.

—Creo que hay de sobra para dos. —Entornó los ojos de manera calculadora y se relamió los labios—. Aunque yo me retiraré, es el típico tío al que consigues cazar y luego no sabes ni qué hacer con él de tan bueno que está. Pero, joder, vistos su altura y el tamaño de las manos, es imposible no pensar en el calibre de su...

—¡Ana! —La interrumpí a gritos, provocando que estuviera a punto de caerse de culo—. ¡Has vuelto a olvidar que es una persona! Además, ¿no te das cuenta de que es posible que entienda nuestro idioma? —susurré para darle ejemplo.

Me miró fingiendo estar escandalizada y sonrió de oreja a oreja.

—Menos explicaciones tendrás que darle cuando le metas la lengua hasta el fondo y le arranques la ropa. «Polvo relámpago por despecho» lo llaman, «*Blitzkrieg Polven*» en alemán. O algo así. Voy a hacer pis.

Se alejó hacia unos arbustos mientras se soltaba los botones del pantalón. Así, como si nada, dejándome con un marrón de tres pares.

Traté de fingir una sonrisa entrañable hacia el alemán buenorro y enigmático, que continuaba observándome impertérrito y erguido como un guerrero a la espera de una misión. Recé por que no hubiera pasado de la fase «el lápiz está sobre la mesa» aprendiendo español.

—Hola, soy Rebeka. Perdona a mi amiga... —dije en un correcto alemán.

Me levanté, apoyé la mano en su hombro y me lancé decidida a darle dos besos. Él detuvo mi intrusión ofreciéndome la mano con elegancia, incapaz de esconder cierto bochorno. Me sentí como si hubiera estado a punto de robarle la virtud, y muy decepcionada por no ver una sonrisilla cómplice que le quitara peso a mi cagadita cultural. Siempre olvidaba que el espacio vital de los alemanes abarcaba tres metros a la redonda.

—Encantado, soy Daniel —dijo con dulzura a la par que me apretaba la mano con firmeza.

Teniéndolo tan cerca, pude corroborar que la belleza de su rostro era provocadora y aplastante.

Le hice un gesto cortés para que se sentara en la silla a mi lado.

—¿Eres el séptimo enanito? —solté sin pensarlo demasiado.

Me miró como si me faltara un tornillo. Tal vez le acababa de confirmar todos los rumores que posiblemente había oído sobre mí en el pueblo y lo loca que estaba en realidad.

—Ehm... ¿te refieres a los enanitos de plástico que tengo en el jardín? —Frunció el ceño extrañado.

La culpa era de mi hermano. Él me había puesto al corriente sobre las vidas de los vecinos más cercanos, y más concretamente sobre las de los cinco enanitos que eran sus amigos del alma y mis ángeles perversos de la guarda. Heiko, el policía, más conocido entre los vecinos como «el Hombre Amor», porque compartía su vida con su tercera esposa y los cinco hijos que arrastraba de sus relaciones anteriores. Ambos consumían cantidades estratosféricas de alcohol y ofrecían espectáculos dignos de Broadway de jueves a domingo. Era el hermano mayor de Verena, así como el orgulloso propietario de un bar ilegal en el sótano de su casa; Ingo, el tímido fontanero del pueblo, el rey de los chistes incesantes sobre tuberías y desatascadores. También era el hermano mediano de mi querida cuñada en funciones. Luego estaban Sebastian, el enanito gordo y cabrón; Helmut, el dentista tímido y músico a media jornada, y Lukas, el enanito deportista y un poco psicópata, especialista en levantamiento de vidrio en barra fija y en intentar estrangular a su vecino.

Y claro, si con mi hermano eran seis, Daniel era el que faltaba para completar la fantasía.

—Déjalo —continué—, era un chiste malo que por lo visto solo entendemos un tío fumado, mi hermano y yo. ¿Eres amigo de Robert?

—Sí. Bueno, en realidad conozco a Verena desde que éramos niños, pero mantengo el contacto con los dos. Hace poco que he vuelto al pueblo.

—Entonces eres el séptimo enanito, sin duda.

Me observó descolocado de una manera muy adorable. ¿Por qué tenía ese aire de hombretón serio y aburrido?

—¿Y tú de qué huyes? —disparé sin remordimientos.

A lo mejor no era mi momento más coherente.

2

EL ENANITO GRUÑÓN

—Yo rocé el cielo con los dedos y me caí de morros contra el suelo. No ves las cicatrices, pero estoy llena —afirmé con toda la tranquilidad del mundo—. Esa es la razón por la que estoy aquí. ¿Cuál es la tuya?

A esas alturas de la noche ya no tenía demasiados reparos en llamar a las cosas por su nombre y hablarle a un completo extraño sobre todos los problemas que llevaba a mis espaldas. Tan madura como siempre.

—Vaya. —Abrió los ojos sorprendido—. No te andas con rodeos. ¿Has vivido alguna experiencia traumática?

Resoplé y sonreí con amargura.

—No quiero aburrirte con mis historias, tranquilo. Solo quiero que sepas que hoy no soy el alma de la fiesta, pero que no es nada personal.

—La verdad es que ahora siento curiosidad. ¿Quién te arruinó la vida? ¿Un tío? —dijo mientras se miraba las manos con timidez.

Me encogí de hombros. ¿Uno? Más bien dos. Menos mal que todavía conservaba algo de decoro y me callé. Cogí una cerveza de la cesta y le ofrecí otra que rechazó mostrándome una lata de refresco. Me pregunté si era abstemio por voluntad propia o por prescripción médica. Aunque tal vez no debería estar pensando mal: no todas las personas que optaban por no beber escondían tantos motivos como Gary. No todo el mundo escondía un Gary en su interior.

Le quité la chapa a mi cerveza y la choqué contra su lata de refresco. No me miró a los ojos.

Di un par de tragos largos dejándola a la mitad.

—¿Fue una ruptura dolorosa? —insistió.

A eso sí que podía contestarle.

—¿Las hay de otro tipo? —Le di otro trago a mi cerveza, empezando a sentir cierta indiferencia hacia la congoja que me presionaba el pecho—. Seguro que los vecinos ya te habrán contado mi historia.

—De momento no he oído nada, puedes estar tranquila. Tal vez no es tan escabroso como crees y están más ocupados con los cotilleos sobre mi retorno.

—Te aseguro que sí es escabroso. Pero dejemos mi vida a un lado, háblame de ti. —Lo miré fijamente, consciente de que rehuía mi escrutinio—. ¿Qué has hecho para que hablen de tu vida? ¿Te has tirado a una estrella del rock?

Se atragantó y se puso a toser como un loco. Varios minutos después consiguió continuar hablando.

—Rocé el infierno con los dedos y sigo en él —dijo con la voz cascada.

Me pregunté por qué demonios tenía el aura tan negra. Aunque tal como me sentía yo, la mía debía de ser amarillo chillón y brillaba en la oscuridad.

—Vaya. ¿Ruptura traumática? ¿Un tío? —repetí sus preguntas e imité su voz profunda y su acento del sur del país.

Su «por siempre jamás fruncido» ceño se relajó, y se echó a reír.

Tenía una sonrisa auténtica y sincera, con una dentadura blanca perfecta. Sin hoyuelos. Su semblante serio y un tanto seco pasaba a convertirse en la expresión de un niño travieso monísimo.

Sin darme cuenta empecé a enumerar las diferencias que tenía con Gary y me arreé una palmada mental por idiota. ¿Qué más daba si medía varios centímetros más? ¿Qué importaba que no tuviera su maravilloso trasero? ¿Y que fuera rubio?

De pronto las imágenes de Gary hicieron que el aire dejara de llenar mis pulmones, empujándome en dirección a un ataque de pánico de proporciones épicas. Busqué a mi alrededor agobiada una escapatoria. Pero me topé con Ana, que estaba a unos metros detrás de Daniel, sentada con los enanitos. Dios los criaba y ellos se juntaban.

Todos me miraron con sonrisitas juguetonas y alzando los pulgares. Menos Ingo, que estaba manteniendo una fluida conversación con su zapato a modo de teléfono, y Heiko, que, haciendo honor a su fama de «percutor amoroso», me hizo varios gestos obscenos con los dedos, la lengua y las caderas. Mi hermano y Verena se unieron al grupo. Robert me guiñó un ojo con picardía mientras ella me miraba con cara de disgusto, aunque tal vez se estuviera meando, quién sabe. Le dio un golpe a su hermano para que dejara de

hacerme gestos de mal gusto, algo que él ignoró, por supuesto. Sobre todo, teniendo en cuenta que mi mejor amiga había empezado a imitarlo.

¿Me estaban concediendo un rato de intimidad con Daniel en el que probablemente acabaría asfixiándome? ¿Lo habían planeado? ¿Esperaban que como por arte de magia acabáramos arreglando nuestras mierdas apareándonos como perros? ¿Le habían pagado?

Cabrones.

Las opciones de que zanjara aquella situación estrangulando a algún miembro de mi familia política se multiplicaban por diez con cada gesto de Heiko y cada sonrisita de mi hermano.

Noté la mano de Daniel sacudiéndose delante de mis narices.

—Perdona, no veía a mi amiga. Estaba preocupada —dije con tono hosco.

Intenté disimular lo obvio, que no le había prestado atención porque mis familiares eran una panda de tarados.

Daniel volvió a su zona de confort frunciendo el ceño.

—Te decía que el motivo por el que tengo acento del sur es porque he vivido en Baviera unos cinco años —afirmó ajeno a los planes malévolos de nuestros amigos a sus espaldas, que yo vigilaba de reojo.

—¿Por trabajo?

—Sí —respondió de manera mecánica.

No es que fuera muy hablador, pero yo tampoco era famosa por la discreción, así que opté por el viejo, pero igualmente efectivo, tema de conversación banal de discoteca.

—¿A qué te dedicas? ¿Estudias o trabajas?

—Trabajo, ¿y tú?

—Estoy haciendo unas prácticas en una agencia de publicidad, ¿y tú?

—De modo que, al menos, tienes un motivo para estar aquí. —Omitió mi pregunta sin parpadear.

—Ni mucho menos, las prácticas solo son una excusa para no reconocer que he vuelto a huir de mis problemas, soy consciente de ello. ¿Cuál es tu excusa para no decirme a qué te dedicas? ¿Eres proxeneta, camello o algo más chungo? —me cachondeé.

Me miró fijamente con el ceño fruncido a más no poder, pero yo no sabía cómo parar. La Rebecka sensata se había puesto hasta el culo de cerveza y chupitos, estaba fuera de servicio.

—¿Eres el guardián del oro de los nazis?

Parecía... ¿cabreado? ¿Irritado? No supe definir su estado de ánimo, pero desde luego que la amabilidad se había esfumado. Tenía hasta las orejas rojas. Era el público más difícil al que me había enfrentado.

—Soy policía federal —susurró con recelo.

Solté un montón de carcajadas que sonaron como las bocinas de un atasco en hora punta. En el estado en el que me encontraba reírme con ganas no me sentaba especialmente bien.

—¡Venga ya! —grité, y me puse de pie frente a él—. Enséñeme la placa y las esposas, señor agente.

Abrió la boca para volver a cerrarla sin decir nada. Estaba sobrepasado y yo, muerta de risa.

¿Debería haberle dicho que era una actriz porno?

¿Tendría el mismo efecto repetir la conversación?

—Venga, tío, saca la placa, quiero verla. —Le di un golpecito juguetón en el hombro—. Nunca he visto una. Me muero por hacerlo. ¿Es grande?

Entornó los ojos con una mezcla de cabreo e incredulidad.

La cosa se había puesto un poquito rara.

—¿Vas armado? —Me mordí la lengua de manera traviesa.

Se me ocurrieron un millón de chistes que podía hacer sobre sus esposas y pensé en que, si Ana no estuviera «dándome espacio», el festival del humor ya habría empezado.

—Oye, no te mosquees —dije mientras volvía a sentarme a su lado con gesto serio.

Tal vez me había pasado un pelín.

—No estoy mosqueado —repitió con ironía—, pero no le veo la gracia. Y no, no voy armado en este momento. ¿De verdad que quieres ver la placa?

Contuve la respiración. ¿Estaba hablando en serio? ¿Era poli?

Oh, joder.

Deseé coserme la boca.

—Sí —susurré mientras él sacaba algo similar a una cartera de cuero del bolsillo trasero y la abría.

Bundespolizei. Una palabra que se me grabaría a fuego para el resto de mis días.

—¿Contenta? —inquirió sin una pizca de humor.

Un fogonazo de sangre me puso la cara al rojo vivo. De pronto me faltaban las palabras y me sobraba el alcohol que había consumido. Algo que

normalmente funcionaba al revés. Ese tío provocaba en mi estado de ánimo cambios radicales.

—¿No llevas aquí ni un mes y ya te van a detener? Muy bien, hermanita, si sigues así me van a quitar tu custodia.

Mi hermano me hizo levantarme, me rodeó los hombros con el brazo y me pellizcó la mejilla.

Era idéntico a mí, pelo oscuro, ojos verdes y tez clara, pero bastante más alto, con el pelo corto y todo un capullo tocapelotas. Aunque, tal vez, en eso también nos parecíamos.

Le di un codazo en las costillas, en un débil y patético intento para hacerle daño, pero él, no satisfecho con haberme abochornado, me abrazó tan fuerte que los pulmones estuvieron a punto de salirse por la boca.

Me revolví entre sus brazos consiguiendo escapar y traté de recolocarme el pelo. Él me sonrió de oreja a oreja.

¿Qué puñetas le hacía tan feliz?

Los alemanes tenían una palabra para definir a la perfección esa situación: *Schadenfreude*. La alegría por la desgracia ajena. Tal como decía Mark Twain, las palabras en alemán son tan largas que «tienen perspectiva».

Daniel se puso en pie para darle un fuerte apretón de manos al que pronto dejaría de ser mi hermano. Cosa que hizo que me fijara en el anillo plateado que el alemán llevaba en la mano derecha. Mi interés hacia él, que ya era escaso, descendió un ochenta por ciento.

Mi hermanísimo volvió a abrir su enorme boca del tamaño de una portería.

—Ya veo que conoces a mi petarda e imprudente hermana pequeña.

¿El muy cabronazo me estaba devolviendo alguna trastada de nuestra infancia?

Lo fulminé con la mirada, así que optó por cambiar de tema.

—¿Qué tal, Daniel? ¿Han ido bien las vacaciones?

—La verdad es que sí, Andrea se lo ha pasado muy bien. Así que aprovecharemos para volver a visitar a mis padres en cuanto podamos.

De pronto era como si el germano no pudiera parar de hablar. Le estaba dando todo tipo de detalles sobre las vacaciones a mi hermano, dejándome bien claro que me había pasado tres pueblos. Menuda carta de presentación: él tan perfecto y yo tan catástrofe.

Lo de siempre.

Agucé el oído para ver si captaba algo más. ¿Quién demonios era Andrea?

—Me alegro un montón, Dan. ¿Vais a seguir viviendo en su casa?

—Sí. Nos quedaremos hasta que encontremos algo.

—¡Es genial que vayamos a ser vecinos!

Oh, mierda. El karma volvía a atacarme.

—Veo que te han readmitido en la brigada de bomberos —continuó Robert señalando la ropa de nuestro nuevo vecino—. La semana que viene hemos quedado para empezar a planear el viaje anual a Dinamarca para pescar, te avisaré.

Casi todos los hombres de la zona pertenecían a la brigada de voluntarios que ayudaban a los bomberos. Y eso les daba permiso para montar una excursión anual a Dinamarca para pescar una buena curda tras otra, porque aparte de vestirse de pescadores cada vez que tenían una ocasión, dudaba que esa panda de Capitanes Pescanova fuera capaz de capturar ni un mísero cangrejo muerto. ¿Quién era yo para poner en entredicho las costumbres germanas? La fiesta en la que nos encontrábamos también formaba parte de sus tareas.

De pronto escuché unos suaves acordes de guitarra.

Me giré para buscar la fuente con el corazón en un puño, aislándome de la conversación que continuaba a mi alrededor. Helmut, uno de los enanitos, y varios músicos improvisados más, habían empezado a tocar clásicos básicos con sus acústicas. Se me pusieron los pelos como escarpas.

Fui ligeramente consciente de que Heiko, Ingo, Ana y Verena se acercaron a nosotros con sus bebidas. Escuché a mi hermano hablando con mi amiga; el tono áspero de él y la delicada grosería que la caracterizaba a ella me llevaron a pensar que estaban en medio de una discusión sobre mí. Volví a tirarme en una silla con mi botellín, harta de ser el tema estrella, aburrida de que las personas más importantes de mi vida estuvieran conspirando a mis espaldas. Me encontraba en un estado anímico que oscilaba entre «esta vida es una puta mierda» y «os voy a matar a todos».

Cerré los ojos deseando despertarme cinco años después, o doscientos años atrás. Me concentré en respirar hondo, pero los malditos acordes de *Chasing Cars*, de Snow Patrol —que eran los esbirros del Demonio, armados con toda esa lírica sensiblera—, contaminaban el aire y lo espesaban, cerrándome la garganta y lanzándome imágenes de mi propia estrella del rock con la guitarra entre sus manos.

¿No iba a volver a ser capaz de escuchar música? Sabía que Everlasting Wound estaba fuera de la ecuación, pero ¿también el resto? Gruñí, desesperada, a punto de llorar. La preciosa voz de Helmut comenzó con la segunda estrofa, lo que convirtió la canción en un suplicio.

Noté que alguien movió la silla que estaba junto a mí.

Abrí solo un ojo, como si eso me fuera a proteger de quien había osado sentarse a mi lado, y me encontré a Daniel con cara de preocupación. El resto ni se enteró del dramón que estaba a punto de protagonizar, pero por lo visto el poli tenía un radar que detectaba cataclismos sentimentales.

—¿Recuerdos dolorosos? —susurró con delicadeza.

Me retiré una lágrima traicionera con el pulgar y lo miré asustada: más que recuerdos sin más, lo que me torturaba eran las imágenes de nuestra relación descarrilando y sembrando el caos en nuestras vidas. A lo mejor los muros que había construido a mi alrededor no eran lo suficientemente fuertes e iba a derrumbarme delante de toda esa gente. Él movió su silla poniéndose frente a mí, haciendo de pantalla entre las miradas indiscretas y yo. Siempre le estaría agradecida por ese gesto tan simple, pero tan protector, que me había hecho sentir inmune. Nadie se metería con una tía que estaba escoltada por un poli de dos metros.

—No se me dan bien las bodas, esa es la verdad. Las odio, y esta canción me recuerda a una —afirmé sorbiéndome los mocos con bastante poca elegancia—. Es el tema perfecto para el primer baile, la típica balada que hace llorar a todos los invitados mientras los novios dan vueltas por la pista de baile envueltos en una nube de corazones y un pestazo insoportable a vainilla. Cuando en el fondo todos saben que él le oculta cosas muy chungas, como una vida desenfundada y una exnovia idéntica a Beyoncé; y ella..., ¿qué te voy a contar sobre la novia? Tampoco es que sea la buena de la película, toda hermosa y almidonada con su vestido blanco, pero en el fondo es una niñata cobarde que no sabe luchar por lo que quiere... Al final...

No había filtro capaz de detener el torrente de mierda que estaba saliendo por mi boca.

—... acabarán divorciados en menos de ocho meses y con el corazón hecho añicos. Él se largará a una gira sabe Dios dónde y ella se esconderá en otro país. Odiarán Snow Patrol para el resto de sus días.

—A mí me gustan Snow Patrol y las bodas. Es el tipo de celebración en la que la gente es feliz y tiene fe en que el amor existe. No veo nada malo en

eso.

—Te aseguro que no necesito asistir a una boda para creer en el amor. El dolor que siento desde hace unas semanas es lo suficientemente intenso. Voy a por otra cerveza.

Fui a levantarme de la silla, pero me encontré su brazo a mitad de camino a modo de barrera de peaje, impidiéndome el paso. Lo miré con cara de fastidio.

—Necesito una cerveza.

Él arrugó el ceño y me empujó hacia atrás con bastante poca sutileza.

—¡He tenido un día de mierda! —exclamé a la defensiva.

—¿Crees que con la décima lo vas a solucionar? No sé, beber y regodearse en el dolor no es la mejor solución. Nunca lo es.

—¿Me estás dando la charla? —Arqueeé una ceja flipada.

—Siento cierto nivel de responsabilidad en cuanto a ti: eres la hermana de uno de mis mejores amigos. No voy a permitir que acabes con un coma etílico.

Me quedé perpleja, con la mandíbula casi rozándome los pies. Nuestra relación no era tan estrecha como para que se pusiera en plan padrazo, pero la preocupación que vi en sus ojos me impidió soltar palabrotas.

—Oh, vamos, ¿qué problema tienes con que ahogue las penas en alcohol? Para tu información, es mi manera de hacer las cosas, y funciona. Deberías tomar ejemplo de mí. Aquí estoy, hecha polvo, pero en pie, brindando con una cerveza tras otra por mi vida, que apesta —justifiqué como si necesitara su aprobación.

Me dedicó un aplauso leeeento.

—Perdona, ¿qué edad tienes? —preguntó con retintín haciéndome entornar los ojos mosqueada—. Claro que funciona, es evidente —afirmó con sarcasmo—. Por eso estás hablándole a un extraño sobre una exnovia que se parece a Beyoncé y no sé qué chorradas más. Tu plan es perfecto. No sé qué es lo que has vivido, pero no creo que te estés enfrentando a la situación de una manera razonable.

Deseé que no fuera policía para poder insultarlo a gusto.

—¿No crees que tal vez tu manera de gestionar los problemas te ha llevado a la situación en la que estás? —continuó.

Ignoré su comentario mirando hacia otro lado. Él no tenía ni puta idea de cómo gestionar el caos en el que se había convertido mi vida. ¡Ni yo misma

lo sabía!

—Estoy seguro de que lo estás sobredimensionando —añadió.

Maldito enanito gruñón. Exploté.

—¿Por qué no te dedicas a las charlas motivacionales o a negociar con suicidas? Veo un futuro para ti en ese campo. Porque ahora mismo lo único que me pide el cuerpo es saltar por un puente antes que seguir escuchando tus consejos.

Aplaudí a mi cerebro por el esfuerzo que había requerido la respuesta. Éramos un gran equipo, al menos cuando no se dejaba dominar por la lujuria.

Crucé los brazos retándolo con la mirada, a ver si era capaz de rebatir mis civilizadas palabras.

Me ignoró dirigiendo su mirada hacia nuestros amigos. Para ser poli era un poco cobarde si se amedrentaba con una chica ebria de metro setenta escaso, muy pequeña a su lado.

Noté que el ritmo de los acordes había cambiado dando paso a una canción muchísimo más animada. La gente a nuestro alrededor se puso a cantar a todo pulmón, agucé el oído con curiosidad. Reconocí la melodía de *Der Bofrost Mann*, del famoso grupo de punk rock alemán Die toten Hosen. Y menos mal. La probabilidad de que acabaran tocando alguna de Scorpions, originarios de Hannover, era demasiado alta. La canción narraba la historia de un hombre que salía pronto de trabajar dispuesto a sorprender a su esposa y hacer el amor a lo loco. Pero al llegar a casa, ella ya estaba allí, follándose al repartidor de congelados Bofrost, el hombre más frío de Alemania.

No hay ni que decir que el que más alto berreaba la letra era Heiko, con mi amiga a su lado.

Suspiré agradecida de que hubieran dejado las baladas por el momento y de que no hubieran empezado con los ridículos grandes éxitos de Mallorca.

Un buen rato después, cuando hubo terminado la canción, no lo vi acercarse, pero noté un escalofrío en la nuca y un fuerte aroma a jabalí salvaje.

Heiko se situó entre nosotros y puso una mano en el hombro de Daniel. Ambos lo miramos con suspicacia. Era increíble que un hombre cincuentón tan bajito, a primera vista inofensivo, nos provocara semejante desconfianza, y es que allá donde iba el Hombre Amor, reinaba el caos. Parecía mentira que una misma madre hubiera parido a Verena, Ingo y Heiko, aunque los casi veinte años que este se llevaba con sus hermanos podían ser una buena

excusa. Tiempo después supe que había un tercer hermano más joven, Marc, haciendo la residencia de medicina en Frankfurt. A lo mejor era el más normal de todos.

—¿Qué tal estáis, pimpollitos? —sonrió Heiko con malicia—. ¿Disfrutando de la fiesta? Me encanta veros juntos, es tan esperanzador...

Daniel tomó la palabra mientras yo me rodeaba el cuerpo con los brazos.

—Estamos bien.

Me sorprendió que pudiera ser más seco de lo que ya era conmigo. Aunque al Hombre Amor parecía darle igual, pues no me quitaba el ojo de encima.

—Rebeka, preciosa, ¿tienes frío? —Se giró hacia Daniel—. Pero tío, ¿dónde están tus modales? La chica tiene frío.

—Se supone que es mayorcita.

El Hombre Amor se acercó a un *Strandkorb*, el típico asiento danés de mimbre con capucha que todo alemán de pro tenía en el jardín, y empezó a restregar el culo contra el banco de cuero mientras canturreaba *My Way*, de Sinatra. Me pareció que Daniel no volvería a recuperar el habla, y me sorprendió que con tanto restregón Heiko no acabara con los pelos de punta y suficiente electricidad estática como para mover el planeta de su eje.

—Sentaos aquí, chicos —nos dijo orgulloso—. Os he calentado el asiento para que podáis trabajar vuestro amor en la intimidad. ¡No seáis tímidos! —Nos observó con una sonrisa malévol—. Me encanta ver lo buena pareja que hacéis; me estoy enamorando de vosotros dos. Y ya sabéis lo que pasa: cuando pongo el corazón en algo, pongo la...

—Suficiente —le cortó Daniel sin miramientos.

A mí me entró la risa floja.

Pero las palabras cortantes de Daniel no surtieron efecto: nos arrastró hasta el banco. Una vez que estuvimos sentados y bien pegados el uno al otro, sonrió con malicia.

—¡Sucumbid al fornicio como locos, sed fecundos y multiplicaos como conejos! ¡Hacedme feliz! ¡Repoblad Alemania!

Acto seguido, sacó tres botellitas de un bolsillo.

¿La gente en ese país llevaba licores en los bolsillos? Luego era yo la que gestionaba los problemas de aquella manera. La zona rural de Alemania parecía un paisaje idílico con una sociedad ordenada a primera vista, pero las historias que se escondían tras los muros de las casas con tejados puntiagudos eran tan asombrosas como bochornosas.

Si alguien pensaba que me iba a aburrir en esa mierda de pueblo, estaba equivocado.

—Uno para Rebeka, nada para Daniel y dos para mí. —Repartió los licores, cual niño con una bolsa de caramelos.

Choqué mi botellita contra la de Heiko para a continuación bebérmela de trago mientras retaba con la mirada a Daniel. Él me observó con desaprobación, tanta que me dieron ganas de levantar las manos permitiéndole que me esposara.

Jamás en la vida había sentido tanto rechazo por parte de un hombre como con él.

—¿No crees que bebértelos de dos en dos es rizar el rizo? —le espetó Daniel a Heiko.

—Magda no me aguanta sobrio, y no estoy dispuesto a pagar otro divorcio.

Daniel me miró con el morro torcido. Sin pronunciar ni una maldita palabra me preguntó si ese era el futuro que quería para mí: beber para que los demás fueran capaces de aguantarme.

Y supe que me estaba convirtiendo en Gary.

Tenía razón. Joder que si la tenía...

3

DORA LA DESBROZADORA

—¿Le preguntaste si era proxeneta?

—Más o menos. Bueno, sí. Se lo pregunté tal cual. Para qué nos vamos a engañar. Aprendí por las malas que hay algo que se llama tacto y que, aunque estés pedo, debes usarlo.

Ana saltó los tres escalones de la entrada de la casa de mi hermano colocándose frente a mí. Me fijé en que iba en pijama y que escondía algo en el bolsillo delantero de la sudadera que se había colocado por encima: no es que el bulto pasara desapercibido.

—Joder, maja, tienes la capacidad emocional de una piedra y la delicadeza de una broca del doce. Me encanta cuando pones en práctica tus talentos, ¡no dejas títere con cabeza! De ahora en adelante te voy a llamar «Dora la desbrozadora».

Ambas nos echamos a reír. Ni yo misma hubiera dado más en el clavo.

—Pensaba que estaba bromeando. No sé, ¿quién iba a pensar que fuera un poli de verdad?

Me encogí de hombros tratando de justificar en balde mi eterna ingenuidad.

—Está claro que ser rubia es una actitud. ¿Quién iba a pensar que fuera una estrella del rock de verdad? —me aguijoneó ignorando mis gruñidos de mosqueo.

La resaca que tenía era suficiente castigo como para tener que aguantar su campaña diaria a favor de Gary, así que le lancé una mirada despiadada y terrorífica, antes de que desplegara alguna pancarta con algún mensaje bochornoso. Porque solo le faltaba eso.

—Te veo diferente. —Torció el morro mientras me observaba con atención —. Algo ha cambiado desde anoche, y no son las ojeras que tienes, ni lo

jodidamente flaca que estás desde que vives aquí.

A pesar de que durante mi aislamiento me había alimentado exclusivamente a base de chocolate, cerveza y las gominolas que me suministraba mi hermano a escondidas de su novia, había perdido unos cinco kilos.

—No puedo seguir así, Ana; el enanito gruñón tiene razón. —Hice una pausa mirándome las manos, entristecida—. Este es uno de esos problemas que no me puedo beber.

—Es lo más inteligente que he oído desde que el neandertal dejó las hojas de ortiga por el papel higiénico. Es una pena que los bares no vendan amor, ni soluciones para los problemas, pero me alegro de que por fin te hayas dado cuenta. ¡Esa es mi chica! —Aplaudió con efusividad—. Pero ¿quién demonios es el enanito gruñón y qué ha hecho para que le des la razón con tanta facilidad?

—El tío al que tú conoces como el portero de la selección alemana en realidad se llama Daniel. Es el señor agente de policía y el enanito gruñón que ayer me dio la charla.

Se carcajeó con socarronería.

—¿Belleza germánica esculpida con cincel divino? ¿Ese Daniel?

Asentí con una sonrisa de oreja a oreja.

—La última vez que lo vi estaba un poco borroso, pero recuerdo que estaba muy bueno y muy pegadito a ti en ese banco extraño con capucha. Veo un futuro ardiente entre vosotros, aunque el inicio haya sido pésimo. Además, si ha conseguido romper con el imprudente bucle en el que estabas metida, me cae bien. Tíratelo. Sin contemplaciones.

Puse los ojos en blanco.

—Y así, señoras y señores, soluciona las cosas mi mejor amiga —afirmé con retintín.

Ella soltó un bufido a la par que me lanzaba una mirada mordaz.

—¡Como que tú tienes un plan mejor! Hasta ahora solo te he visto empinar el codo, refunfuñar, gimotear y fumar a escondidas. Lo que viene a ser no hacer absolutamente nada. Por lo menos si te lo tirases, soltarías presión, tu vagina dejaría de ser una cueva triste y solitaria y dejarías de tener esa cara de merluza necesitada. Además, conociéndote, la culpabilidad te arrastraría a los brazos de Gary y por fin te enfrentarías a él. El plan es perfecto.

A veces dudaba de que Ana supiera que detrás de cada polla había una persona.

—No creo que tirármelo vaya a ser la solución. Al revés, será un problema más con el que no estoy dispuesta a lidiar. Además, lleva una alianza sospechosa que lo convierte en un remedio contraindicado.

—¿Y no te vuelve loca el encanto de las aguas prohibidas? —se burló—. El vaivén de las olas, una embestida tras otra...

Arqueé una ceja. Le había dado fuerte.

—Ana, ¡me odia! Anoche me miraba como si tuviera cuernos, rabo y tridente. Como si fuera la personificación del pecado y la mala educación.

—Yo tampoco me suelo tomar demasiado bien que me acusen de inducir a la prostitución y vivir de ella. Así que no me extraña que te mirara mal. Lo más gracioso de todo es que te has convertido en la descarada, la desfasada y la golfa. ¡Eres su Gary!

Me mordisqueé el labio angustiada. Razón no le faltaba.

—¿Con qué está trajinando tu retorcida cabecita? —preguntó—. Cuéntamelo, anda... Espero que no te estés agobiando con lo de tirártelo; solo es una sugerencia, no tienes por qué hacerlo hoy.

Filtré su comentario metiéndolo en el apartado de «disparates de Ana», justo al lado de su famoso consejo estrella «haz locuras, Rebeka» que desató el apocalipsis.

La madurez no había sido una de mis cualidades más notables hasta la fecha, pero estaba dispuesta a cambiar. Tal vez las palabras de Daniel me habían calado hondo. O tal vez estaba llegando al límite de gilipolleces permitidas antes de los treinta. El caso es que decidí ser sincera y tratar de explicar cómo me sentía.

—Las cosas están como están, nada va a cambiar, pero no puedo seguir así; debo tirar hacia adelante. El primer paso es dejar de despertarme de una resaca tras otra, porque con cada trago me alejo de la solución. Tres semanas han sido más que suficientes. Y el segundo es hacerme a la idea de que el chico ideal nunca va a llegar, lo ha atropellado un autobús. Además, estoy mejor soltera, quiero estarlo y joderme la vida yo solita. No necesito a un tío que me ayude a hacerlo.

Ana se echó a reír ante mi declaración.

—Tu chico ideal está de gira en un autobús. Además, «menos Taylor Swift y más Beyoncé» no es la solución. *All the single ladies* y todo ese rollo no va contigo.

A veces, hablar con Ana era más complicado que tratar de colar la leche

con una red de pescar. Encima, sus frases ingeniosas me distraían.

—No voy a volver con él, hazte a la idea. —Suspiré cansada. Ponerles voz a mis sentimientos dolía—. Me he cansado de ese amor tan frágil que a la mínima se nos va de las manos, por desconfianza, por celos, por todo. No quiero ser esa chica de nuevo, la que perdona y permite todo, la que deja que la pisoteen sin motivo. Si vuelvo a salir con un tío, va a ser alguien que me trate bien y que merezca la pena.

Ana se puso seria, se sentó a mi lado y dejó lo que escondía en el bolsillo sobre las escaleras: un papel arrugado y una cajita pequeña negra. La observé de reojo tratando de calcular qué podría caber dentro. Descarté un tractor.

—Estoy de acuerdo en que no debes rebajarte, pero piensa en esto: cada vez que tienes un problema con Gary se te viene el mundo encima, se convierte en un dramón del quince y no eres capaz de echarle un par de ovarios, pero ¿sabes por qué es? —Hizo una pausa, pero yo no respondí a su retórica—. Porque lo quieres y te cuesta horrores exponerte. Tal vez tengas razón en que no debes correr a sus brazos y sí concederte un tiempo para ver las cosas desde otra perspectiva, pero le debes una oportunidad. Ese tío está loco por ti, Rebeke, y tú lo estás por él. Por mucho que te joda, esa es la noticia.

Fruncí el ceño un poco mosqueada.

—¿Tú de lado de quién estás en todo esto?

Soltó una risita burlona.

—Esto no va de bandos, tía. No vamos a ponernos a comentar lo cabrón que es y a quemar sus fotos como si hubiéramos vuelto al instituto, ignorando lo que tú has hecho mal. Porque no cumpliría con mi papel de superamiga genial que vale su peso en diamantes. Pero tampoco puedo ponerme de su lado y quitarle importancia a lo que pasó en Nueva York, porque él también ha tomado algunas decisiones bastante cuestionables.

Suspiré porque tenía razón: ninguno de los dos habíamos hecho las cosas bien.

—Querida amiga, las cosas no son negras o blancas. Aprende a lidiar con eso.

Las mejores lecciones se aprendían en los peores momentos. Eso estaba claro.

—Tiempo, necesito tiempo.

—Eso ya lo tienes; estás en el país de la *salchichen*, alejada de tu vida cotidiana. Aprovéchalo e intenta ser constructiva. Lo que me lleva a esto.

Puso en mi regazo la cajita negra mientras me dedicaba una sonrisa nerviosa. Se guardó la bola de papel.

Miré fijamente el objeto; las manos me temblaban. No tenía ni puñetera idea de qué podía haber dentro, pero estaba segura de que Gary estaba involucrado de alguna manera.

La abrí y noté que mi amiga contenía el aliento, preocupada.

Pasamos varios minutos en silencio.

A pesar de que había sido una estudiante brillante y que lo mío era la comunicación, no fui capaz de decir ni mu. La situación me estaba sobrepasando por enésima vez en veinticuatro horas.

—Era el último paso de su plan para reconquistarte —dijo apesadumbrada—. Quería que te lo diera cuando llevara unos días en Estados Unidos, cuando estuvieras en plena crisis echándolo de menos. Quería que supieras que iba en serio con lo de mudarte a Londres, que lo vuestro lo era todo para él.

Las lágrimas me empañaron la vista.

—Lo siento de verdad, pero mi deber era dártelo, aunque haya supuesto meter el dedo en la herida y hurgar. Pero, querida Miss Tragedias, como buena amiga tuya que soy, sé cuándo estás muy jodida, y soy consciente de que los siguientes meses te vas a sentir como una mierda. Pero ni te vas a enfrentar a este infierno sola ni te vas a morir de esto. Después de haber compartido tantas borracheras, tíos buenorros, sueños rotos, lavadoras llenas, frigoríficos vacíos..., siempre estaré aquí. Solo por saber cómo terminará, merece la pena.

Volví a mirar la caja abierta preguntándome cómo demonios habían cambiado tanto las cosas, como si no lo hubiera vivido.

Las llaves de la casa de Londres de Gary brillaban entre mis manos tanto como los recuerdos de los buenos momentos que habíamos vivido allí. Me cegaban, me hacían desear que alguna central nuclear cercana explotara y me sacara del calvario que estaba viviendo, aunque tuviera que arrasar a la humanidad. Eso era lo de menos.

El llavero consistía en una simple arandela, pero de ella colgaba una de sus púas rojas de plástico. Por un lado, tenía el logo del grupo y «0,60» escrito en letra cursiva para identificar la dureza en milímetros. Por el otro lado, en cambio, estaba su firma, que consistía en sus iniciales, GDC, y una filigrana. Gary Domhnall Connolly. Recordé cuánto odiaba su segundo nombre, pero a

pesar de todo lo usaba para firmar porque su madre lo adoraba.

La púa estaba gastada, y me pregunté durante qué concierto la había utilizado, si la había sujetado entre sus labios como acostumbraba hacer, si había tocado con ella la eléctrica negra o la roja, si ya estaba saliendo conmigo en esa época y dónde estaba yo, si había creado las notas de la canción de mi culo con ella...

Ana se acercó y me abrazó con cariño. Disfruté de la protección de sus brazos, lo que me ayudó a no acabar tirándome al suelo para patear y gritar. Porque Gary siempre encontraría la manera de complicarlo todo más, siempre tendría otro as en la manga, y yo nada. Ni siquiera un mísero pañuelo de papel para secarme las lágrimas y limpiarme los mocos.

Me separé de mi amiga y respiré hondo, incapaz de llenar los pulmones del todo y con un nudo en la garganta del tamaño de Rusia. Ella me miró con los ojos cargados de lágrimas, convirtiéndose en la primera y única vez que la veía aflojar en todos los años que llevábamos juntas. El detalle de las llaves era demasiado hasta para ella, que tenía los sentimientos de titanio. Tal vez a partir de entonces fuera consciente de la intensidad con la que vivía las cosas Gary y la profundidad con la que me afectaban a mí.

—Ignora la tensión y lo mal que lo has pasado. Saca de la ecuación todo lo que sobra. Olvida todo lo que yo te he dicho... ¿Qué sientes? ¿Qué hay debajo de los escombros?

Sujeté las llaves entre mis manos contra el corazón; se me clavaron en la piel, pero no me importó: el dolor me hacía sentir viva. No estaba de más recordarlo de vez en cuando.

A partir de ese momento, la charla con mi amiga se iba a convertir en lo más trascendental que jamás habíamos compartido.

—Estas llaves no cambian nada. Las heridas nunca van a cicatrizar, y estoy cansada de luchar contra lo que siento. —Ana abrió los ojos esperanzada—. Sé que el dolor por haberlo perdido me perseguirá para siempre, porque ni siquiera el tiempo va a ser capaz de borrar los meses que pasé con él, porque nada volverá a tener sentido, y siempre seré suya. Pero esa misma situación es la que me empuja a alejarme de todo, empezar de cero en otro país y no depender tanto de lo que siento. Merezco algo mejor, aunque él haya sido lo mejor que ha habido en mi vida.

—Venga, Rebeka, te estás tomando todo esto como si fuera el fin del mundo, como si tu corazón fuera el primero y único en romperse y como si

nadie fuera capaz de entender que te sientes como una mierda. Se te da fatal morirte de amor, te haces demasiadas pajas, y creo que ya ha llegado la hora de poner los pies en la tierra. Discutisteis acaloradamente, como el noventa por ciento de las parejas, no sois especiales. Y, ¿sabes qué?, si alguien está aburrido de arrastrarse, sin duda es él. Porque te recuerdo que lo ha hecho dos veces, y tú, cero patatero.

Traté de recuperarme de la paliza verbal que mi amiga me había propinado fingiendo que no me dolía, con mi mejor cara de indiferencia, aunque en realidad me había matado un poco más.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo coño sabes que está aburrido de arrastrarse?

—Me hago una idea —susurró con inocencia.

Me sorprendió conocer su faceta hipócrita.

—Oh, ¡venga ya! Has estado hablando con él. No me lo puedo creer. —
Crucé los brazos sobre el pecho enfurruñada.

Sentí que su traición hacía mella en mi interior. Las lágrimas fueron sustituidas por una rabia voraz que me animaba a tirarle de los pelos.

—No me puedo quedar de brazos cruzados, ya me conoces —afirmó sin remordimientos—. Estoy así de loca.

—Entonces lo has hecho. Maldita seas, Ana. Eres mi amiga. Confiaba en ti.

Miré hacia otro lado. También hice un mohín, pero no me vio.

—¡Para el carro, reina del drama! No he dicho que sí, solo he dicho que odio quedarme mirando. Me repatea ser una espectadora del romanticidio que estás protagonizando.

—Ayer te lo dije muy en serio, no te metas. Ahora mismo no podría hacerle frente a una hipotética conversación con Gary, así que déjalo estar. Las llaves no cambian nada, solo me han destrozado el corazón un poco más.

—Te juro que a veces me gustaría ser un pulpo para poder darte ocho bofetones de una tirada. Eres una jodida cabezota.

—Vas a necesitar más que esto para convencerme. —Agité las llaves delante de su cara.

—Y tú vas a necesitar a la Armada para pararme.

No me estaba pidiendo permiso para hablar con él, qué va.

Le di un golpe en el hombro y me puse en pie, dispuesta a gritarle que se centrara de una vez en su relación con Iker y que dejara la mía en paz, pero ella me lanzó a la cara el papel hecho una bola que había reservado. Me dio de lleno en un ojo.

—A ver si esto te convence.

Me agaché para recoger el papel, fijándome en que había algo escrito. Deshice la bola en un tiempo récord y empecé a leer, con un ojo cerrado y dolorido.

De pronto no era capaz de juntar las letras ni darles sentido: me parecían un puñetero jeroglífico indescifrable. Conseguí balbucear algo sobre Everlasting Wound, pero las palabras me resultaron desconocidas e inconexas entre sí.

Ana me quitó el papel de mis manos temblorosas. Comenzó a leer con solemnidad, incluso imitó voces y lo narró como si tuviera giros inesperados en el argumento.

Al principio no entendí nada de lo que dijo, pero según la historia iba tomando forma en mi cabeza, sentí sorpresa, cierta satisfacción cruel y miedo. Un pavor tremendo.

EVERLASTING WOUND YA NO CONVENCE

BOSTON | 30 de agosto

El grupo Everlasting Wound dará esta noche su último concierto en Boston, dentro de la gira Drunk on a tour, que ha recorrido la Costa Este de Estados Unidos.

Mañana partirán hacia Europa para dar otros veintiséis conciertos en las capitales europeas más importantes. Solamente el concierto de Ámsterdam ha agotado sus entradas, algo poco habitual tratándose de Everlasting Wound, acostumbrados a colgar el cartel de «sin entradas» a las pocas horas de ponerlas a la venta.

Disponen de cinco discos magníficos, contando Below the belt, y una docena de éxitos irrefutables, con los que hacen delirar al público desde el primer acorde, pero parece ser que la fórmula del éxito se les ha gastado. El grupo está dejando a sus fans bastante decepcionados, la calidad musical a la que la banda los tiene acostumbrados brilla por su ausencia y las peleas fuera del escenario entre sus miembros empiezan a ser habituales en las portadas de prensa especializada. Por mucho que los más devotos seguidores se hayan acostumbrado a este tipo de desilusiones, la imagen deplorable y el sonido pésimo son un lastre hasta para una de las bandas con más renombre del momento.

El agente de la banda, Brian Richards, de London Records, ha lanzado un comunicado, achacando al cansancio el estado en el que se encuentran los músicos. También ha anunciado que el lanzamiento del nuevo disco va a sufrir importantes retrasos. No ha dado más detalles.

La vocalista del grupo que los acompaña en la gira, Joy Harper (The Queen of the Broken Hearts), les ha restado importancia a los problemas y ha pedido que se deje de especular en torno a la calidad del grupo. Ha hecho hincapié en que solo han completado un tercio de la gira y que lo mejor está por llegar.

No son buenos tiempos para los londinenses, que vuelven a enfrentarse a la posibilidad de tener que cancelar una gira. Tampoco es la primera vez que sufren problemas por culpa de su

vocalista, Gary Connolly, destino habitual de todos los suspiros y las ovaciones del público. Ni siquiera su timbre aterciopelado y su pose sensual consiguen ya dominar el escenario seduciendo a veinte mil personas sin pestañear.

Ana volvió a leerlo por segunda vez, pero en esa ocasión con efectos especiales y banda sonora.

Un par de redobles después, la observé atemorizada. Ella empezó a mordisquearse las uñas.

—¿Cuántas cosas más has traído?

—Esto es todo, la cajita y el papelito.

—Menos mal —comenté con voz temblorosa.

La noticia echaba por tierra mi excusa de cabrearme porque Gary hubiera recuperado la normalidad. Aunque tal vez fuera «su normalidad antes de mí». Me sentía confusa al respecto. Estiré las mangas de mi camiseta sin saber muy bien qué hacer. Mi maldito plan maestro lleno de excusas baratas se tambaleaba como un flan.

Un pretexto menos para no enfrentarme a la realidad. Me los estaban quitando de las manos.

—Tú estás hecha una mierda, pero él está destrozado. Es más que evidente.

Sacudió el papelito de marras delante de mis narices haciéndome resoplar asqueada. Sentí la necesidad de hacer un avión con él y estrellarlo contra el suelo.

—Lo que es evidente es que a estas alturas ya se habrá corrido unas cuantas juergas en las que habrá acabado intimando e intercambiando fluidos con medio Norteamérica.

—Eso que acabas de decir es muy asqueroso. Hasta para mí. Y una mentira bien gorda.

4

SUPERFEROMONAS GERMANAS

Aproveché el tiempo restante con Ana para hacer turismo, cosa que no había tenido ganas ni de intentar en las tres semanas que llevaba en Alemania. Por las mañanas acudía a mis prácticas y a partir del mediodía, cogíamos el coche de mi cuñada en funciones para arrastrarnos por los pueblos pintorescos de la zona: Hamelín, Goslar, Hildesheim... Hasta vimos un partido de fútbol en el Hannover Arena. De segunda división. Y si ya de por sí era un deporte aburrido, en alemán era soporífero y mortal de necesidad. También tuve que explicarle a Ana que cada vez que gritaban «*Tor*», no era en honor al superhéroe de Marvel: significaba «gol».

Disfruté de varias charlas bastante poco provechosas con ella, de sus reproches diarios y de la publicidad de las tres causas que apoyaba en ese momento: que me reconciliara con Gary, que me comprara una casa allí para veranear y que me liara con el portero de la selección alemana, para estrechar lazos en la Unión Europea. La mayor contradicción del mundo.

El último día lo pedí libre en la oficina y nos fuimos de compras por la mañana. Había pasado las últimas semanas con la ropa que llevé a Nueva York, y el clima de Alemania ya no iba a juego con las camisetas de media manga y las rebequitas finas que tenía. Además, había llegado la hora de devolverle el abrigo prestado a mi cuñada.

Arrasamos con el *outlet* de Wolfsburg, y es que el dinero, «por desgracia», no era un problema para mí. Cada poco tiempo recibía cantidades obscenas por la canción de Halley, como si fuera una pensión que intentaba compensar todo el daño. No es que me quejara, el dinero siempre era bienvenido, pero su procedencia me entristecía y no me hacía sentir cómoda. Pero cada vez que se lo devolvía, reaparecía en mi cuenta. Oficialmente era la propietaria de la

maldita canción y todos sus *royalties*.

Según me indicaban los pagos, era increíble la cantidad de veces que reproducían la puñetera canción en las radios de todo el planeta. Di gracias a Dios por apiadarse de mí evitando que la hubiera escuchado.

Cuando volvimos de Wolfsburg, me senté fuera para fumar y relajarme, mientras mi amiga preparaba la maleta. Cosa que le llevó un par de minutos.

—¡Maleta preparada! Joder, Rebeka, deja de fumar de una puñetera vez.

—¡Necesito un mal hábito! —grité.

—No te vale con salir corriendo, ser una irresponsable, tocarme las narices con cada decisión que tomas... ¡Claro que no! Tienes que joderte los pulmones también. Pues una cosa te digo: si acabas con enfisema y cirrosis, pienso abandonarte en un asilo. ¡Sin wifi! Rollo *amish*. Ya verás qué bien. A ver cómo te lo montas.

—Va a ser difícil sobrevivir aquí sola, sin el calor de tu amor y la dulzura de tus palabras.

Le eché el humo a la cara haciéndola toser escandalosamente.

Me pegó en la mano hasta que el cigarrillo cayó a sus pies, y lo pisoteó.

—Hablando de la vida, de sus vicios insanos..., ¿cuándo piensas volver a Bilbao? Si no lo haces pronto, tendré que alquilar tu habitación y vender tus bragas. —Se rascó la barbilla pensativa—. Mira, ahora que lo pienso, tal vez se las tire al sociópata de tu ex al coche. Si eso no lo empuja a salir corriendo, no sé qué lo hará.

Algo me dijo que no hablaba en broma, tal vez fuera su sonrisilla sádica. Vi mis bragas ondeando en el aire, cayendo con lentitud hacia la calle, y a mi amiga lanzando mis tangas como si fueran tirachinas. Borré la imagen de mi mente e intenté centrarme.

—No tengo una respuesta. Si necesitas alquilar mi habitación, hazlo —afirmé apesadumbrada.

No estaba segura de que quisiera cerrar esa etapa. Además, cuando volviera a Bilbao, en el remoto caso de que lo hiciera, necesitaría un sitio donde quedarme, porque si algo estaba claro era que no pensaba regresar al nido materno.

—Solo era para meterte presión. En realidad, no me urge alquilarlo: el pacto de caballeros con mis queridos progenitores sigue en pie. Mientras termine la carrera y no les dé por saco, podré continuar viviendo de gorra en la guarida de soltero de mi padre.

Respiré más tranquila, aun sabiendo que era egoísta por mi parte que ella tuviera que vivir sola para que yo pudiera tener un lugar al que volver. Tal vez, en un futuro próximo, Ana querría compartir el piso con Iker y yo me vería obligada a hacer las maletas. Debía independizarme en algún momento, volar sola, adoptar tres gatos y abrirles perfiles en Facebook.

—Te prometo que para cuando termine las prácticas habré tomado una decisión —afirmé convencida mientras contaba mentalmente las semanas que quedaban.

—Y esa decisión tan trascendental que tomarás a base de cervezas ¿incluirá todos los temas que tienes pendientes?

Mi amiga era incansable, pero me lo merecía.

—Sí, incluirá todos y cada uno de los malditos temas. Aunque ya te dije ayer que la decisión está clara: no pienso acabar otra vez borracha y a cuatro patas. Pero quiero que me prometas algo: dime que no vas a meter el morro en todo esto.

—No puedo —negó con una sonrisa maligna—. Solo te puedo prometer que no tomaré la iniciativa, pero si se diera el caso en el que Ricitos Rockeros se pusiera en contacto conmigo, lo ayudaré. Te aseguro que me meteré hasta la cocina.

—Está bien, como quieras. —Me rendí—. Pero júramelo: no harás nada por tu cuenta.

A lo mejor empezaba a estar un poco paranoica con el tema de que Ana fuera una agente doble.

—Te lo prometo —concedió, poco emocionada con la idea—, a cambio de que tú me prometas otra cosa.

—Dispara.

—Júrame por tus bragas voladoras que cada día me mandarás una foto.

Me eché a reír mientras asentía. Podía con ello.

—¿Quieres que me haga un *selfie* a diario?

—No exactamente —dijo señalando hacia la calle.

Miré extrañada en la dirección que indicaba su dedo, deseando ver qué era lo que había dejado a mi amiga en estado catatónico.

Daniel, el immaculado y majestuoso alemán, estaba cerca de su casa estrenando su puesto como vecino, y, de paso, mostrándonos todos sus encantos mientras estiraba.

Llevaba un pantalón de deporte corto negro, que dejaba a la vista sus

fuertes y bien definidas piernas, y una camiseta térmica azul, que a duras penas sostenía los pectorales y bíceps musculosos que se escondían debajo. Estaba empapado en sudor y rezumaba superferomonas germanas por todos los poros de su diabólico cuerpazo.

—Rebeka, ese tío va a conseguir que vuelvas a sentir algo, aunque solo sea humedad entre las piernas. ¡Que no es poco! —exclamó pasada de rosca—. No puedes seguir varada en el dique seco teniendo ese espécimen en la casa de enfrente.

Estaba tan alucinada que parecía estar a punto de tirarse al suelo para idolatrarlo y besarle las zapatillas.

Mientras tanto, él se pasó la mano por el pelo con una lentitud enfermiza. Sus mechones rubios se alborotaron de manera sugerente.

Se me escapó un suspiro indecente empapado de deseo, mientras mi amiga soltaba una extraña ristra de piropos de obrero y camionero, aderezados con varios silbidos. Según su elaborada teoría, ligar con un tío consistía en mirarlo fijamente y soltarle cuatro piropos, hasta que se le caía la ropa.

Si es que, cada una en su estilo, éramos de lo más discretas.

Al germano la situación no le pasó inadvertida. No sé qué pinta tendríamos, pero me pareció que se estaba aguantando la risa. Y menos mal: la gente acababa en chirona por menos.

Cuando todo parecía que iba a acabar, nos guiñó un ojo y entró en su casa tranquilamente, cual felino paseando al sol.

Ana se dio palmaditas a sí misma, orgullosa de haberlo hecho sonreír.

—Reitero que ese tío es la cura para todos tus males, y tirártelo una prioridad. A poder ser con la ropa del trabajo. Es una cuestión de vida o muerte.

Las dos nos miramos con seriedad. Yo pensando en que tal vez no fuera tan mala idea aliviar mis penas con él, y Ana con una mirada pícara que decía claramente: «¿Tú te has fijado en lo grandes que son sus manos?».

—A mí no es que me vayan mucho los uniformes, y mucho menos los polis.

—Pues hay una teoría más que contrastada: el factor uniforme. Dice que un tío vestido con él, sea poli, bombero, o marine, sube dos puntos en la escala de follabilidad.

«Los rockeros subían veinte», pensé desarmada.

—Te vas a pasar las próximas semanas teniendo orgasmos silenciosos con

un uniforme. Te envidio. Y no sabes de qué manera. Recuérdame que más tarde redacte una carta de agradecimiento a Adidas por haberse convertido en el Victoria's Secret masculino. ¡Que Dios bendiga el cuerpo del maromo, hermana!

5

ACH DU SCHEIßE

Le di la bienvenida a septiembre tumbada boca arriba en el suelo, mirando el techo de mi habitación embobada y llena de la única sensación que me acompañaba a diario: el vacío.

Es alucinante cuánto te puede llegar a llenar, incluso empachar, el maldito vacío.

Aquel había sido un día triste, y haber pasado las últimas noches prácticamente en vela no mejoraba las cosas. No había pegado ojo debatiendo conmigo misma cómo gestionar el tema de las llaves de la casa de Gary. No era capaz de dar con una solución que no fuera a hacernos daño.

Me incorporé, me arrastré por el suelo hasta la cama y levanté la colcha. Observé al fondo la caja. Estiré la mano y tiré de ella. Una vez más, volvía a esconder las piezas que componían mi pasado en una caja, que no era tan glamurosa como la que tenía en Bilbao —cuando llegué a Alemania, tuve que echar mano de la primera que encontré vacía, una de cereales Kellogg's—. Le di la vuelta dejando que todo lo que contenía se esparciera por el suelo.

Empecé a revivir los meses que había durado nuestra relación y entré en un jodido bucle de autocompasión: los fotogramas se repetían en mi mente marcha atrás, hasta que era como si hubiéramos vuelto a los taburetes en el pub de Joe, cuando todo fluía con naturalidad, sin el peso de nuestras cagadas, cuando todavía no habíamos estropeado la aventura que íbamos a vivir.

Pero no. Estábamos en el amargo final.

Cogí la púa de plata y la contemplé con la vista empañada.

Las palabras de Gary me dejaron sin respiración:

—Si estuviera en mi mano, te cambiaría el día de hoy por la noche que nos conocimos. Solo

por volver a verte sonreír, aunque volviera a cometer los mismos errores y acabáramos en este mismo instante de nuevo.

Si de algo estaba segura era de que yo también volvería a hacerlo. Volvería a irme del pub de Joe con él, aunque supiera que todo iba a terminar en un desastre.

Me puse el colgante, lo apreté entre mis dedos y quise mandarle un mensaje diciéndole que podíamos repetir el tiempo que habíamos estado juntos, podíamos hacerlo una y otra vez. Estaba dispuesta a sufrir de nuevo el dolor de su pérdida, con tal de revivir la época en la que lo éramos todo.

Pero no pude. No fui capaz de teclear ni una mísera palabra.

Ojalá todo fuera más fácil, ojalá él me echara de menos tanto como yo, y ojalá abriera los ojos y me lo encontrara delante.

Pensar en los meses que estaban por venir era todavía peor, me provocaba vértigo. Aunque me estaba costando construir una nueva normalidad en mi vida, lejos del bar ilegal de Heiko y del pesimismo que me había acompañado, lo iba a conseguir.

Decidí que a partir de ese día ocultaría la verdad, fingiría estar mejor y no derramaría ni una lágrima más. No volvería a dejar que mis allegados vieran lo destrozada que estaba en realidad. No estaba dispuesta a seguir haciendo sufrir a mi hermano con un problema que ya no tenía solución.

Cogí las llaves del suelo y las miré durante unos minutos, más o menos hasta que la decisión apareció ante mí sin más. Las metería en un sobre acolchado y se las enviaría a Lucy. Entre ella y Deutsche Post se encargarían del marrón que supondría el proceso de devolución. No quería ponerme en contacto con Gary de ningún modo, porque la tentación sería insoportable. Necesitaba más tiempo.

Tal vez, algún día, miraría atrás y comprendería que todo había sido por un buen motivo.

O no.

Acaricié con los dedos la única foto de Gary que conservaba, porque no la pude tirar a la hoguera.

—Felicidades —le dije con un nudo en la garganta.

En algún lugar del mundo estaría celebrando su trigésimo cuarto cumpleaños.

Me hubiera gustado estar con él, abrazarlo, susurrarle «felicidades» al oído y besarlo. Pero como era una cobarde con un orgullo descomunal que me

impedía ponerme en contacto, volví a meter la foto en la caja, que era donde debía quedarse.

Cogí el móvil para escribirle un mensaje a Lucy, pero me distraje leyendo uno de Ana.

La reina del mambo - 16:05: Querida emperatriz del drama, el sociópata de tu ex sigue haciendo guardia abajo. Si no tomas una decisión acerca de tu mudanza, voy a empezar con la operación «Tormenta de bragas», tal como te prometí.

Me quedé mirando la pantalla. Me repetí en voz alta que era mi amiga y que la quería.

Hacía unos días que me había dado cuenta, pero no había tenido tiempo de echar un vistazo. Lo último que había hecho la muy pécora, antes de abandonar Alemania, había sido jugar con la lista de mis contactos. Los había cambiado, no solo el suyo. Empecé a olvidar el peso de nuestra amistad y a valorar la opción de matarla, hacerle un funeral bonito..., tal como merecía semejante bruja.

Según el nuevo orden mundial establecido por mi amiga, Donald Trump estaba entre mis contactos favoritos. Eché un vistazo al número como si no supiera a quién le había asignado el nombre. San Patricio, Barack Obama y otros tantos completaban la lista.

No volvería a dejarle mi móvil. Jamás. Ni siquiera aunque mi vida dependiera de ello.

De pronto pensé en Daniel llegando de correr, cosa que me hizo mirar la hora y salir disparada escaleras abajo.

Rebeka - 16:25: Sigo flipando con el cambio de nombres. Ya te vale. Como sigas portándote mal, no te mando la foto de hoy.

La reina del mambo - 16:26: ¡Mucho has tardado en darte cuenta! Espera a que veas esto.

Me senté en las escaleras de la entrada y encendí un cigarrillo mientras se abría el enlace que me había mandado Ana. La aplicación de YouTube se abrió de golpe y empezó a reproducirse un vídeo. Parecían imágenes de un concierto de Everlasting Wound grabadas con un móvil, con una calidad pésima, pero lo suficientemente buenas como para ver lo que estaba pasando.

Dos tíos se habían liado a tortazos entre bastidores. Los puñetazos eran brutales y la manera en la que uno de ellos acabó tirado en el suelo, lamentable. Tal vez estuviera herido, y aunque me dolía pensar en ello, no podía estar allí con él, porque su dolor sería ridículo al lado del mío. Pensé en llamarlo, fingir que me preocupaba lo justo y necesario, pero la espiral de destrucción en la que parecía encontrarse me frenó en seco. No quería verme envuelta en otro ciclo de autodestrucción; tuve suficiente con el de Nueva York. Sentí pena por Josh, porque, una vez más, se había convertido en el saco de las hostias. Jamás hubiera imaginado que Josh y Gary pudieran ofrecer semejante espectáculo, pero, otra vez más, lo había subestimado. Deseé que todo le fuera mejor, que recuperara el rumbo y que fuera feliz, porque también era lo que quería para mí misma, para el nosotros después de nosotros.

Me centré en escribirle un mensaje a Lucy mientras hacía tiempo para que apareciera Daniel.

Rebeka - 16:38: Lucy, acabo de ver el video en el que Gary y Josh se parten la cara, ¿qué demonios está pasando? Por cierto, ¿podrías mandarme tu dirección postal? Tengo que devolverte una cosa.

Lucy Gallagher - 16:39: Lo que pasa es que no es plato de buen gusto para nadie saber que tu mejor amigo te la está jugando. Las cosas se han puesto feas.

Lucy Gallagher - 16:39: Lucy Gallagher. 208 Arlington Rd. Belfast. Irlanda del Norte. Mándalo ahí.

Rebeka - 16:40: ¿Qué quieres decir?

Lucy Gallagher - 16:40: Ahora mismo no puedo hablar, estoy en el aeropuerto de NYC para coger un vuelo a Belfast con los chicos.

Rebeka - 16:41: ¿Por qué os vais a Irlanda del Norte?

Lucy Gallagher - 16:42: Porque no podemos volver a Londres. Hablamos en unos días. Besos.

Pensé que tal vez no era el mejor momento para devolverle las llaves, pero quedármelas tampoco era bueno para mi estado de ánimo.

Expulsé una bocanada de humo agobiada y me prometí que no me

machacaría con el tema. Porque yo ya no tenía nada que ver con él. Mantenerme alejada era lo mejor.

Me fijé en las maravillosas vistas que rodeaban la casa de mi hermano: cuarenta y tres hayas, robles alemanes..., o vete tú a saber qué; dos ciervos y Daniel, que por fin volvía de correr.

Observarlo se había convertido en una terapia que me hacía estar dispuesta a dejar de lado todos los problemas que me jodían la vida. Porque ¿qué había de malo en disfrutar de las vistas? No hacía falta tocar o saborear para que la imaginación metiera horas extra.

Aunque, en el fondo, me hacía echarlo de menos.

Cumplí con mi promesa. Enfoqué la cámara con disimulo, disparé y le envié una foto a Ana. Comenzamos con el análisis de la ropa que llevaba y los detalles de su escultural cuerpo. La acumulación de frustración sexual en mi interior alcanzó niveles alarmantes; las palpitaciones en sitios que no eran el corazón me durarían hasta la hora de cenar.

Pero, para mi desdicha, aquella tarde los poderes cósmicos volvieron a alinearse en mi contra, haciendo que todo empezara a cambiar.

Seguía sentada con la boca abierta, babeando y mirando fijamente a Daniel, cuando de pronto dejó de estirar para echarse el agua del botellín por la cabeza. Haciendo que disfrutar de las vistas se elevara a un nivel porno. Tenía que estar haciéndolo queriendo.

Ach du Scheiße!

Hice un cálculo rápido; si le saltaba al cuello, él necesitaría aproximadamente diez segundos para tenerme esposada contra el suelo. Y no exactamente para disfrute de ambos.

La mandíbula me rozó los pies cuando sus ojos me taladraron con una mordaz mirada de desaprobación. ¿Se había hartado de que lo observara? ¡Pero si era él el que provocaba a todo el barrio con su exhibicionismo!

Sonrió de medio lado y señaló mi cigarrillo. Casi sin quererlo, lo arrojé al suelo y lo pisé con insistencia.

Volvió a mirarme con el ceño fruncido; negó con la cabeza mientras imitaba el gesto con el dedo índice. Instintivamente me agaché, mostrando más canalillo del que la situación requería, y recogí la colilla del suelo para tirarla a un contenedor. Él continuó caminando como si nada, con sus andares de leopardo a la caza de un inocente conejito, hacia la entrada de su casa, regalándome una visión de su culo y su espalda que me daba ganas de invadir

Polonia. Puso un pie en alto con el objetivo de empezar con la segunda tanda de estiramientos.

Sonreí al pensar que, después de todo, no había sido tan difícil dejar de fumar.

—Vaya, vaya.

Cerré la boca de golpe y me atusé el pelo como si eso fuera a disimular algo.

—¿Qué haces, hermanita?

Me miró, miró a Daniel y lo saludó. El muy condenado seguía haciendo estiramientos con las piernas. Robert volvió a centrarse en mí.

—Ya entiendo —sentenció con una ceja alzada.

Mi hermano era de los que iban a pasar la ITV del coche en bus, pero ese día parecía estar más lúcido que en toda su puñetera vida.

—Déjame en paz, Robert —rogué con mi mejor mirada de cachorrito abandonado.

—Te lo estabas comiendo con los ojos. —Se echó a reír alucinado—. No sé en qué momento has crecido tanto, ni cómo cojones has llegado a esta situación.

—Me gustaría tener una buena excusa, pero como no es así... Efectivamente, estoy babeando mientras él estira semidesnudo en mitad de la calle. Me has pillado.

—La última vez que te vi jugabas con tus muñecas —susurró mirando fijamente a Daniel—. Eras una niña adorable...

—Ya no soy una niña, soy una mujer... humana. Y él es un hombre... vistoso, apetecible y simétrico —balbuceé.

—Simétrico. Interesante definición. ¿Quieres que hable con él? Puedo pedirle que estire en el jardín trasero de su casa.

—Déjalo estar, por favor.

—También puedo pedirle que se ponga más ropa.

La sonrisa maligna y calculadora de mi hermano me hizo ponerme en guardia.

—No me jodas, Robert...

—¡Daniel! Eh, tío, acércate un poco.

El susodicho nos miró extrañado, pero se acercó. Iba a verlo de cerca, y tendría secuelas el resto de mi vida. Además, mi hermano iba a tener una imagen bastante clara de mí a punto de cometer un disparate erótico-festivo.

—¿Qué pasa, Robert?

Le estrechó la mano con la voz entrecortada. ¿Por qué tenía que estar todavía jadeando?

—Me estaba preguntando... Te presenté a mi hermana, ¿verdad?

Varias horas más tarde, me senté a cenar con mi hermano y la señora estirada. Casi todas las noches cenábamos lo que en Alemania se conoce como *Abendbrot*, una cena fría, a base de diferentes embutidos, panes untados con dos toneladas de mantequilla, ensalada de arenques, pepinillos...

Robert insistía en que debíamos tener todas las conversaciones en alemán, para que yo me acostumbrara cuanto antes y Verena no se perdiera nada, como si realmente le importara lo que yo tuviera que decir. Además no lo necesitaba: hacer las prácticas en alemán y haber convivido con el idioma durante varios veranos en Berlín, donde interpreté mi famoso orgasmo, hicieron que la adaptación a la lengua germánica fuera muy fácil. Me sentía orgullosa de mis padres por habernos obligado a aprender dos lenguas extranjeras, porque el inglés me había ayudado a amar a Gary y el alemán, a huir de él.

—¿Qué tal van las prácticas? —preguntó Robert con interés.

—Bien, he pasado de manejar la cafetera a controlar la fotocopidora. Podríamos considerarlo un ascenso.

Mi hermano sonrió y Verena me miró arrugando el morro. Mis bromas no le calaban.

—Lo hemos hablado y estamos muy contentos de que estés con nosotros. Es genial, de verdad, no queremos que te vayas, pero tienes que empezar a hacer algo.

—Deberías aplicarte el cuento, hermanito. Yo al menos cumplo con las tareas que me pone la señora Merkel.

Y sí, lo dije en alto.

Mi hermano apretó los labios para no reírse y su novia hizo caso omiso al apelativo.

—Perdona, pero yo madrugo mucho —añadió Robert.

—Tú no madrugas, capullo, tú pintas las rayas de la carretera antes de que pasemos los demás.

—Muy graciosa. La cuestión es que salgo de casa a las seis de la mañana y

vuelvo casi a las cinco de la tarde. Trabajo muchas horas fuera, así que apenas tengo tiempo para dedicarme a las tareas del hogar.

Mi hermano pasaba todo el día fuera trabajando, o visitando a sus clientes por todo el país, y no me sorprendía en lo más mínimo.

—Robert, yo te quiero, lo sabes, pero tus pelotas son del tamaño de una furgoneta *retro* de Volkswagen.

Verena me miró con desaprobación y yo chasqué la lengua. Mi hermano ya no pudo aguantar la risa y explotó. Volvíamos a la acción. Sentí pena por ella y lo que iba a sufrir con el caos que reinaba allá donde íbamos los Arriaga.

—Lo que tú digas. Pero el tema de conversación no es ese. Tienes que salir, no puedes dedicarte solo a las prácticas. Antes de que viniera Ana te dedicabas a llorar las penas en la barra del bar de Heiko y ahora te encierras. El mundo sigue girando. Haz ganchillo. Sal a correr. Lo que sea.

Le lancé una advertencia con la mirada y él me guiñó un ojo. No entendí muy bien qué tramaba.

No estaba preparada para integrarme como una ciudadana normal, ni para tener esa conversación. De hecho, jamás lo estaría. Pero debía intentar reconstruirme, ¿no?

—Tu hermano tiene razón —asintió mi querida cuñada—, debes romper con la rutina. Puedes venir conmigo al club de lectura, a las reuniones de voluntariado... Prueba diferentes opciones y conoce gente.

Su proposición me dejó estupefacta. ¿Su club de lectura? ¿En serio?

Mi cuñada trabajaba de manera telemática para la Hacienda alemana, motivo por el cual pasaba el día en casa acechando a los morosos y mirándome mal cada vez que respiraba. Según decía mi hermano, era una de las guardianas del «cero negro» de las cuentas del país. Una de los autómatas que se encargaban de que las políticas de austeridad alemanas se aplicaran a rajatabla y de que yo no me bebiera una cerveza antes de las once de la mañana. Toda ella muy cuadrículada y ordenada.

—No necesito tu ayuda, pero gracias de todos modos —le dije a Verena.

Mi hermano protestó mientras me miraba mal.

—Yo nunca pedí una hermana pequeña y viniste igualmente. Más te voy a decir: me has seguido hasta cuando me he cambiado de país. Así que, ya que estás aquí, por lo menos intenta encajar y adaptarte.

Resoplé mosqueada.

—¿Hay algún otro sitio interesante en este pueblucho, además del Rocco's

de tu cuñado, que no cierre antes de las cuatro de la tarde?

—Puedes quedar con Daniel —sugirió mi hermano de sopetón como si tal cosa, y volvió a guiñarme un ojo.

Bingo. Su plan maestro sobre la mesa. Maldito fuera.

Verena se atragantó y se puso a toser.

—¿Daniel? —repetí alucinada—. No, gracias.

—¿Por qué no? —insistió él—. Está bueno, o, como decís las tías hoy en día, es simétrico, ¿no?

El silencio nos poseyó a los dos; mi cuñada seguía tosiendo y su cara empezaba a adquirir un tono berenjena un pelín preocupante.

Un par de minutos después, Robert me sonrió con suspicacia, ajeno a que Verena había sobrevivido y parecía estar a punto de liarse a patadas con él por debajo de la mesa. Yo me miré el color de las uñas: el pintaúñas que le había robado a mi cuñada era horrible.

—Es un tío aburrido, seco, estirado... y encima, está casado —espeté con cansancio.

Ambos se quedaron helados. Mi hermano, con el tenedor a mitad de camino cargado con un trozo de patata, y su novia se había convertido en la viva imagen del pánico. A lo mejor tenía fobia al matrimonio.

—Dime que no le tocaste las pelotas con el tema de su mujer.

¿Por quién me tomaba mi hermano? Bastante había tenido con tocarle la moral con su profesión.

—No. Ni siquiera me había fijado en que lleva una alianza hasta que tú mencionaste a Andrea. Entonces la vi.

—Te dije que debíamos contárselo —le dijo mi hermano a su novia entre dientes.

—Su mujer se fue. Andrea es su hija —afirmó Verena secamente. Me pareció ver que se le llenaban los ojos de lágrimas, cosa que me dejó a cuadros. ¿Debajo de toda esa fachada germana había una persona y no un robot?

De pronto mi visión sobre Daniel cambió. La dureza de sus palabras la noche de las hogueras cobró sentido: era padre soltero y yo, una niñata insufrible.

Había dos cosas en la vida que me asustaban a muerte: lo primero, que una avispa asiática de siete centímetros, de esas que se comen un jamón para desayunar y tienen más pelos en las patas que yo, se colara en mi coche

mientras conducía; y lo segundo, acabar colgada por un tío con una hija. Era una norma no escrita que me había impuesto, porque yo no estaba hecha para ese tipo de retos que exigían dedicación absoluta.

—Tiene una niña de cuatro años que pronto cumplirá cinco. Ya sabes que se mudaron hace poco, por eso creo que podríais llevaros bien; ambos estáis solos, jodidos y perdidos.

Pero por lo visto eso no entraba entre los planes de Verena, que no dejaba de poner cara de «ya hablaremos sobre tu grandiosa idea, capullo», pero sin palabrotas.

—Vale —afirmé con sinceridad mientras le lanzaba una mirada que decía claramente «te jodes» a Verena.

Yo necesitaba un amigo y ella necesitaba centrarse en sus cosas. Perfecto.

Pero por mucho que tratara de normalizar mi vida, a los pocos días del espejismo optimista ocurrirían dos cosas que iban a hacer que todo se volviera a tambalear.

6

LA RUINA DE MI EXISTENCIA

Gary Connolly - 05:05: Te agradezco que estés respetando el tiempo que te pedí, pero Lucy me ha devuelto las llaves de mi casa y no sé cómo me siento al respecto. Llevo toda la noche dando vueltas en la cama.

Gary Connolly - 05:07: Te quiero más de lo que nadie podría quererte jamás, más de lo que he querido a nadie y, por lo visto, más de lo que mereces que te quiera. Esa es la razón por la que te he alejado de mí.

Gary Connolly - 05:10: Me he dejado las pelotas tratando de hacer las cosas bien contigo, y aun y todo, la estoy cagando con la misma fuerza que lo intento. Últimamente he vuelto a ser la peor versión de mí mismo, y para cuando consiga poner Everlasting Wound en orden, tal vez sea demasiado tarde para recordar lo que teníamos.

Gary Connolly - 05:15: Tampoco sé cómo me siento en cuanto a eso.

Cuando Dios se ponía a planear catástrofes, le encantaba acordarse de mí: «Voy a lanzar un terremoto a la vida de Rebeka, aprovechando que todavía no se ha recuperado de la inundación, a ver cómo se lo monta». Y así.

Me quedé mirando la pared en estado de *shock* postraumático.

Incapaz de asimilar las imprevisibles consecuencias que me esperaban en el terreno desconocido que Gary había puesto frente a mí.

Cada vez que releía que me quería más de lo que nadie podría quererme jamás, el corte en mi interior se hacía más profundo, las piezas de mi precaria existencia volvían a separarse y me perdía en un remolino de sentimientos contradictorios que chocaban unos contra otros. Estaba indefensa, le había dado más de lo que mi corazón podía soportar y se lo había llevado todo con

él. Solo me quedaba el eco sordo de su voz en mi cabeza, diciéndome las cosas que un día tuvieron sentido y que hoy ya no tenían remedio. Porque todo estaba dicho. Me había rendido.

Sentí la urgencia de ponerme en pie, bajar las escaleras de un salto y salir de la maldita casa, antes de que mi estrés rompiera el techo. De pronto me encontré en mitad del jardín gritando. Las burradas que salían de lo más hondo de mi corazón iban a reducir a escombros el barrio.

Aunque en el fondo lo que quería era correr hacia Gary, estrecharlo entre mis brazos y partirle la cara.

Escuché cerca de mí cómo unos cuervos salían pitando hacia otro lado y vi cómo la vecina de mi hermano se metía corriendo dentro de casa; juraría que hasta se había santiguado. Lancé el móvil contra un arbusto, apreté los puños y centré mi visión empañada en buscar algo que pudiera destrozar a patadas.

La sangre me hervía en las venas como un fuego salvaje, el corazón me retumbaba descontrolado contra el pecho y los ojos me escocían, como si mis lágrimas se hubieran convertido en ácido.

Me tapé la cara con las manos y lloré como una ceporra quinceañera.

¿Qué demonios quería decirme?

Solo tenía dos cosas claras: estaba hecho un lío y si no citaba a sus pelotas no estaba contento.

Pese a todo, había cumplido con su objetivo: tomarse un tiempo, coger impulso y romperme en mil pedazos de nuevo. Porque sabía perfectamente que sus mensajes me destrozarían y que encima me harían sentir que lo merecía. Culpabilidad en todo su esplendor.

¿No sabía cómo sentirse en cuanto a las llaves de su casa? Yo tampoco cuando las recibí. Así que mala suerte.

¿Quería disculparse o pretendía que yo me rebajara?

Me di la vuelta enloquecida y pisoteé con saña lo primero que encontré: las azaleas de Verena. Salté sobre ellas aplastándolas con los pies. Primero las rojas y después las blancas. Como si la culpa fuera de mi cuñada y de sus florecitas de marras. Como si ella le hubiera dicho a Gary cuál era el momento perfecto para mandarme el mensaje.

Paré en seco recordando las palabras de Ana: podía trasladarme a otro código postal, pero nada cambiaría, mis sentimientos nunca cambiarían y siempre me dolería su pérdida. La odié por tener la razón una vez más. Le di una patada al arbusto.

Quien dijo que la distancia es el olvido merecía morir aplastado por un camión bañera cargado de remolacha azucarera.

Agarré la púa que colgaba de mi cuello dispuesta a arrancármela y tirarla a tomar por saco.

Pero no pude hacerlo. En su lugar me eché a reír como una psicópata.

La visión de mí misma a cuatro patas, rebuscando entre las azaleas desesperada, me pareció de lo más vistosa.

—Hola, Rebeka —escuché detrás de mí.

Me di la vuelta tan deprisa que la musculatura de mi cuello se resintió.

¿Qué diablos estaba intentando hacerme el destino? ¿QUÉ?

No tenía suficiente con que me viniera abajo por culpa de Gary y organizara un dramón, claro que no, tenía que colocarme a Daniel semidesnudo y sudoroso delante. Teniendo en cuenta que el jodido alemán de casi dos metros estaba bueno a más no poder, de repente, concentrarme en mi desgracia principal se convirtió en una tarea inviable. Me quedé bloqueada.

—¿Ha vuelto Robert?

Lo miré fijamente mientras me devanaba los sesos tratando de recordar si conocía a algún Robert. En su cara se materializó cierta expresión de preocupación. Rehuí su examen cometiendo el enorme error de fijarme en cómo se le apretaba la camiseta al cuerpo. Su enorme pecho subía y bajaba con rapidez; estaba exhausto. Parecía como si acabara de tener sexo.

Y yo en mallas, con una camiseta de Barrio Sésamo y con pintas de ama de casa amargada.

—¿Rebeka? —Chasqueó los dedos y dio un par de pasos hacia mí.

La cosa empeoró aún más cuando su esencia invadió mis fosas nasales. Olía a sudor, a masculinidad y a algo dulce que no supe identificar. Un aroma muy sensual, aunque no era el de Gary.

—¿Tu hermano? ¿Ha vuelto?

Me eché a reír como una idiota cuando me di cuenta de que se refería al otro hijo de mis padres.

—Todavía no ha vuelto de trabajar —acerté a decir.

—¿Estás bien? He oído gritos.

Me observó con cautela mientras se retiraba un auricular del oído izquierdo, dándome a entender que mis berridos de desesperación habían retumbado como un avión supersónico atravesando la barrera del sonido. Me dejé caer sobre uno de los peldaños de las escaleras de la puerta principal, elevé la vista

al cielo, suspiré y continué apretando el colgante. De alguna manera el dolor en la palma de la mano me mantenía en contacto con mi desgracia, ayudándome a no distraerme.

—Sí, claro, estoy perfectamente bien. —Lo miré con los ojos anegados de lágrimas y fingí una sonrisa—. Un mal día. La vida a veces tiende a volverse contra mí. Nada más.

Me miró con desconfianza.

¿Era capaz de ver a través de la densidad de mis mentiras? Porque yo era capaz de ver a través de la tela de su ropa...

Arrugó el ceño y posó su immaculado culo a mi lado. Yo me aparté un poco por seguridad, por si me entraban unas repentinas ganas de comérmelo y acababa haciendo algo estúpido empujada por el despecho. Nunca supe de dónde había salido tanto autocontrol.

Colocó las manos en las rodillas y estiró el cuello hacia los lados. Me estudió de nuevo con atención mientras yo me entretenía enrollando un mechón de mi pelo con el dedo. Parecía preocupado y poco dispuesto a pasar por alto la situación.

—Estaba echando de menos nuestro intercambio diario de miraditas. Justo cuando te he oído gritar. Sinceramente, pensaba que te habían partido en dos.

¿Por qué tuvo que elegir ese momento para ser humano y preocuparse por mí?

¿Por qué se exponía otra vez a ser testigo de mi famosa pirotecnia verbal?

Estaba a punto de llevarse la desagradable sorpresa de descubrir que sobria podía ser igual de insoportable cuando se trataba de Gary.

—Agradezco tu preocupación. —Solté la púa, que rebotó contra mi pecho, y él la observó con atención—. El barrio está a salvo, Batman, puedes irte a casa.

Suspiró con impaciencia y se puso en pie.

—Quítate esas botas y cálzate algo más cómodo para caminar. Vamos a dar un paseo por el bosque. —Señaló unos árboles a nuestra derecha y miró su reloj de reojo—. Tengo tiempo hasta que vuelva Andrea con la canguro.

De buenas a primeras Daniel pasó de ser un deportista buenorro y sonriente a convertirse en un poli mandón y con cara de pocos amigos.

Y mis lágrimas se habían evaporado. No debería haber soltado el colgante.

Lo último que me apetecía era ver su ceño fruncido, pero no pensaba ceder.

—No, gracias. Prefiero fumar —dije para chincharle.

Cogí el paquete del escondite secreto, detrás de una de las ciento cincuenta macetas de mi cuñada, y me dispuse a sacar un cigarrillo. Inesperadamente, él me lo quitó de las manos y lo tiró a un contenedor. Encendió a la primera. Su perfección en tantos sentidos me fascinaba.

—Pensaba que lo habías dejado: esta conversación ya la tuvimos hace unos días.

—¿A cuál de todos los días en los que me has intentado asesinar con la mirada te refieres como conversación?

Resopló y se revolvió el pelo.

—Levanta y vamos. —Me ofreció su enorme mano.

—¿Me estás dando órdenes otra vez? —pregunté con tono áspero.

—No, solo lleno un vacío en la cadena de mando de tu vida. No pareces capacitada para hacerlo por ti misma, y menos después de cómo has destruido las azaleas de Verena. ¿Qué tienes en contra de la flora alemana? —Señaló indignado hacia los arbustos en flor destrozados.

Me sentí como si volviera a ser una mocosa de ocho años y él me fuera a regañar apretujándome los mofletes con sus enormes dedos. Miré las florecitas de reajo. Malditas chivatas.

—Tú en la función del cole siempre hacías de tercer árbol por la derecha, ¿no? Lo digo por tu fluida verborrea, el salero que te caracteriza y la habilidad que tienes para hacerme sentir como una niña inmadura. Son unas malditas flores: volverán a crecer. El ecosistema alemán está a salvo.

Me miró mosqueado, como si le hubiera dicho que los Mercedes se fabricaban en la India —algo que probablemente era verdad—. Retiró su mano, pero sonrió con timidez, gesto que me retorció las entrañas, porque no había contado ningún chiste.

—Tu sarcasmo es adorable. Levanta.

¿Era inmune a mis rechazos?

—Me debes seis euros —espeté enfurruñada, buscando pelea.

Mi mundo acababa de convertirse en un infierno y él no era capaz de respetarlo dejándome en paz.

—Levanta —ordenó con voz cortante de nuevo, volviendo a ofrecerme su mano.

La observé durante unos segundos. Solté un suspiro de asqueo, alargué mi mano y me impulsé para levantarme.

Lo taladré con la mirada tratando de dejarle bien claro lo mosqueada que

estaba. Primero, por el mensaje de Gary; segundo, porque me había tirado el tabaco a la basura, y tercero, porque pretendía sacarme de paseo.

—¿Hay algo que quieras decirme? —Puso los brazos en jarras y alzó una ceja desafiante.

—El verde lima no te sienta nada bien. —Señalé la camiseta que hacía las veces de piel en su cuerpo sonriendo como si hubiera dicho algo de lo más gracioso.

Él siguió mirándome extrañado, pero no dijo nada. Cosa que me puso un pelín nerviosa.

Entré al recibidor para cambiarme el calzado con él pisándome los talones, como si pensara que iba a atrincherarme en el baño para escaquearme del paseo, como si no supiera que, en caso de hacerlo, él estaba entrenado para tirar la puerta abajo de una patada.

—¿Qué problema tienes con mi ropa de deporte? —inquirió con cierta duda en la voz y mirándose el cuerpo; había necesitado un rato para darse por aludido.

En otra situación me habría mantenido callada, pero estaba tan pasada de rosca que necesitaba llamar a las cosas por su nombre. O fumar. Pero como me había jodido el plan...

—Tú no te das cuenta de la pinta que llevas cuando vuelves de hacer deporte, ¿verdad? Algún día te van a hacer cosas... cosas muy deshonestas y ardientes sin tu consentimiento.

Salí de casa como una exhalación, con él detrás. Nos dirigimos hacia el bosque sin mediar palabra. La ligereza de mis pies sobre la hierba me hizo sentir bien, aunque por cada paso que daba él, yo daba tres. Respiré hondo y mis pulmones reaccionaron al oxígeno insuflándome energía.

—No puedes corretear por el vecindario —continué con una sonrisa maliciosa— con tan poca ropa y empapado en sudor. Y, sobre todo, no puedes hacer los estiramientos en mitad de la calle para que todas veamos la cantidad de músculos que tienes. No con ese cuerpo. Es peligroso.

Paró en seco y se echó a reír.

—Pues no mires. —Se cachondeó.

Me detuve varios pasos por delante y giré la cabeza de manera coqueta.

—Hacerlo es mucho más divertido. Consigues distraerme.

—Entonces no te quejes —sugirió mientras me adelantaba por la izquierda a toda mecha.

Me indicó con la mano que continuáramos por el sendero de la derecha. Mis pies obedecieron sin rechistar. La verdad era que el paseo me estaba sentando de maravilla, pero no pensaba decírselo.

—No me quejo. —Le dediqué una mirada intensa y volví a fijar la vista en las raíces traicioneras del suelo—. Me limito a explicar la situación; tú eres el que quería saber cuál es el problema.

—Sabes que soy policía federal, ¿verdad?

—Sí, y también sé que no vas «armado». —Dibujé unas comillas en el aire—. Tu ropa no deja mucho a la imaginación.

Le dediqué una sonrisa de suficiencia. Él se puso serio.

—Me habían dicho que eras la chica de la sonrisa rota, pero me alegra ser testigo de que sigues sabiendo usarla. Es francamente fascinante.

Mi corazón se saltó un par de latidos como si tal cosa.

Lo miré de reojo e intenté adivinar sus pensamientos. ¿Sentía lástima? ¿Curiosidad?

Nos adentramos en silencio en la oscuridad del bosque que se cernía a nuestro alrededor. Hayas y más hayas. Me relajé escuchando los sonidos del viento moviendo las hojas y el agua corriendo en algún riachuelo cercano. Hasta que Daniel rompió mi feliz conexión con la naturaleza con su voz.

—Y ¿qué ha pasado para que hayas terminado gritando en el jardín de tu hermano? —inquirió con tono de preocupación.

—He recibido un mensaje y me he venido abajo como una maldita torre de naipes. Soy la jodida reina del drama. Si me conocieras, no te habría sorprendido.

Me miró fijamente mientras asentía.

—Supongo que todo esto tiene que ver con tu ex, el que te hizo rozar el cielo con los dedos hasta que te dejó caer al vacío.

Me sorprendió que recordara mis palabras.

—Supones bien, querido inspector Gadget. Mi segundo Ex, con mayúsculas. Todavía estoy familiarizándome con nuestro nuevo parentesco.

—¿El amor de tu vida?

Resoplé abatida.

—Más bien la cicatriz más fea que atraviesa mi corazón. La ruina de mi existencia.

Me dedicó una sonrisa cómplice y ralentizó un poco el paso.

—¿Cómo os conocisteis? —disparó como si tal cosa.

De buenas a primeras, tropecé con una raíz, me fui de morros al suelo y acabé despatarrada a sus pies, por supuesto. Desenredé la maraña de pelo que me cubría la cara, restregué mis manos sucias en los pantalones y lo miré con cara de fastidio. Él me observaba desde las alturas con los brazos en jarras y un gesto de incredulidad.

—Entiendo que no te guste hablar del tema, pero no hace falta que te tires al suelo. —Me ofreció su mano por enésima vez ese día—. No te voy a obligar a hablar si no quieres.

Me agarré con las dos manos a la suya y él tiró con demasiado ímpetu, haciéndome casi volar, para acabar chocando con su duro cuerpo. Me rodeó con sus fuertes brazos y me sostuvo para que no volviera a perder el equilibrio. Acabé con mis manos en sus pectorales y sobándolo un poco sin querer. Su pecho era férreo y estaba torneado al detalle.

Madre mía, qué obra de arte.

—Siento haberte incomodado —susurró a pocos centímetros de mi boca; su aliento me rozó y sentí un cosquilleo por todo el cuerpo—, solo pretendía ayudarte. Tal vez yo sea más asequible que tu hermano para hablar de esos temas.

—Querrás decir apto. —Le di una palmadita en el pecho, más por toquetearlo que otra cosa, y él resopló.

—Me alegro de que estemos en la fase de la amistad en la que me corriges el idioma. Denota mucha confianza. Sobre todo, cuando no es tu propio idioma.

—Perdona. No era mi intención...

Separé mis manos de su pecho a regañadientes y comencé a andar de nuevo un pelín acalorada.

Él me siguió y pronto estuvo a mi altura.

—Tranquila. —Sonrió de nuevo tratando de quitarle importancia—. La cuestión es que puedes contar conmigo y confiar en mí, si te hace sentir mejor... Sé que te sientes sola.

Me detuve junto a un árbol y lo observé cautivada: me estaba ofreciendo su ayuda, después de lo grosera que fui la noche que lo conocí. Me estaba lanzando otro salvavidas.

La verdad es que, cuando no hacía de enanito gruñón, se convertía en un hombre de lo más interesante. Me pregunté si a esas alturas ya había cambiado de opinión o si seguía pensando que era una pirada fuera de

control.

Apoyó el hombro en el tronco y se metió las manos en los bolsillos de su pantalón corto.

—Venga, cuéntamelo —rogó.

Tal vez tuviera algo que ver con el hecho de que me ahogaba cada vez que recordaba los mensajes, pero me apeteció hablar del tema. Me remonté a principios de aquel año, le conté cómo lo conocí y él escuchó en silencio.

—Hace como unas diez malas decisiones y otras tantas cagadas, éramos todo fuego y pasión. Algo que duró seis meses, los mejores que he vivido. Pero después, nuestra relación acabó convirtiéndose en un baile de máscaras. Resulta que antes de conocerme había estado rellenando el currículum, toda una joyita: infidelidad, drogas, alcohol, antecedentes... Lo tenía todo, era un rockero de libro. —Sonreí con amargura—. Y no me enteré de nada de eso hasta que ya llevábamos meses juntos, y ni siquiera me lo contó él. Supongo que sobrevaloramos los sentimientos, porque no hemos sido capaces de construir una relación sólida y sana. Lo peor no fue perderlo, lo peor son las consecuencias. Sin él me siento... vacía.

Fui infiel a mis sentimientos sin pestañear. Pero, sobre todo, fui injusta con Gary: mis palabras no reflejaron todo lo que había significado para mí, pero prefería culparlo y continuar en la fase de la ira que comenzar a culparme y entrar en la fase de la aceptación, porque hubiera supuesto un paso hacia el final. Esa era mi triste manera de restablecer el equilibrio entre el vacío y la saturación emocional de mi interior sin morir en el intento.

—Agradezco que seas sincera conmigo.

Apoyé la espalda contra el tronco del árbol y lo miré arrepentida.

—Podría haber edulcorado la historia, contarte que luchamos a muerte para conservar la relación, pero no fue así. Lo nuestro fue tan bonito como difícil, lo más intenso que he vivido jamás, en todos los sentidos, y él es el epicentro del terremoto de mi vida. Eso tengo que concedérselo —dije compungida.

—Y te dejó.

—Fui yo la que lo dejó. Por lo que se ve, también soy yo la que es incapaz de tragarse el dolor para seguir adelante. Pero alguien tenía que acabar con lo nuestro; no podíamos seguir haciéndonos daño y llamarlo amor. Nuestra relación se había convertido en un cúmulo de sentimientos demasiado intensos y muchas mentiras que estaba a punto de sepultarnos.

Ladeó la cabeza y me miró con lástima.

—Pero te rompió el corazón. Por eso estás aquí.

Noté una profunda conexión entre nosotros; entendía mi dolor, tal vez mejor que yo.

—Todos hemos roto el corazón de alguien. Pero él hizo más que eso: pisoteó mi confianza y me despellejó a la primera de cambio. Tal vez nunca me quiso de verdad..., no lo sé. Ese es el motivo por el que no puedo volver con él, por mucho que sin él me sienta rota.

—No lo estás. Solo estás herida. Y los mensajes que te ha mandado lo han revuelto todo.

—Sí, así es. Han disparado mis miedos y mis dudas. —Agaché la cabeza cuando mi mente me deleitó de nuevo con el recuerdo de sus palabras.

Daniel se acercó y puso su mano con suavidad en mi barbilla; su cercanía y el calor de su tacto me tranquilizaron. Lo miré a los ojos agradecida. El turquesa de sus iris, que me pareció tan frío la primera vez, me resultó hermoso y reconfortante. Nada que ver con la marejada que me provocaba el cobalto pasional de Gary.

—¿Qué quería? —preguntó con curiosidad.

—No lo sé. —Traté de volver a rehuir su escrutinio, pero no me lo permitió—. Las cosas están tan jodidas y retorcidas entre nosotros que nunca entenderé lo que realmente quiere de mí. Soy muy cauta con las personas cuyas palabras no casan con sus actos. Lo más gracioso es que probablemente le sorprenda que esté hecha un lío y que no haya salido corriendo a sus brazos, pero la verdad es que no puedes soltarle frases como «lo nuestro nunca se acabará» a una tía justo en el momento exacto en el que la relación se ha ido a la mierda y pretender que siga ahí para ti.

—Ese tipo de frases son posesivas. —Arrugó la nariz disgustado y su pulgar me rozó la cara con suavidad. Contuve el aliento por la sorpresa de que me tocara de nuevo, de que un tío lo hiciera deliberadamente después de tantos días.

—No, no es una persona posesiva, esa es otra historia.

Daniel me miró receloso, pero no tiró del hilo. Se lo agradecí en silencio. Si tenía que ponerme a hablar sobre Alex, terminaríamos viviendo en el bosque.

—Pero te sientes acosada por sus mensajes. Puedes confiar en mí, haré todo lo que esté en mi mano. —Me acarició la cara de nuevo, esta vez con más decisión, provocando que mis mejillas ardieran.

—No me siento acosada —negué categóricamente—. No es un cabrón, es

un buen tío.

Si algo no entraba en la categoría de Gary, porque tenía la suya propia, era ser acosador o posesivo.

—Entonces, no lo entiendo. Según me has dicho, habéis pasado por un mal momento y lo has dejado, pero ¿por qué te afectan tanto sus palabras? ¿Por qué dejas las cosas a medias? ¿Qué te impide arreglarlo si tan buen tío crees que es?

Daniel era un hacha dando en el clavo. Pero yo no tenía tantas respuestas.

—Todo y nada. Él es tan imprevisible como intentar desactivar una bomba con los ojos vendados y usando los dedos de los pies. No voy a convertirme en una mujer sumisa que lo permite todo. Además, ¿dónde se ha metido durante estas semanas? No he sabido nada de él y ahora me manda esos mensajes...

—Si te agobia, siempre puedes bloquearlo en el teléfono, o yo puedo hacer algo más radical, como tú prefieras —ofreció como si tal cosa.

—Tío, no te pases. Guarda el poli que llevas dentro, ¡sé defenderme! —Subí el tono disgustada y me aparté un poco—. Ahora mismo solo necesito un amigo.

Daniel puso sus manos en mis hombros. Ese gesto tan simple hizo que una sensación de protección me atravesara de los pies a la cabeza.

Había un montón de cosas que estaban mal en esa situación: su osadía para tocarme una y otra vez, y, sobre todo, mi regocijo por que lo hiciera.

—No vamos a pegarle una paliza. —Sonrió—. Pero podemos conseguir una orden de alejamiento para que te deje tranquila una temporada. Eso incluye que no pueda mandarte mensajes, ni llamarte... Todo lo que te haga sentir segura.

—No me sentiría ni bien ni cómoda. No es ese tipo de tío, en serio.

Bajó sus manos hasta mis codos apretando con suavidad.

—Si no quieres que lo haga yo, Heiko puede encargarse del papeleo sin problemas.

Me deshice de su cercanía y me alejé un par de pasos. En parte porque su proximidad me estaba empezando a desorientar.

—Eso sí que no. Tengo por norma mantenerme lejos del Hombre Amor. Él sí que es un acosador en potencia.

Se rio por lo bajo y yo sonreí satisfecha.

—Es un bromista, pero es un policía muy respetado.

Dio un par de pasos acabando con la escasa distancia que nos separaba. ¿Qué demonios le pasaba con el espacio vital ajeno? ¿Y a mí?

—Si yo no digo que no lo sea, pero las malas lenguas dicen que, si te acercas más de la cuenta, te quedas embarazada. Es su esencia, que flota a su alrededor como un fertilizante superpotente.

Se dobló sobre sí mismo muerto de risa. Nunca había tenido el extraordinario placer de verlo tan desenfadado, así que disfruté del momento. Era sexy a rabiar.

—Esto se lo pienso contar —dijo mientras se secaba las lágrimas de la cara.

—No le veo la gracia. Ese tío es... —Me rasqué la barbilla tratando de buscar la palabra correcta que lo definiera—. ¡Agh!

—A veces es políticamente incorrecto: es su careta para que nadie lo conozca de verdad. Ha tenido tantos problemas con sus hijos que la última vez que lo llamaron del instituto se fue directo a comisaría... Pero tampoco es para tanto.

—No, qué va, ¿no recuerdas la noche que nos conocimos? Pretendía que después de haber cruzado un par de palabras compartiéramos nuestro amor desenfrenado en ese banco de mala muerte que había calentado restregando el trasero.

—Me resulta imposible olvidarlo. Nos sacó una foto y me la puso en mi despacho a la mañana siguiente con una nota llena de obscenidades. Tu cara era un poema. Siempre que la miro acabo riéndome.

Vaya. ¿Tenía una foto de los dos en su mesa de trabajo?

—No me da mucha tranquilidad saber que ese tío va armado y con placa. Y que haya cinco vástagos suyos pululando por el planeta, menos.

—Estás obsesionada. Es un trabajo como otro cualquiera. Te puedo asegurar que lo hace muy bien; le ha tocado tratar con temas muy duros. Además, gracias a Heiko he podido volver aquí; se ha hecho cargo del traslado y me ha facilitado las cosas mucho.

—Lo que nos lleva a tu historia. Siento que tu mujer se fuera... Mi hermano me lo contó.

Se quedó mirando al pasado apesadumbrado.

—Es complicado.

Miró hacia otro lado, pero fui capaz de captar el dolor.

7

OH, CAROL

—Lo siento igualmente. Eres un poco estirado. —Le guiñé un ojo de manera cómplice—. Pero te agradezco que me hayas sacado del jardín a rastras. Y, bueno, tú también puedes hablar conmigo, puedes empezar por la parte menos complicada. ¿Cómo os conocisteis?

—Está bien, es lo justo.

Me miró entristecido, pero, pese a todo, se sentó sobre un tronco caído. Me hizo un gesto para que lo acompañara, cosa que hice encantada.

—Nos conocíamos desde niños. Carol era amiga de Verena, y yo era su vecino. Así que la veía a menudo, pero nunca cruzamos más de dos palabras. Cuando comencé el curso en la academia de policía, descubrí que trabajaba en la cafetería. Así que empecé a ir cada día a tomar café solo para poder hablar con ella. Era preciosa. Andrea es idéntica.

El corazón se me puso del revés y comenzó a latir de manera errática. Sentí pena por la niña, que no tenía la culpa de que su madre hubiera abandonado a su padre, y pensé que tal vez Carol volvería algún día para arruinar la vida de los dos.

—Me costó dos años de academia y varias úlceras, por la escasa calidad del café, pero conseguí que saliera conmigo. Tres años después, cuando yo ya estaba destinado en el sur de Alemania, nos casamos, y a los seis meses nació Andrea.

El tiempo se detuvo a nuestro alrededor.

—¿Te casaste de penalti? —pregunté con una voz demasiado aguda que no ocultaba en lo más mínimo lo asombrada que me había quedado. Acababa de descubrir que don Perfecto no era tan sensato como fingía ser, ni caminaba por las aguas. Me dieron ganas de cantar «¡Bingo!».

—Efectivamente —contestó ruborizado.

—Vaya.

—Deja de mirarme así, Rebeka —pidió con fastidio.

—No te estoy mirando de ninguna manera.

Mentira cochina. Estaba flipando con sus flaquezas; tenía los ojos abiertos como dos melones y la barbilla me rozaba las tetas.

—No me fastidies. Parece como si te acabaras de dar cuenta de que, si Andrea es hija mía, es porque he practicado sexo por lo menos una vez en mi vida.

—Oh, no... No es eso. —Me ruboricé y traté de disimular fallando de manera estrepitosa.

—No me mientas, me estás mirando como si se me hubiera caído el halo que crees que llevo sobre la cabeza y, ¿sabes?, no soy ningún santurrón.

—Bueno, eres un tío un poco... ¿formal? ¿Serio hasta el extremo?

«¿La antítesis de Gary?», pensé mientras él me observaba mosqueado.

—No sé, siempre estás enfurruñado, las dos veces que hemos hablado me has dado la charla..., me miras mal cuando hago comentarios sarcásticos, o de otra índole... De manera que no te pega casarte de penalti. Para nada.

Se revolvió el pelo con la mano y me lanzó una sonrisa sardónica.

—Sé que soy de la vieja escuela, de los que se toman las cosas con calma y van siempre por el camino correcto. Sobre todo, desde que tengo a Andrea. Pero también hubo un tiempo en el que hacía locuras, no nací policía. Ni padre.

Estaba deseando conocer a ese Daniel. Pensamiento que me dejó estupefacta.

—Lo de ser poli ¿lo llevas en la sangre? Proteger, servir..., todo ese rollo. Tengo curiosidad.

—Es mucho más que eso. Mi padre también fue policía; aprendí de él que debemos proteger a las personas y que hay muy poca gente dispuesta a hacer este trabajo.

—¿Tu padre también era poli? —pregunté asombrada.

—Al principio trabajó en los controles fronterizos entre la República Federal y la República Democrática, tratando de ayudar a la gente, o al menos intentando evitar que les dispararan desde el lado soviético. Después de la caída del Muro, pasó a ser policía federal como yo. Trabajó encubierto en varias ocasiones: todavía quedaban muchos restos de la guerra en los que

había que indagar y mucha gente que no había pagado por ello.

Noté cierta reticencia en su voz, pero quise saber más.

—¿No te gusta hablar del tema?

—Debes entender que en Alemania todos tenemos dos historias: la que no contamos, que narra cómo se involucraron nuestras familias en la guerra, y la que sí contamos, qué estábamos haciendo y dónde cuando cayó el Muro. Pero una cosa lleva a la otra, así que lo habitual es evitar el tema.

—Cuéntame la parte fácil. Déjame conocer tus motivaciones.

Sonrió indeciso.

—La casa en la que vivimos hoy en día está situada en los terrenos que recibieron mis abuelos por parte del Estado en la posguerra; no tenían otra opción que cultivar para comer, el país estaba destrozado y hundido en la miseria... Viví ahí con mis padres y mi hermana hasta los cuatro años, cuando tuvimos que mudarnos a treinta kilómetros del Muro, cerca del Harz, que en aquella época estaba dividido entre los dos países.

—¿Cuando cayó el Muro tenías cuatro años y te acuerdas? ¿Una hermana?

Se echó a reír mientras yo imaginaba a dos niños pequeños con unos ojos turquesas preciosos y el pelo prácticamente blanco.

—Sí, tengo una hermana pequeña que estudia cerca de Berlín. Y no, no tenía cuatro años: acababa de cumplir seis en mayo. La caída del Muro fue un proceso lento y largo por el que pasamos con emociones encontradas: miedo de que los rusos lo pararan sacando los tanques e ilusión por que las cosas cambiarían. Estuvimos durante semanas basculando entre la libertad y la tercera guerra mundial. No lo entendía del todo, pero sabía que era algo importante, lo notaba. La noche que finalmente sucedió, lo vimos por la televisión; salía Berlín en directo con las calles tomadas por la gente. Lo celebramos por todo lo alto con todos los vecinos del pueblo. A los pocos días, los supermercados estaban vacíos y las calles, llenas de *Trabbis* de todos los colores.

—¿Qué demonios es un *Trabbi*?

—*Trabbi*, en singular, es el apodo del coche de bajo costo Trabant, típicos de la ex RDA. —Hizo una pausa y ambos sonreímos; era la primera vez que alguien me hablaba en primera persona sobre algo que solo había leído de pasada en los libros de historia. Recordé con una punzada de dolor la historia de la Torre de Londres y a Gary contándomela.

—Una tarde —continuó— mi padre volvió pronto del trabajo; cogimos su

Golf GTI del 74 y cruzamos a Dresde. Fue alucinante visitar las zonas de nuestro propio país que no habíamos podido durante años y conocer allí a algunos familiares de mi madre. Cuando nos mudamos del Harz, acabé el instituto y me metí en la academia. Quería hacer grandes cosas como mi padre.

—¿Crees que lo has conseguido?

—Sí. Hay algunas cosas de las que me siento orgulloso y de las que nunca podré hablar. Pero hoy en día, que soy un policía de tráfico, apenas hago nada por mejorar la situación en la que estamos. Si no fuera porque tengo a Andrea, me hubiera alistado para ir en misión humanitaria a algún campo de refugiados.

—Que lo entienda no significa que me guste, pero creo que tus motivaciones son muy nobles. Además, yo tampoco te gusté a ti y aquí sigues, aguantando mis penas, así que estamos en paz.

—¿Vas a dejar de ver mi trabajo como algo malo? —Sus ojos brillaron por la emoción.

—Si lo tuyo son la disciplina, la ley y las armas..., lo respetaré, haré un esfuerzo. Aunque sigo pensando que deberías soltarte un poco y disfrutar más. Tu mujer se ha ido, vale, de acuerdo, menuda putada, ¿y qué? Eres joven y estás francamente bueno. Date una oportunidad.

Se revolvió el pelo un pelín descolocado. Me mordí la lengua demasiado tarde: había vuelto a olvidar el poder que tenían mis palabras para dejarlo traspuesto.

—¿Eso ha sonado a piropo? —Me sonrió—. Puedes retractarte, todavía no me lo he creído.

Suspiré y me acerqué un poco más a él. Puse mis manos sobre las suyas. Ambos nos sorprendimos por la cercanía: era como si nuestras desgracias se atrajeran.

—No voy a rectificar mis palabras.

¿Debía repetirle lo jodidamente bueno que estaba? Porque tenía en mente una lista interminable de argumentos a favor de tirármelo, y no era una persona demasiado consecuyente con las decisiones que tomaba.

—¡Dios! Alguien tiene que decírtelo: eres una bomba sexual y ni siquiera eres consciente de ello. Cualquiera chica estaría deseando salir contigo. Eres responsable, padre de familia, tienes un trabajo estable... Por no mencionar otras cosas menos triviales y más lujuriosas que quedan en evidencia cuando

corres semidesnudo, mostrando toda esa carga sexual que emana de tu cuerpo.

Me miró con una ceja arqueada. Tal vez me había pasado un poco. Otra vez.

Pero él, ajeno a mi autoflagelación, acarició la púa que me regaló Gary y frunció el entrecejo.

—¿Merece la pena tanto sufrimiento por él?

Me quedé mirándolo fijamente sin saber qué contestar.

—Si tienes que pensarte la respuesta, estás jodida. El mero hecho de pararte a valorarlo...

—Lo sé.

—¿Te gustaría no haberlo conocido? —insistió.

—Rotundamente no. Sé que he sufrido mucho y que lo seguiré pasando mal, pero no cambiaría ni un maldito día a su lado.

—¿Quién es el rockero? Puedes decírmelo...

Y fue a dar con la parte con la que yo no podía lidiar, porque hablar sobre su carrera en la música lo cambiaba todo.

—Hay algunas cosas de las que prefiero no hablar y esa es una.

—Lo entiendo. Yo también tengo algunas barreras insalvables cuando se trata de Carol. Pero, Rebeka, siempre que me necesites, estaré en la casa de enfrente. No hace falta que sigas destrozándote el hígado y pisoteando flores para calmar el dolor. Lo puedes compartir.

Sonreí nerviosa; tal vez tenía delante a mi próximo error. Chasqué la lengua.

—¿Por qué fuiste tan seco conmigo la noche de las hogueras?

—Porque tengo una hija.

—¿Y eso te da derecho a todo? —pregunté indignada.

—No, claro que no, pero me obliga a pensar las cosas dos veces. —Suspiró preocupado—. Cuando nos conocimos me preguntaste de qué huyo, y la respuesta es: de mujeres como tú, heridas por haber amado más de lo que han recibido a cambio.

Entonces sucedió lo imposible, el supuesto remedio a todos mis males empezó a funcionar: el disgusto y la ira por los mensajes abandonaron del todo mi cuerpo. Daniel estaba consiguiendo calmarme, hacía que los problemas con Gary parecieran minúsculos y lejanos.

Ni siquiera me pregunté si era correcto salir de casa destrozada por un tío y

volver hecha un manojo de esperanzas por otro.

Después de todo, tal vez sí que había un príncipe en mi cuento de Blancanieves.

Aunque tuviera cara de capullo, fuera un poco hurraño y me hubiera costado reconocerlo a primera vista.

Nada más llegar de mi paseo amazónico llamé a Ana para contarle mis últimas aventuras.

—¿Has empezado a colocarte con ácido? Dime que sí, por favor.

Me tiré en la cama y miré el techo un poco mosqueada.

—No tiene nada de malo salir a dar una vuelta con Daniel.

—Lo que me preocupa es: ¿cómo demonios has acabado en el bosque por tu propia voluntad? ¿Te has metido en una secta adoradora de la Madre Tierra?

—Muy graciosa. He tenido un mal día, y aunque haya sido solo un paseíllo, necesitaba soltar adrenalina. Ya te dije que no quiero seguir compadeciéndome, bebiendo sin control y acabando con la cabeza metida en la taza del inodoro. ¡Voy a superar esta mierda!

—Y se te ocurre aceptar un paseo con él. Estás especulando con tu vida más de lo que deberías.

—Déjalo, he tenido un mal día y no quiero empeorarlo.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó esperanzada.

Me incorporé en la cama de golpe. ¿Estaba detrás de los mensajes de Gary? Respiré hondo. Intenté no sacar las cosas quicio dejando pasar el tema como si nada. No quería escuchar sus descabellados consejos y sus baratas excusas.

—No. Todo en orden. Los dramas habituales que inundan mi vida, ya sabes. —Hice una pausa—. Bueno, espera, sí que hay algo que debo contarte —dije con misterio.

—Delítame, soy toda oreja.

Esperé unos segundos para darle más emoción al asunto.

—Daniel tiene una hija —anuncié con contundencia.

De pronto escuché un golpe e interferencias.

—¿Ana?

Más ruidos y varios tacos. Al menos estaba viva.

—¿Rebeka? —preguntó con urgencia.

—Sí. Aquí sigo.

—Joder, menos mal, nunca me había alegrado tanto de oír tu voz —se carcajeó de manera socarrona—. Me he venido arriba queriendo aplaudir y he olvidado sujetar el móvil. Se me ha caído al suelo, y aunque no mido dos metros, la hostia ha sido considerable.

Nos echamos a reír. La efusividad de mi amiga excedía todos los límites de la lógica.

—Que Daniel tenga una hija ¡es una gran noticia!

Puse los ojos en blanco: sabía perfectamente qué era lo que le parecía tan maravilloso.

—Te asegura una buena experiencia, tiene práctica y sabe usar su herramienta, de eso no hay duda.

Así resumía las cosas mi amiga. No sé qué era lo que me sorprendía.

—¿Tú crees? Porque su mujer lo abandonó, con la niña y con ese cuerpazo que tiene. Aquí hay gato encerrado. Una tía no sale corriendo, así como así, dejando atrás semejante pastelón.

—¿Tú te escuchas cuando hablas? —me reprochó—. Porque, perdona que te lo recuerde, pero tú eres la reina de las fugas. Así que no eres la más indicada para juzgar a su ex. Tal vez ser madre la superó, se enamoró del cajero del súper y se largaron a vivir a Bratislava, se alistó para poblar Marte... ¡Quién sabe!

—Sigo sin verlo claro. Además, él no quiere hablar del tema.

—Yo lo veo bien clarito. Aunque nunca lo haya hecho, es un padre al que me tiraría. ¿Qué quieres que te diga?

—No puedo, con hija o sin ella. Gary...

—Sé que es un asco. Amamos a quien amamos, es inevitable, pero una cana al aire es legal e imprescindible. Venga, tía, hagámoslo a mi manera. Vamos a hacer dos listas: la primera, ¡cosas a favor de Daniel! —gritó como una animadora de feria, haciéndome reír.

—Está bien. Daniel está más bueno.

—Perfecto. ¡Empecemos por lo superficial!: Gary tiene más pasta.

8

ODIO VERTE SOLA

Varios días después de mi paseo con Daniel, salí de la oficina a primera hora de la tarde. Abrí mi pequeño paraguas rojo, me coloqué debajo y me encogí helada de frío. Me sentí fuera de lugar, como si no fuera una bilbaína de pura cepa que se había enfrentado en más de una ocasión a cuarenta días y cuarenta noches de lluvia. Una alerta naranja por lluvias y vientos no era nada nuevo para mí, pero, tal vez, mi estado de ánimo lo estaba exagerando todo.

Caminé por la acera unos metros, prácticamente a ciegas, más o menos hasta que el estridente pitido de una bocina me hizo levantar el paraguas. Me encontré con un Mercedes GLC plateado. La mayoría de los alemanes conducían modelos fabricados en el país; según mi hermano, no contribuir a la economía nacional era un pecado mortal castigado con comer bocadillos de *Sauerkraut* (o col ácida para el resto de los mortales) con Nutella.

Le lancé una mirada de mosqueo al propietario del enorme Mercedes. Acto seguido, me quedé petrificada.

Daniel estaba dentro del coche, vestido con ropa deportiva, resguardándose de la lluvia que caía a mares.

—¿Pensabas pegarme con el paraguas? —me dijo muerto de risa.

—No hables en pasado con tanta facilidad —espeté de cachondeo—. Casi me matas del susto con tu bocinita, piii, pi-piiipii. Idiota.

—Sube, anda. Hay un corte en el servicio de trenes.

—¿Cómo sabías dónde trabajo? Oh, mierda, ¿has movido hilos policiales? Me miró fijamente.

—Se lo pregunté a Robert. Monta antes de que acabes como una pasa.

Cerré el paraguas y en menos de dos segundos estaba disfrutando de la agradable sensación del aire caliente recorriendo mi cuerpo y el olor

masculino que inundaba el interior del coche. Dejé el paraguas con cuidado en el suelo y me quité el abrigo empapado.

—Gracias, Daniel.

De pronto me sentía rara, cohibida y avergonzada. Él sabía mejor que nadie por todo lo que estaba pasando, pero, pese a eso, ahí estaba, dispuesto a compartir al menos una hora de su tiempo conmigo. Voluntariamente. Era un poco masoca.

Arrancó con suavidad y nos dirigimos a la autopista. Conducía con seguridad, control y mucha concentración. Durante los primeros veinte kilómetros apenas hablamos. El noticiario de las tres anunció que el temporal se había cobrado dos vidas en Hamburgo y que continuaría durante varios días más; de hecho, iba a empeorar. Cuando hubo terminado, Daniel apagó la radio, suspiró y me miró con timidez.

—He estado pensando que deberíamos repetir el paseo del otro día. En cuanto el tiempo nos lo permita... O, tal vez, podríamos hacer otras cosas, no sé...

La comisura de sus labios se elevó, y volvió a centrar la mirada entornada en la carretera. Se había abierto un agujero entre las nubes dejando que un rayo de sol se colara e iluminara la carretera convirtiéndola en un espejo.

—Algo se me ocurrirá. Quiero verte con las zapatillas puestas cada tarde.

—Entonces, no fue tan terrible pasar la tarde conmigo... ¿Y quieres repetir?

—Sí, desde luego que quiero hacerlo. Odio verte sola, arrastrando toda esa pena sin que apenas seas capaz de cargar con el peso. Podemos ser amigos, podemos...

Asentí con un nudo en la garganta.

—Yo... No sé cómo decir esto, Daniel, pero me siento mejor desde que hablamos. Es como si me hubieras ayudado a cerrar una pesada puerta por la que no dejaban de colarse demonios, feos y grandes. No te haces una idea de cuánto te agradezco que me ofrezcas tu compañía.

—Me alegra oír eso. Yo también necesito una amiga.

Dicho y hecho.

A partir de ese día, siempre que nuestros horarios coincidían, compartíamos coche. La comisaría en la que él trabajaba estaba muy cerca de mi oficina. Y no solo eso: durante el mes que siguió a aquella conversación, para alegría de mi hermano, y para disgusto de Verena y Ana, quedar con Daniel se convirtió en lo único que hacía después del trabajo.

Cargó con mis días malos, que fueron muchos, y yo con los suyos: Daniel también guardaba algo detrás de la ordenada vida que llevaba. Pese a todo, se esforzó en proteger mis secretos y mi dolor del mundo exterior, contribuyó a que mis sueños de un futuro mejor se fueran cumpliendo poco a poco y se dedicó a ser el mejor amigo que había tenido nunca. No volvimos a tocar los temas que nos habían hecho dar un cambio radical a nuestras vidas, y nos convertimos en una zona segura en la que podíamos ser nosotros mismos y obviar el pasado. Caminábamos juntos por la oscuridad, ajenos a lo que el resto opinaba. En cuanto detectaba que estaba pasando un día especialmente malo, se inventaba las excusas más raras del mundo para sacarme de casa sin que mi hermano sospechara nada. Así acabé ayudándolo a recoger manzanas y llevándolas para que nos hicieran zumo: cincuenta litros; aprendí a cambiar las ruedas de verano por las de invierno; elegir un tractor pequeño... Me hacía sentir útil, aunque yo sabía que, en realidad, no me necesitaba.

Tal vez no me lo merecía, pero no me podía despegar de él.

Su remedio estrella era el deporte, por supuesto: practicaba diferentes disciplinas, así que, siempre que el clima germano nos concedía una tregua, Daniel bajaba un poco el ritmo para que yo lo pudiera acompañar. Hicimos senderismo por los bosques de los alrededores, salimos a correr, anduvimos en bici, e incluso me enseñó algunos trucos de defensa personal. Jamás había estado en tan buena forma, y la verdad es que se había convertido en una válvula de escape perfecta. Bastante mejor que buscar la solución a mis problemas en el fondo de una botella mientras me regodeaba en mi pésima vida amorosa. La Rebeke gruñona y tocapelotas que protagonizó mis primeros días en Alemania había sido sustituida por una versión que desconocía: vigorizada, alegre, soltera y esperanzada.

Por muy obcecada que estuviera con Gary, por mucho que odiara que mi hermano tratara de emparejarme con Daniel —como si fuéramos dos osos panda en celo—, y por muy estirado que me pareciera el susodicho al principio, tenía que admitir que cuanto más lo conocía, más me gustaba. Su estabilidad, seguridad y tranquilidad me aportaban todo lo que necesitaba en ese momento. En el fondo, sabía que nuestra amistad lo estaba cambiando todo; mi mundo empezaba a no girar en torno a Gary: lo que sentía por él era más sutil y el dolor al recordarlo, casi imperceptible. Incluso dejé de soñar con él. Estar con Daniel lo camuflaba todo, como si nunca me hubieran roto el corazón.

Tal vez el día había llegado antes de lo esperado.

No sabía qué era lo que le molestaba a mi cuñada de nuestra amistad, pero tenía muy claro, por sus miraditas, que vernos juntos a diario le repateaba. Ana, en cambio, opinaba que un polvo era más que suficiente, que no hacía falta ser amigos e implicarme, y que estaba a un paso de liar las cosas. Pero para eso estaba ella, para mantenerme con los pies sobre la tierra mandándome cada vez que podía algún recorte de prensa o vídeo en el que aparecía Gary destrozándose la vida un poco más.

9

ELSA, LA PRINCESA MANIPULADORA

Al empezar octubre, era más feliz de lo que lo había sido en mucho tiempo.

Daniel y yo continuábamos compartiendo una amistad fuerte y correcta, sin pretensiones. Y qué bien sentaba poder confiar en alguien que no me juzgaba por mi pasado, alguien que no me pedía más de lo que podía ofrecer.

Esa tarde en concreto, estaba sentada en los escalones de la puerta de casa dando vueltas a un cigarrillo entre mis dedos, dudando si fumármelo o no. Los pocos días que Daniel trabajaba por las tardes me aburría y me hundía en la miseria. Hasta el extremo de acabar haciendo cosas raras con tal de no pensar, como configurar *online* una autocaravana superequipada que nunca me compraría.

De pronto vi de refilón cómo una niña salía de la casa de Daniel, abrazaba a la que supuse que era su canguro, miraba a ambos lados de la calle, como si pasaran más de dos coches al día por ahí, y cruzaba dirigiéndose hacia mí. Iba vestida con un vestido azul de princesa, vaporoso y entallado, adornado con una cantidad alarmante de brillantinas y lentejuelas, que no se pondría ni Lady Gaga. No estaba al día con el mundo de Disney, pero podía asegurar que se trataba de Elsa, de la película *Frozen*. Imaginé a Daniel lidiando por la mañana con el asunto y haciéndole las dos coletitas completamente torcidas que llevaba. Sonreí embobada.

La niña se paró frente a mí, se recogió tras la oreja los bucles rebeldes de color miel que se le habían escapado de las coletas y me escaneó con descaro. Instintivamente escondí el cigarrillo, no queriendo convertirme en un mal ejemplo y temerosa de que se chivara a su padre.

—¿Te llamas Rebeka? —preguntó con una dulce vocecita a la que no le pegaba en lo más mínimo el alemán.

La había visto varias veces de refilón con mi cuñada. Y aunque su padre me hablaba de ella a diario, con todo detalle, la había mantenido lejos de nuestra amistad.

—Sí, ¿tú eres Andrea?

Asintió y miró las azaleas que yo había destrozado el Día D, casi un mes atrás. Arrugó su diminuta naricilla disgustada.

—A mi mamá también le gustan las flores, como a Verena. Pero le gustan las bonitas; esas son feas.

Me sentí un poco culpable: la verdad es que pedían a gritos una muerte digna.

—¿Recuerdas a tu mamá? —pregunté sin poder ocultar la curiosidad que me provocaba la ex de Daniel.

—No, era muy pequeña cuando se fue, pero papá me enseña fotos. A veces salen flores. Es muy guapa. Papá dice que es una princesa, como yo.

El corazón se me hizo pedazos. La niña intercaló la mirada entre sus manitas y mis ojos con timidez. Sin lugar a dudas, tenía los ojos de su padre, con ese azul turquesa casi imposible y esa forma almendrada tan perfecta. El resto de su belleza debía de ser de la bruja de su madre.

—Seguro que es guapa. Tú también lo eres.

Se sonrojó y se estiró la tela del vestido de una manera coqueta.

—¿A ti te gusta mi papá?

Decir que me pilló a contrapié sería quedarse demasiado corta.

—Bueno... —Carraspeé—. Sí. Claro. Es un chico majo.

Andrea se miró los deditos pensativa y suspiró de manera teatral.

—Los chicos son raros, no me gustan. Siempre están jugando a pegarse.

Buena puntualización, sí, señor.

—Pero papá no, él siempre juega con mis muñecas.

—Algún día, dentro de veinte años... o más, ¡muchísimos más!, cuarenta por lo menos..., te gustarán los chicos, sentirás algo por ellos, aunque sigan siendo unos trogloditas.

—Pues ahora solo me enfadan. Me quitan los juguetes y me tiran de las coletas.

Eureka, nena. Ser una chica a veces apesta. Siempre vas a tener algo que les va a encantar quitarte: la esperanza, el coche, la virginidad... Y Dios sabe que no te harán enfadar: querrás matarlos.

—Eso cambiará en parte. Te cabrearán, pero te seguirán gustando. Los que

se pelean se desean. Es complicado.

Mi consejo era tan válido como leer el horóscopo. Mentir a una niña estaba mal, y yo lo estaba bordando. Me miró con desconfianza, cosa que no le reproché.

—No te preocupes, ya tendrás tiempo de lidiar con todo eso. No voy a ser yo la que te anime a tener novio.

De pronto me sentía como Mary Poppins. Por lo visto, tratar con un infante era tan fácil como decirle que no hiciera todo lo que tú hacías a diario. Como desayunar tarta y cerveza. Estaba chupado.

—¿Y tú vas a casarte con mi papá?

Nunca dejaría de sorprenderme la lógica infantil, tan simple y tan retorcida que daba miedo. La niña era una monada, pero en su interior se escondía una arpía armada con millones de preguntas envenenadas.

—Ehm... La gente no se casa de un día para otro. Primero son amigos, luego salen por ahí... Hacen cosas juntos... El amor va creciendo... Es como cuando tienes un juguete que te gusta mucho, se lo prestas a un chico sin esperar nada a cambio y...

Andrea me miraba como si le estuviera hablando sobre el mercado de valores y la influencia del maíz en él. Opté por ir al grano.

—Es posible que salgamos algún día. No lo sé.

De pronto me pregunté qué era lo que hacíamos a diario y cuál era la diferencia.

—Siempre está enfadado contigo, yo creo que le gustas. Y quiere casarse contigo.

Lógica aplastante, casi tanto como sus palabras, que empezaban a cortarme la respiración.

—Ah, ¿sí? —acerté a decir flipada.

Dudaba mucho de que las miradas que su papá me dedicaba escondieran algún tipo de deseo que fuera algo más que amistoso. Porque sí, compartíamos nuestro tiempo, pero él, a veces, seguía mirándome como si estuviera loca.

—Ya no se pone la camiseta verde porque dice que no te gusta.

Me eché a reír y pensé que con un par de bolsitas de ositos de goma la princesita cantaría todo lo que su padre le había dicho sobre mí, pero no estaba segura de que fuera lo más ético. Imaginé el ceño fruncido de Daniel y aborté la «operación sobornar a Elsa». Además, cualquiera la aguantaba

después con un subidón de azúcar.

—Yo creo que tienes que venir a jugar a casa. Papá no tiene muchas amigas y a mí me gusta estar con chicas y jugar a las princesas.

Ay, madre, ¿me estaba vendiendo a su padre? ¿Así, con todo el descaro del mundo?

A sus cuatro años, Elsa, la princesa manipuladora, era una tía práctica y con las ideas claras. Recé por que no perdiera esa chispa a partir de los catorce a manos de un descerebrado con una Harley y tres tatuajes.

—Bueno, hablaré con tu padre. Tal vez algún día podamos hacer algo.

—Dentro de cinco días es mi cumpleaños. —Me mostró cuatro deditos—. Puedes venir a mi fiesta.

—Oh, vaya, ¡eso es genial! ¿Cuántos años cumplirás?

—Seis.

La muy *bruji* se estaba echando años.

—¿En serio? Guau, pensaba que eras muchísimo más joven, ¡qué mayor! —bromeé, y le guiñé un ojo—. Iré encantada a tu fiesta. Además, te llevaré un regalo superchulo.

La niña sonrió encantada con la idea. Comencé a devanarme los sesos; ¿qué demonios le iba a regalar? ¿Sabía leer?

—Mamá también me traerá su regalo.

Hubiera tirado de ese hilo de no ser porque oímos el ruido de un coche acercándose. A Andrea se le iluminó la cara y dejó lo que estaba diciendo a medias para salir corriendo.

El enorme SUV plateado de Daniel dio la curva con lentitud y se paró frente a su casa. Se bajó haciéndome sentir un cambio repentino en mi estado de ánimo, como si los antidepressivos flotaran en el aire y de pronto solo pudiera sonreír como una idiota.

Me deleité mirándolo. Llevaba un pantalón de mil bolsillos azul oscuro, camisa celeste clarita y un chaleco negro con la palabra «*Polizei*» escrita en letras grandes. No había que ser un genio para suponer que volvía de trabajar y que no contaba con una taquilla en la comisaría donde dejar la ropa de servicio. O conocía el «factor uniforme» y había decidido ponerlo en práctica a ver si yo me achicharraba a la primera. La verdad es que era más que probable, porque la cara ya me ardía.

La niña se agarró a la pierna de su padre —juraría que lo vi tambalearse un poco—; él la levantó en el aire, la besó en la frente y la abrazó como un niño

que se aferra a su osito de peluche favorito.

¿Por qué me parecía tan sexy verlo con su hija en brazos?

Pasados un par de minutos, se pusieron a hablar. Andrea le relató algo, con todo tipo de detalles y gesticulando como una maruja, y ambos me miraron sonriendo. La imagen me pareció tan hermosa que el corazón no me cabía en el pecho. De haberme pillado en pleno síndrome premenstrual, habría llorado como si me hubieran inyectado toda la esencia de *El diario de Noah* en las venas.

En cuanto su padre la dejó en el suelo, la niña volvió a cruzar la calle como alma que lleva el diablo. Pasó a mi lado como una flecha, derrapando y a punto de volcar por pisarse el bajo del vestido. Se metió en nuestra casa sin llamar. Pocos segundos después, escuché la alegre vocecita de mi cuñada dándole la bienvenida. Tal vez era el vestido, pero a mí nunca me saludaba con tanta efusividad.

Daniel se acercó y me dio un beso suave en la frente. Me pregunté en qué momento habíamos superado la fase de los apretones de mano, porque me hubiera gustado celebrarlo por todo lo alto. Pero me distraje con su olor masculino y no llegué a ninguna conclusión.

—¿Intentando llevar por el mal camino a mi hija? —Señaló el cigarrillo que continuaba entre mis dedos, medio deshecho de tanto manosearlo.

—Hola —susurré bajito un pelín avergonzada por algún motivo desconocido que tenía mucho que ver con su uniforme. Traté de recordar cuántos puntos subía un tío en la escala de *follabilidad* llevándolo, y decidí que Daniel se salía de la escala en todos los sentidos.

—Así que un día de estos vas a venir a jugar conmigo a mi casa... —soltó en plan pícaro.

Oh, Dios mío. ¿Quién era ese tío? ¿Estaba tonteando conmigo? ¿El uniforme de poli le aportaba seguridad en sí mismo? ¿La culpa era de Elsa la Celestina?

—Hay que ver cómo vuelan las noticias.

Se sentó a mi lado y me miró preocupado.

—¿Te ha agobiado mucho? A veces se convierte en una pequeña ametralladora.

—No, tranquilo, hemos tenido una charla bastante entretenida, de mujer a mujer. —Le guiñé un ojo.

—Me voy un día a trabajar y cuando vuelvo mi hija ya está teniendo charlas

de mujer a mujer con la chica con la que salgo por ahí... Dios, cómo pasa el tiempo. ¿Ha sido sobre chicos?

—A lo mejor —dije de manera enigmática y un pelín contrariada por su comentario, aunque técnicamente eso era lo que hacíamos a diario, salir por ahí. Claro.

—Espero que no haya sido sobre uno que va con ella a la escuela, un tal Markus. Porque conociendo a sus padres... Ya sabes lo que dicen: las manzanas nunca caen lejos del árbol.

Me reí con toda mi boca de su lado paternal sobreprotector.

—Vas a ser un suegro terrorífico, ¡pobres chavales! Se van a cagar en cuanto te conozcan, y mucho va a tener que gustarles Andrea para no salir por patas. Pero, tranquilo, no van por ahí los tiros, aunque tampoco creo que quieras saberlo.

—Estoy de acuerdo, no tiene escrúpulos a la hora de dejarme en evidencia. De hecho, sus primeras palabras fueron «mamá» y «*Quietscheentchen*». «Patito de goma» —aclaró en inglés—. ¿Para qué complicarse la vida diciendo «papá»? Solo soy el donante de la mitad de su ADN, su principal sustento, nadie importante... —Me dedicó una sonrisa juguetona—. Pero, bueno, conmigo también ha tenido una breve charla de padre a hija. Por lo visto, le gustas.

¿Por qué me sentía como si estuviera bailando desnuda sobre uno de los cuatro caballos de la puerta de Brandeburgo dos segundos antes de que empezaran las campanadas de nochevieja?

—Te sorprende —sugerí con timidez.

—En realidad, no.

Mis mejillas no pudieron controlarse y pasaron a un rojo chillón.

—Necesito tu ayuda con una cosa —cambió de tema sutilmente.

—Dime.

—Ropa. Necesito ayuda con la ropa.

Me eché a reír de nuevo. Era un tío adorable, y cuando se abochornaba de esa manera, irresistible.

—En serio, Daniel, lo de que no te sienta bien el verde te lo dije por chingar. No tienes que tomártelo todo tan a pecho. Además, ¿quién soy yo para decirte qué ropa debes ponerte?

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Es para Andrea, necesito que me eches un cable. Había pensado pedirle

ayuda a Verena, pero ya que sois tan amiguitas... Necesita varias cosas para el invierno.

Yo y mi bocaza del tamaño del cañón del Colorado no aprenderíamos la lección jamás.

—Vale, perdona, sí. Te acompaño... o lo que sea —balbuceé.

Estaba agotada, física y mentalmente, y solo pensaba en tirarme en el sofá, pero se lo debía.

—¿Qué te parece si me quito el uniforme y pasamos a recogerte?

Por algún extraño motivo, mi mente voló hasta Las Vegas; empecé a oír música dentro de mi cabeza, *Misirlou*, de Dick Dale, para ser más exactos, y de pronto Daniel se estaba quitando el uniforme de un tirón mientras agitaba las esposas en el aire.

—¿Te parece bien? ¿Tienes algo que hacer?

Negué efusivamente tratando de responderle, pero sobre todo intentando quitarme la banda sonora de *Pulp Fiction* de la cabeza. A la gente normal no le pasaban esas cosas, no escuchaban canciones de películas cuando deberían estar concentrados en el pedazo de tío que tienen delante.

Tres pantalones, dos camisetas y cuatro vestidos después, me tiré en un banco agotada y enfadada por haber aceptado ir de compras, porque en realidad lo odiaba. Y más cuando Andrea había decidido que sus dos amiguitas del alma, también conocidas como «las niñas del maíz», no debían perderse la excursión a Hamelín, la famosa localidad protagonista del cuento del flautista. Andrea chantajeó a su padre, él aceptó y yo tuve que sufrir las consecuencias de la migraña que me habían provocado sus incesantes vocecitas de pitufo en todas y cada una de las trescientas tiendas que estuvimos. Pero, en el fondo, sabía que toda la agonía había merecido la pena con tal de disfrutar de mi tiempo con Daniel.

Respiré tranquila y feliz, consciente de que, al menos durante la próxima media hora, las niñas estarían encerradas jugando en un parque infantil, regalándome una horita de conversación adulta y paz.

Sentí lástima por mi pésimo instinto maternal.

Busqué al hombre que se había convertido en mi terapia diaria entre la multitud que llenaba la cafetería que tenía delante. No me costó ni dos segundos localizarlo: su enorme y escultural cuerpo sobresalía por encima del

resto. Era la primera vez que lo veía con ropa normal —ni uniformes ni ropa de deporte—, y era espectacular. Llevaba una camisa de cuadros azul y gris, unos vaqueros gastados, bien ajustaditos a su trasero de infarto, y unas Adidas oscuras de montaña. Tan simple pero tan guapo... que parecía hecho a medida para cumplir todas mis fantasías eróticas. Me costaba respirar, un poco, y mantener los pies en la tierra, muchísimo. No podía creer la suerte que había tenido de haberlo conocido, aunque hubiera sido en mi peor momento.

Se acercó a mí sonriendo de oreja a oreja mientras sujetaba un café humeante en cada mano.

—*Latte macchiato* con caramelo, canela, vainilla y dos golpecitos de azúcar —dijo imitando mi voz y repitiendo mis exigencias al dedillo.

Me tiré a por el ansiado elixir de los dioses como si tuviera síndrome de abstinencia, pero él levantó el vaso en el aire impidiéndome cogerlo. ¿Qué demonios? Yo había cumplido con mi parte del trato y él estaba jugando con mi premio como si tal cosa. Encima parecía la maldita Estatua de la Libertad, pero con unos brazos tan bien esculpidos que me hacían babear pensando en el resto de su cuerpo.

—Gracias por haber hecho esto por mí. —Me dedicó una mirada penetrante que me dejó un poco descolocada, pero no lo suficiente como para olvidar mi café, que seguía suspendido a dos metros en el aire.

—No hay de qué. Dámelo.

Me estiré como si me fuera la vida en ello, pero no conseguí alcanzar la pócima mágica. Subirme al banco tampoco me aseguraba una victoria, así que me senté de nuevo, crucé los brazos e hice un mohín. Él le dio un sorbo a su bebida tratando de ocultar una sonrisa.

—No sabes lo que me ha pasado con la chica que atendía la cafetería —dijo obviando que continuaba privándome de mi bebida—. No me ha tratado de usted, inaudito. ¡No tenemos confianza! ¡Ni siquiera recuerdo haber tenido sexo con ella! En Alemania usamos «usted» siempre, ya lo sabes. Odio que se pierdan las buenas costumbres.

—Ajá. —Estaba tan cansada que ni siquiera me escandalicé por sus palabras.

—No me estás haciendo caso. ¿Qué te pasa?

—¿Tú qué crees, Einstein?

—¿Quieres el café?

Se sentó a mi lado, o más bien, se pegó a mí. Una deliciosa mezcla de aromas a masculinidad y café recién hecho me puso tensa a más no poder.

—La verdad es que te lo has ganado: tu paciencia y tu buen hacer me tienen fascinado. Pero hay algo más que quiero pedirte antes de que te centres en el café y no seas capaz de atenderme.

Le dediqué una mirada traviesa y puse mi mano en su pierna. Apreté con suavidad.

—¿Lo dices por el escandaloso orgasmo que pienso tener en cuanto el café me roce los labios? —pregunté jadeando; acto seguido, me relamí los labios con lentitud.

Por desgracia mis palabras lo pillaron dando otro trago a su café, que acabó entrando por su boca y saliendo por su nariz.

Me partí el culo de risa como una loca durante varios minutos, más o menos hasta que me dolió el estómago y tuve la cara llena de lágrimas. Su apariencia de tío serio y responsable escupiendo café por todos los orificios de la cara era algo que tardaría años en olvidar. Casi tanto tiempo como la cara de Gary rezumando deseo la noche que lo conocí.

No hay ni qué decir que Daniel me fulminó con la mirada durante todo el rato, mientras le chorreaba café por el cuello.

Hice un esfuerzo sobrehumano para ponerme seria; busqué en mi bolso un par de pañuelos de papel y me acerqué a él fingiendo mi mejor cara de damisela arrepentida. Le sequé la barbilla y las mejillas y le limpié la comisura de los labios completamente cautivada. La belleza de su rostro era sencilla pero muy arrolladora.

Él hizo lo propio con la camisa y el pantalón.

—Lo siento, Daniel. Cuando tengo sueño, estoy muy cansada o estoy borracha, tiendo a perder la cordura. —Me encogí de hombros toda cándida.

Me dio mi café y me miró con cara de fastidio.

—Empiezo a darme cuenta. Además de maleducada y malhablada, tenemos la gran suerte de que seas una terrorista imprevisible.

Bufé ante su exageración. Tal vez fuera un poco rebelde, pero nada que ver con la carísima educación que me habían dado mis padres y que yo había desaprovechado a la mínima oportunidad.

—Eh, tío, no seas tan cascarrabias. Soy humana, no un semidiós germano perfecto como tú. Ya sé que tu amistad es una bendición y tocarte, un pecado. Pero siento decirte que ¡a tu hija le gusto! Así que deberías tratarme bien:

ahora somos amiguitas y podemos ponerte verde. Tan verde como el horrible verde de tu camiseta de correr, valga la redundancia.

Apretó la mandíbula y frunció el ceño a tope.

—Sí, claro que le gustas. Casi tanto como a mí.

Abrí los ojos alucinada y me agarré al banco para no caerme.

Lo peor de todo era que el tono en el que lo había dicho no tenía ni una pizca de sarcasmo, y a mí me encantó.

Se bebió el resto del café de un trago y miró hacia otro lado. Yo hice lo mismo mientras me mordisqueaba el labio tratando de no sonreír. Me sentía tan esperanzada como aterrada.

Daniel era la única persona con la que compartía mi tiempo libre, era algo más que el amigo buenorro de mi hermano. Alguien serio con el que podía contar, ya que sabía que no me presionaría para hablar sobre mis problemas. Pero si todo cambiaba, perdería al único amigo que tenía en Alemania. Acabaría transformando nuestra amistad en un monstruo horrible que me obligaría a cambiar de nuevo de país.

Y la Unión Europea no era tan grande.

—¿Qué querías pedirme? Antes de... convertirme en un aspersor.

Traté de continuar con nuestra conversación como si no hubiera pasado nada, pero la tensión entre nosotros había pasado a ser pura electricidad, y estaba a punto de hacerme chocar con sus labios.

—Esta semana tengo planes con Andrea, además de la fiesta de cumpleaños, ¿te apuntas?

Para Daniel había tres puentes que debíamos cruzar: pasar tiempo juntos con su preciada hija, la alianza que no se había quitado y su casa, el santuario privado donde se escondía del mundo.

Estaba empezando a hacerme un hueco en su vida.

Y yo deseaba enamorarme locamente de él.

10

ABRAZANDO EL AIRE

El miércoles siguiente por la tarde quedamos para ir al Dinopark en Münchehagen para celebrar el cumpleaños con mi hermano, Verena, Heiko y Magda. Algo íntimo y familiar, según me dijo Daniel: prefería hacerlo así por el bien de Andrea, para que no pasara todo el día mirando por la ventana, a la espera de que su madre apareciera. Yo no conseguía entender en qué estaba pensando la muy miserable para haberlos dejado de lado y ni siquiera presentarse al cumpleaños de su hija, pero tampoco preguntaba al respecto. Era el dolor de Daniel y no me quería entrometer.

El viernes hicimos planes para ir a la piscina cubierta con Andrea. La niña estaba aprendiendo a nadar con la ayuda de su padre. No era muy fan de mojarme, pero cualquier excusa era buena para pasar mi tiempo con ellos. Daniel me había abierto las puertas de su vida de par en par y yo quería entrar hasta la cocina. De manera que me puse mi bikini rojo en los vestuarios y salí entusiasmada.

Lo encontré junto a su hija atándole un flotador alrededor del cuerpo. Suspiré. Era cautivador ser testigo del amor con el que cuidaba de Andrea, sabiendo que ser padre soltero y tan joven debía de ser un reto para él. Recién cumplidos los treinta se había hecho cargo de una niña de dos años. Pero nunca lo había oído quejarse, y día tras día me demostraba que ella era lo más valioso que tenía. Con él conseguía olvidar mis problemas, hacía que valiera la pena salir de la cama cada mañana con la promesa de que sería el último día que malgastaba pensando en Gary.

Daniel se había convertido en el torniquete que impedía que me desangrara por culpa de las heridas.

Después de recibir las instrucciones de rigor, la niña se metió en el agua y

comenzó a chapotear con una tabla azul sujeta entre sus manitas. Estaba graciosísima con el gorro puesto, porque las dos coletas que su padre le había hecho parecían dos orejitas sobre su cabeza, como las de un oso de peluche.

Observé al maravilloso ejemplar germano que se encontraba junto al borde de la piscina mirando a su hija con devoción y me encontré sonriendo como una idiota con el corazón todavía destrozado, pero más que dispuesta a recomponerlo.

Admiré su cuerpo escultural y deseé azotar su trasero respingón. Verlo en bañador y camiseta de tirantes era demasiado, y confirmaba el hecho de que Dios es una mujer con muy buen gusto.

Todavía no me había metido en la piscina y ya estaba empapada. Algo que no me dejaba en muy buen lugar, porque si no me tomaba las cosas con calma, esa lujuria desmesurada acabaría precipitando lo que había entre nosotros, esa amistad tan beneficiosa que me estaba salvando la vida. Pero es que, joder, no estaba ciega.

Daniel se sentó en el borde de la piscina con el objetivo de vigilar a Andrea. Me acerqué e hice lo mismo. Metí las piernas en el agua y cerré los ojos completamente relajada. Me pregunté cómo me sentiría a horcajadas sobre su regazo y si sería el paso definitivo que necesitaba dar para olvidarme del pasado. ¿Me rechazaría?

Estaba tan concentrado vigilando a su hija que incluso dudé que hubiera notado mi presencia.

—Sé que es fácil decirlo y que no me puedo hacer una idea de lo duro que debe de ser estar a cargo de una niña tú solo, pero no puedes ser padre helicóptero todo el tiempo.

Se giró y me miró pasmado.

—¿Padre helicóptero?

—Sí. El tipo de padre que gira en torno a la vida de su retoño durante todo el tiempo.

—Me habían llamado de todo, y el espectro es muy amplio teniendo en cuenta que soy policía, pero JAMÁS eso. ¿Crees que lo soy? —preguntó con preocupación.

—Un poco. —Marqué la distancia de un par de milímetros con mi pulgar e índice.

—Vale —admitió taciturno.

De pronto temí que saliera corriendo a comprarse alguna revista sobre

crianza.

—Solo digo que deberías aflojar un poco y darle espacio, por el bien de los dos. Andrea te lo agradecerá dentro de diez años.

—Mejor que sean quince. —Alzó sus ojos turquesa hacia mí con intensidad—. O veinte.

—No sueñes, tío: las chicas maduramos muy pronto. Serán siete u ocho años a lo sumo. Va a ser tu pesadilla. Te aseguro que sé de lo que hablo.

—Nunca pensé que estaría tan orgulloso de tener licencia de armas.

—Lo harás bien. Además, siempre tendrás a los seis enanitos para cuidar de ella cuando lo necesites. No estarás solo.

—¿Tal como cuidamos de ti?

—Vaya..., ¿te consideras el séptimo enanito?

—Ahora que sé que no se trata de los que tengo en mi jardín, ni de que te vayan ese tipo de roles sexuales...

—¿Pensaste que me iban las orgías con enanos? —pregunté abochornada.

—A la gente le van esas cosas...

—¿En serio? Joder. Casi que mejor cambiamos de tema.

Asintió con un gesto serio.

—¿Quién era el rockero?

Le dediqué un gruñido y sin pensármelo dos veces salté al agua salpicándolo.

Me zambullí hasta tocar el fondo con los dedos, recreando la metáfora que había sido mi vida hasta la fecha. Volví a salir a la superficie a varios metros de distancia. Dejé que mi cuerpo flotara y le dediqué una mirada de fastidio. Él seguía sentado con la diversión reflejada en la cara y agarrándose al borde de la piscina, cosa que marcaba, aún más si cabía, la musculatura de sus brazos.

—¡En algún momento tenía que hacerte la pregunta! —gritó—. ¡Creo que ha llegado el momento de que te abras a mí y compartamos algo más que el tiempo!

Me acerqué nadando hasta él. Me ofreció una de sus enormes manos para ayudarme a salir.

Sonreí con malicia.

Tiré de su mano pillándolo desprevenido y lo hice caer a la piscina levantando una pared de agua a mi lado. Emergió varios segundos después, se limpió la cara con la mano y se alborotó el pelo de una manera que me

resultó de lo más sensual y tentadora. Echó un vistazo rápido a su hija, que continuaba dando vueltas con el flotador mientras canturreaba, y fijó la vista en su objetivo número dos: yo.

En dos brazadas estaba a mi lado con una mirada juguetona que conectó con la parte más íntima de mi ser. Por lo visto, habíamos vuelto a cambiar la fase de nuestra relación sin siquiera pestañear o celebrarlo.

—Tirarme no ha estado bien... Deberías meterte con alguien de tu tamaño.

Para cuando me quise dar cuenta, estaba bajo el agua echando un trago y con sus manos toqueteando mi cuerpo. Me cogió por la cintura y sin ningún esfuerzo me alzó fuera para acabar lanzándome a varios metros de distancia. Grité como una energúmena mientras aterrizaba de una manera bastante poco femenina, a punto de perder la parte superior del bikini, y tragué agua como una sedienta principiante.

Saqué la cabeza a la superficie tosiendo, con una maraña de pelo cubriéndome la cara, y nadé hacia el borde contrario tratando de huir a una zona donde pudiera hacer pie. Me recogí el pelo en una coleta y traté de urdir un plan rápido para defenderme con más dignidad.

Él seguía a unos metros de distancia.

—¿Esta es la parte en la que te quitas la camiseta y yo flipo? —Le saqué la lengua de manera provocativa. Le salpiqué con los dedos, pero ni siquiera me acerqué a su cara.

—¿Encima me salpicas?

—Como si no estuvieras mojado.

Su mirada se tornó turbia, mostrándome un claro indicio de deseo. Empezaba a soltarse, y yo me quería hacer ilusiones. Muchas.

«Amistad», me susurraba una vocecita insistente en mi cabeza.

—¿Estás teniendo pensamientos indecentes? —dijo mientras se acercaba con una lentitud enfermiza—. No deberías mirarme de ese modo en un sitio público.

En realidad, estaban a punto de concederme el premio a la mente más sucia del planeta. Casi podía imaginar los derroteros que tomaría mi discurso al recoger el galardón.

—¿Mirarte cómo? —Me hice la loca.

Tal vez se refería a que lo contemplaba perpleja, sin poder parpadear y con la boca abierta, mientras se quitaba la camiseta empapada, hacía una bola con ella y la lanzaba fuera del agua.

Hasta la fecha los hombres sin pelo en el pecho me habían parecido poco varoniles, pero el torso impoluto y ancho de Daniel era lo más masculino que había visto en mi vida. Mi lengua deseaba bautizar cada centímetro de su piel. Pensamiento que me dejó alucinada, y eso que no era famosa por mi lado puritano.

Pese a su paseo parsimonioso, me interceptó enseguida. Y es que yo no fui capaz de oponer resistencia: permanecí inmóvil, todavía impactada por la imagen del alemán semidesnudo y mojado que tenía delante.

—Si lo que querías era que me quitara la camiseta, haberlo dicho; no hacía falta mojarme. Además, es la segunda vez.

—¡Fuiste tú el que se atragantó con el café!

Tiró de mi pierna izquierda obligándome a tragar agua de nuevo, y volvió a envolverme con sus fuertes brazos. El calor de su cuerpo y la suavidad de su piel contra la mía me hicieron creer que estaba en el paraíso, y por mucho que recitara mentalmente los reyes godos en orden descendente, no conseguía aplacar el deseo.

«Amistad. Amistad. Amistad», me repetí.

—Papá, ¡ya he terminado! —gritó Andrea con orgullo y una vocecilla de duende.

Había abandonado sus ejercicios para mirarnos con una dulce sonrisilla adornando su carita redonda.

—Haz otra serie de veinte, enseguida vuelvo contigo. Rebeke también está aprendiendo a nadar.

El resto de los usuarios de la piscina también habían dejado sus ejercicios a medias para observarnos, algunos con pinta de cabreo y otros con curiosidad. ¿Planeaban deportarnos por no llevar gorro?

Daniel volvió a centrarse en mí con una mirada depredadora que me encantó. Yo tenía mis manos en su pecho, tratando de apartarme, y él continuaba aprisionándome con sus brazos alrededor de mi cintura. Sonrió orgulloso cuando se dio cuenta de que me tenía encarcelada y que poco podía hacer para huir, excepto revolverme como una merluza en una red de pescar.

Sopesé hacerle cosquillas, pero recordé la última vez y me dolió. Mucho.

Daniel se quedó mirándome con una palabra a medio camino, y a mí me pareció perfecto. No tenía ni puñetera idea de qué estábamos hablando antes de que el placer de la fricción entre nuestros cuerpos me dejara fuera de juego. Nos quedamos de esa guisa durante unos minutos que podrían haber

sido tranquilamente un par de milenios. Mis brazos colgaban inertes a ambos lados de mi cuerpo, sin saber muy bien qué hacer o cómo reaccionar ante la demostración de deseo que estábamos compartiendo.

Me recreé en la hermosura de su rostro, en lo imponentes que eran sus ojos y en lo apetecibles que me resultaban sus labios carnosos. En un giro predecible —pero igualmente repentino— de los acontecimientos, «a lo mejor podría tirármelo» basculó hacia «debería tirármelo por el bien de la humanidad» en cuestión de segundos. Deseé con todas mis fuerzas ser capaz de dar ese paso y cerrar de una vez por todas la etapa con el rockero.

En mi retorcido universo como mujer madura y adulta que era, sobrevivir consistía en olvidar. Y olvidar significaba reemplazar. Ese era el motivo por el que merecía ser la presidenta de Alemania.

«A la mierda la amistad».

Mis manos salieron disparadas a su espalda y comenzaron a acariciarlo en sentido descendente.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó sin un ápice de disgusto en sus palabras, solo cierta duda.

—Tocarte —dije con cierta inseguridad, pero rozando la tentadora barrera del descontrol.

Se quedó en silencio observándome con atención; sus ojos estaban leyendo cada pensamiento que volaba por mi mente.

—¿No debería?

Sacó su mano del agua y recorrió mi labio inferior con el pulgar. La dulzura de sus caricias hizo que las sensaciones que se apoderaron de mi cuerpo fueran como una sentencia. Todo el control que una vez tuvimos sobre nuestra amistad se estaba haciendo añicos y estaba desperdigado por toda la piscina. Sus brazos se tensaron a mi alrededor pegándose a su pecho, el segundo mejor lugar del mundo. Puso las manos en mis caderas y apretó con suavidad, dándome el empujón que me faltaba para rendirme del todo.

Mi boca iba por su cuenta cuando decidió apresar su pulgar y morderlo.

El agua empezó a hervir a nuestro alrededor.

Acaricié tímidamente con mis dedos sus extraordinarios bíceps; él hizo lo propio con sus manos, que partieron con decisión atravesando mi espalda hasta mi trasero, con lentitud y delicadeza. Me levantó sin esfuerzo, hasta que nuestros ojos se posicionaron a la misma altura, y yo lo rodeé con las piernas. Sentí la piel sensible y ardiente: mi cuerpo reaccionaba incendiando cada

célula al paso del tacto de sus manos. Noté su deseo en la unión de mis piernas y supe con certeza que la amistad se nos iba a ir de las manos en ese instante.

Después de todo, el imperturbable y sensato alemán padecía las consecuencias de sus debilidades, como todo hijo de vecino. Me alegré por ello.

Le rodeé el cuello y me acerqué despacio a su boca. Él ladeó la cabeza, cerró los ojos y rozó mis labios con los suyos, sellando el acuerdo tácito de que lo que teníamos ya no era una cándida amistad.

—¡Mira, papá! ¡Puedo estar bajo el agua y contar hasta diez! —gritó Andrea.

Daniel abrió los ojos de golpe, me soltó y salió disparado en dirección a su hija.

Yo me quedé abrazando el aire, echando de menos el calor de su cuerpo.

Se me escapó una carcajada seca.

Por lo visto, había luz al final del túnel, y tal vez mucho más.

No me detuve a pensar en las implicaciones de lo que había estado a punto de suceder entre nosotros, pero todo había cambiado de manera drástica.

11

BODAS DE PEREJIL

El resto de la tarde transcurrió sin más incidentes dignos de mención, pero con la tensión de dos adolescentes que se habían estado metiendo mano a escondidas. Presté más atención a todo lo que él hacía, observé cada movimiento de su cuerpo con descaro, buscando la más mínima oportunidad para tontear. Daniel me contempló fascinado mientras jugaba con su hija, y aprovechó cualquier excusa para tocarme.

Todavía no había nada por lo que preocuparse, o eso quería creer, pero Dios sabe que estábamos empezando a tener un serio problema de fronteras. Bastante peor que Irak.

Cuando salí de los vestuarios con Andrea agarrada de la mano, Daniel nos esperaba apoyado en su coche. Colocó a la niña en la silla de seguridad y cerró la puerta del GLC.

Se acercó a mí con el ceño fruncido de nuevo.

—Esta noche Heiko va a abrir el Rocco's.

El famoso pub ilegal del Hombre Amor, bautizado en honor al actor porno y situado a las afueras del pueblo, solo abría oficialmente los sábados, pero todo el pueblo sabía que los jueves Heiko echaba una partida al solitario. De vez en cuando, como en esa ocasión, buscaba algún tipo de justificación absurda y abría el viernes.

—¿Qué dios pagano piensa utilizar como excusa?

Las noches que acabé de jugar en el sótano multiusos de Heiko, celebramos una fiesta en honor a Odín, otra por la primera puesta en marcha de la calefacción, el día del *Bratwurst*, el cumpleaños de Franz Beckenbauer y la muerte del último rey de Prusia.

—Sus vecinos celebran hoy las bodas de perejil, así que hará las veces de

after a partir de las ocho.

—Una fiesta por el perejil, inaudito. ¡Alabemos los condimentos como si fueran dioses!

Se echó a reír ante mi sarcasmo.

—Las bodas de perejil son una tradición aquí —defendió con orgullo germano.

—Sí claro, como cumplir los treinta soltero y tener que barrer el ayuntamiento.

—Exacto —asintió sonriendo.

—Sorpréndeme: ¿en qué consiste? ¿Cervezas y fumar perejil?

—Cuando una pareja cumple doce años y medio casados, sus amigos y familiares organizan una fiesta sorpresa. Se presentan en su casa con comida y bebida: si la pareja no tiene perejil fresco, deben pagarlo todo; en cambio, si lo tienen, pagan los invitados.

¿Hablabas en serio? Nunca dejarían de sorprenderme las costumbres alemanas.

—¿Quién se acuerda a los doce años y medio de su boda?

—Te aseguro que todos, es un gran acontecimiento. Me preguntaba... si te gustaría que fuéramos al pub después de cenar.

—¿Algo como una cita en la que nos cogemos de la mano? —le chinché con una sonrisa.

—Algo como la continuación de lo que hemos dejado a medias en la piscina. —Sonrió él también—. Además, hace mucho que no salgo por ahí una noche.

—La noche de las hogueras saliste.

—Estaba de guardia por el tema del fuego. Soy nuevo en la brigada y Heiko me ha asignado todas las fiestas...

—Entonces, ¿lo que quieres es desmadrarte?

—Quiero tomarme un par de cervezas tranquilo contigo, no acabar sustituyendo a Ernesto de Hannover.

—Aguafiestas.

—¿Te recojo a las ocho menos cuarto?

Me miró esperanzado y yo me derretí.

El viaje de vuelta fue silencioso, solamente interrumpido por las canciones

infantiles de Andrea que sonaban por los altavoces. Daniel cruzaba la Autobahn a más de doscientos kilómetros por hora como si nada. Cada pocos minutos vigilaba a través del retrovisor a la niña; en una de esas ocasiones me hizo un gesto para que la mirase. La *bruji* dormía con la cabeza inclinada y la boca abierta. A él le salían arcoíris y corazoncitos por los ojos.

—La adoro, pero bajo los efectos sedantes de la piscina está preciosa. ¿Un poco de música para adultos?

—Sí, por favor —afirmé poco convencida mientras me agarraba al asiento.

Con un movimiento ágil puso la NDR2, la misma emisora que sintonizaban todos los alemanes del norte con las peculiares radios de sus cocinas. Dejó su mano sobre mi pierna y me quedé mirándola mientras recibía los primeros acordes con el corazón compungido. Él no lo sabía, pero su tacto me tranquilizaba. Saber que estaba cerca y que nada podría ir mal me hacía sentir protegida. Segundos después, una vez pasada la primera impresión, comencé a disfrutar de la melodía de *When you're gone*, de The Cranberries, que cantaban sobre la pérdida y la soledad.

Por primera vez en semanas, la música no me molestó ni me supuso un calvario. Al contrario, me relajó. Incluso empecé a canturrear bajito mientras admiraba el paisaje por la ventanilla: bosques frondosos y el imponente castillo Marienburg al fondo. A Daniel el gesto le pasó desapercibido, pero para mí fue un claro síntoma de mi lenta pero efectiva recuperación, un rayo de esperanza entre los oscuros nubarrones que me habían estado ahogando. Posé mi mano sobre la suya y acaricié la alianza que llevaba. Debía mantenerme a su lado, porque él conseguía que todo volviera a tener sentido, me mantenía en sintonía con el presente e impedía que me perdiera en el jodido pasado.

Al menos hasta que los malditos The Cranberries dejaron de cantar y el presentador dio paso a la siguiente canción, provocando que una cascada de recuerdos me sepultara en el pasado.

Por lo visto, yo era el blanco de todas las putadas que se le ocurrían al destino. «El destino es sabio», decían. Y una mierda. Yo daba un paso adelante confiada y él me sacudía con un fuerte empujón hacia atrás haciéndome caer de culo, recordándome lo que todavía sentía por Gary.

¿Qué esperaba? Everlasting Wound había vendido millones de discos en todo el mundo, y si mi memoria no fallaba, Alemania seguía siendo parte del planeta.

La tóxica canción me devolvió a Gary durante los tres minutos cuarenta y cinco segundos que duró. Recordé cuánto dolía quererlo y por un instante volvimos a ser nosotros: él, su voz y yo. Los silencios entre las notas que marcaba su guitarra me resultaban ensordecedores y sus suspiros e inhalaciones entre frases me cortaban la respiración.

Hasta que conseguí concentrarme en calcular cómo podía arrancar la radio del salpicadero sin que Daniel lo notara.

Pero antes de que me quedara sin uñas, en un ridículo apoteósico, Daniel aparcó en la puerta de su casa y se bajó. Yo salté fuera del coche como si hubiera un incendio en la guantera y pirañas en el suelo.

Una vez que su padre la hubo despertado y liberado de la silla, la niña corrió hacia nuestro jardín con el objetivo de poner al día a Verena.

—¡Cenaremos en diez minutos! —gritó él, pero Andrea ya estaba dentro buscando a mi cuñadísima.

Daniel rodeó el coche acercándose a mí. Me encontraba paralizada con la mochila entre mis brazos, sin poder quitarme de la cabeza la canción e hiperventilando. Los escasos cuatro minutos de Everlasting Wound que había escuchado me habían destrozado.

Me colocó un mechón rebelde, que se había escapado de mi coleta, tras la oreja y me lanzó una mirada intimidante que solo él podía permitirse.

—¿Quién era el rockero?

«El capullo que berreaba a través de la radio de tu coche».

—Por favor, no insistas; no estoy preparada para hablar de este tema — balbuceé como un flan—. Creo que ha quedado bastante claro en la piscina.

¿No se había dado cuenta de que había estado a punto de darme un patatús?

—Vas a tener que hacerlo en algún momento. Esto no se trata solo de mí.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la casa de mi hermano. Por un momento dudé si se refería a Verena, Robert o Andrea.

—¿Esto tiene algo que ver con mi hermano? ¿Te ha pedido que cuides de mí o alguna mierda similar? —pregunté sin poder ocultar cuánto me cabreaba la idea.

Él frunció el ceño y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Claro que no. Nadie me ha pedido que cuide de ti. He disfrutado mucho pasando la tarde contigo, pero necesito que te abras, que confíes en mí lo suficiente como para contarme quién es él.

Me quedé sin saber qué contestar, estudiando las casas del vecindario.

Verena estaba en el porche de la nuestra con Andrea; no nos quitaba el ojo de encima. Era una pedorra detestable.

—¿Y qué pinta mi hermano en todo esto?

—Me da cierto reparo que sepa..., ya sabes.

—¿Qué diferencia hay entre ir a una fiesta y lo que hemos hecho esta tarde? Y no me refiero a... ya sabes —repetí con su mismo tono.

Me miró como si fuera tonta y carraspeó.

Vale que yo me estaba haciendo la sueca, pero a él le costaba horrores decirme cuáles eran los cambios a los que nos íbamos a enfrentar, como si de pronto su exactitud germana se hubiera esfumado.

—¿Hablamos de una cita? ¿Ese es el motivo por el que le afecta a Robert?

—Sí, una cita. Aunque es posible que no pueda conformarme solo con eso.

En ese momento oí que se acercaba un coche y me di la vuelta. Era mi hermano, por supuesto. Robert el Oportuno. Daniel se alejó un poco guardando las distancias.

Mi hermanísimo paró a nuestro lado, bajó la ventanilla y sonrió con suspicacia.

—Hola, chicos. ¿Qué hacéis? —Nos repasó de arriba abajo.

Un vistazo a nuestro lenguaje corporal y ya nos había cazado. Todo esfuerzo por ocultarle algo sería en balde.

—Rob —dije secamente.

—¿Qué hay, Robert? —Daniel se acercó para estrecharle la mano a través de la ventanilla.

—¿Os vais?

—No. Acabamos de llegar de pasar la tarde en la piscina con Andrea —especifiqué y recalqué, delatando que ocultaba algo.

Daniel apoyó las manos en el techo del BMW de mi hermano y lo miró con seriedad.

¿Le iba a pedir permiso para salir conmigo? Puse los ojos en blanco provocando que mi hermano arrugara la frente mosqueado por mi gesto.

—¿Podrías quedaros con Andrea esta noche? —preguntó Daniel con tono formal—. Me gustaría salir, hay una fiesta en el Rocco's. Siempre que no tengáis inconveniente.

Robert sonrió, orgulloso de ser un capullo muy receptivo.

—A Verena le encantará.

—Gracias, Robert. Pasaré a las ocho menos cuarto en punto. La llevaré

cenada y con el pijama.

Por lo visto la idea no era echar un par de cervezas; teníamos toda la noche y su casa vacía. Maravilloso. Había atendido mi plegaria, se iba a desmadrar. Solo me quedaban un par de horas para arreglarme, volverme loca y llamar a Ana.

Daniel dio un par de golpecitos en el techo del coche de mi hermano y se alejó hacia su casa contoneando su apetecible trasero respingón.

Lo despedí con un escueto saludo con la mano y me monté en el coche de mi hermano.

—Borra esa maldita sonrisa de la cara, Robert.

Él arrancó y avanzamos despacio los pocos metros que nos separaban del porche donde guardaba el coche. Paró, sacó la llave y me miró fijamente.

—Lo vuestro ha dejado de ser una amistad, ¿verdad?

Mierda.

12

¡HOSTIA PUTA!

Mi hermano interpretó un bailecito extraño en su asiento.

Protesté, gruñí y le pegué manotazos para que parase.

—Ni siquiera necesitas que lo admita —afirmé abochornada.

—¡Joder! Cuando me ha preguntado si podemos quedarnos con Andrea tenía cara de «lo siento, colega, voy a secuestrar a tu hermana, o algo peor que no quiero que sepas». —Se carcajeó de manera socarrona—. Se lo dije a Verena la noche que os conocisteis: había algo entre vosotros..., y no ha hecho nada más que crecer desde el día que te pillé mirándolo embobada y a él exhibiéndose como nunca lo había visto. Ya era hora de que diera el paso.

Me reí sonando como una hurraca. Otra cosa no sé, pero espabilado era un rato.

—No podrías haber estado más equivocado. ¡La noche que nos conocimos me odiaba!

Se giró en su asiento apoyando su mano en el respaldo del mío y me pellizcó un moflete.

—Hermanita, hay que saber interpretar a los alemanes, te lo digo por experiencia. Se guardan los sentimientos, pero no pueden ocultarlos del todo; solo debes prestar atención. Esa noche estaba extasiado y un pelín asustado, porque eres mi hermana pequeña. Si lo conocieras, te habrías dado cuenta.

Arrugué el morro; estaba muy segura del tipo de señales que Daniel había emitido. Sobre todo, ahora, porque podía comparar con las de la piscina.

—Un tío sabe cuándo a otro le pone una tía, y si se trata de tu hermana, te aseguro que estás muy en guardia observando las miradas que le echan. Siempre listo para repartir mamporros.

—Solo vamos a tomar algo —justifiqué con una vocecita extraña.

—Ya, claro, ahora lo llaman «tomar algo». Sí, sí... El término correcto es ese. Nada que ver con que os veáis a diario. Y por supuesto que no es la evolución lógica de vuestra relación, que, perdona que te diga, es más que evidente para todo el vecindario. Sois inseparables, joder. —Sonrió con arrogancia.

—De eso quería hablar contigo. De las intrusiones en mi vida por parte de algunos vecinos.

—Es un pueblo pequeño...

—¿Sabes que Heiko calentó con el culo un asiento y nos obligó a sentarnos para, y cito textualmente: «sucumbir al fornicio como locos»?

—Lo vi. —Se echó a reír como si fuera divertido—. Estuvimos comentando que sería genial que Daniel y tú..., bueno, ya sabes. Pero no teníamos ningún plan. Heiko, en cambio, sí. Nos pidió que dejáramos el asunto es sus manos. Su técnica consistía en cabrear a Daniel y que este reaccionara. Así son los métodos del Hombre Amor, y no estoy a la altura para cuestionarlos, pero desde luego que causaste bastante revuelo entre ellos.

—¡Será capullo!

—No te enfades; es de la familia y solo quiere que vosotros... No voy a repetir sus palabras. —Negó con la cabeza avergonzado.

—Solo espero que no venga a cenar esta Navidad.

Mi hermano me dedicó una mirada llena de lástima, como queriendo decir que Heiko vendría, que ya tenía comprado mi regalo, que era rojo y minúsculo, y que me iba a morir del susto cuando lo viera. Corrí un tupido velo cambiando de tema.

—Lo que no entiendo es por qué te alegras tanto de que vayamos a salir. ¡No es para tanto!

—Os lo merecéis. Desde que salís juntos, él ha vuelto a sonreír, dentro de lo poco que lo hace habitualmente, y tú has dejado de dar por saco. Ya no lloras, ni fumas a escondidas en el jardín. Y, por cierto, deja de joderle las plantas a Verena, porque si te crees que no nos hemos dado cuenta, la llevas clara.

Mierda. ¡Me habían descubierto! Me tapé la boca para no reír.

—Resumiendo, que salgáis no puede ser malo.

—No te hagas ilusiones. Yo no me las hago.

—Estás como anestesiada desde que has venido, joder, casi ni te reconozco.

Y, claro, en ese estado es imposible que te emociones por nada.

—Te aseguro que podría estar muchísimo peor; por ejemplo, torturando gatitos y quemando banderas de Irlanda del Norte en tu jardín trasero.

Se echó a reír, pero en pocos segundos volvió a ponerse serio. Mis maniobras de despiste eran una mierda.

—Lo del rockero ha sido grave, ¿verdad?

—Grave no es la palabra. Tal vez auténtico, intenso, alucinante, apasionado...

¿Qué esperaba? Las cosas se habían torcido, pero nadie me había hecho sentir como él. A todo eso se debía mi desgracia.

—Estabas muy pillada —dijo extrañado.

—Sí, y lo sigo estando... Creo que... lo quiero, o lo quería. No lo sé. Mierda.

No era plan de empezar con mentiras a esas alturas. Me hice un ovillo subiendo los talones al asiento y abrazándome a las piernas.

—Lo quieres —repitió desconcertado.

—Sí. No. Creo que sí. Aunque es posible que ya no.

Noté una sensación cálida creciendo en mi pecho. Ahí estaban de nuevo mis sentimientos hacia Gary, intentando llamar mi atención... Con lo bien que había vivido durante las últimas seis horas, ajena a todo...

—Entonces ha tenido muchísima importancia. Hostia. Suponía que había sido una aventura y poco más. Me alegro de que hayas venido.

—Yo también me alegro de estar aquí.

Ambos nos miramos en silencio durante unos minutos. Mi hermano resopló asqueado.

—¿Por qué no me lo cuentas? —dijo con un deje de esperanza en la voz.

Agaché la cabeza y me miré las manos disgustada, como si contarme los dedos fuera la razón de mi existencia. Dudaba entre abrirme a él y contarle lo que sentía o dejarlo estar. Porque sacarlo de nuevo haría que me doliera el corazón.

—Siempre hemos tenido confianza, al menos desde que dejaste de ser una niñaata tocapelotas hasta que me vine a Alemania. Desde entonces nos hemos distanciado. Y no me gusta un pelo, Rebeka. Me da por saco enterarme de que mi hermana ha estado viviendo algo tan trascendental con un tío y ni siquiera saber quién es él.

—La distancia es una mierda, lo complica todo. Antes podía ir a tu

habitación a cualquier hora. Sabía que tu puerta siempre estaba abierta para mí. Sé que suena a excusa, pero ahora estás a mil setecientos tres kilómetros y no es fácil coger el teléfono para molestarte con mis mierdas. Tienes tu vida con Verena, tus amigos, el trabajo...

Me miró echando fuego por los ojos.

—¡Me jode mucho que pienses así! Puedes contar conmigo, siempre podrás hacerlo. Eres mi hermana, y eso, para tu desgracia, no va a cambiar. A no ser que nuestra ama tenga algo que contarnos.

Mi madre no protestó por que me fuera a Alemania: al fin y al cabo, estaba vigilada por mi hermano, cosa que le hacía inmensamente feliz. El rollo fraternal le encantaba, y tenía una relación directa con que ella fuera hija única. Pero enfocó todos sus esfuerzos en hacernos saber, a grito pelado por teléfono, lo malos hijos que éramos por no ir a visitarla. Porque, según nuestra amada progenitora, Hallerburg estaba en la periferia de Bilbao. Pese a todo, mi hermano, que siempre había sido el hijo complaciente y pelota, además de ser el que más tiempo llevaba fuera tocándole las narices, le prometió que iríamos antes de acabar el año. Los tres.

—¿Tú has visto lo que me parezco a ti? Soy tu versión femenina.

Ambos nos echamos a reír mientras él afirmaba con la cabeza.

—Si tanto te pareces a mí, entenderás cuánto me preocupas y todo lo que me jode verte así... Cuéntame lo del rockero, por favor. Soy tu hermano, Rebeka, joder.

—Ahora me ha venido tu cara. Ya decía yo que me sonabas de algo.

Me arreó una colleja y me dedicó una mirada de fastidio.

—¡Estoy hablando en serio! Déjame ser tu hermano mayor una vez más, déjame que le parta la cara a él y a todo el que haga falta. No me hagas sentir culpable por haberme venido a vivir aquí.

En cuanto noté el dolor que me provocaba su culpabilidad, supe que había llegado el momento. No tenía claro cómo podría reaccionar al saberlo todo, y me asustaba que pensara que no estaba a la altura de Daniel, ni siquiera de su amistad.

—Pues tendrás que empezar a partir caras con Alex. No es que todo sea culpa suya, pero mi calvario empezó con él.

—Sigue, suelta la bomba de una puta vez.

—Prométeme que no me juzgarás.

—Sabes que me estás acojonando, ¿verdad? —dijo con el ceño fruncido.

Empecé mi relato con Alex y aquella fatídica noche en la que se cruzó en mi camino, o más bien tropezó conmigo; le conté todo por lo que tuve que pasar, incluido mi embarazo. Mi hermano se agarraba cada vez con más fuerza al volante y yo continuaba hablando como si no pudiera parar ni para respirar. Seguí con la intervención de Ana y la noche que lo pillé con otra. A esas alturas Robert tenía una mirada de rabia homicida que jamás había visto en él; hasta los dientes le rechinaban.

Salté a la noche en la que conocí a Gary y todo lo que sucedió después. Una vez más, omití la información referente a Everlasting Wound.

Cuando terminé, mi hermano ya había soltado el volante y me estrechaba entre sus brazos. Lloré, como si cada herida se me hubiera vuelto a abrir y por todo lo que lo había echado de menos. Él me pidió disculpas cientos de veces por no haber estado a mi lado, e incluso derramó alguna lagrima casi invisible. También soltó varias palabrotas y amenazas contra mis dos exnovios.

Fui consciente de que en un momento dado Verena salió mosqueada a mirar qué hacíamos en el coche y Robert, con un gesto sutil, le dijo que nos dejara tranquilos.

Contárselo a mi hermano había puesto la guinda final, y salir con Daniel iba a ser otro capítulo de mi existencia.

—¿Quién es el rockero? Lo has omitido queriendo.

—¿Por qué demonios me preguntáis todos lo mismo? Es lo de menos; no tiene importancia en todo lo que ha sucedido.

—Con los detalles que me has dado, no creo que Google vaya a tardar mucho en decirme cuál es su grupo: solo con buscar una canción de mucho éxito sobre una ex, un cantante norirlandés...

Lo miré cabreada. Mi alusión a quemar banderas había cavado mi propia tumba.

—Es Gary Connolly.

Estaba perplejo. Como si le sonara el nombre, pero no fuera capaz de ubicarlo. ¿Qué esperaba? ¿A Elton John?

—Everlasting Wound —dije entre dientes.

—¡Hostia puta! ¡Es uno de mis grupos favoritos!

Dio un golpe en el volante y me miró flipado.

Por lo visto, yo era la única habitante del planeta Tierra que no conocía al grupo hasta que tuve la suerte de cruzarme con el cantante.

—Joder. —Se rascó la cabeza con una sonrisa nerviosa, completamente sobrepasado.

Sacó un CD de la guantera y me lo tiró al regazo. *Your life without me*, el disco que contenía la canción de Halley. ¿Quería que se lo diera a Gary para que lo firmase? Lo aparté de malas formas y cayó a mis pies. Acto seguido, lo pisé con disimulo, como si fuera una maldita cucaracha.

—Me esperaba algún rockero de tres al cuarto. No una puta estrella. ¿Cómo dices que lo conociste? ¿En un pub de Londres de juerga? ¿Y has estado saliendo con él? Hostia. Deberías habérmelo dicho.

—¿Ves? Todo cambia cuando la gente sabe que se trata de él. No es justo.

Crucé los brazos sobre el pecho y le lancé una mirada que habría partido el Pentágono en dos.

—No cambia nada, pero como seas tú la culpable de su disolución, te mato.

—¿Cómo has dicho?

Se encogió de hombros y suspiró.

—Hace unos días leí una noticia acerca de ellos. Su agente ha anunciado la disolución del grupo. A este paso, me voy a morir sin verlos en directo.

Cogió el móvil de la parte central del coche y lo toqueteó a toda prisa.

—Mira la que has liado. —Me entregó el teléfono con una sonrisa malévola.

Día triste para el rock alternativo

EVERLASTING WOUND ANUNCIA SU DISOLUCIÓN

LONDRES | 30 de septiembre

Después de haber protagonizado una de las peleas más vistas en YouTube, la banda de rock londinense vuelve a dar la nota. «Nos llena de tristeza tener que anunciar la cancelación de la gira en Europa, así como de todas las actuaciones que teníamos planificadas, excepto el concierto benéfico que daremos en Ámsterdam a principios de diciembre. Los chicos de Everlasting Wound tiramos la toalla de momento. Pedimos nuestras más sinceras disculpas a nuestros fans, y si las cosas no cambian, prometemos dar un concierto para celebrar el trigésimo aniversario de nuestra fundación». Con este comunicado lanzado a través de su agente, el cantante, Gary Connolly, da por terminados casi quince años de un rock alternativo de calidad que ha hecho vibrar a toda Europa. La banda deja tras de sí cinco discos, tres conciertos en directo editados, numerosas colaboraciones y muchos números uno. Sin ir más lejos, el quinto disco del grupo, Drunk on a Wednesday, saldrá a la venta a mediados de noviembre.

Según declaraciones del guitarrista, Josh Graham, en una radio de Seattle esta mañana, no es la primera vez que Everlasting Wound se ve obligado a cancelar una gira a causa de los problemas personales del cantante y varios altercados entre bastidores. No ha querido aclarar

si se trata de un parón definitivo o temporal. Pese a todo, los medios de comunicación de la industria musical apuntan a una disolución definitiva y especulan con una posible recaída del cantante en una depresión y las drogas.

Twitter se ha llenado de mensajes a favor de la banda y más concretamente de su vocalista. Pasadas las doce del mediodía la banda era trending topic en varios países de Europa.

Recordaremos a Everlasting Wound como el fenómeno musical que nació en los barrios universitarios de Londres. Sus baladas épicas, las canciones rápidas que nos han hecho recordar lo mejor del rock inglés, letras profundas llenas de sentimientos y algunos de los mejores himnos de la historia del rock. Pero nunca olvidaremos que, ante todo, Everlasting Wound siempre habla en sus canciones del perdón, algo que tendrán que aprender a hacer sus fans si la banda decide no regresar.

—¿Qué piensas hacer? —Me miró con curiosidad, como tratando de calcular cuántos pelos tenía en una ceja.

—No lo sé; intentar olvidarlo, no tengo fuerzas para otra cosa. Hace unos días me mandó unos cuantos mensajes y todavía no sé ni cómo interpretarlos.

—Déjame verlos.

—No —contesté rotunda.

—Rebeka..., déjame verlos. No lo conozco, déjame ver cómo se las gasta.

Le di mi móvil con dedos temblorosos a regañadientes. Él leyó los mensajes varias veces con la frente arrugada, según me indicó el movimiento de su dedo índice sobre la pantalla.

—¿A qué se refiere con las llaves?

Le resumí en un par de frases los regalos y las sorpresas de Gary y su última estocada: las malditas llaves que mandé de vuelta a casa de Lucy.

—Me parece increíble que tuvieras las llaves de la casa del cantante de Everlasting Wound. Todo esto es francamente brutal.

Lo miré disgustada. Menos mal que el hecho de que fuera Gary Connolly no cambiaba las cosas.

—Perdona. Al grano. Yo veo tres cosas desde mi humilde punto de vista de tío que ha salido con un par de tías anónimas y bastante normalitas. —Me miró con suspicacia—. Una, es que tiene un jaleo mental descomunal; dos, es evidente que esconde más problemas de los que tú sabes; y tres, está loco por ti. No hay que ser Pitágoras para entender que te quiere: lo dice bastante clarito. —Señaló con el dedo la frase en el mensaje como si yo no la hubiera entendido—. Cosa que no me hace ni puta gracia.

—Está claro que ha perdido el norte y Everlasting Wound se está yendo a la mierda con él. Tal vez debería preguntarle a Lucy, la novia del batería del

grupo; todavía mantengo el contacto...

—Aléjate de él —me cortó tajante—. Depresión y drogas no pinta nada bien. No vuelvas a ponerte en contacto con él, ni con nadie de su entorno, y que no se te ocurra ni siquiera pensar en la remota posibilidad de darle otra oportunidad. Bórralo hasta de tu móvil.

Me lo estaba diciendo con la esperanza de que me olvidara completamente de él. Podía seguir adelante, pero borrarlo de mi mente como si no hubiera existido no era algo que sucedía de la noche a la mañana.

Y quise gritarle que no había exagerado cuando le pedí asilo político en Alemania.

—Céntrate en terminar las prácticas, después ya veremos si consigues trabajo o no, pero no te preocupes por eso: prefiero mantenerte económicamente y que estés aquí que dejarte al alcance de cualquiera de esos dos cabrones.

—Me quedaré hasta que yo lo decida: no quiero que nadie tome las riendas de mi vida. Te pedí ayuda, y si la necesito de nuevo, lo volveré a hacer.

De pronto me miró temeroso.

—¿Daniel sabe algo de todo esto?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Tal vez sea mejor que le des un tiempo antes de contárselo.

—¿Por qué? —pregunté confusa. ¿Se avergonzaba de mí?

—Es poli, Rebeka, es un tío con un sentido de la justicia bastante más agresivo que el mío, y encima, va armado. —Se echó a reír—. Es capaz de reventar a hostias a esos dos, y más visto lo que siente por ti y la amistad que nos une. Además, él tiene sus propios problemas que supongo que te contará cuando esté preparado.

—¿Lo de su mujer?

—Por ejemplo —dijo de manera misteriosa.

—¿Por qué no me lo cuentas tú?

Ya que estábamos a rondas de sinceridad, me pareció la mejor opción aclarar todos los entuertos que nos rodeaban.

—Es algo que debe contarte él, yo no puedo meterme.

—¿Y qué me dices de Verena?

—A su manera también está preocupada por ti, eso no lo dudes. Le diré que por fin me lo has contado todo, pero si tú no quieres, no le daré detalles. Es un tema demasiado sensible.

—Sí, prefiero que no lo hagas. Bastante tensa es nuestra relación.

—Cosa que no entiendo. Admito que ella es un poco seca y que está pasando una mala racha, pero tú eres una borde de mucho cuidado. Encima, le jodes las plantas y ella me echa en cara que lo haces queriendo.

—Somos diferentes y tal vez no nos hemos dado una oportunidad.

—Recuerda que la casa no es solo mía; si estás aquí, es porque los dos queremos.

—Lo sé, tienes razón. Quedaré con ella para hacernos trencitas una tarde.

Me dio una colleja y yo le pegué en el hombro.

—Y Ana ¿qué opina de todo esto?

—Que debo hablar con Gary, que no puedo dejarlo pasar. Que es el hombre de mi vida. Blablablá. Ah, y que me acueste con Daniel.

—No estoy de acuerdo, pero también es verdad que ella lo conoce; a lo mejor ha podido ver cosas que a mí se me escapan. Joder, es que me encantaría ahogarte con el cinturón de seguridad por todo lo que me has contado. No te culpo por nada, no pongas esa cara, pero, hostia, soy tu hermano y soy prácticamente el último en enterarme. ¡Parezco el cornudo! Podrías haber venido en cuanto empezaron los problemas. Te habría ayudado.

—Te lo he contado todo, y te aseguro que no es fácil hablar de sexo y sentimientos con tu hermano.

Ambos nos ruborizamos, pero él sonrió con picardía.

—El tema sexual es lo de menos. No te avergüences por ello. No soy un idiota que se cree que su preciosa hermana llegará virgen al matrimonio. Pero ten más cuidado, porque las consecuencias las pagarás primero tú, y, aunque eso ya lo sabes, es lo que debo decirte.

—Nunca vas a dejar de sorprenderme. ¿Cuándo has madurado tanto?

—Ni tú a mí, créeme —negó aturdido—. Pese a todo, me lo has contado demasiado tarde y obligada. Si no llego a prepararte esta encerrona...

—Te prometo que la próxima vez no dudaré en contártelo, esté donde esté. Gracias por todo.

Lo abracé y él me dio un par de palmadas cariñosas en la espalda.

—No hay de qué. Ahora deberías arreglarte, ponerte tu mejor sonrisa y disfrutar de la noche con Daniel. Olvídate del rockero y utiliza condón, por el amor de Dios. ¿Hace falta que te los compre yo?

—¡Robert! No vamos a hacer bromas al respecto.

Le di un golpe en el hombro y él se mordió la lengua de manera traviesa.

—Necesitaba cachondearme un poco. Estoy programado genéticamente para tocarte las narices y te conozco mejor que nadie...

—Entonces, ¿tengo tu visto bueno para salir con tu amigo? —pregunté de manera vacilona—. Sé que mis sentimientos por Gary están ahí, pero no pienso hacer nada con ellos. Ahora mismo solo quiero disfrutar de la compañía de Daniel, inocentemente, ya me entiendes. —Me ruboricé.

—No necesitas mi visto bueno para salir con nadie, pero sí, lo tienes. Es un tío de puta madre, Rebeka, es la mejor persona que he conocido.

—Me ha costado conectar con él. Tal vez es que yo tampoco estaba muy abierta a comunicarme con nadie.

—Es tímido y muy sistemático. Nada más. Pero sé que con él vas a estar a salvo, y te aseguro que ahora mismo es lo mejor que puedo sentir. Porque él nunca hará nada remotamente parecido a lo que me has contado. Pero cuídalo: su corazón también está roto... Que sea lo que tenga que ser. Que acabáis siendo solo amigos, genial. Que al final decidís tener algo serio, perfecto.

—Intentaré no decepcionarte. Haré las cosas bien.

—Nunca me decepcionarás, pase lo que pase. Eres la cabrona insufrible de mi hermana pequeña, y por mucho que me joda, es tarde para darte en adopción.

—Gilipollas.

Le pellizqué el antebrazo y él se revolvió en su asiento.

—Venga, vamos a casa. Tengo que comprarme un bate de béisbol, sacarme la licencia de armas y reservar un par de vuelos. ¿Dónde me has dicho que vive el rockero? Empezaré por asustarlo a él. Después iré a por el otro hijo de la gran...

—¿Tú te das cuenta de la cantidad de tacos que dices cuando hablas en español?

—Todos los que no me permite Verena en alemán.

De camino hacia casa, se detuvo al lado de las azaleas, se echó a reír y me dio varias palmaditas en la espalda.

—Me muero por saber qué cojones les hiciste para dejarlas así.

13

AGENTE HORCHATA

—¿Vas a salir con Culo Prieto? —preguntó Ana indignada—. ¿Te has vuelto a dejar el gas abierto?

La tenía al otro lado de la línea, resoplando desilusionada, en una de nuestras habituales llamadas semanales. De las que siempre acababan en discusión en cuanto empezaba a insistir en que debía hablar con Gary, pero no sin antes echarle un polvo al portero de la selección alemana. Pero solo eso.

—Ana..., llevo haciéndolo semanas —dije con tono reprobatorio, y chasqué la lengua.

—No es tu tipo y lo sabes. Vale que es un regalo divino para el disfrute de las mujeres, pero no puedes sustituir a Ricitos Ardientes por el Agente Horchata. Simplemente no puedes seguir con esto, te vas a cansar de él. Se te caerán las bragas del aburrimiento.

—¿Agente Horchata? —Me carcajeé.

—¡Es lo que le corre por las venas! Horchata empalagosa.

—Es un buen tío, no seas tan cabrona. Tal vez sea un poco tradicional para lo que estoy acostumbrada, pero es majo y somos buenos amigos. Además, ¡tú me dijiste que me lo tirara!

—En tu mente entre echarle un polvo y acabar adoptando a su hija hay solo un paso. Como no te andes con ojo, la vas a cagar.

—No digas tonterías, joder, solo quiero pasar una noche agradable con él, ¡es un tío genial!

—Pero no deberías buscar una relación espiritual. Dime que lo haces porque sabe usar las esposas y te da mucho morbo, y no para olvidar a Ricitos Problemáticos. Porque sabes que es una idea pésima.

Evidentemente era lo que estaba haciendo, pero no pensaba admitirlo. Gary era el chico malo que con dos palabras me tenía a su merced; Daniel, en cambio, era el chico bueno del que me enamoraría perdidamente. Era la opción correcta. Una buena decisión, madura y sensata. Contraria a todas las que había tomado con anterioridad.

—Vas a acabar en el infierno jugando al mus con el maldito Hitler.

—Deja de gritarme y guárdate el aliento para inflar los manguitos de tu hija adoptiva.

—Tal vez ese tío sea el amor de mi vida... —me pitorreé sabiendo que la iba a sacar de quicio—. ¿Dónde ha quedado el romanticismo?

—Oye, bonita, ¿por qué no pruebas a hablar con la boca cerrada? A lo mejor así dejan de salir sandeces. Además, no me hables de romanticismo cuando eres tú la que casi se lo come en la piscina. Ya quisiera yo saber quién de los dos estaba más mojado —dijo entre risotadas.

—¡Vete a hacer puñetas! —Me eché a reír—. Tal vez sea lo que necesito: un buen revolcón, pasar página y asimilar que he perdido a Gary para siempre.

—¿Por qué no pides algo más real? Tal vez... ¿un dragón rosa?

—Echarle un polvo era tu consejo.

—Sigues mis consejos cuando te conviene. Lo que realmente necesitas es una catapulta de tamaño industrial para lanzar a todos los tíos que te rodean al otro extremo del planeta.

Gruñí mosqueada.

—Está bien, hagámoslo a tu manera. Tal vez solo te lo tienes que tirar una vez para comprobar por ti misma que no va a haber nada más, que te gusta, pero que no estás enamorada de él. Es un blandurrio follable, y poco más. Pruébalo, piénsalo y me comentas.

—Eres una jodida loca. Ya está, ya lo he dicho.

—Soy la voz de tu conciencia. Porque no eres capaz de mantener una relación sana contigo misma.

—Tú sí que sabes llegarme al corazón.

Después de varios insultos amorosos más, le deseé que pasara un buen fin de semana y me metí en la ducha.

Una hora después Verena llamó a la puerta de mi habitación; le dije que

entrara.

—Daniel está abajo.

La miré de reojo con desconfianza.

—Dile que ahora bajo —siseé entre dientes, pero ella no se dio por aludida. Se sentó en mi cama.

Empecé a buscar en el armario mi abrigo nuevo, más por ignorarla que otra cosa. Había decidido ponerme un vestido cortito negro de lana y unos zapatos del mismo color con un tacón de infarto. Nada especial, pero muy sensual.

—Quiero decirte una cosa antes de que te vayas —dijo mientras hacía un gesto para que me sentara en la cama a su lado.

Obedecí y reprimí las ganas de hacer alguna broma sobre que parecía que iba a darme una charla acerca del sexo seguro.

—Sé que has pasado una mala época, pero Daniel también lo ha pasado mal... No quiero que sufra más. Que salgas con él se supone que va a ser algo bueno para los dos, o eso cree tu hermano, pero no quiero que lo metas en tus juegucitos.

—¿Juegucitos? —Abrí los ojos alucinada y me la encontré conteniendo las lágrimas a duras penas.

¿Tenía las hormonas revueltas?

—Bueno, has tenido dos relaciones... y en ambos casos las cosas acabaron mal. ¿No?

La muy insensible me estaba culpando. Aunque en realidad no sé qué era lo que me sorprendía: era el tipo de persona fría hasta el extremo que cada vez que su madre le decía «te quiero» se limitaba a darle las gracias educadamente.

—Creo que ya eres una mujer adulta y que debes tomarte las relaciones con más seriedad, sobre todo porque Daniel tiene a Andrea. Si vas a salir con él, que sea porque estás segura de lo que haces. Él es muy importante para mí. No dejaré que lo destroces.

Me estaba jodiendo la vida escucharla hablar así. Pero en parte tenía razón.

Había llegado a esa edad en la que mis amigas empezaban a plantearse tener hijos por voluntad propia y no por accidente. Pero yo seguía estancada en la época en la que lo solucionaba todo saliendo de juerga y buscando novios de dudosa reputación.

Tenía que madurar, avanzar y sentar la cabeza: firmar una hipoteca, llamar a mis padres un par de veces a la semana y salir con el mismo tío más de un

año.

Y dejar de fumar a escondidas por tercera vez.

Y dejar de comer donuts rellenos de Nutella cuando el mundo se me venía encima.

Aun sabiendo que ambas cosas a la vez serían imposibles. No sin acabar pareciendo un pez globo.

El Agente Horchata cumplía con todos los parámetros de la vida asentada y tranquila que debía conseguir.

—Mira, Verena, voy a darte la razón en una cosa: tengo que sentar la cabeza. Pero no voy a aguantar que me culpes por las cosas que me han pasado en mis anteriores relaciones, por muy novia de mi hermano que seas. Porque si algo he aprendido de todo esto, es que no voy a dejar que me pisoteen nunca más.

—Solo quiero que sepas lo importante que es Daniel para mí... —añadió con recelo.

—Bueno, si tan importante es, ¿por qué no sales tú con él? Así te quedas más tranquila.

Me miró horrorizada, se limpió una lágrima de la cara y se levantó de la cama de golpe.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Solo pretendía acercarme a ti, hablar contigo, darte un consejo... y te lo estás tomando como un ataque directo.

—¿Sabes?, te voy a hacer caso y voy a poner tus consejos en la montaña de cosas que me importan una mierda.

Salió de la habitación en tromba, cosa que ignoré, y me puse a recoger mis cosas para meterlas en el bolso. Esa conversación no había terminado, estaba segura, y tal vez nuestra relación nunca mejoraría. Jamás me había sentido tan lejos de una persona.

Cuando bajé las escaleras me encontré a mi hermano hablando con más de un metro noventa de perfecta musculatura alemana, embutida en unos vaqueros negros y una camisa gris perla perfectamente planchada. En cuanto vi que el susodicho sujetaba una maceta con una planta entre sus manos, confirmé el hecho de que era un tío tierno, tanto que casi conseguía que me diera un subidón de azúcar letal.

Hasta la fecha, yo había sido muy fan de los tíos desaliñados, con antecedentes y más problemas que sentido común, así que un hombre bien

vestido, formal y centrado cambiaba las reglas del juego, pero no evitó que me tuviera salivando desde el minuto cero.

Daniel me dio un beso en la mejilla, poco cortés y demasiado cariñoso. Robert se rio por lo bajo y yo me vi obligada a dedicarle una peineta con disimulo. Menudo momento había elegido para demostrar que había algo más.

Era evidente que nuestros encuentros habían dejado de ser inocentes y se habían convertido en una profunda amistad con las reglas difusas, pero ¿qué necesidad había de alardear delante de mi hermano?

Cogí la maceta en silencio y le di las gracias; me quedé con ella entre las manos sin saber qué hacer. Excepto reconocer que eran azaleas, ironía que no me pasó desapercibida.

Ellos continuaron con la conversación ajenos a mis problemas de floricultura. Olisqueé las flores con curiosidad. La situación me pareció tan trillada que se me escapó una risita, provocando que Daniel me mirara de reojo nervioso. Todavía no me conocía lo suficiente como para saber que yo nunca había necesitado flores, ni bombones, ni cenas a la luz de las velas. En el fondo, seguía siendo la chica de la cerveza y el revolcón. Aunque él fuera todo un caballero y me sintiera cómoda a su lado, esa no era yo. Me jodió tener que admitirlo, pero Ana tenía razón: a Daniel le corría horchata por las venas, y no tenía nada que ver con el queroseno que le corría a Gary. Ese fuego, ese descaro..., esa dualidad irresistible de sus palabras, entre obscenas y románticas... Madre mía. ¿Por qué echaba de menos esos detalles? Tal vez porque esa era su esencia, lo que lo hacía ser él, en todo su esplendor.

Me fui a la cocina para dejar la maceta, darme un par de bofetones y, de paso, volver a conectar con el presente. Según volvía hacia el salón, me detuve contra la pared.

—Cualquiera que haya vivido lo mismo que tú con Carol entendería que te cueste hablar de ello —dijo mi hermano entre susurros.

—Se lo voy a decir. No quiero que siga sin saber lo que pasa.

—Ella te ha hablado del rockero, ¿no?

Hubo unos segundos de silencio antes de que mi hermano continuara hablando. Supuse que Daniel asintió.

—Solo quiero que si las cosas se salen de madre me avises —le rogó Robert—. Ese tío me da mala espina; no quiero que se vea envuelta en más líos. He leído los mensajes que le ha enviado y estoy seguro de que volverá a

por ella.

—¿Qué decían los mensajes?

Alguien carraspeó a mi espalda. Cuando me giré, me encontré a Verena con cara de mosqueo y las manos en las caderas.

—Me preguntaba si este de la foto es tu abuelo Otto —dije con naturalidad mientras señalaba al azar uno de los cuadros de la pared. Tal vez ni siquiera fuera su familia, pero tampoco tenía nada mejor a mano.

—No tengo ningún abuelo que se llame Otto —contestó con frialdad.

—Me habré liado.

Me di la vuelta como si tal cosa y continué hacia el salón taconeando para que supieran que me acercaba y que para nada había estado espiando.

Daniel intentaba ultimar detalles con su hija, que estaba saltando sobre el sofá como poseída, y mi hermano me esperaba con una sonrisa traviesa que me puso los pelos de punta.

Contra todo pronóstico, salimos de casa con todas sus bendiciones y sin ningún tipo de vacilada bochornosa. Cosa que me hizo sentir orgullosa de ser su hermana.

Justo cuando nos disponíamos a cruzar de acera, oímos gritos.

—¡Rebeka, espera!

Mi hermano venía corriendo con la lengua fuera. Paró a un par de metros de distancia con una sonrisita de suficiencia. Ni siquiera lo vi venir, pero de pronto el muy capullo me tiró una ristra de doce condones a la cara, que acabaron en el suelo. Acto seguido, le tiró otra a Daniel, que la cogió al vuelo.

Respiré hondo y di un par de pasos en dirección a mi hermano con las manos en garras, dispuesta a agarrarlo del cuello. Siempre había deseado ser hija única, y aquel era un buen momento como otro cualquiera.

—Confía en nuestro amigo el látex. ¡Ya sabes lo que dicen: los amigos y los condones te protegen cuando las cosas se ponen duras! —bramó en español, el muy políglota, mientras se alejaba de mí marcha atrás—. Si eso no te convence, imagina lo que tiene que ser parir el vástago de un machote germano como Daniel. —Hizo un gesto que abarcaba lo mismo que si hubiera un zepelín aparcado en doble fila en el barrio—. Ya verás cómo se te quitan las ganas y lo tranquilo que voy a vivir yo —añadió sonriendo como un cabronazo.

—Gracias por ponerme esa imagen en la cabeza, pedazo de chorizo.

—De nada, hermanita. Te quiero. —Se dio con el puño al lado del corazón a la par que yo le enseñaba mi dedo corazón.

El plan B era arrancarle las orejas y metérselas en la boca hasta que se pusiera azul, pero jamás lo haría con un poli delante. Que, por cierto, se había convertido en un puñetero monolito de piedra sexy a rabiar.

Como buenos hermanos que éramos, teníamos un seguro a todo riesgo por el que podíamos vacilarnos y pegarnos hasta la saciedad sin rencor. Pero él a veces lo llevaba demasiado lejos para mí. Yo era más lenta urdiendo las venganzas. Y, por lo visto, a Daniel esa liga le venía muy grande.

Mi hermano se dio la vuelta tan tranquilo y se largó tarareando una canción de Everlasting Wound, elevando su categoría de cabronazo a un nivel nunca antes conocido por la humanidad. Pero ya se quedaría dormido en algún momento...

Daniel continuaba clavado en el sitio y estupefacto, con los preservativos colgando de su mano derecha. Abrí el bolso, se los quité y los guardé. Lo arrastré de la mano hacia el coche sin mediar palabra.

—No te han gustado las flores —me dijo al tiempo que me abría la puerta del coche, obviando la última jugarreta de Robert.

—Siglo equivocado.

ROCCO'S, ABIERTO HASTA EL AMANECER

El Rocco's se había vestido de gala para la ocasión. El pequeño sótano de Heiko estaba decorado con ramilletes de perejil, pósteres de tías desnudas y fotos de los enanitos pescando en Dinamarca. Estaba lleno hasta la bandera, saltándose unas cuantas leyes federales a la torera. Eché un vistazo alrededor: aquello era lo que los alemanes llamaban una *Gammelfleischparty* en toda regla, una «fiesta de carne decrepita», un evento donde la mayoría de los asistentes superaban los treinta.

Nada más entrar nos encontramos a Ingo, el otro hermano de Verena, empujando una carretilla cubierta por una sábana rosa, llena de botellas de cerveza y trocitos de queso. En aquel antro ilegal existían dos métodos de pago: reponer el género o meter dinero en la hucha con forma de sirenita de Copenhague que había.

—*Moin, moin!* —nos saludó Ingo, que era bastante más discreto, educado y agradable que Heiko, cosa que no era difícil si eras humano. Aunque en esa ocasión desmontaba el mito con la corona de cartón de Burger King que llevaba en la cabeza. No quise saber el motivo.

Nos adentramos entre la gente cogidos de la mano. Angela Merkel vestida de *dominatrix* con látex rosa habría causado menos impresión a los lugareños. No tenía muy claro si se alegraban o sentían una morbosa curiosidad, porque en ese pueblecito de la Alemania rural, que si parpadeabas te lo pasabas, eran pocas las noticias jugosas.

Después de varios empujones amistosos a nuestros amados vecinos, conseguimos hacernos un hueco en una esquina de la barra. Heiko nos recibió con una camisa hawaiana llena de palmeras, unas Ray-Ban naranjas y unas ramitas de perejil colgando de las orejas. Mimetizado con la fiesta a más no

poder, o recién salido de rehabilitación, quién sabe.

Daniel dio varios golpecitos con los nudillos en la barra para saludar a los presentes —típico de los germanos—, le pidió un par de cervezas y dejamos cincuenta euros en la hucha. Acto seguido, sacó las llaves del bolsillo y con el abrebotellas que llevaba de llavero abrió nuestros botellines. Habría puesto cara de sorpresa si no supiera que la mayoría llevaba uno.

—*Prost!*— Chocó su botellín con el mío mientras me miraba fijamente.

Aproveché para saludar a algunos de los enanitos, que ya estaban bastante pasados de rosca, aunque todavía con la ropa puesta y respetando el espacio vital ajeno. Lo más gracioso del asunto era que detrás de todo el desmadre había más polis que en una comisaría. Muchos me preguntaron por mi hermano. Les conté encantada que estaba cuidando de Andrea. Todos asintieron sin preguntar nada más, pero me dedicaron sonrisitas cómplices.

Dos horas después el Rocco's echaba humo, y no porque se pudiera fumar dentro; la fiesta estaba en pleno apogeo y el ambiente muy caldeado.

Daniel continuaba absorto en varias conversaciones sobre la excursión anual a Dinamarca. No paraba de hablar y sonreía. Era maravilloso verlo así, integrado y feliz. Yo, en cambio, empezaba a aburrirme un poco, al menos hasta que los chupitos de más de cincuenta grados empezaron a correr como el agua y opté por salir a bailar a la minipista de baile. Daniel no me acompañó, pero tampoco protestó por que me fuera.

Heiko fue todo un caballero y abandonó la barra para bailar conmigo. Cosa que al principio me dio bastante grima. Pero me hizo girar por toda la pista con elegancia, dejándome gratamente sorprendida por el hecho de que supiera mover su cuerpo cincuentón con tanto salero y que no intentara sobarme en ningún momento. Nos volvimos locos con *I want to break free*, de Queen, y *Twist and Shout*, de los Beatles, y hasta me puso sus gafas de sol. Me quité los tacones y los dejé sobre la barra, para poder darlo todo. Me sentí liberada y desbordada de adrenalina. Daniel no perdía detalle de cada uno de mis movimientos, y me encantó. Me hizo sentir tan atractiva como deseada. Había pasado un mes y medio desde la noche de las hogueras: era sorprendente cuánto habían cambiado las cosas para bien.

Cuando la ropa se me empezó a pegar al cuerpo por el sudor, Heiko me llevó en volandas hasta la barra. Me dejó sobre ella con delicadeza junto a mis zapatos. Se coló detrás para servirnos un par de cervezas.

—Me ha comentado cierto compañero de trabajo que me tienes un poco de

miedo —me dijo con voz profunda mientras agitaba una coctelera.

—Son los rumores que te rodean —dije riéndome; dejé las gafas sobre la barra y le di un buen trago a mi cerveza—. Las malas lenguas dicen que planchar tus calzoncillos supone un embarazo seguro.

Heiko se partió de risa y chocó su botellín contra el mío.

—Soy una leyenda, qué le vamos a hacer. Si tuviera diez años menos ya te habría echado la caña y antes del amanecer te convertirías mi cuarta esposa. Conoces mi movimiento de caderas bailando, así que puedes hacerte una idea de...

—¡Tranquilo, vaquero! No desenfundes la pistola tan rápido, que todavía sigues casado —le interrumpí.

Ya me estaba pareciendo que tardaba mucho en sacar sus dotes de depredador.

—¿Cómo crees que he acabado divorciándome en dos ocasiones? Soy el Hombre Amor, preciosa: desenfundo a la velocidad de la luz y nunca decepciono. No como Daniel, que no sé a qué espera para darte un buen repaso. Carol no está y no va a volver; al paso que vamos, lo que le cuelga entre las piernas se le va a oxidar.

—Demasiados detalles, como siempre —protesté, pero él lo ignoró tomando mis manos entre las suyas.

—Hay que tomarse la vida con más libertad; es jodidamente corta y no nos da muchas segundas oportunidades, así que hay que disfrutar todo lo que nos ofrece y exprimirla a tope. El amor y el sexo son un puto regalo —afirmó de manera poética—. Si te sale una partida ganadora, tienes que ir a muerte, no puedes perder el tiempo. ¡Mira a tu hermano! Él sí que ha sabido aprovechar una mano de buena suerte.

Cuánta sabiduría derivada del alcohol y la mala vida. Pensar que estábamos emparentados de manera política me ponía los pelos de punta.

—No es que Robert y tu hermana Verena sean la pareja más innovadora del mundo en lo que a relaciones se refiere.

Soltó mis manos de golpe para apoyarse en la barra y lanzarme una mirada condescendiente.

—¿No sabes que nos jugamos a Verena en una partida de póquer? ¿Y que tu hermano siempre farda de habernos ganado?

La cerveza se me escurrió de las manos, pero antes de que pegara el suelo Ingo la cogió al vuelo y me la devolvió con una sonrisa tímida.

—Veo que no lo sabes, pero aquí está el tío Heiko para ponerte al día. Verena trajo a tu hermano una noche a cenar a casa de mis padres; nos lo presentó y, tal como manda la tradición familiar, nos jugamos a la hermana pequeña a una mano de póquer. Robert iba perdiendo, hasta que mi madre nos obligó a dejarnos ganar. Le cayó bien.

De pronto empezaron a sonar varios anuncios de Spotify. Heiko dejó la conversación a medias para coger el móvil y cambiar la lista de reproducción. Cotilleé la pantalla observando que dudaba entre dos repertorios, «*Love is in the air*» y «*Mallorca 2009*». Me pilló y quitó el aparato de mi vista.

—Tranquila, pequeña; Everlasting Wound está fuera de mis listas de reproducción desde la noche de la hoguera. —Me guiñó un ojo.

Me quedé con la boca abierta. Calculé las posibilidades de que mi hermano le hubiera contado algo, pero enseguida lo descarté. Entonces la vi con Heiko, bailando y cantando como dos posesos sin poder hablar ni siquiera el mismo idioma. La imagen que conservaba era muy nítida. La muy bruja podía darse por muerta.

—Ana —gruñí.

—La policía lo sabe todo —dijo con solemnidad y la frente arrugada, al más puro estilo de John Wayne.

Cuando acabó el tercer anuncio de Spotify, *You got it*, de Roy Orbison, inundó el Rocco's cambiando el ambiente de manera radical. Incluso parecía que las luces hubieran bajado de intensidad para darle más intimidad.

Heiko se acabó la cerveza de un trago, salió de la barra y cogió mi pie derecho entre sus manos ante la mirada estupefacta de todos los presentes, incluida la mía. En lugar de chuparme el pulgar, como hubiera sido normal en él, me puso los zapatos de tacón con un gesto cortés, me guiñó un ojo y me hizo una reverencia ofreciéndome su mano de nuevo. Me sentí como si fuera Blancanieves, pero con el príncipe equivocado. Pese a eso, salté de la barra aceptando bailar con él.

Me guio de vuelta a la pista, pero en un giro inesperado cambió de dirección y me empujó con sutileza contra el cuerpo de cierto alemán atractivo.

—Haz que me sienta orgulloso, o me encargaré de que te destinen a la embajada alemana en Grecia —amenazó a Daniel.

Le puso un trocito de perejil detrás de la oreja y a mí me lamió la mejilla.

Daniel no dudó ni un segundo; dejó la cerveza en la barra, la conversación a

medias y se aferró a mi cintura. Yo le rodeé el cuello sintiéndome agradecida de que Heiko me hubiera puesto los tacones, porque, de otra manera, habría parecido un Pinypon colgada de su cuello con las piernas en el aire. Comenzamos a mecernos suavemente, mezclándonos con el resto de las parejas.

Heiko se agenció un palo de escoba para hacer *playback*, algo habitual en su repertorio que se repetía un par de veces por noche. De vez en cuando, nos señalaba con el dedo y movía las caderas como el pervertido profesional que era. Escondí la cara entre las manos avergonzada y me apoyé en el reconfortante pecho de Daniel. Él me estrechó con sus brazos. Seguimos balanceándonos al compás de la canción mientras me recreaba en el delicioso olor que desprendía su cuerpo.

—Estás preciosa —me dijo.

Sus palabras impactaron en mi corazón, obligándolo a acelerar de manera brusca. Al fin y al cabo, hacía mucho que no latía emocionado por unas palabras bonitas.

Daniel, acababa de conseguir que el alemán sonara dulce y esperanzador. Por mucho que la gente diga que es un idioma que suena brusco, malhumorado y arisco, no siempre es verdad. Cuando lo escuchas, debes ir más allá de su sonido, leer a la persona que te está hablando, y acabas descubriendo que detrás de su rudeza se esconden maravillosas palabras, con un significado tan profundo que son casi imposibles de traducir. No puede haber nada feo en una lengua que no dice adiós, sino «hasta que nos veamos otra vez»: *Auf Wiedersehen*.

Me hizo girar entre sus brazos ejecutando una pirueta perfecta. Me aferré a su pecho de nuevo y él deslizó sus manos por mis caderas. Me observó fijamente.

—Quédate conmigo.

—No pienso moverme de aquí. Heiko no deja de mirarme el culo.

—Sé que no puedo competir con él, pero me refiero a esta noche y a mi casa.

Sonreí con el corazón derretido.

Tener la oportunidad de amar a alguien como Daniel me curaba las heridas y me hacía creer en que yo también podía remendar todo lo que estaba roto en su interior; de hecho, ya estaba sucediendo. El cambio que estaba experimentando se reflejaba en la manera en la que me apretaba entre sus

brazos. Había tantas cosas que podíamos hacer por mejorar nuestras vidas, tan simple y fácilmente, que casi parecía magia. A veces nos enamoramos de la manera más absurda, con una sonrisa y un par de frases elocuentes en un pub, pero otras veces no nos enamoramos: simplemente encontramos a una persona que encaja a la perfección en el papel de compañero de viaje. Alguien especial dispuesto a estar a tu lado, y al que acabarás amando locamente.

Había llegado a Alemania huyendo y ahora tenía un motivo para no marcharme.

15

¿QUÉ ME ESTÁS PIDIENDO?

Salimos del pub a eso de las tres de la mañana. Heiko había colocado un barco en el jardín, con faro y amarres, llevando a otro nivel su fantasía como pescador. No dije nada al respecto, porque bastante tenía con no tambalearme mientras caminaba hacia el coche de Daniel. Dejé los zapatos sobre el techo y me apoyé en la puerta. El frío del suelo alivió el dolor de las plantas de mis pies.

—Vas a tener que volver a ponértelos. Ahora mismo no puedo conducir. A no ser que me permitas llevarte en brazos.

—Podemos volver, tomar otra y arrastrarnos a casa al amanecer. Me conozco el camino al dedillo, sobre todo a cuatro patas.

—No sé lo que quiero, pero no me quiero mover de aquí —afirmó con voz grave.

Me apresó contra el coche, puso sus manos en mi cintura y miró hacia abajo.

—Estás loca y a veces eres insufrible, pero me gustas. Es un hecho desconcertante, pero... empiezo a estar loco por ti.

—Tú eres distante, frío y un estirado. Cuando no has bebido.

Sus carcajadas retumbaron por toda la calle. Las pocas veces que se reía con tantas ganas me desordenaba la vida, me ponía los sentimientos patas arriba y alineaba los planetas.

—Te acabo de decir que me gustas —repitió divertido.

—No me cambies de tema —protesté.

Un momento.

Rebobiné mentalmente la conversación. Deseé con todas mis fuerzas no haber abierto los ojos flipada, pero toda la cerveza que corría por mis venas

no me permitió controlar las emociones que reflejaba. Sus palabras me descolocaron, tal vez porque confirmaban lo que había entre nosotros, pero, en el fondo, yo seguía deseando oírse las decir a otra persona.

—¿Estás enamorado de mí? Joder, pero si, según tú, ¡soy Belcebú! — bromeé, más por quitarle peso a la conversación que otra cosa.

—En realidad, es por tu hermano. Es un favor.

—Oh, Dios mío, Daniel, vas a sufrir un derrame cerebral. No deberías bromear tan a la ligera; tus estirados genes germanos se están revolviendo asustados. Capullo —dije de cachondeo—. Estarás contento: me has hecho decir un taco, y llevaba toda la noche sin hacerlo.

—No me importa que lo hagas.

—A mí tampoco me importaría que tú lo hicieras.

Sonreí con picardía. La irrefrenable necesidad de besarlo volvió con bastante más fuerza que horas antes en la piscina.

—¿Qué es lo que quieres? —Me miró contrariado—. ¿Qué me estás pidiendo? Porque hace un par de frases que ya no hablamos de palabrotas.

—¿Quieres que sea sincera?

—Por favor. —Acarició mi mejilla con dulzura.

—Como luego me lances miraditas de desaprobación, te mandaré a la mierda.

—No lo haré, te lo prometo. Sé sincera como solo tú sabes ser.

Respiré hondo mientras él me taladraba con una mirada impaciente.

—No quiero que perdamos el tiempo yendo a tu casa. Quiero que nos metamos en tu coche, que lo aparques en cualquier esquina oscura y que hagamos que se empañen los cristales. Ni siquiera quiero que me quites el vestido.

Me miró como si me hubiera levantado la falda dejándole ver todo. Sus carnosos labios dibujaron una O perfecta.

Bufé arrepentida, deseando no haber dicho nada. Mentir bajo los efectos del alcohol a veces estaba chupado, pero contener la verdad o conseguir que sonara bien me resultaba imposible.

Alguien tenía que empezar a hablar claro, pero tal vez ese alguien no era yo.

—Daniel, me voy a casa. —Reculé.

Me deshice de su abrazo, cogí mis zapatos y comencé a caminar calle arriba. No iba a fastidiar lo que teníamos por un calentón, no iba a volver a

saltarme la fase inocente para meterme de cabeza en la noche de bodas más caliente de la historia. Había aprendido la lección: iría despacio.

—No te vayas —me dijo apesadumbrado.

Cuando me giré, verlo abandonado en mitad de la calle oscura me rompió el corazón.

—Estoy cansada... Ni siquiera aguanto ya los pies —me excusé, consciente de que un metro no era distancia suficiente: seguía notando el calor de su cuerpo.

Él dio un paso con decisión, tiró de mi mano y me apresó contra su pecho. Deslizó sus manos por la curva de mi espalda, pero no llegó hasta el terreno prohibido. Ahí estaba de nuevo el famoso «sí, pero no» en el que llevábamos atascados desde la piscina. Pese a todo, noté que tenía la respiración acelerada, las pupilas dilatadas y un autocontrol envidiable, que ya quisiera para los domingos.

Gary solo necesitó diez minutos y un par de frases groseras para arrancarme las bragas de cuajo. Daniel, en cambio, hacía que se me escurrieran hasta los tobillos despacito, poco a poco, provocándome un cosquilleo embriagador y lacerante. La calma de sus movimientos llenaba cada célula de mi cuerpo con una anticipación brutal. El lento descenso de mi ropa interior no tenía punto de retorno, suponía una vertiginosa escalada en el deseo por tenerlo a mi merced sobre una cama. Pero era él quien debía dar el paso, era él el que venía en un *pack* con hija incluida.

—Te llevaré donde sea —dijo con cierto tono de indecisión y el ceño fruncido.

Escondí a la Rebeqa golfa dándole paso a la responsable, esa gran desconocida para el público general que a veces resultaba hasta un poco borde.

—Ahora mismo no estoy buscando amor, no al menos del clásico. Así que será mejor que lo dejemos, por el bien de los dos. Hagámoslo despacio.

Mi subconsciente acababa de delatarme de la manera más penosa posible. Cosa que provocó que sus manos abandonaran aguas internacionales y aprisionaran mi trasero. Jadeé excitada.

—Te piensas que soy algún tipo de autómata que ni siente ni padece, y te aseguro que no es así. Tengo necesidades y no soy de piedra, ya lo has visto en la piscina. Quiero estar contigo de todas las maneras posibles y darte lo que ambos deseamos, pero Andrea... —Se revolvió el pelo con la mano—. A

estas alturas debes de pensar que no me pones.

—La culpa la tienen las novelas románticas, la historia y la evolución de las especies, que nos hacen creer que siempre estáis dispuestos. Tranquilo.

—Eres preciosa. Y te aseguro que quiero hacérmelo contigo.

«Ay, el alcohol, qué cosas nos hace decir».

Se me escapó una carcajada. Lo miré como si no lo conociera, deduciendo que había sobrepasado su límite con la bebida como cinco cervezas atrás y se había metido de lleno en la fase de las verdades cariñosas él solito.

Pero tenía que parar la escalada desenfrenada de tensión, antes de que se convirtiera en el polvo callejero más escandaloso de la historia de Alemania y que alguien pensara que habían vuelto los rusos. Me dije a mí misma que actuar así significaba que por fin iba a centrarme en hacer las cosas bien y que no tenía nada que ver con las dudas que todavía me provocaba Gary. Daniel era una inversión a largo plazo, y, como tal, debía echar el freno y enamorarme locamente de él antes de bajarle la bragueta.

—Hemos bebido; no es el momento de tener una conversación tan crucial como esta. Vámonos a casa, necesito atracar un frigorífico. Cenar tan pronto y beber como un pescador alemán no va bien conmigo. ¿Por qué demonios cenáis a las seis?

El cambio radical de tema surtió efecto. Daniel se relajó y soltó mi trasero. Me sentí decepcionada y tranquila a partes iguales.

—No puedo cambiar las costumbres alemanas por ti, pero...

Se acercó al maletero del coche, sacó una mochila rosa llena de princesas, rebuscó dentro y poco después volvió a mi lado escondiendo algo en la espalda.

—*Schau mal!*

Me dio una bolsita con un bocadillo dentro con una sonrisita orgullosa adornándole la cara.

—¿Nutella en pan de molde? Dios mío, esto es lo más dulce que ha hecho nadie por mí. Encima le has quitado el borde. Sacar un bocadillo de Nutella de la manga es como ser Dios. Te has convertido en mi persona favorita, en mi héroe.

—Soy un padrazo, ¿lo habías olvidado? Sé cómo acabar con un berrinche; lo que no sabía es que también es el truco para conquistar a una mujer.

¿No sabía que el chocolate era el sustituto indiscutible del sexo? Era adorable.

—Todos los hombres deberían ir acompañados de un manual de instrucciones y un bote de crema de chocolate. ¡Cuántas cosas se solucionarían así! —Sonreí.

—Me alegra hacerte feliz, pero con Andrea no siempre funciona. Esto es lo que debería haber merendado ayer y se quedó en el coche muerto de risa. Quería parar a comprar un helado.

—Un helado de chocolate puntúa doble, te arregla la vida, y tú lo dices como si fuera un pecado.

Saqué el bocadillo de su envoltorio para ofrecérselo. Cogió mis manos y el bocadillo entre las suyas y mordió. Verlo disfrutar con algo tan infantil se convirtió en el momento más dulce de mi vida.

—Las caravanas que supuestamente venden helados al borde de las carreteras secundarias en Alemania son bastante más pecaminosas de lo que imaginas. Las regentan las meretrices alemanas de dudosa reputación. Por eso no quise parar y comprarle uno.

Lo miré confundida mientras me preguntaba cómo habían acabado las pobres prostitutas vendiendo helados.

—¿No te habías fijado? Una vez Heiko se llevó a Andrea al parque de atracciones; cuando volvían, ella vio las luces y los corazones que tienen fuera y se puso preguntona. Heiko no supo por dónde salir, así que le dijo que vendían helados. Desde entonces, cada vez que las ve, quiere parar a por uno.

—¡Por dios! El Hombre amor corrompiendo a las juventudes.

—Y creándome más problemas de los que ya tengo. Aunque cada vez que se la dejo, se supera con creces. La primera vez la convenció de que los silos blancos que hay por el campo en realidad son nubes de azúcar en su estado natural... Así que imagínate. Pero no me queda otra. A veces necesito ayuda: no puedo estar las veinticuatro horas los trescientos sesenta y cinco días con Andrea.

—Lo estás haciendo genial, no te agobies. Además, retiro lo de padre helicóptero.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó extrañado.

Dejé el bocadillo sobre el coche, y puse mis manos en su pecho.

—Estar entre tus brazos, compartir mi día con tu yo desinhibido. En resumen..., tú.

—¿Yo? ¿O verme en bañador?

Sonrió dejando a la vista que tenía chocolate en la comisura de los labios.

Detallito que desató algo en mi interior, convirtiéndose en el detonante más absurdo de toda mi vida, pero la situación hacía horas que pendía de un hilo, así que, en el fondo, no me sorprendió saber que no iba a ser capaz de reprimir la contradicción que estaba a punto de protagonizar.

Dios sabe que intentaba ir despacio y que se me daba fatal.

Me acerqué a su boca, posé mis labios suavemente sobre la comisura de los suyos y lamí la Nutella, dejando que mi lengua acariciara su labio inferior con lentitud. La suavidad de su boca mezclándose con la crema de chocolate me hizo gemir de puro placer. Me separé lo justo para comprobar que el chocolate había desaparecido y me relamí los labios hambrienta de más.

Él apoyó las manos a ambos lados de mi cabeza, apresándome de nuevo contra el coche. Suspiró mientras me dedicaba una mirada recriminatoria.

«Sí, querido, tengo la fuerza de voluntad de una mandarina. Es mi superpoder».

No me dio opción a defender mi comportamiento; cubrió mi boca con sus labios.

Empezó siendo un beso dulce, lento, elaborado y clásico, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Así era como besaba un hombre como él, con decisión, calidad y cero improvisaciones. Poco a poco se fue convirtiendo en algo más fogoso; su mano se enredó en mi pelo y me sujetó la nuca, mientras su lengua se enroscaba con la mía. Cuando mis manos recorrieron su pecho, noté que su piel ardía por debajo de la tela de la camisa, cosa que encendió mi deseo más si cabe. Había mucha ternura e inocencia entre nosotros, pero también un punto golfo en el fondo que convertía el beso en el comienzo de algo más.

Aunque sentirme deseada y necesitada por él lo cambiaba todo, no pude cerrar los ojos y entregarme a ciegas. Temía olvidar quién era el protagonista del beso. No podía pretender que la persona que estaba al otro lado de aquellos labios carnosos fuera Gary, porque habría sido lo más cruel que hubiera hecho en mi vida. La manera de besar de Daniel, por muy incendiaria que fuera, no me hizo olvidar quién era y dónde estaba, ni puso mi mundo del revés. Me hacía echar de menos la intensidad con la que Gary dominaba todo mi ser. Cómo me tocaba y cómo se apoderaba de mi boca sin contemplaciones, como si estuviera reinventando el arte de besar sobre la marcha y como si la vida fuera demasiado corta para hacer otra cosa.

¿Era correcto? No.

Tampoco podía ignorar lo bipolar que era aquel morreo: físicamente ardiente pero emocionalmente insípido como un queso de Burgos. Porque Daniel despertaba muchas cosas dentro de mí, me gustaba mucho y me sentía segura a su lado, pero no conseguía sacar a la mujer apasionada que llevaba dentro, la misma que me miraba de reojo porque todavía deseaba a otro.

Supe con certeza que era demasiado tarde para pararlo, porque estaba excitada y mis turbios pensamientos solo me empujaban a llegar al final de lo que tenía entre manos. Razón por la cual acabé con mis piernas rodeando su cuerpo, buscando la satisfacción y el disfrute, provocando que un gemido escapara de su boca, dispuesto a darme más. Enterré los recuerdos centrándome en tocarlo e intentando conectar con él a un nivel más profundo. Tiré de su camisa, haciendo que mis manos se perdieran acariciando la piel de su espalda, y le clavé las uñas. Él me respondió lamiendo mi cuello y frotándose con insistencia entre mis piernas. Su sólida tensión dejaba en evidencia que él tampoco iba por la senda del hombre caballeroso que había sido hasta la fecha, y que en cuanto yo lo reclamara, estaría hundiéndose en mi interior.

Continuamos devorándonos con avidez durante varios minutos, más o menos hasta que el barullo de la gente que salía del Rocco's obligó a nuestras bocas a guardar las distancias entre jadeos.

Él se abrazó a mi cuerpo, hundió la cara en mi cuello y respiró fatigado.

Miré al infinito, avergonzada por el beso platónico de libro que acabábamos de interpretar, y por la imprudencia que, pese a todo, estaba deseando cometer.

16

DANIEL BECK

Dejamos el coche frente al Rocco's y caminamos hacia nuestras casas. Ninguno de los dos estaba en condiciones de conducir, menos aún de meternos en un espacio cerrado, porque las posibilidades de que acabáramos haciendo algo más que empañar los cristales, como romper la suspensión del coche, eran demasiado altas. Y es que Daniel era incapaz de dejar de tocarme. Su brazo rodeaba mi cintura en cada paso que dábamos; acarició mi mejilla y tanteó otras partes desconocidas con bastantes menos miramientos que antes. Yo tampoco me quedé corta, porque no podía parar de besarlo y sobarlo. Mi estado de ánimo mejoraba más deprisa si estaba en contacto constante con su cuerpo, casi como si el deseo que me embargaba consiguiera apartar a Gary.

Nos detuvimos frente a la casa de mi hermano. Una vez más, la situación me resultó de lo más peliculera y trillada.

—Tengo curiosidad por saber cómo ha ido la noche en casa de mi hermano con Andrea.

Me puse de puntillas para besarlo en el cuello. Noté que sonreía mientras depositaba un beso en mi mejilla.

—Después de cenar se ha puesto bastante arisca. Me ha dicho que tienes un acento raro que no le gusta y me ha echado en cara que no la arroparía cuando se fuera a la cama. Al final, cuando ha visto que me estaba cabreando y que no iba a conseguir nada, ¡me ha propuesto acostarse a las cuatro de la tarde!

Trató de disimular, pero se le ensombreció la mirada. A mí me dolió muchísimo que la niña se disgustara por que su padre fuera a pasar la noche conmigo, dejándola sola en compañía de mi cuñada.

Daniel me lo estaba dando todo, su preciado tiempo, pero, sobre todo, lo

que Gary no me daba: cariño y atención.

—Lo siento —dije sintiéndome culpable, más que nunca.

Él miró hacia otro lado pensativo, dejando unos segundos de silencio entre los dos.

—Lo bueno es que no recuerda a Carol, por lo tanto, no la echa de menos, pero lo malo es que extraña una figura materna y tener a alguien más además de su padre, que lo hace lo mejor que puede.

Sus palabras me hicieron tomar una decisión crucial, y supe que debía ceñirme a ella: había llegado al punto de inflexión en el que debía olvidar a Gary y demostrarle a Daniel que él era mi futuro; no podía permitir que su hija sufriera en balde por mi culpa. Respiré hondo y me dispuse a disculparme. Aunque él no supiera lo que estaba planeando, me miró con seriedad y el ceño fruncido al estilo de los viejos tiempos.

—Tal vez sea que no bebo con regularidad o el hecho de que nos hemos besado, pero quiero contarte una cosa —me dijo—. No quiero que te lo tomes como algo malo, que me mires con lástima... y ese tipo de cosas que hace la gente. Tampoco quiero que pienses que es una manera de presionarte para que sigas conmigo. ¿Vale?

—Vale —concedí compungida, dejando mi diálogo interior para otro momento.

—La última mujer con la que me acosté fue Carol. Y han pasado casi tres años.

Lo miré desconcertada por los derroteros que había tomado su discurso y lo apenado que parecía al respecto. Puse mi mano en su mejilla y le di un beso en los labios.

—Sé que estás destrozado porque tu mujer te dejó y abandonó a tu hija, pero el sexo es lo que menos debería importarnos ahora mismo. Tómate tu tiempo, porque no tenemos prisa. Quiero que dejemos atrás el pasado y construyamos algo que nos haga sentir cómodos a los dos.

Parecía más relajado, y me sorprendió tener ese efecto sobre él. Quise aplaudirme y apuntar la receta para repetirlo a todas horas.

—Carol murió hace tres años, Rebeka.

La onda expansiva de su declaración me sacudió, me hizo tambalearme y me sacó el alma del cuerpo durante unos segundos.

Me llevé una mano a la boca atemorizada. Los zapatos se me escurrieron de la otra y pegaron contra el suelo. Uno de los tacones salió disparado como un

proyectil.

Él ni se inmutó. Continuó mirándome, atento a mi reacción.

Di un paso atrás mientras recordaba la conversación que tuve con Andrea: ella había mencionado que su mamá volvería para el cumpleaños, y, de pronto, nada tenía sentido. Carol no podía estar muerta.

—Pero Andrea me dijo... —balbuceé.

Él frunció el ceño, más todavía, y me miró destrozado.

—Andrea es una niña que va a cumplir cinco años, ¿cómo crees que se le explica que su madre murió en cuestión de meses? He tratado de hacerlo lo mejor que he podido, pero parece ser que decirle que «mamá se ha ido al cielo» no es una buena idea, al menos mientras no entienda que de ahí no se puede volver.

Oh, Dios mío.

Si fuera madre, me habría dado cuenta de que el único motivo por el que una madre abandona a su hija es la muerte. Deseé que el suelo se abriera a mis pies, me tragara y acabara apareciendo en el infierno.

¿Cómo no lo había visto venir?

¿Por qué nadie me lo había dicho?

Joder, iba a matarlos. Arrasaría el maldito pueblucho y a todos sus habitantes. Empezando por mi maldito hermano.

¿Cómo habían permitido que saliera con él sin ser consciente del daño que podía provocarle mi maldita costumbre de joderlo todo?

¿Cómo lo habían expuesto a enamorarse de mí?

De buenas a primeras, las palabras de mi cuñada empezaron a retumbar en mi cabeza como el insistente ruido de un taladro: ella no quería que yo metiera a Daniel en mis jueguecitos, esa era la palabra mágica. Mis jodidos jueguecitos. Tenía razón, Verena tenía razón. Le iba a hacer daño. En realidad, ya se lo estaba haciendo con mis besos de impostora.

Daniel me retiró una lágrima de la mejilla y yo lo abracé por muchos motivos: por su pasado, por el sufrimiento y por no haberme entregado en nuestro primer beso tanto como merecía. Pero eso, por suerte, él no lo sabía.

—Tal como te dije, Carol era la mejor amiga de Verena —afirmó con voz entrecortada.

Apenas podía contener las ganas de llorar mientras ataba los cabos sueltos. De pronto me entraron ganas de salir corriendo para abrazar a mi cuñada. Aunque supiera que a ella le haría cero por ciento de ilusión.

—Pasábamos mucho tiempo los cuatro juntos antes de que me destinaran al sur, éramos inseparables. Pero mi trabajo en Baviera lo cambió todo. Estuve infiltrado durante varios meses seguidos, mantener el contacto con mi vida real era muy difícil, y más con mis amigos. Pasaba semanas aislado de todo, en distintos lugares de Alemania, sin teléfono, internet, ni nada. Y, claro, Carol pasaba largas temporadas sola con Andrea, cosa que no fue nada fácil para ella, porque estaba lejos de su casa, de nuestras familias y amigos. Pero para ella mi carrera y Andrea eran lo primero, nunca la oí quejarse. Al revés, cuando yo pasaba por un mal momento y regresaba a casa para descansar, me animaba recordándome que ser policía era mi sueño, y trabajar infiltrado, un reto que debía superar, que nuestra relación siempre sería un lugar seguro al que podía volver.

A esas alturas de la conversación, yo tenía la cara empapada en lágrimas.

—¿Qué pasó? —pregunté entre sollozos.

—Que no estuve a su lado para evitarlo. Sabía que algo no iba bien, pero ella me lo ocultó. Para cuando terminé la misión, ella había perdido el cabello, pesaba unos treinta kilos menos y su madre se había mudado con nosotros. La mujer que me esperaba en casa no era ni sombra de aquella con la que yo me había casado. Estaba gravemente enferma y nadie me había avisado. Murió pocas semanas después.

—Joder. ¿No te avisaron? ¿Ni siquiera sus padres? —grité enfurecida.

—Lo normal habría sido que me sacaran inmediatamente de la misión, pero ella no informó al cuerpo de policía y les pidió ayuda a sus padres. Carol no quería preocuparme; supongo que hasta el último momento pensó que lo iba a superar. Luchó para conseguirlo, pero a veces la quimio no obra todos los milagros que nos gustaría.

—Mierda, Daniel, me siento fatal. Te he machacado con mis tonterías, diciéndote que debías cambiar el chip... Lo siento. Si hubiera sabido la verdad, me habría comportado de otra manera.

—Lo sé. Quería decírtelo, pero no encontraba la manera. Odio la cara de pena que pone la gente, la misma que tienes tú ahora mismo, como si fuera yo el que está a punto de morir. —Sonrió con amargura—. Cuando nos mudamos, hablé con tu hermano al respecto, y le pedí que hablara con los demás. No quería que nadie me preguntara sobre el tema, necesitaba empezar de cero. También le supliqué que no te contara nada, así que no te enfades con él, porque no le pareció bien.

—¿Por qué lo hiciste? —Le dediqué una mirada envenenada.

—Cuando te conocí la noche de las hogueras, parecías tan destrozada, tan desesperada por superarlo todo... Sabía por tu hermano que habías venido a Alemania para olvidar, poco más, y quise acercarme a ti; deseaba poder ayudarte, ser tu amigo... Pero odiaba la idea de que sintieras lástima por mí, que la conversación girara en torno a mis desgracias y que mi pasado te frenara en cualquier sentido. Necesitaba tener la oportunidad de que alguien no me juzgara por el pasado. Después las cosas fueron cambiando entre nosotros...

Ahí estaba de nuevo el lado más odioso de mi persona: la Rebeka egoísta y superficial que había gestionado todo lo relacionado con Gary como una niñaata inmadura. Primero, ocultándome en Alemania, y segundo, montando un drama diario, incapaz de ver a las personas que tenía a mi lado.

Daniel merecía algo mejor que yo, eso lo tenía claro, pero como todavía no se había dado cuenta, tenía la oportunidad de hacer méritos para que no lo descubriera.

—Lo siento tanto... No sé ni qué decir. Te torturé con mis problemas; ahora me parecen tan insignificantes y absurdos...

—Escúchame, Rebeka, no quiero que las cosas cambien por lo que te acabo de contar. Es lo único que te voy a pedir: que sigas a mi lado por quien soy, no por lo que he vivido.

En realidad, acababa de darme ciento veintitrés razones para salir corriendo y otras tantas para darme de bofetones a mí misma. Pero el poco orgullo que me quedaba no me permitió hacer ninguna de las dos.

—Te he escuchado encantado, incluso me has distraído. Nadie puede decir que sean grandes o pequeños, o que te duelan más o menos. Tus problemas son tuyos. Nunca permitas que la gente opine sobre eso. —Me besó en la frente con cariño—. Sigo siendo el mismo padre soltero, frío y estirado que tanto te gusta. Carol se fue, y la echo de menos cada día, pero ahora Andrea es todo lo que me importa, y haberte conocido, tenerte conmigo, es lo mejor que nos ha pasado a los dos. No lo olvides.

A partir de ese momento, me centraría en Daniel. Mi objetivo sería hacerlo feliz y devolverle todo lo que la muerte le había arrebatado.

Y olvidar a Gary sería la obra faraónica de mi vida.

Al final, acabé optando por volver a dormir a casa de mi hermano, y así poder disfrutar del ansiado espacio que necesitaba para respirar y pensar.

No podía abrirme de piernas sin más, no con él. Ni siquiera estaba segura de ser capaz de abrir mi corazón del todo y exponernos a los dos.

Me apoyé contra la puerta y suspiré apabullada, hasta que una voz autoritaria me hizo pegar un salto.

—¿Dónde has estado? ¿Eh? Después de medianoche deberías mandarme un *whatsapp*. Maldita sea.

Miré a mi hermano alucinada. Encontrármelo atrincherado junto a la ventana de la sala con las cortinas corridas y en calzoncillos era, como poco, inquietante.

—¿Ese que acaba de besarte era Daniel Beck? —El muy capullo estaba muerto de risa.

—¿Cómo has dicho?

—¿El qué? —Se rascó el culo como si tal cosa haciéndome poner cara de disgusto.

—El nombre y el apellido —repetí entre dientes.

—¿Daniel Beck? —preguntó entre bostezos.

—¿Beck, como la maldita cerveza?! —grité frustrada. Él me hizo un gesto para que bajara la voz.

—No seas escandalosa, joder. Verena y la niña están dormidas. Sí, exacto. Beck es un apellido alemán del montón.

—No —negué con incredulidad mientras levantaba las manos en señal de rendición.

—Sí, sí que lo es. Hay cientos de miles, como los García.

Me senté en las escaleras con los puños apretados, sin saber muy bien cómo tomarme ese giro en el argumento de mi vida. Porque si eso no era una señal divina, significaba que el destino se había pasado de listo.

Robert se sentó a mi lado.

—¿Qué sucede? —Me rodeó los hombros con el brazo y me apretujó contra él—. No puedes organizar un drama por un apellido, ¿no?

Parecía descolocado, pero yo no tenía ganas de explicarle el chiste.

—¿Y por lo de Carol me permites montar un drama? Porque estoy a punto de perder los papeles y cortarte las pelotas. Maldito seas, hermanito.

—¿Te lo ha contado? —Me miró impresionado—. La verdad es que tenía serias dudas de que fuera a ser capaz, pero, joder, eso significa que va muy en

serio contigo. ¡Me alegro! —dijo con voz cantarina.

—Sí, me lo ha contado. He quedado como una gilipollas.

Mi hermano hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—No lo sabías, y él sabe que no lo sabías, valga la redundancia, así que no te preocupes por eso. Además, no creo que vayas a oírle hablar mucho más sobre el tema. Estuvo aislado en Baviera lamiéndose las heridas, y si ahora ha decidido seguir adelante, nadie va a conseguir pararlo. No le des más vueltas.

—Deberías habérmelo dicho. Por lo menos, haberme advertido... —protesté.

Robert resopló y forzó una sonrisa.

—En serio hermanita, déjalo estar. Sé feliz.

Se levantó de las escaleras y me lanzó una mirada traviesa.

—¿Te ha besado con lengua? —preguntó mientras se abrazaba el cuerpo y se relamía los labios como una vaca.

Lo miré estupefacta. Las reacciones de mi hermano estaban siendo de lo más extrañas, como si no se hubiera tomado alguna pastilla.

—¡Robert! —grité cabreada mientras me levantaba de un salto para darle manotazos en el pecho.

—Es que no tienes una amiga aquí con la que hablar de estas cosas... —Se echó a reír y me sujetó las muñecas contra la espalda—. ¿Te gusta ese chico? Deberías invitarlo a cenar para que lo conozcamos —sugirió con recochineo.

—¿Ahora eres mi padre?

Me soltó y se acercó hacia las escaleras.

—Mantén los besitos y los sobeteos al mínimo delante de mí, porfa.

—Vete a la mierda—gruñí.

—Socialmente no está bien visto restregarle esto a tu hermano por la cara. Buenas noches, hermanita.

Comenzó a subir los escalones descojonándose de la risa.

—¡Ya iba siendo hora de que os liarais! —canturreó a grito pelado, olvidando que su novia y Andrea continuaban dormidas.

Me di de cabezazos contra la pared. Por varios motivos.

17

ES MÁS DE U2

Octubre pasó volando, y para cuando me quise dar cuenta estábamos a finales de mes. Los bosques de Alemania se habían teñido por completo de rojo, dando paso a un otoño frío, con cielos grises y vientos afilados del norte. Las primeras nieves hicieron acto de presencia durante la última semana del mes, antes de lo normal, y a primera hora de la tarde la oscuridad invadía todo el norte del país. Si es que Alemania era de lo más acogedora, pero, gracias al cielo, yo tenía un motivo calentito para dedicarle un corte de mangas.

Para sorpresa de todos, las cosas se mantuvieron estables durante ese tiempo.

Tal como habían transcurrido los meses anteriores, podríamos considerar que aquellas semanas fueron las más aburridas de mi vida. Aunque, conociendo mi trayectoria, la sorpresa me esperaba a la vuelta de la esquina, riéndose de mi tranquilidad mientras se tiraba del bigote y planeaba un nuevo ataque despiadado.

Después de las confesiones de Daniel, ninguno de los dos volvió a tocar el tema de Carol. Yo sentía una amarga lástima hacia él que no podía exteriorizar, y que crecía cada día un poco más. Aunque tal vez fuera culpabilidad disfrazada. Pese a todo, seguíamos siendo inseparables, nuestra relación se había afianzado y no había parado de escalar, provocando que el sentimiento dominante fuera el optimismo. Salir con un tío tan centrado y formal resultó no ser tan aburrido como parecía a primera vista; era una experiencia maravillosa en el aspecto emocional. Sin dramas, sin mentiras y sin sobresaltos.

Era evidente que estábamos enamorados, pero no habíamos avanzado mucho en el campo de la intimidad física. Nos tocábamos, nos lanzábamos

miraditas incendiarias y nos besábamos como posesos, pero todavía no había surgido la magia. Síntoma inequívoco de lo serio que era lo nuestro y lo importante que era ese paso para los dos.

Pese a lo bien que me iban las cosas, Ana seguía cabreada, incapaz de comprender mis sentimientos. Cosa que estaba empezando a quemarnos a las dos.

—Me siento liberada, tranquila y a gusto con lo que tenemos. Siento que me he quitado un peso de encima. Nuestra relación es fácil y soy feliz —dije de carrerilla.

—El peso que te has quitado de encima es el sentido común que parece haber perdido. —Su voz sonaba como si se hubiera rendido—. Yo te animé a que te lo tiraras, no necesitabas ni siquiera saber su nombre, y has acabado hablando de él como si fuera tu marido. Me da hasta grima. Además, por mucho que lo niegues, no has olvidado a Gary.

—Ana, Daniel me gusta y estoy enamorada. Sé que te suena raro, porque tal vez sea precipitado, pero ambos merecemos esta oportunidad.

—Más que como una oportunidad, suena como el comienzo de un chiste realmente malo: «Se abre el telón, aparecen la *groupie* despechada y el poli viudo...».

—No acabas de decir eso.

—Sí que lo he hecho. Y es tan gracioso que pienso vender *merchandising* con la frase.

No sé quién de las dos colgó primero, pero yo tomé la firme decisión de no llamarla en unos días. Al menos hasta que se le pasara el síndrome premenstrual que parecía tener, porque, sin motivo aparente, mi mejor amiga se había convertido en una arpía deslenguada con las uñas afiladas.

Caminé entre el gentío y me puse en la cola de la puerta correspondiente a esperar a Daniel.

Robert me había regalado entradas para asistir al concierto de Die toten Hosen en Hannover por mi cumpleaños, que estaba cerca, pero él se lo iba a perder. El plan original era que fuéramos juntos, como en los viejos tiempos, cuando no nos perdíamos ni un concierto en Bilbao, pero en el último momento le había salido un viaje relámpago a Varsovia por trabajo.

Al principio dudé de que fuera una buena idea, conociendo mis antecedentes musicales, pero le resté importancia; ya no era la chica que estaba loca por la estrella del rock y destrozada por su pérdida. Era capaz de

asistir a un inofensivo concierto y pasarlo bien. Además, compartir la noche con el sustituto de mi hermano, Daniel, sería perfecto.

Miré el móvil para distraerme. Mientras ojeaba Facebook, sentí unas manos alrededor de mi cintura y unos labios rozándome la piel del cuello. Me giré con una sonrisita estúpida en la cara y me di de bruces con el impresionante cuerpo de Daniel, que llevaba una camiseta granate ceñida, vaqueros oscuros y chaqueta de cuero negra. Parecía mucho más joven y menos responsable.

—¿Hace mucho que me estás esperando? —preguntó con un gesto de disgusto.

Mi hermano me había dejado allí de camino al aeropuerto.

—Unos diez minutos, no te agobies.

Lo besé con suavidad y él sonrió relajado. Era alucinante la naturalidad con la que nos tocábamos, como si lleváramos años juntos.

—Siento el retraso; he tenido un día complicado en el trabajo. Este concierto no es el único evento que hay hoy en Hannover. Gestionar el acceso a esta zona ha sido una locura.

Y si alguien odiaba llegar tarde, era él, *mister* «llevo un reloj atómico pegado al culo todo el santo día». Había conseguido soltarse, pero las arraigadas manías alemanas que llevaba incrustadas en los genes eran harina de otro costal.

—No te preocupes. La gente se retrasa, no es un crimen de guerra.

Daniel observó asombrado la cantidad de personas que teníamos delante; no era difícil imaginar que el estadio iba a estar a rebosar.

—Voy a por unas cervezas.

—Tal vez un café con leche bien calentito estaría mejor.

—¿En un concierto de punk? Quién te ha visto y quién te ve, Rebeka...

—Pensaba meter los pies...

Se acercó a un pequeño puesto y en menos de un minuto me entregó una cerveza fría.

—¿La tuya es sin alcohol? —Señalé su vaso con una ceja alzada.

—No —contestó encogiéndose de hombros divertido—. Hoy tengo la guardia bajada. Es el consejo que me dio una chica. Desde que lo sigo, a ella parece gustarle y yo me siento genial. —Me miró fijamente y capté el mensaje implícito en sus palabras—. Además, cenaremos algo dentro del estadio, grasiento y poco recomendable, así que hasta podré beberme un par más sin problemas.

—Uhm, poli durante el día y canalla por la noche... Me gusta el plan.

—¿Llevar una chupa de cuero y beberme una cerveza me convierte automáticamente en un chico malo? —preguntó con una preciosa sonrisa.

Me puse de puntillas y lo besé; él me rodeó la cintura con una mano.

—Desde que salgo contigo, soy un rebelde —me susurró al oído.

Posé mi mano en su ancho pecho y me regodeé en lo cerca que estábamos del momento en el que lo exploraría con mi lengua.

—Te llevo por el mal camino.

—Justamente lo contrario. Sacas al tío de treinta y tres años que llevo debajo del disfraz de padre responsable que conduce un SUV. En serio, hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien.

—Tú haces que me guste ser puntual y obedecer las normas, casi todo el tiempo. —Le saqué la lengua.

—Por qué será que eso no me lo creo.

—Porque, en realidad, soy incapaz de ser puntual y formal. No depende de que me guste o no. —Me encogí de hombros con inocencia.

—Eso es exactamente lo que me gusta de ti.

—Pensaba que era lo que te sacaba de quicio. —Le guiñé un ojo de manera juguetona.

Él sonrió y sus labios se acercaron a mi cuello. Depositó varios besos suaves y recorrió el camino hasta mi oído.

—Tal vez te haya enviado las señales incorrectas. Está claro que me descolocas a diario con tu comportamiento y tus ocurrencias, pero me vuelve loco —susurró con dulzura.

Tanta sinceridad en tan pocos minutos viniendo de él me dejó abrumada y, una vez más, con las bragas a punto de desertar. Hablar sobre Carol había cambiado las cosas entre nosotros; parecía que él ya no tenía ningún impedimento, pero a mí todavía me provocaba un poco de vértigo.

Fuimos avanzando en la cola poco a poco mientras charlábamos sobre Andrea y lo emocionada que parecía por pasar la noche con Heiko y Magda. Bastante más que el Hombre Amor, cuyo deber en esta vida, según decía, era criar machotes y no princesitas.

Media hora después estábamos muy cerca de la puerta; podíamos escuchar la música de los teloneros haciendo vibrar el suelo. Me sentía entusiasmada por primera vez en mucho tiempo.

Me puse de puntillas para comprobar cuánto nos quedaba para llegar a la

puerta del estadio, pero no conseguí ver nada... Excepto un póster enorme que me dio un bofetón en toda la cara.

Miré a mi alrededor histérica, con el corazón latiendo desenfrenado y a punto de perder los papeles.

Había montones de carteles pegados en todas las paredes exteriores del estadio.

Tal vez me había teletransportado a mi infierno particular, pero la verdad era que seguía pareciendo Alemania.

«Oh, señor de las putadas infinitas, búscate otra víctima y déjame vivir en paz».

Daniel me miraba desconcertado, sin comprender por qué demonios me había quedado clavada en el sitio; incluso me tiró del brazo un par de veces para que avanzara, pero yo estaba en otra dimensión paralela rodeada de fotos de Gary mirándome y aquellas malditas palabras que, por mucho que apretara los puños, no cambiaban.

EVERLASTING WOUND: ÁMSTERDAM.

25 de noviembre. Último concierto.

Me invadió la angustia y sentí que el estadio se me iba a venir encima. Me tambaleé un poco, provocando que el vaso de cerveza se me escurriera de las manos. Rebotó contra el suelo y me empapé, mandando a tomar por saco nueve euros y un pantalón nuevo.

«Siempre que Gary anda cerca, yo acabo mojada».

Empecé a reírme como una maldita histérica por mi propia ocurrencia, con sonoras carcajadas que era incapaz de reprimir. La cara de póquer de Daniel iba a juego con la cara de susto de las chicas que teníamos delante, que, con un gesto casi antinatural del cuello, me miraban atónitas.

En ese mismo momento decidí que estaba como una puñetera cabra y que Gary era mi maldición, porque solo él era capaz de desatar semejante reacción en mi interior. Y quise mandar a la mierda a la prensa especializada que había vaticinado que Everlasting Wound sería historia, porque tal vez no volvieran a subirse a un escenario, pero a mí seguían amargándome la existencia cada vez que intentaba dar un paso importante.

Me alejé de la fila con la vista clavada en los preciosos ojos de Gary, entorné los míos con odio y le hice un corte de mangas.

—¡Maldito seas, Gary Connolly! —grité con la voz desgarrada.

Cuadré los hombros y empecé a arrancar el cartel de la pared, ante la mirada estupefacta de Daniel, que seguía en la cola, mirándome como un pasmarote.

Tiré del enorme papel con rabia entre gruñidos y una sarta de palabrotas en varios idiomas. Me caí de culo al suelo.

—Es más de U2. —Escuché que Daniel justificaba mi comportamiento ante toda la gente que me rodeaba para disfrutar del espectáculo que estaba dando.

Probablemente a esas alturas de mi *show*, Daniel ya había comprendido de qué iba el asunto y me estaba dejando soltar todo lo que llevaba dentro, porque liarte a leches con el cartel de un grupo de rock, en mi caso, era bastante revelador. No se interpuso en mi camino, al menos mientras destrocé los tres primeros carteles. En cuanto empecé a increpar cosas bastante feas a la cara del cuarto Gary, me colocó sobre su hombro y me sacó de allí.

Caminó conmigo todavía cargada al hombro, como si fuera Andrea, hacia el parking. Pataleé hasta que me soltó junto a su coche.

Me apoyé en la puerta trasera de su Mercedes. Él se puso a dar vueltas alrededor, supongo que intentando darme espacio para que calmara los nervios. Cosa que no iba a suceder en la próxima hora. Al menos eso era lo que me indicaba el temblor que agitaba mi cuerpo.

Estaba tan jodida que me resultaba hasta gracioso.

Daniel se acercó y rodeó mi cara con sus manos.

—Cálmate, por favor. Ya ha pasado. —Su tono condescendiente me enfureció todavía más—. Si me hubieras dicho que era él, habría evitado todo esto —dijo con rabia—. De haber estado en mis manos, no habrías visto ningún cartel y ahora estaríamos en cualquier otro lugar de Hannover disfrutando de una noche inolvidable.

Se despegó de mí para interrogarme con la mirada.

—No sabía que esos puñeteros carteles iban a estar ahí, ¡hace días que anunciaron la cancelación de la gira! —grité fuera de mí—. Además, alguien tenía que arrancarlos antes de que la gente se hiciera ilusiones, porque es lo que pasa con Everlasting Wound, que acabas ilusionándote, cuando no deberías.

Por la cara que estaba poniendo deduje que ambos sabíamos que el tema de la conversación ya no era el grupo.

—¿Qué es lo que en realidad te molesta, ver los carteles y recordar lo mal que lo has pasado por su culpa, o saber que él ha seguido adelante sin ti?

Dime, Rebeka, ¿cuál es el problema en realidad? Porque solo son unas fotos enormes, nada más, pero actúas como si fueran la mayor traición jamás cometida. ¡Lo has mirado como si lo odiaras por haber acabado con lo vuestro!

Daniel no era de los que levantaban la voz, pero lo estaba haciendo, dejándome bien claro lo dolido y cabreado que se sentía. No tenía claro el porcentaje.

—¡Eso es lo de menos! La cuestión es que tú no podrías haberlo evitado, maldita sea —añadí enfurecida.

—Ahí te equivocas, mucho. ¡Habría hecho cualquier cosa para ahorrarte este disgusto!

Me eché a reír con socarronería.

—¿Vas a prohibirle la entrada al país? ¿Lo vas a detener? ¿Vas a requisar todo el material de su grupo? —pregunté con sarcasmo—. Venga ya, ¡eres policía en el área de Hannover, no el jodido presidente de la CIA! No te lo flipes tanto.

—Ríete todo lo que quieras —dijo entre dientes—. Esta tarde he pasado por aquí, te lo he dicho antes; de haber sabido que él es tu ex, lo habría reconocido, y te juro que no sé cómo, pero nos habría evitado esta situación desagradable. Yo te hablé de Carol, te lo conté todo, y aunque me encanta que no estemos continuamente hablando sobre los problemas que arrastramos, no es sensato seguir así. Vamos en círculos, evitando la verdad.

Mi perdición hasta ese momento y la razón por la que estaba tan jodida habían sido las medias tintas, y, por lo visto, lo seguían siendo. Además de que me sentía incapaz de cerrar la etapa de Gary. Para colmo, ponerme a aporrear la cara de mi ex delante de cientos de personas no era un paso adelante en mi recuperación, ni una buena señal. Ni lo más maduro que podría haber hecho.

Volvió a acercarse a mí y cogió mis manos entre las suyas. Seguía cabreado, pero tenía la capacidad de mantener una conversación civilizada. Lo admiré por ello.

—No hay una guía para esto, ¿sabes? Qué hacer cuando tu chica se vuelve loca por su ex y cómo no perder los papeles. No sé cómo actuar, excepto abrazarte y rezar para que te calmes como por arte de magia. Si sigues conmigo, deja de ocultarme cosas, pero, sobre todo, deja de organizar un drama cada vez que él se cruza en tu camino. Porque si me permites ser

sincero, han pasado ocho semanas desde la masacre de las azaleas, pero tal y como te comportas todavía, dudo mucho que lo hayas olvidado.

Me quedé en silencio escuchando sus palabras. Nunca pensé que pudiera ser tan duro conmigo, ni que se diera cuenta de la batalla que se estaba librando en mi interior.

—Déjalo ir, Rebeka, permítele que siga con su vida. Deja de toquetearte las heridas, porque así nunca van a cicatrizar. Nunca lo vas a olvidar.

¿Cómo era posible que todavía me doliera tanto? Tenía todo lo que podía desear, ¡maldita sea!

Rodeó mi cara con sus enormes manos mirándome con tristeza.

—Eres como una montaña rusa. Y yo no soy tu enemigo: estoy aquí para ser tu amante y tu amigo. Pero necesito estar seguro de que sientes lo mismo y que confías en mí. ¡No quiero que luches sola contra tus fantasmas! Debemos ser un equipo.

—Somos un equipo, Daniel. Me duele que pienses así —susurré acongojada.

—No me voy a romper si me dices la verdad. No soy de cristal. De hecho, es posible que sea más duro que la mayoría de los tíos que has conocido. Te lo voy a preguntar directamente una sola vez: ¿todavía lo amas?

Busqué una respuesta contundente a sus palabras en silencio; cuando vi que no había nada que pudiera decir, me acerqué a él y lo besé.

Empecé por despecho, pero continué por deseo.

Me apoderé de sus labios carnosos como si la vida me fuera en ello, como si no quisiera volver a oírle pronunciar esas palabras, porque nunca podría negarlo. Siempre lo amaría, hasta que mi corazón dejara de latir y la vida se escapara de mi cuerpo.

Solo tenía que aprender a ignorarlo, pero él no necesitaba saberlo.

Daniel interpretó que la respuesta a su pregunta era un no rotundo.

—¿Todavía quieres entrar al concierto? —Daniel jadeaba como si hubiéramos estado practicando sexo desenfrenado sobre el capó de su coche al ritmo del punk que tronaba alrededor del estadio.

—Sí. Yo... no quiero estropear la noche. Más.

Cuando entramos, Die toten Hosen iba por la tercera o cuarta canción, pero viendo lo alterado que estaba el público, parecía que llevaran dos horas tocando sin descanso.

Nos hicimos sitio entre la gente, Daniel se situó detrás de mí y me rodeó la

cintura con sus brazos. Noté la vibración de la música en su cuerpo y cómo se meneaba entusiasmado. No era para menos. Los veteranos Die toten Hosen estaban deleitando al público con una canción ochentera de gran repercusión para el país, *Hier kommt Alex*, todo un himno inspirado en *La naranja mecánica*. Me fijé en el escenario: estaba cubierto por la mítica bandera pirata del grupo con el esqueleto de un águila y el lema «*Bis zum bitteren Ende*», y sus cinco componentes, cincuentones todos ellos, dándolo todo como si hubiéramos vuelto a la década de los ochenta. Sentí que la adrenalina empezaba a menear mis piernas y acercaba mi cuerpo contra el de Daniel.

—Cierra los ojos —me dijo al oído, y obedecí.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, desde la cintura hasta las caderas, y las dejó en mi vientre.

—Trata de relajarte; puedo notar en cada músculo de tu cuerpo que sigues tensa. Ya ha pasado.

El grupo terminó con la canción. Mientras llevaban a cabo varios cambios en el escenario y el cantante hablaba con el público, Daniel aprovechó la situación.

—Siento lo de antes —me susurró al oído—. Haberte echado en cara que sigues sintiendo algo por tu ex. Entiendo que te haya impactado la situación. Pero me duele que reacciones así. Es muy inmaduro, al menos si él ya es historia para ti.

—Soy yo la que siente haberse puesto así. —Me giré entre sus brazos—. A veces la situación me supera y no soy capaz de gestionarlo. Es genial que hayas sido capaz de alejarme de los pósteres, porque no sé cómo habría acabado el asunto. ¿Puedo decir que me ha reducido la poli?

—Puedes decir lo que quieras. Volvería a hacerlo sin duda.

—Lo siento de veras. Pierdo los nervios y la cabeza, pero si crees que nos hemos precipitado, podemos echar el freno, vernos menos y esas cosas —sugerí.

Lo malo era que él estaba convencido de que yo no había pasado página, y yo no podía jurar lo contrario.

—Todavía nos estamos conociendo; me encanta pasar el tiempo contigo y quiero seguir avanzando. Ese no es el problema.

El batería comenzó a marcar el inconfundible ritmo de *Altes Fieber*. El público perdió la compostura y nosotros tuvimos que dejar la conversación a medias. Era una canción moderna, pero mantenía la esencia de las antiguas y

tenía una letra maravillosa.

En cuanto Campino empezó a cantar, la marea de gente saltando como locos nos arrastró de un lado a otro, haciendo que Daniel se aferrara a mi cuerpo como si le fuera la vida en ello.

—Canta conmigo. *Wo sind diesen Tage an denen wir glaubten wir hatten nichts zu verlieren...*

Le di un azote juguetón en el culo; él me giró entre sus brazos y me besó.

El concierto se alargó otras dos horas más; los cincuentones eran incansables y su repertorio, inmenso. Bailamos pegados una balada y le tomé el pelo cuando tocaron una canción contra el Bayern de Múnich, su equipo favorito. Cenamos algo, deprisa y corriendo, e incluso nos bebimos un par de cervezas más.

Tal como marcaba la tradición, Die toten Hosen dieron por terminado el concierto con *You'll never walk alone*, himno y lema del Liverpool FC.

Cuando nos sentamos en el coche, miré mi móvil por primera vez en toda la noche. Tenía trece llamadas de mi ama, dos de Verena y una de mi hermano, que ya habría llegado a Varsovia. Daniel tenía otras tantas, excepto de mi ama, claro. Me puse tan rígida que no se me pasó en la media hora escasa que duró el viaje, y eso que Daniel puso a prueba su Mercedes como si estuviéramos en el circuito de Nürburgring.

Entré en casa atropelladamente y me di de morros con mi cuñada. Observé con el corazón en un puño que llevaba una camiseta de mi hermano, de cuando jugaba en los equipos inferiores del Athletic de Bilbao, así como un pantalón corto que debía de ser también de él. Era la primera vez que la veía tan natural y desaliñada, un claro indicio de que la noche había sido un caos absoluto.

—Llevo intentando hablar con mi ama y mi hermano desde que hemos salido del estadio. ¿Alguna novedad?

—Nada desde que hemos hablado.

Me abrazó y yo me quedé con los brazos colgando alrededor del cuerpo sin saber muy bien qué hacer. El olor que desprendía a suavizante floral me hizo sentir como si abrazara a mi propia madre.

Verena fue la única que contestó al teléfono, y tuvo la gran suerte de ser ella quien me dio la noticia: mi padre había sufrido un infarto cerebral y

estaba ingresado en la UCI.

La situación era crítica, y debía abandonar Alemania lo antes posible.

18

¿VOLVERÁS?

—He hablado con tu hermano. Volará vía Londres, no hay ninguna otra conexión posible desde Varsovia —dijo Verena en cuanto entré en la cocina a la mañana siguiente—. Tu padre sigue estable dentro de la gravedad. He imprimido los billetes de avión y mi coche tiene el depósito lleno.

Eran las cinco y cuarto de la mañana. Aunque mi cuñada estaba acostumbrada a madrugar para despertar a los gallos y era la alemana más eficiente que existía, me sorprendió gratamente ver que me esperaba con tostadas, varios embutidos cortados, huevos cocidos, zumo y café. No fue como la mayoría de los días en los que coincidíamos para desayunar: no se escondió tras el periódico ni se dedicó a contar las latas de salchichas en la despensa. Parecía dispuesta a que mantuviéramos una conversación.

Una vez sentada a la mesa, admiré el esmero con el que había preparado todo. Los cortes del embutido y su alineación en el plato eran perfectos, casi una obra de arte. Jamás hubiera pensado que fuera el tipo de mujer que solucionaba los malos momentos cebando a la familia, pero tampoco era tan descabellado si tenía en cuenta que hacía su propia mermelada con los arándanos del jardín.

—Gracias por el desayuno —dije mientras me preparaba un minibocadillo con *Leberwurst*, un tipo de salchicha alemana que contenía un puré untable de hígado, aderezado con diferentes especias, que durante las primeras semanas evité a toda costa porque me daba un poco de repelús.

—Es lo menos que podía hacer —sonrió cohibida.

—No tenías por qué. Tampoco es que yo haya sido especialmente simpática contigo y me merezca zumo natural recién exprimido, así que te lo agradezco. Y ya que estamos, siento lo de las azaleas.

Se echó a reír. Me sorprendió lo guapa que era, y el hecho de que, por primera vez desde que vivía en Alemania, no pareciera una esfinge estreñida. El carácter serio y seco de los alemanes a veces no me permitía ver más allá.

—Te vi pisarlas.

Me atraganté con el huevo cocido que estaba mordisqueando y tosí como una loca.

—Había bajado al sótano a vaciar la secadora cuando escuché los gritos. Miré por la ventana, asustada, pensando que te había pasado algo grave; entonces vi que Daniel se acercaba a ti. Supuse que hablarías con él más a gusto que conmigo. No me equivocaba en lo más mínimo.

—Sí, ahí tienes razón. No es que estemos en la fase de pintarnos las uñas la una a la otra mientras nos contamos secretitos, aunque eso podría cambiar...

—Siento haber sido tan reacia a que salieras con Daniel. Parece que le está haciendo mucho bien.

Le di un sorbo a mi café y la miré fijamente tratando de adivinar si lo decía en serio. Me encontré con unos ojos azules oscuros tristes, y una mirada noble y leal. La había clasificado como la Bruja Malvada del Norte sin haber ido más allá. Tal vez me había equivocado.

—Mira, siento haberte odiado por haberte llevado a mi hermano y por haberte metido en mi vida. Pero el caso es que tenías razón. Yo no soy la mejor opción para él, pero ha surgido algo entre nosotros y no es un hombre que puedas dejar pasar de largo: se te mete hasta el corazón sin que te des cuenta. Tiene poderes curativos.

—Lo sé, siempre ha sido así. Pese a todo, el retorno de Daniel a Hallerburg y tu repentina mudanza fueron demasiadas cosas a la vez. No soy una persona que se adapte fácilmente a los cambios, me gusta planificar todo al detalle. Solo espero que de ahora en adelante todo vaya a mejor entre nosotras. —Suspiró y le dio un trago a su zumo—. Carol y yo éramos grandes amigas desde pequeñas. Cuando falleció fue un golpe enorme. Yo... sabía que estaba enferma, pero se lo oculté a Daniel. Apoyé su decisión de no contárselo. Nunca me lo perdonaré. Sé que él me ha perdonado porque, al fin y al cabo, era la voluntad de Carol, y contra eso no había nada que pudiéramos hacer, pero lo traicioné. —La congoja se apoderó de su voz—. Además, le prometí a Carol que me aseguraría de que Daniel encontraba a alguien que cuidara de su hija como lo habría hecho ella. Una mujer que los quisiera a los dos y estuviera dispuesta a aceptar la responsabilidad.

—Y yo no soy esa persona —dije compungida. Ella estiró la mano hasta que rozó la mía con cariño.

—Al principio sentí que le estabas robando el marido a mi amiga y te odié por eso, pero me he dado cuenta de que Daniel es feliz, y a Carol le gustarías. Así que, por el bien de todos, espero que seas la mujer que consiga llenar su vacío. Tómate estos días como una oportunidad para ponerlo todo en perspectiva.

Salí de casa a las seis en punto de la mañana, con las llaves del coche de Verena en una mano y una maleta pequeña en la otra. Me había «alemanizado» a una velocidad alarmante.

Cuando me acerqué al porche en el que guardaban los coches me encontré con el Mercedes de Daniel bloqueando la salida, y a él apoyado en el morro. Llevaba unos vaqueros desgastado grises, un jersey negro y el pelo húmedo.

—Buenos días. No sabía a qué hora saldrías... No he pegado ojo.

Me dio un café para llevar; lo abracé y él hundió la cara en mi cuello, hasta que el ruido de otro coche nos hizo separarnos.

—Hola, preciosa. Venía a recogerte, pero veo que ya tienes taxi —dijo Heiko con la ventanilla de su Audi familiar abierta—. He dejado a Andrea con Magda.

Se me encogió el corazón. Eran una panda de borrachos indecentes, pero cuando hacía falta, podías contar con ellos, aunque tuvieran que madrugar y estar sobrios. Daniel lo saludó con un gesto de la cabeza. Acto seguido, se dispuso a meter mi maleta en su coche.

—Tendré que limitarme a apretar los pulgares para que todo vaya bien en lugar de darte palmaditas de ánimo en el trasero —me dijo Heiko.

—¿Por qué no podéis cruzar los dedos como el resto de los mortales? —dije con fastidio.

—Somos alemanes, preciosa; nos gusta apretar y la fuerza bruta. Ya lo sabes.

Apoyé mis manos en la ventanilla de su coche y sonreí.

—Gracias, Heiko —afirmé con sinceridad—. Gracias por haber venido.

Él hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—Me encantaba la idea de tenerte encerrada en mi coche una hora, pero, mala suerte: Daniel se me ha adelantado. Anoche tuve... mucho trabajo con

Andrea. —Me mostró las manos: llevaba las uñas pintadas de un rosa horrible lleno de purpurina—. Además, no te habrías montado en mi coche ni loca, ¿verdad?

Metí la cabeza por la ventanilla y me arriesgué a besar la mejilla de Heiko. Adoraba a ese pervertido, casi más que a mi propio hermano. Pero no fui lo bastante rápida: antes de que pudiera sacar la cabeza del coche, él me lamó la cara. Me aparté, puse los brazos en jarras y le dediqué una mirada de incredulidad, mientras Daniel se partía de la risa a mi lado.

—Lo habría hecho, sí, me habría montado en tu Audi —admití con contundencia—. Pero no sin antes haberme puesto un par de vacunas y haber comprado la píldora del día después.

Le saqué la lengua y me contoneé hacia el Mercedes.

—Daniel, esa tía te hará daño —me señaló—, pero te cambiará la vida. No la pierdas: es preciosa y encima, descarada. Espero que tengáis un buen viaje. Y, por el amor de Odín, no paréis para procrear en la cuneta y así soltar presión; os tendré vigilados a través de las cámaras de tráfico.

Subió la música, hizo un saludo militar y salió acelerando como un adolescente que se acabara de comprar un coche de carreras, dejando dos marcas paralelas de neumáticos sobre el asfalto.

La situación seguía siendo crítica, pero Heiko había conseguido quitarle hierro.

Los caminos del Hombre Amor eran inescrutables.

Hora y media después estábamos sentados en una cafetería del aeropuerto haciendo tiempo. Daniel rodeaba mis hombros con su brazo y me protegía de la horrible situación en la que me encontraba, consciente de que cuando aterrizara en Bilbao, tal vez mi padre hubiera empeorado. O algo peor.

—¿Volverás? —preguntó temeroso.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Bilbao es tu casa.

—No siento que lo sea, pero mi familia me necesita.

—Ojalá pudiera ir contigo, asegurarme de que tu padre mejora, cuidar de ti y traerte de vuelta. Pero Andrea...

—No puedes salvarme de todo.

—Nada me impide intentarlo. —Sonrió—. Estamos bien, lo hemos

superado, ¿verdad?

Si tenía que preguntarlo, no era buena señal. Dudaba de mis sentimientos, cosa que me confirmaba que ambos desconfiábamos de la relación. El concierto de Die toten Hosen había dejado en evidencia más cosas de las que nos hubieran gustado. Mi comportamiento y su enfado parecían ser solo la punta del iceberg de una crisis que se iba a ver interrumpida por mi viaje.

—Sí. —Suspiré—. Estamos bien. Pero ojalá no me tuviera que ir.

Odiaba marcharme en el momento más agrisado de nuestra relación, pero más odiaba volver a Bilbao y enfrentarme a la vida real.

Cogió mi cara entre sus manos y me dedicó una mirada azul electrizante.

—Debes irte. Cuida de tus padres, asegúrate de que están bien y vuelve. Te esperaremos.

Y ese plural hizo que mi corazón le declarara la guerra a todo mi cuerpo. Me besó en la frente con dulzura y yo enredé las manos en su pelo.

—Llámame cuando llegues a Bilbao, hazlo cada día y siempre que lo necesites. Avísame para que venga a por ti al aeropuerto.

—¿Vendrás con unas flores? —Le guiñé un ojo.

—Vendré con Andrea y un bote de Nutella.

De alguna manera, la escena tenía un sabor amargo a despedida.

Y aunque todavía no lo sabía, mi viaje a Bilbao sería el primer paso de un cambio drástico.

Un pinchazo letal a la burbuja en la que había vivido tan a gustito durante los últimos meses.

19

PLAÑIDERA AERONÁUTICA

Casi todas las tripulaciones de las aerolíneas europeas me habían visto llorar a moco tendido. El rumor variaba de una a otra: en British Airways pensaban que cobraba por hacerlo; en Vueling, que era parte de una campaña de publicidad; y en American Airlines, simplemente que estaba loca. Pero todas coincidían en que me había convertido en una leyenda urbana, como la chica de la curva, pero en una versión de plañidera aeronáutica. O, al menos, así me sentía yo cada vez que ponía un pie en un avión, como si fuera la protagonista de las ridículas escenas de *Aterriza como puedas*.

En esa ocasión, para alegría de Lufthansa y para desgracia de los pasajeros, fue un pelín diferente. Además de lloriquear cuando recordé el motivo por el que me marchaba, me di de cabezazos contra el asiento que tenía delante, me trinqué tres cervezas y acabé riéndome como una loca. La tensión acumulada por el disgusto por lo de mi aita superaba todas las expectativas, me destrozaba y hacía que me riera cuando no debía. Yo siempre había sido la niña de papá, de las que ven a su padre como un héroe sin capa, de las que creen que el único hombre de su vida es él y confían ciegamente en él. Es verdad que con los años fui conectando más con mi hermano, pero mi padre seguía siendo esa figura estable que siempre estaría dispuesta a defenderme a capa y espada, y que mantenía las excentricidades de mi ama a raya.

Hice escala en Frankfurt y a media mañana aterricé en Bilbao, agotada, descolocada y con la máscara de pestañas corrida hasta la barbilla. Me resultó de lo más triste que nadie me esperara en la terminal de llegadas.

Después de haber dejado el equipaje en casa de mis padres, me dirigí al hospital.

—Que casi se tenga que morir tu padre para que vengas ya tiene delito —

espetó mi madre en la puerta de la UCI.

Encontrármela allí sola me rompió el corazón; me sentí como la peor hija del mundo. Parecía cansada hasta la extenuación y veinte años más vieja que la última vez que la había visto. Pese a su lenguaje corporal tenso y sus palabras afiladas, que me invitaban a esconderme como una cría de su zapatilla voladora letal, me acerqué para abrazarla. Gracias al cielo, se dejó llevar y me estrechó entre sus brazos. Ambas respiramos tranquilas. El olor que desprendía a jazmín me hizo sentir en casa.

Me dio las últimas novedades acerca de mi padre: continuaba estable dentro de la gravedad. También me puso al corriente de los turnos que había organizado para las visitas y citas con el doctor. A mí me tocaban las visitas de las tardes, a mi hermano las de las mañanas y ella estaría presente en las dos. Pero yo no pensaba obedecer, porque me quedaría en el hospital todo el tiempo que el cuerpo me permitiera. Me comentó que Ana se había ofrecido a echar una mano, pero no tenía claro cómo me sentía al respecto. Agradecida, sí, pero temerosa también, porque tenía una conversación pendiente con ella, cosa que no iba a ser nada fácil.

Sin saber muy bien cómo pasar las horas hasta que llegara mi hermano, hacia el mediodía nos sentamos en la cafetería. Pedimos un par de cafés y unos pinchos de tortilla, y nos sentamos en una mesa.

—¿Qué sucedió? —pregunté con miedo.

—Salió a correr por la mañana y vino más cansado de lo normal, pero como hace poco que pasó una gripe, no quise darle importancia. Comimos, me dijo que le dolía la cabeza y se tumbó en el sofá. Poco después se levantó... No era capaz de hablar, parecía confuso y la cara no se le movía de manera simétrica, no sé si me explico, pero parecía que tenía un gesto diferente en cada mitad. Fue horrible. Llamé a emergencias. En menos de media hora llegamos al hospital. Tu padre estaba muy agitado, y le tuvieron que poner un poco de sedación para hacerle pruebas.

Me quedé paralizada por sus palabras. No me quería derrumbar delante de mi madre, no hasta que mi hermano hubiera llegado y se hiciera cargo de la situación. Él siempre gestionaba las cosas con más sangre fría que yo.

Continuamos hablando acerca de las pruebas que le habían hecho y los resultados que habían arrojado. Una parte de su cerebro había quedado dañada, pero hasta que despertara no estaríamos seguros de las secuelas. Cuando mis preguntas cesaron, mi madre decidió que había llegado el

momento de comenzar con su famoso tercer grado.

—¿Cuál es el motivo real de que te fueras a Alemania? —preguntó mientras mareaba el café con la cucharilla.

—Ama, me salieron unas prácticas, ya lo sabes. —Jugueteé con los restos de la tortilla—. Les he avisado sobre lo que ha ocurrido y no hay ningún problema.

Con el objetivo de distraerla, le hablé sobre las tres cosas que me habían llamado la atención acerca del norte de Alemania. Lo llano que era su paisaje —porque cualquiera que fuera allí esperaría encontrarse en mitad de los Alpes con Heidi, pero la realidad era bien distinta—; el sentimiento de comunidad que tenían la mayoría de sus habitantes, cómo colaboraban —cortando leña, cuidando de las guarderías, financiando los equipos locales de fútbol..., todo con tal de que la vida fuera mejor para todos—; y, finalmente, sobre la ausencia de banderas y la vergüenza patriótica que todavía se respiraba en algunas zonas a causa del pasado bélico.

Pero ni con esas me las arreglé para despistarla.

—Rebeka, soy tu madre; no me trates como si fuera idiota. —Me señaló con la cucharilla y yo me encogí—. Dime que no me lo quieres contar, porque eres una persona adulta que hace su vida y soluciona sus propios problemas, pero ten la decencia de no mentirme.

—Lo de las prácticas es verdad —dije enfurruñada y con voz infantil.

—Nadie ha dicho que sea mentira, pero dudo que ese fuera el motivo real.

—Está bien —admití acorralada—. Necesitaba pasar un tiempo a solas y descubrir cómo encauzar mi vida.

—¿Lo has conseguido?

Buena pregunta; solo una madre era capaz de llegar al quid de la cuestión con un par de frases. El cordón umbilical nunca dejaría de existir entre nosotras.

—La verdad es que no.

Se mordió el carrillo pensativa y miró hacia otro lado. Deduje que se había quedado con las ganas de soltarme un buen discurso y que, a no mucho tardar, lo haría.

Subimos para la visita de la tarde y fui yo la que entró. Me impresionó ver a un hombre tan activo como mi padre tendido en una cama de hospital y atado

a toda la maquinaria que controlaba sus constantes vitales. Me senté en una silla que me acercó una enfermera muy amable, seguramente porque temió tener que hacerme sitio en la cama de al lado si me caía patas arriba. Cogí la mano de mi padre y no paré de hablar durante todo el tiempo que me permitieron quedarme, como si él me estuviera escuchando, incluso me adelanté a las posibles preguntas que me plantearía. Le describí el paisaje del norte de Alemania y la casa de mi hermano, le hablé de mis prácticas, sobre el Rocco's y sobre Daniel. Le conté que era un gran amigo y que seguro que cuando tuviera la oportunidad de conocerlo le encantaría. Aunque no fueran capaces ni de cruzar dos palabras en el mismo idioma. Traté de convencerlo de que era feliz, que había encontrado un buen trabajo y que Daniel era perfecto para mí. Le rogué entre lágrimas que se pusiera bien, porque no podía dejar a mi ama sola y porque todos lo necesitábamos.

Casi una hora después, la amable enfermera que me había prestado la silla me pidió que abandonara la UCI porque las visitas habían terminado, y yo, obediente, aunque casi a rastras, caminé hacia la puerta de salida con ella a mi lado. Me di cuenta de que era la última y que me había quedado más de la cuenta.

—Gracias —le susurré a la enfermera.

—Tranquila. Espero que todo te vaya bien en Alemania.

Cuando salí, me encontré a mi madre sentada y a Ana caminando por el pasillo de un lado a otro y con cara de cansada. Me abrazó como si realmente me hubiera echado de menos; sentí que la disculpa que nos debíamos la una a la otra estaba sobre mi tejado.

—Tienes una pinta horrible, tía. Creo que voy a ir canjeando tu seguro de vida —dijo como si bromear sobre la muerte fuera correcto.

Nos sentamos junto a mi madre.

—Lo sé.

Me pegó una palmada en el brazo y arrugó el morro.

—Es broma. Te veo mejor, menos delgada y más atlética. Alemania te sienta bien. Tal vez me equivoqué.

Ahí estaba su disculpa, delante de mi ama y sin que esta se diera cuenta sobre qué hablábamos. Pese a todo, nos miraba con suspicacia, con todos los radares apuntando hacia nosotras. Cruzó un par de miradas cómplices con Ana, y sospeché que en mi ausencia habían mantenido alguna conversación.

—Gracias. Tú también pareces... más relajada. Te echaba de menos.

—No me hables sobre echar de menos —afirmó Ana con recochineo mientras se mordía la lengua de manera juguetona—. Desde que te has «adaptado» a vivir en el país, has dejado de mandarme fotos del vecindario. ¡Adoraba los paisajes!

Me eché a reír ante su idea de paisaje y recordé el suplicio físico que me supuso observar a Daniel los primeros días.

—Pero no te apures, Lady Dramas, ¡hoy he venido en misión humanitaria! Tal como le dije a tu ama ayer, el viernes por la noche, que es Halloween y tu cumpleaños, te pienso sacar por Bilbao.

Abrí la boca para protestar.

—No se te ocurra decir que no: necesitas una noche lejos de todo esto. Tienes que desconectar, no podéis quedaros todo el día en la UCI con tu padre.

—¿Te han concedido el permiso?

Mi madre echó a reír y agarró a mi amiga de un brazo con cariño.

—Jamás había estado más de acuerdo con los planes de Ana.

Sus palabras me hicieron dudar durante unos segundos. ¿Hablábamos sobre lo mismo?

—Qué coño, tenéis razón. Debería disfrazarme, salir a desmelenarme, romperle el corazón a algún pringado inocente y así dejar de pensar en mis fantasmas durante una noche. Buscaré una aventura desenfrenada, nada más.

—¡Esa es mi Rebeka! Celebraremos tus veintiséis otoños por todo lo alto —dijo mi amiga aplaudiendo.

—Dirás primaveras —corregí.

—Tía, naciste en otoño, eres muy... otoñal.

La verdad es que había olvidado completamente mi cumpleaños. Miré a mi ama buscando su aprobación final.

—Tiene razón, Rebeka, debes salir. No sabemos cuánto puede alargarse esta situación. Además, tu padre lo querría. Pero, por el amor de Dios, retira lo que has dicho sobre el desenfreno.

20

VAS A NECESITAR MÁS QUE ESTO PARA ROMPERME

Tres días más tarde mi padre continuaba estable y los médicos eran optimistas al respecto. Mi hermano ya estaba en Bilbao y todos nos habíamos habituado a la rutina del hospital.

Esa tarde me encontraba repantigada en el sofá de casa de mi madre, con un pijama rosa y la bata, viendo una película mientras llegaba la hora de salir con Ana.

—Rizzo, no te humilles más, ¡no te humilles más! ¡Mételes dos tortas a las animadoras! —grité a la televisión como una energúmena mientras le lanzaba palomitas como si fueran proyectiles cargados de sal.

Ana asomó la cabeza desde la cocina. Acababa de aparecer para recogerme. Iba disfrazada de flamenca zombi.

—¿*Grease*? ¿En serio? —Se sentó a mi lado en el sofá y me observó con cara de lástima.

Sí, su mejor amiga había perdido la cabeza y había acabado viendo clásicos de los 70 por enésima vez. La tensión por que mi padre no despertara me estaba haciendo tocar fondo. Porque si hasta la fecha me había parecido que mis problemas eran graves, acababa de aprender a marchas forzadas lo que era tener uno de verdad. Cosa que me obligaba a relativizar todo lo anterior.

—Calla, Stockard Channing va a entrar en escena.

Me miró con desaprobación; yo dejé las palomitas a un lado y me tapé con la manta hasta la barbilla, ignorándola. Me centré en la pantalla, Rizzo se apoyó contra la pared mientras reconocía que lo peor que podía hacer era perder su orgullo ante quien la había herido.

Ana tiró de la manta destapándome. Parecía mosqueada.

—Estás dando rienda suelta a la neurótica que llevas dentro otra vez, y

cantando a todo pulmón como si fuera a acabarse el mundo. Así no vamos a ningún sitio. Vístete de una puñetera vez.

Me levanté de mala gana y doblé la manta. No había manera de terminar de ver una película tranquila en mi propia casa.

—Es difícil abandonar el calor de tu amor, pero me voy a duchar. Dame cinco minutos, como a las estrellas.

Por primera vez en muchos días tuve ganas de sacarme un poco de partido. Dejé la ropa cómoda que me ponía para ir al hospital, mallas y sudaderas XL de mi hermano, y eché mano del atuendo oficial de mi época adolescente para disfrazarme de punki, algo fácil y cómodo. Me puse unos *shorts* negros y un *top* rojo lleno de calaveras. Adorné mi atuendo con varios accesorios llenos de pinchos y me calcé unas botas militares hasta la rodilla. Me pinté una raya negra bien gorda en los ojos, los labios con un rojo cereza que adoraba y me cardé el pelo. En menos de media hora estaba lista para enfrentarme a los veintiséis años que me esperaban a la vuelta de la noche. Puse morritos, enseñé un poco de canalillo, me hice un *selfie* y se lo mandé a Daniel.

Cuando bajé las escaleras me encontré a mi amiga hablando por teléfono en una esquina del recibidor. Colgó apresuradamente y me sonrió con inocencia.

—Pareces un florero de Ikea. El «Rebeken» —se cachondeó.

Le pegué un manotazo en el culo. Ella me tiró la chupa de cuero negra a la cabeza.

Bajamos al centro de la ciudad. La invité a cenar hamburguesas *gourmet* en un restaurante americano, y cuando hubimos acabado, pasadas las doce de la noche, nos fuimos a nuestro bar habitual.

Ana sacó un par de cervezas y nos sentamos en unos sofás.

—La última vez que hablamos por teléfono fuimos unas zorras —dijo con socarronería.

—Yo diría que fuimos sinceras —le concedí alzando mi cerveza en el aire.

—Yo fui una cabrona y tú una ceporra. Pero esta noche no más dramas, ¿vale?

—¿Tan fácil?

—¿Quieres discutir otra vez? —Alzó las cejas sorprendida y se restregó las manos.

Me eché a reír ante su gesto mafioso.

—No, no, no y no. Pero me extraña que vayas a aguantar toda la noche sin reprocharme nada.

—He decidido que, ya que no me ha llegado a tiempo tu regalo, este será el provisional: no me meteré con la mierda de decisiones que tomas mientras dure el día de tu cumpleaños. ¿Vale? —preguntó esperanzada.

—Todavía te quedan pocos minutos para despotricar. Además, prefiero que lo hablemos como dos personas civilizadas y adultas que somos. ¡Nuestra amistad debería soportar que no estemos de acuerdo en algo!

—Sabes que mi lengua tiende a desmadrarse y escupir veneno, y más si tengo una cerveza en la mano. —Sacudió su botellín en el aire con una sonrisa cruel—. Pero, vale, ¡marchando una conversación aburrida y sin palabrotas! ¿Qué tal van las cosas con... Daniel? —dijo como si le costara la vida no utilizar un apelativo insultante.

—Bien —respondí de manera mecánica—. Nos va bastante bien.

Me miró como las vacas al tren, pero no dijo nada. Ambas sabíamos que calificarlo con un «bastante» no traía nada bueno, y menos en una fase tan temprana de la relación.

—Me estás juzgando con el morro torcido y los ojos —dije mosqueada.

—Mentira. Te estoy juzgando con todo mi cuerpo y todas mis fuerzas. Pero vamos a dejarlo ahí. Cuando soples las velas haz el favor de pedir un deseo que nos haga felices a las dos.

Chasqueó los dedos en el aire y de pronto algunas luces del pub se apagaron.

Me temí lo peor.

Iker, vestido de Mario Bros, caminó despacito con una tarta pequeña en las manos y la puso en nuestra mesa. Era un pastel redondo con crema negra, roja y amarilla por fuera, imitando la bandera alemana, y tenía un montón de fotos de Daniel clavadas en palitos. Todas las que le había enviado cuando espiaba sus estiramientos; más o menos, hasta que habíamos empezado a salir.

—Joder, qué bueno está —dije alucinada.

—Las fotos son comestibles —dijo Ana divertida mientras cogía una y le pegaba un mordisco, dejando a Daniel sin un brazo.

Volvió a chasquear los dedos y alguien apagó la música. Ella e Iker me cantaron cumpleaños feliz con el resto del bar a modo de coro. Aunque Ana destacó por encima de todos, haciendo una imitación bastante buena del famoso «Happy Birthday» de Marilyn Monroe, si no fuera porque se dedicó a agitar los volantes de su vestido de flamenca como una loca.

Cuando acabaron, pedí un deseo y soplé.

Partí una ración de tarta, la cogí con la pala y la tumbé sobre el plato.

Casi se me cayó al suelo cuando me di cuenta de cuál era el relleno.

—Verde de alcachofa, blanco de coliflor y naranja de zanahoria. O algo así..., no sé —dijo Ana muerta de risa.

Como si no supiera cuáles eran los colores de la bandera de Irlanda. Me quedé mirándola fijamente.

—Tú sabes que esa no es la bandera de Irlanda del Norte, ¿verdad?

—¡El pastelero tampoco! Además, qué más da, lo importante es la moraleja: en el fondo... es Gary. Siempre será él.

Me llevé la palma de la mano a la frente de manera teatral. Mi amiga nunca se rendía.

—Esto no tiene ninguna gracia.

Iker se retiró con disimulo a la barra.

—Sí que la tiene, solo que tu humor no está pasando por su mejor momento.

—Mi humor está de puta madre, mejor que nunca. Jamás en toda mi vida me había sentido tan centrada como ahora.

—Genial, entonces cuéntame: ¿qué tal van tus decisiones pendientes? ¿Todo encauzado? —me dijo con la boca llena de tarta.

—No he tenido mucho tiempo para pararme a pensar durante las últimas semanas, he andado bastante liada.

—Querrás decir durante el último año, porque no te has parado a pensar en lo que estás haciendo, más o menos desde la noche en la que perdiste el norte con Gary.

La castigué con una mirada de indiferencia.

—Ya decía yo que tardabas mucho.

—Te aprecio, eres mi mejor amiga, pero nunca te he visto tan ciega como en los últimos meses, ni siquiera cuando salías con Trump. Y, ¿no puedo evitarlo!, me saca de quicio la situación. Daniel es el mayor error de tu vida.

—Debes respetar mi decisión.

—La respeto, no te equivoques, pero ni la entiendo ni la comparto.

—Nadie entiende el amor, Ana; cuando surge, surge sin más.

Respiró hondo. Se acercaba una burrada.

—¿Amor? Muy graciosa, Rebeka. Para ti el amor se ha convertido en un juego macabro, una jodida ruleta rusa en la que tienes que elegir a quién le

vas a arruinar la vida. Por un lado, tenemos al Agente Horchata, que está bueno, pero no es un tío para ti; y por el otro lado, a Ricitos Problemáticos, que anda más salido de madre que un adolescente en el Barrio Rojo de Ámsterdam, pero siento decirte que es el jodido amor de tu vida. —Hizo una pausa para darle un trago a su cerveza—. Si sigues saliendo con Daniel sufrirás, y si vuelves con Gary, también. Así que esto se reduce a cuál de los dos jodes primero.

—Quiero seguir con Daniel, métetelo en la puñetera cabeza.

—¡No! Te gusta, te atrae, te pone... pero no lo quieres, ni estás enamorada. ¿Sabes lo que acabará pasando? Que te lanzarás a una relación con él pensando en que es lo que necesitas, te dejarás la piel por conseguirlo, pero nunca dejarás de compararlo con Gary, y jamás encontrarás en Daniel lo que has perdido.

Me levanté del sofá de golpe.

—Voy a fumar.

Salí atropelladamente al patio trasero del bar, me apoyé contra la pared y encendí un cigarrillo. Hacía un frío de mil demonios, pero necesitaba despejarme. Miré el móvil.

Daniel Beck - 22:25: Estás preciosa. Pásalo bien.

Un movimiento entre las sombras de una de las esquinas del patio me puso en guardia. Un chico se encontraba meando contra la pared. Deduje, por los ruidos que me llegaban, que había terminado y se estaba subiendo la bragueta. Se dio la vuelta y caminó hacia mí con decisión. Yo me apreté contra la pared; su silueta era demasiado familiar como para no hacerlo.

—Por fin te dignas a aparecer —me acusó.

Su voz hizo que se me revolvieran las tripas de todas las maneras posibles.

Di un paso hacia la puerta, pero él se interpuso en mi camino. La luz que salía del bar iluminó la cara de Alex y el móvil se me escurrió de las manos.

—Tranquila, no muerdo —susurró.

—A saber si te han puesto todas las vacunas.

—Tan ocurrente como siempre. Te echaba de menos —afirmó con sarcasmo.

—Siento no poder decir lo mismo.

—Es gracioso; al principio pensé que te habías fugado con el borracho de tu

novio. Me costó tres semanas descubrir que te habían concedido unas prácticas en Alemania y que te habías mudado con tu hermano. Lo mejor de todo es que había perdido la esperanza de que volvieras aquí, hasta que me he enterado de lo de tu padre. Encontrarte ha sido tan fácil como venir cada noche a este bar. Eres una zorra de costumbres fijas.

Tenía que terminar aquella conversación y salir corriendo inmediatamente. Que Alex mostrara sus cartas con tanta facilidad no traería nada bueno.

—Debo irme, ya hablaremos en otro momento.

Estiró el brazo y lo apoyó en la pared, impidiéndome de nuevo el paso.

—Me quiero ir, y si no me lo permites, voy a gritar como una energúmena. Quítame la puta mano de encima. —Le enseñé los dientes cabreada.

Acercó sus labios a mi boca y yo me envaré. No supe muy bien para qué, porque nunca me había liado a tortas con nadie y menos con un tío que me sacaba una cabeza.

—Nadie me amenaza con marcharse —espetó con rabia.

Estuve a punto de mandarlo a tomar por culo, pero dudé de que realmente fuera algo malo para él.

Respiré hondo y dejé que la mierda que habíamos acumulado durante nuestra relación me insuflara la fuerza que no tenía. Por primera vez noté que las cinco cervezas que llevaba encima no actuaban como un peso en mi cabeza, ni me engordaban la lengua: actuaban como un potente suero de la verdad directamente inyectado a mi cerebro, y me sentía más despejada que nunca, con la lengua ágil, afilada y venenosa. O tal vez es que estaba hasta las pelotas de que la gente se metiera en mi vida sin permiso y había llegado el momento de permitir que el caos reinara.

Alex continuaba pegado a mí. Yo apenas era capaz de respirar; la furia estaba invadiendo cada célula de mi cuerpo, y aunque en el fondo sabía que mi mejor opción era callarme y dejarle hacer conmigo lo que quisiera, mi dedo acariciaba con demasiada necesidad el botón rojo que dispararía la bomba: era tan bonito y tan brillante... Me moría por apretarlo y ver cómo volaba todo por los aires...

Repasé las clases de defensa personal que me había dado Daniel. Recordé que debía mantener la calma y no enfadar a mi atacante. Mierda puta, esa fase ya la habíamos pasado. Ambos estábamos cabreados. Cuadré los hombros y lo aparté de mi boca de un empujón que lo pilló desprevenido. Inspiré agobiada y me di cuenta de que llevaba un buen rato aguantando la

respiración.

Lo miré fijamente.

—Estoy lo suficientemente borracha como para decir esto, así que escúchame bien. Durante el tiempo en el que fui tu novia siempre necesité más de ti, pero nunca lo conseguí, porque ese más que me dabas se traducía en malos tratos, gritos y sexo duro, y no es lo que quiero, ¡nunca lo he querido! Estoy harta de pagar por cada puta oportunidad que te he dado. Me violas la mente, me destrozas la autoestima y abusas de mi paciencia. Cuando estábamos juntos era todo lo que tú querías que fuera, y no me reconocía a mí misma. Esa no soy yo, ¡joder! La Rebeke de verdad no te gustaría, porque es valiente, fuerte y decidida. Esto se ha acabado: nunca volveré contigo, ni voy a ser tu amiga.

Alex parecía tan alterado que hasta había empezado a jadear. Casi le salía espuma por la boca, y me miraba con los ojos inyectados en sangre.

Escuché un fuerte golpe, pero no fui consciente de lo que había sucedido hasta que noté un cosquilleo en la mejilla, algo caliente y líquido en mis labios y la cara contra el suelo. Una lágrima me recorrió la piel del rostro, que ya empezaba a escocerme. Pero en lugar de hacerme un ovillo, me levanté y lo miré con odio.

—Vas a necesitar más que esto para romperme, hijo de puta —le dije con los dientes apretados.

Se dispuso a agarrarme del pelo, pero yo me revolví antes de que lo consiguiera y me alejé. Todo se movía a cámara lenta.

—¡Palurdo misógino! —grité enfurecida—. Esta vez no te vas a ir de rositas.

Él se echó a reír ante mi osadía y se acercó lentamente. En un movimiento rápido me agarró por el cuello y apretó.

—Todo el mundo sabrá lo que hiciste. Les contaré lo zorra que eras cuando te conocí y que quisiste endosarme un crío para pillarme por las pelotas, y que cuando ya me tenías, te quitaste el problema de encima porque ya no lo necesitabas, contándome no sé qué milonga de aborto espontáneo.

—Menudo giro inesperado, atónita me has dejado —espeté con acritud—. Nunca vas a superarlo, ¿verdad?

Se estaba alimentando de mis miedos y mi dolor. Pero no se lo iba a consentir: iba a pelear, iba a ser una maldita luz en la oscuridad que lo iba a dejar ciego. Noté que mi ego se estaba inflando con sus palabras, aunque

empezaba a faltarme el aire.

—Acabarás dándote cuenta de que yo soy el único que ha sabido llevar tus riendas, pero no te daré oportunidades eternamente, Rebeka. Piénsalo, ¿quién te va a querer, cuando ni siquiera te quieres tú misma? ¿Dónde está el rockero? ¿Eh? Ni siquiera un borracho de mierda te aguanta. Ni siquiera te aguantas tú misma...

Le había oído contar la historia sobre lo que no pudo ser tantas veces que me aburría. Intentaba envenenar la verdad a su antojo y jugar con mi mente. Pero ya no surtía efecto.

—¡Suéltala, cabrón! —gritó Ana desde la puerta, cosa que lo despistó.

Aproveché el momento para separarme un poco y le pegué un buen codazo en el estómago que lo dejó doblado momentáneamente. Ana se acercó y recibió el único golpe que Alex pudo dar, lanzándola contra la pared. Pero yo estaba sembrada; volví a golpearlo con todas mis fuerzas: le propiné semejante rodillazo en las pelotas que jamás volvería a levantarse. Todo el dolor acumulado durante años impregnó el golpe ,y sonreí satisfecha cuando lo vi caer al suelo.

Ana se llevó la mano a la boca asustada por mis actos.

Caminé lentamente hacia a él con una bravuconería desconocida, poco apta para la situación, porque no estaba segura de que no fuera a levantarse de nuevo. Me fijé en que tenía la camiseta salpicada de sangre y una brecha en la cabeza.

—Me da asco todo lo que representas, incluido mi propio pasado. Ojalá nunca me hubiera acostado contigo. ¡Envidia a la gente que tiene la suerte de no conocerte! —vociferé fuera de mí.

Su mirada me buscó, y me señaló con un dedo tembloroso.

—Eres una zorra. Me encargaré de que todo el mundo sepa lo que hiciste. Les contaré lo del aborto. Te hundiré en la puta miseria.

Le propiné otra patada en las costillas obligándolo a callar. Me sentía a prueba de balas, blindada como la limusina de cuatro toneladas de Barack Obama, hecha de fibra de carbono y con inmunidad diplomática. Fue el momento más inconsciente y descontrolado de toda mi vida. Fue genial.

Pocos segundos después, Ana e Iker me separaron de él, aunque yo no se lo puse nada fácil: quería patearle el trasero al muy desgraciado, y no quería parar en un buen rato. Mi amiga me rodeó con sus brazos e Iker inmovilizó a Alex contra el suelo mientras gritaba que alguien llamara a la policía.

La Ertzaintza no tardó en aparecer; se lo llevaron esposado. Después pasaron a la parte dura. Empezaron por tomarle declaración a Iker. Yo los observaba en la distancia, como si no tuviera nada que ver con el asunto. Me puse en cuclillas y hundí la cara entre las manos. No podía dejar de temblar; la adrenalina que había acumulado había abandonado mi cuerpo. Iba a derrumbarme en cuanto los agentes me preguntaran qué había sucedido. Sentí que las piernas me fallaban y que me iba a ir al suelo.

—Ayúdame, Ana. Ayúdame, por favor.

Ella se agachó a mi lado y volvió a apretarme entre sus brazos con más fuerza todavía.

21

TRASTORNO DE ESTRÉS POST-TRUMP

Ana se sentó a mi lado en las escaleras del ambulatorio. Eran más de las dos de la mañana y las calles estaban desiertas. Habíamos sacado a mi hermano de la cama para que se hiciera cargo de avisar a nuestro abogado y nosotras nos fuimos en taxi al ambulatorio. Yo tenía un par de moratones y el labio hinchado. Ana tenía el dedo corazón escayolado.

—Le has pegado. Lo has dejado hecho un cromo —dijo alucinada.

Me encogí de hombros.

—Daniel me enseñó algunos truquitos y estoy en forma.

—¡La madre de *Diosen*! El germano te ha convertido en Lara Croft.

—Dice que toda mujer debería ser capaz de tumbar a un tío o al menos de defenderse con cierta dignidad en una situación crítica. No es que haya seguido al pie de la letra sus consejos, porque lo de no cabrear a tu atacante me lo he pasado por el arco del triunfo..., pero los últimos golpes sí, los aprendí con él.

—Y, ¿qué tal va tu trastorno de estrés post-Trump?

—Sobreviviré.

Puso su mano en mi rodilla y me miró con curiosidad.

—¿Tus padres nunca te dieron la charla? ¿Te pusieron un documental sobre la reproducción de los osos en Alaska y se largaron de casa confiando en que atarías cabos tu solita?

La miré con una ceja alzada. La adrenalina que se acumulaba peligrosamente en mi sangre hizo el resto. Me eché a reír como una maldita tarada. Fue catártico.

Cuando se me pasó el ataque, ella continuó hablando como si nada.

—A mí sí que me la dieron, y no sirvió de nada; me entraba la risa floja

cada vez que mi ama decía «pene». No conseguí poner cara de sorpresa en los treinta y dos minutos que duró el circo. Dios, tenía diecisiete años... No sé qué demonios pretendían que aprendiera a esas alturas, cuando era yo la que podría haberles dado una clase magistral sobre el tema. —Negó con incredulidad—. Encima, mi aita tuvo la desfachatez de decirme que no confiara en los condones, que se rompen a menudo. «Y créeme, Ana, lo sé por experiencia; si no, hoy no estaríamos hablando contigo» —dijo imitando la voz grave de su padre.

—Hay que joderse. —Puse mi mano sobre la suya con cariño.

—Y que lo digas. ¿Cómo miras a tu padre sin rencor sabiendo eso? Joder, soy un fallo de fabricación, ¡un defecto del látex! Soy Ana, hija de Pablo, señor de los preservativos rotos, heredero del trono de la marcha atrás fallida, capitán de...

—No te pongas así, mi charla no fue mucho mejor. Mis padres se la dieron a mi hermano con quince años y el muy capullo vino a contármelo todo con pelos y señales. Ya sabes cómo es. —Suspiré—. Yo solo tenía nueve años, me asusté de verdad. Fui corriendo a contarles a mis padres a grito pelado que Robert había dicho que «los penes se meten en las vaginas» y que me parecía horrible e imposible. Creo que fue más traumático para ellos que para mí.

Me miró con lástima.

—Por lo visto, el susto no te duró mucho tiempo. ¿Por qué no me lo contaste?

—¿El qué?

Se echó a reír con socarronería.

—No te hagas la tonta, he oído el comentario de Alex antes de que le patearas las pelotas.

—Eso.

—Sí, ESO. —Asintió efusivamente—. El pequeño secretito que te guardabas. Te juro que no entiendo por qué coño te guardas siempre algo.

—No lo sé; fue antes de que nos hiciéramos amigas... Que no es una excusa válida, pero...

—Si me lo hubieras contado, tal vez habría comprendido por qué volvías siempre con él. Podría haberte ayudado, y desde luego que te habría metido menos caña. Ahora me encaja mejor tu comportamiento, esa tendencia a perdonarle todo y a seguir atada a él. Pero, joder, maja, tu vida es una maldita

telenovela de las malas.

—Gracias a Dios se ha acabado. Un problema menos del que preocuparme. Ya iba siendo hora de soltar lastre.

—Mientras me escayolaban el dedo he estado pensando que voy a escribir un libro sobre todo esto. Tiene gancho: tus novios son como el bueno, el feo y el malo. —Se echó a reír.

—Alex no es feo.

—Por dentro está podrido. Es horripilante.

Asentí y salté al siguiente personaje de la novela.

—Gary no es malo —protesté.

—Es el malote de la historia. En un sentido excitante y depravado, va a volver locas a las lectoras.

—Acepto.

—¿No protestas por Daniel? —preguntó con retintín.

—No, es francamente bueno. Más que la media. Más de lo que debería.

—Sí, lo está, aunque sea un poco descafeinado. Espero hacerle justicia a su cuerpazo.

—Es más que eso, Ana, y lo sabes. No empecemos de nuevo con el tema, porque cada vez que hablamos sobre Daniel se desata el apocalipsis.

—Como quieras... ¡Hagamos algo divertido! No voy a ser capaz de meterme en la cama y dormir. —Miró a nuestro alrededor de manera calculadora—. Pongámonos unos pasamontañas y quemémosle el coche a Alex: sigue aparcado debajo de casa.

Bostecé, no porque la idea no me pareciera buena, sino porque estaba agotada.

—Eres una pedorra aguafiestas —se quejó con un mohín—. Quiero hacer algo radical y violento. Además, tenemos la excusa perfecta.

—¿No crees que hemos tenido suficiente violencia por hoy? Nos merecemos un descanso.

—¿Le mandamos un sicario ruso muy chungo? —propuso emocionada.

—¿Y si nos vamos a desayunar?

Resopló un tanto decepcionada.

—Está bien, pero antes de eso, hazme un favor: extirpa a Alex de tu vida de una puta vez, mete vuestra historia en un bote lleno de formol y almacénalo en la letra que quieras. En la R de Rata, C de Cabrón, T de Traidor... Da igual, pero no la saques de ahí nunca más.

Varias horas más tarde, cuando el sol ya había despuntado en el horizonte y me había comido toda la bollería que mi madre tenía en casa, me metí en la cama. Caí rendida y soñé.

La tensión, el subidón de azúcar y el malestar que se habían alojado en mi cuerpo me deleitaron con imágenes de Gary. Como si no tuviera suficiente con toda la mierda por la que había pasado aquel día. Paseábamos de la mano por los jardines de Herrenhäusern en Hannover, un hombre sentado al piano en mitad de la nada tocaba el *Claro de luna* de Beethoven. Gary me decía al oído que Alex había muerto aplastado por un altavoz del escenario y que había descubierto que era el cómplice de Josh. Yo no entendía nada; me aferraba a su mano como si la vida me fuera en ello, temerosa de que en algún momento se fuera a desvanecer y volviera a perderlo. A lo lejos, vi a un hombre cortando unas azaleas gigantes que nos observaba dolido.

Era Daniel, pero en una versión mucho más delgada y fea de sí mismo.

De pronto noté el roce de unos labios suaves y ardientes jugueteando con mi boca. Gary estaba siendo muy cruel: besarme delante de Daniel no era correcto.

—Gary, para, no podemos hacer esto —dije todavía soñando—. Nos va a ver.

El pianista dejó de tocar de golpe y el tacto de aquellos labios se tornó demasiado real.

Me revolví asustada entre las sábanas e intenté coger del cuello a mi agresor. Quise gritar, pero una mano me cubrió la boca.

—Daniel. Soy DANIEL. El hombre invisible. Tranquila... Lo siento, era un sueño... Pensaba que estabas despierta...

Tardé un par de minutos en conectar con la realidad y procesar lo que pasaba. Retiré las manos de su cuello y respiré con dificultad. No era Gary quien me había besado.

—Siento haberte asustado. Feliz cumpleaños.

Me aferré a su cuerpo agradecida de que hubiera salido de mi sueño para estar conmigo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con voz soñolienta.

—Anoche me llamó tu hermano. Cogí el coche y esta mañana me he montado en el primer vuelo directo desde Frankfurt. Me voy a ocupar de

todo, tú no te preocupes por nada. Aquí me tienes.

Volvió a abrazarme, hundió la cara en mi cuello e inspiró.

—¿Has ido en coche hasta Frankfurt?

—Solo son tres horas, y ya sabes cómo funcionan las autopistas en Alemania.

—Dios mío, debes de estar agotado.

Me moví un poco dejándole un hueco en mi cama. Él no dudó; se quitó las zapatillas y el pantalón y se metió a mi lado. Rodeó mi cuerpo con sus fuertes brazos de manera protectora. Apoyé la cabeza en su pecho, sintiéndome extraña por compartir la cama con él por primera vez.

—¿Andrea? —le pregunté con urgencia.

—Tranquila, se ha quedado con mis padres. ¿A qué hora tienes que ir al hospital?

—Al mediodía.

—Vale, te llevaré, y luego, si quieres, me paso por la comisaría. Conozco los procedimientos legales: podría ayudarte. —Me acarició el pelo dulcemente—. Tienes que contarme qué demonios ha pasado, pero creo que lo mínimo que debemos hacer es solicitar una orden de alejamiento, así estaremos seguros de que no se acerca a ti nunca más. Pero, bueno, son pequeñeces legales que ya solucionaremos. ¿Cómo te sientes?

—Asustada, más que nunca. El labio me molesta un poco.

Lo estudió con atención y me besó con cariño en la frente.

Me apretujó contra su pecho; yo me acerqué a su boca y tanteé sus labios con los míos, tratando de buscar un alivio equivocado. Él se giró, colocándonos frente a frente, agarró con decisión mi cara y metió su lengua en mi boca con pasión. Quería algo más: lo noté en su manera de besarme, intensa y hambrienta. Yo también lo deseaba, sobre todo para descargar la tensión que me había generado el encontronazo con Alex y por lo vulnerable que me sentía en consecuencia. No era el momento adecuado para que sucediera, pero ambos necesitábamos dar ese paso.

Tiré de su camiseta para quitársela. Acaricié su impoluto torso desnudo con dedos temblorosos. En un movimiento rápido y premeditado, me empujó para que me pusiera boca arriba. Su mano se deslizó con lentitud a través de mi estómago hacia mis pechos. Me sorprendió gratamente que tomara la iniciativa de esa manera. Me acarició por debajo de la camiseta del pijama, y yo me la quité ante su atenta mirada. Para cuando la arrojé al suelo, su lengua

recorría la forma de mi clavícula, y su mano derecha se aferraba a mi mejilla. Su pulgar se introdujo entre mis labios, y se lo lamí. Su mano comenzó a descender en dirección a mi vientre, se introdujo bajo la tela de mis braguitas y acarició la unión entre mis piernas con sutileza. Por lo visto, no pensaba andarse con rodeos.

No pude evitar mover mi cuerpo contra el calor de su piel. Me aferré a su cintura, le lamí el cuello y se lo mordí con suavidad. Sus dedos se deslizaron entre los labios de mi parte más íntima, mientras su pulgar continuaba obrando magia. Jadeé contra su boca mientras él me succionaba el labio inferior con anhelo.

Acaricié su miembro por encima de la tela de su ropa interior. Se mostraba más que dispuesto a entrar en escena e iba en proporción al resto de su cuerpo.

Cuando notó que estaba a punto de precipitarme al éxtasis, se apoderó de nuevo de mis pechos y su boca empezó a descender entre ellos. Cogí sus manos entre las mías y las apreté contra mis pechos: quería tenerlo pegado a mí, quería que continuara con la terapia que tan bien nos sentaba a los dos.

De pronto mi corazón se congeló.

Faltaba algo.

Volví a acariciar sus manos para poder confirmar el hecho de que ya no llevaba la alianza.

Abrí los ojos flipada y le pedí entre jadeos que parara. Ni yo misma podía creer lo que acababa de hacer.

Esquivé sus caricias; no quería que me tocara de nuevo. Incluso la cama me parecía demasiado pequeña para los dos. La conexión entre nosotros se tornó frágil e insignificante, y mis sentimientos se tambalearon a causa del terremoto inesperado. Más de lo que me habría gustado descubrir.

Daniel se apoyó en los codos y me interrogó con la mirada.

—¿Por qué te has quitado la alianza? —pregunté sin haberlo pensado.

—Había llegado el momento.

Me había prometido que la relación con Daniel sería algo sin presiones. Y una mierda. Él iba súper en serio, pero yo todavía no estaba segura de por dónde me daba el aire. Tal vez nunca lo había sabido, excepto...

—No puedo hacer esto, Daniel. No... no es el momento adecuado.

Me excusé en la situación de mi padre, pero en el fondo había más. Solo deseaba que me dejara espacio, dormir y olvidar.

Él me miró contrariado. La frustración, el dolor y la decepción pasaron por su cara todas de una vez.

Se masajeó las sienes.

—Puedo conseguir que lo olvides, puedo ser lo que necesitas. —Su voz sonaba fría y distante, y sus promesas eran más un ruego que otra cosa.

No me atreví a preguntar lo evidente: si se refería a la situación que estaba viviendo con mi padre o a Gary. Porque lo segundo no iba a suceder.

—Mereces más que esto, lo mereces todo. No tienes por qué conformarte —dije compungida.

—Tú eres lo que busco, lo que quiero...

Tres horas después nuestros cuerpos apenas se rozaban bajo las frías sábanas de mi cama. Él dormía tranquilo, pero yo no era capaz de respirar por la culpa que me presionaba el pecho.

Cuando no lo pude soportar más, me escapé de mi habitación en silencio.

22

ME NECESITABAS

Entrelacé mis dedos con los de mi madre y apreté con cariño. Estábamos esperando en la puerta de la UCI a que los médicos nos dijeran si la mejoría era tan esperanzadora como el día anterior. Mi hermano seguía dormido en casa. La noche anterior había sido un caos para todos y yo me sentía fatal por haberle hecho salir de casa a las tantas. Una cosa más que añadir a la lista de cagadas de Rebeka, que empezaba a pillar un tamaño descomunal.

Fue Daniel, la otra víctima de mis despropósitos, quien nos llevó al hospital, además de que se enfrentó a las miradas suspicaces de mi madre desde el mismo instante que bajó a desayunar. Después se marchó a hablar con la policía para intentar arreglar el resto de mis entuertos.

Ana estaba frente a mí, sentada en el suelo leyéndome la mente. Era consciente del proceso de autoflagelación por lo sucedido la noche anterior en el que me encontraba sumida, y no dejaba de lanzarme miradas de reproche mientras movía su dedo corazón escayolado, cosa que retroalimentaba mi malestar.

El médico salió de la UCI con cara de haberse corrido una buena juerga atendiendo las urgencias, y las tres nos levantamos como accionadas por un resorte. El doctor dio un paso atrás asustado. Apreté la mano de mi ama.

—Supongo que son los familiares del señor Arriaga.

Las tres sacudimos la cabeza arriba y abajo.

—Todo va mejor. La inflamación ha disminuido. Esperamos que en pocas horas despierte. Todavía no se encuentra fuera de peligro, pero la situación es buena y somos optimistas al respecto.

No fui capaz de escuchar nada más.

Solo pensaba en saltar a los brazos del buen doctor y abrazarlo como si

fuera de la familia, y en comerme a mi padre a besos. Solté la mano de mi madre, que continuó hablando con el médico, y Ana me estrechó entre sus brazos con una sonrisa de oreja a oreja. Dimos saltitos de alegría por el pasillo como dos niñas.

Apoyé la barbilla en su hombro y cerré los ojos relajada mientras ella me acunaba. Por fin una buena noticia, un motivo para sonreír.

Pero, claro, la felicidad y la tranquilidad solo eran dos excepciones entre todas las putadas que me hacía la vida.

Lo sentí incluso antes de verlo.

Abrí los ojos de golpe.

Me separé de Ana lanzándole una mirada envenenada mientras el estómago se me daba la vuelta.

—Feliz cumpleaños —dijo la traidora de mi amiga con una sonrisa enorme que le iba a borrar de un guantazo el día menos pensado—. Espero que te guste mi regalo.

—¿No podrías haberme regalado la maldita catapulta de tamaño industrial?

Por mucho que lo natural en mí hubiera sido desmayarme o salir corriendo, tal como requería la situación de presión a la que me veía sometida y las palpitaciones que notaba en el pecho, no tenía tiempo: mi deber era fulminar a la desertora sin escrúpulos que era Ana.

La iba a matar. Punto.

Mientras calculaba la altura que había desde la ventana que estaba a nuestro lado, y si el impacto sería capaz de matar a la que fuera mi mejor amiga, me di la vuelta con los puños y la mandíbula apretados.

Y así, como quien no quiere la cosa, mi vida pegó otro giro de ciento ochenta grados.

Di un paso atrás para observarlo mejor.

Para mi desgracia, Gary estaba bastante más bueno de lo que recordaba. Prefería fijarme en eso y no en los sentimientos que se revolvían en mi interior. Por lo visto, Cupido había vuelto a hacer de las suyas fusilándome con sus malditas flechitas.

Durante los meses que habíamos pasado separados no había sido capaz de evocar lo espectacular que era el azul de sus ojos, ni su escandalosa altura, ni su cuerpo de infarto, ni sus sedosos rizos... Pero, sobre todo, no les había hecho justicia a su boca, a sus labios carnosos y a la imponente sonrisa que me dedicaba en ese momento.

Y que iba a acabar conmigo, antes de que yo pudiera acabar con Ana.

Me quedé atascada, farfullé algo parecido a un saludo y a continuación solté una retahíla de tacos en alemán que congeló hasta el mismísimo infierno. Aunque tal vez me los había inventado, porque no recordaba que existieran tantos.

Él continuó apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras me dedicaba una mirada abrasadora, que no tenía nada que ver con la última que me regaló en Nueva York. No había furia, reproche o enfado, solo pasión, deseo y necesidad.

No podía mirarme así.

Pese a todo, yo tampoco me quedé corta. Lo devoré con la mirada sin ningún disimulo, incapaz de controlarme. Ni siquiera la cara de circunstancias de mi madre era suficiente motivo como para que me cortara, y, mucho menos, la sonrisa soberbia de mi examiga, orgullosa culpable de la disparatada situación en la que me hallaba.

—¿Qué demonios haces aquí? —Mi voz sonó demasiado aguda y poco contundente.

No me contestó.

En lugar de eso, continuó mirándome absorto durante varios minutos más. Reparé en que llevaba una americana, poco habitual en él, pero elegante, y unos vaqueros negros. Sus rizos rebeldes volvían a estar en su sitio. Parecía más delgado, pero atractivo a rabiar.

Fui ligeramente consciente de que el doctor se había largado, y de que mi madre y Ana se nos habían pegado como dos lapas pedorras que nos observaban divertidas. Como si nos encontráramos en la escena final de una novela romántica y hubiera perdices correteando por el pasillo, ajenas al hecho de que la situación estaba condenada a írseme de las manos de un momento a otro. Me hallaba en una situación límite: a un tris de tirarlo al suelo de un placaje, abofetearlo mientras lo besaba y arrancarle la ropa con los dientes. Eso, echando mano de toda la cordura que me quedaba.

—¿Qué haces aquí? —repetí, intentando contener mis inoportunos instintos cavernícolas de apareamiento y recuperando el control sobre mi mirada, que se centró en su inofensiva oreja izquierda.

—Me han echado del último bar. ¿Tú qué crees?

Alcé una ceja ante su comentario y él me dedicó una media sonrisa alucinante.

—Me necesitabas —dijo con la voz más seductora que había escuchado en toda mi vida. Ni siquiera lo pretendía, pero su tono era sensual e incendiario.

Dios sabe que hice todo lo posible por fingir desinterés.

Pero todos mis esquemas yacían rotos y esparcidos por el suelo. No tenía ni puñetera idea de lo que quería de mí, ni era capaz de digerir tantas emociones.

—Te aplaudiría, pero estás demasiado acostumbrado a las ovaciones del público como para notar la ironía.

Ni corto ni perezoso, Gary se acercó a mi ama y le estrechó la mano.

—Hola, soy Gary Connolly. —Se presentó en un español rudimentario, aunque ella respondió sonriendo como una boba.

—Sara —afirmó embelesada.

Se acababa de meter a mi madre en el bolsillo. Era un conquistador sin fronteras.

A Ana, en cambio, la abrazó con cariño, y mi amiga le guiñó un ojo. Podía sentirse más que contenta de que el rockero estuviera de su parte y fuera tan grandote, pero ya nos quedaríamos a solas. Mi venganza sería terrible.

—Así que este es el rockero —me reprochó mi madre con un tono cargado de acritud que solo una unidad maternal bien entrenada es capaz de utilizar.

Si hubiera sabido lo que estaba pasando por mi mente —esa imperiosa necesidad de hacerle de todo a Gary que me impedía tener un comportamiento racional—, me habría dado dos tortas mientras me desheredaba.

—Sí, soy el rockero, pero también soy Gary, un tío que la caga cada dos por tres, aunque ha hecho lo imposible por coger un avión para acompañarla en estos momentos tan difíciles.

Por lo visto, la charla se la trajo estudiada solo en un idioma, porque mi fiel y devota amiga de los cojones hizo las veces de traductora. Omitiendo las palabras malsonantes, por supuesto, y dándole un toque de romanticismo aquí y allá. A mi ama le cambió el semblante de golpe; pasó a ser toda sonrisas, tanto, que temí que las fundas de su dentadura salieran volando y mataran a alguien. Mientras tanto, la cabrona de Ana celebraba la victoria bailoteando como si Gary hubiera metido un gol en el minuto noventa, regalándole el mundial a la selección de Irlanda del Norte. Esos gestos tan insignificantes y discretos por parte de las dos me dejaron bien clarito que habían elegido bando.

Y no era el mío. Estupendo.

—Nosotras nos vamos a comer; volveremos para la visita.

Ana cogió a mi madre del brazo y ambas se precipitaron pasillo arriba. Nos lanzaron un par de miradas furtivas antes de desaparecer.

Volví a centrarme en Gary mirándolo a los ojos cabreada.

«¡Qué ojazos, Dios mío!».

Volvía a estar apoyado contra la pared lanzándome miraditas indecentes con una maldita sonrisa juguetona. Aunque tal vez fuera mi imaginación puteándome y mostrándome lo que mi subconsciente deseaba ver. Porque no podíamos simplificar tanto nuestra relación pasada.

Debería haber aprovechado que por fin nos hallábamos a solas para decirle cuatro cosas a grito pelado, porque era importante, algo vital para mi cordura e indispensable para sentar las bases de la conversación. Pero, joder, se le veía tan sexy que los pensamientos se me enredaban, convirtiendo mi misión en algo absurdo e inviable. Sentí la necesidad de liberarme y distanciarme, algo como salir corriendo por la zona de urgencias como una loca al grito de «fuego». Pero el cuerpo, ese traidor al nivel de mi amiga, me volvió a rogar que saltara a sus brazos y que le hiciera un par de cosas bastante obscenas. Razón por la cual no me quedaba otra opción que seguir varada.

¿Qué demonios me pasaba? El jodido Gary no llevaba ni dos minutos conmigo y ya me había engatusado. Ni siquiera era capaz de recordar el nombre de ese señor rubio con el que se suponía que estaba saliendo.

—Al menos pareces más feliz que la última vez que te vi —dijo con voz ronca; acto seguido sonrió y sus diabólicos hoyuelos aparecieron en escena.

Hice lo imposible para no fijarme en ellos e intenté rebuscar sarcasmo en mi interior. Algo debía de quedar, joder. Pero no, claro que no, se me escapó una maldita sonrisita radiante de gilipollas.

Carraspeé y cuadré los hombros, mientras me repetía mentalmente que no debía sucumbir a mis flaquezas, porque tenía a Daniel: así se llamaba el alemán del que estaba enamorada, y era un hombre perfecto para mí, estable y cariñoso. Sacudí las manos tratando de ahuyentar las malas vibraciones.

—No me pillas en mi mejor momento, pero me alegro de que hayas notado el detalle. Veo que tu chispeante humor norirlandés sigue en plena forma.

—Hay otras cosas que también siguen en plena forma.

Miré a mi alrededor desorientada: nunca estaría preparada para asumir sus palabras.

Para él el juego acababa de empezar; las cosas no habían cambiado: seguía dispuesto a cazarme entre sus redes. La cuestión era si iba a dejarle que lo consiguiera o no.

Me concedí unos segundos para resituarme, recordar que continuábamos en el hospital, que seguía cabreada con él, y busqué en mi interior a la arpía despechada que había sido durante las semanas anteriores. La necesitaba más que nunca, pero parecía no estar disponible.

—Tal vez no fui lo suficientemente clara con mi último mensaje.

Se echó a reír. Cerré un ojo para no verle los hoyuelos otra vez.

—Te equivocas, fuiste bastante explícita. —Se separó de la pared dando un paso en mi dirección—. Borrascas en el Cantábrico a las ocho menos cuarto. Muy gráfico. Tu soltura verbal es envidiable.

Mierda. No había conseguido el efecto deseado. A tomar por saco mi pequeña victoria.

—Me pediste tiempo y yo te lo di —afirmé con tono mordaz tratando de salvar la situación.

—Debo admitir que hasta me reí, y eso que no era uno de los mejores días de mi vida.

Chasqué la lengua, como si aquel hubiera sido mi día favorito.

—Pues a ver si te hace la misma gracia la previsión para hoy, porque es evidente que la tormenta perfecta está a punto de reventar —ladré con rabia.

Le supuso un esfuerzo sobrehumano, pero consiguió contener la sonrisa que amenazaba con escapársele y sacarme del todo de quicio.

—Sé que ahora mismo te resulta imposible ver el sol a través de los nubarrones, pero ¿sabes qué? Está ahí. Eso es lo bueno de las tormentas; cuando las nubes hayan descargado toda su ira y se hayan llevado consigo toda la mierda que cargaba el ambiente, la sensación será diferente, nos sentiremos liberados y renovados. El sol volverá a brillar sobre un futuro esperanzador.

Me entró la risa floja. Si no conseguía controlarme, no podría parar de reír hasta acabar ahogándome.

—¿Qué quieres, Gary? —pregunté, casi en un suspiro, sin poder camuflar las ganas que tenía de echarme a reír y disfrutando del sonido de su nombre saliendo de entre mis labios.

—Es fácil, ya sabes la respuesta. Quiero lo mismo que el primer día. Quiero más. Lo quiero todo —afirmó con esperanza y una sonrisilla arrogante.

Lo miré estupefacta y me tambaleé un poco.

¿Cómo era posible que yo me hubiera convertido en una maraña de nervios y él estuviera tan tranquilo sonriendo?

A primera vista, Gary era un tío atractivo como otro cualquiera, incluso menos espectacular que Daniel, pero todo cambiaba cuando abría su maravillosa boca rodeada de esos labios tan apetitosos que nunca me cansaría de mirar. Se convertía en un tío veinte mil veces más expresivo y seductor que la media. La factura me iba a salir cara de narices.

—Lo que nos lleva al motivo de mi visita —continuó—: facilitarte las cosas. Aquí me tienes. Haz conmigo lo que quieras.

Parpadeé con lentitud. El pasillo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Si no conseguía calmarme, iba a acabar dándole un buen morreo al suelo, y no iba a ser divertido.

—Siento decir que ahora mismo tengo otras preocupaciones.

—Sé que lo de tu padre ha sido grave. Me avisó Ana y he venido en cuanto he podido. Voy a ayudarte con todo lo que esté en mi mano. Hay muchas cosas sobre las que debemos hablar, pero me tienes aquí a tu entera disposición, y voy a centrarme en ser todo lo que necesitas, todo lo que no he sido durante estos meses. También sé que hoy es un día especial, y, si me lo permites, me gustaría empezar por felicitarte. —Su voz estaba empapada de cariño y consuelo, dos drogas sedantes para mi corazón destrozado.

La idea de que se acercara me provocó miedo, ansiedad y un deseo salvaje que brotaba desde lo más hondo de mi ser.

—Has venido hasta aquí, quién soy yo para impedirte nada. Por lo visto, te dejas guiar por Ana y acabas haciendo lo que te sale de las pelotas sin medir las consecuencias —protesté.

Se acercó con lentitud. Traté de apartarme, pero fue su mirada de cordero degollado la que me dejó fuera de juego y a su merced. Me importó una mierda ser tan débil.

Sus manos se posaron con delicadeza en mis caderas; mi cuerpo se llenó de una pasión y una felicidad que no quería sentir por él. Olvidé todos y cada uno de los motivos por los que no debería dejarlo abrazarme, y el miedo que me provocaba su cercanía se esfumó.

Mis sentidos se pusieron alerta al percibir su olor dulce y masculino; una fuerza centrífuga se apoderó de mi corazón, y empecé a sudar a mares. Ese habría sido el instante perfecto para haberle metido un rodillazo en la

entrepierna, porque estaba absorto disfrutando del momento, pero ni pude reaccionar ni tenía suficiente autocontrol como para no tocarlo.

Mis manos fueron a parar a su espalda, acabando con los pocos centímetros que quedaban entre nuestros cuerpos.

Odié tener que admitirlo, pero, maldita sea, fui yo la que se tiró a sus brazos.

Ese era el precio por nacer sin dos dedos de frente.

—Felicidades, Rebeka —me ronroneó al oído. La poca resolución que me quedaba se desintegró, convirtiéndome en una maldita víctima de sus encantos y una zorra despiadada que había vuelto a olvidar el nombre de su vecino.

Hundí la cara en su cuello y respiré hondo. Necesitaba tenerlo lo más cerca posible, sentir que todavía era mío y que yo seguía siendo suya. Él puso su mano en mi nuca y me acarició el pelo. Nos movíamos con una sincronización demasiado perfecta, como si unos hilos invisibles tiraran de nosotros, como si no hubiera pasado ni un puñetero día desde la última vez.

Bauticé aquella escena como cinco minutos en el paraíso infernal.

Se me saltaron las lágrimas, en un ojo por la pena que me daba ser tan previsible y masoquista y en el otro, por lo gracioso que me resultaba lo surrealista y aterradora que era la situación.

Porque no podía estar sucediendo. No.

Sus manos se deslizaron por mi espalda hacia mis hombros, y noté que suspiraba aliviado, como si sus sueños se hubieran cumplido. Lo miré a los ojos tratando de descifrar cómo se sentía, queriendo estar equivocada, pero solo descubrí que irradiaba felicidad.

Había muchas cosas mal en esa escena. Así de retorcida era yo, que solo era capaz de encontrar el consuelo efectivo en los brazos de Gary, el mismo que me había causado tanto dolor. Me odié por ello, porque el alivio y el bienestar correctos debían ser los que me proporcionaba Daniel. Noté que la rabia invadía mi cuerpo, provocando que el sentimiento dominante volviera a ser el cabreo, consiguiendo a duras penas aplacar la atracción.

Me puse tensa, me envaré y me sequé una lágrima traicionera. No iba a poder conmigo.

Él lo notó y apretó mi cuerpo entre sus brazos.

No iba a dejarme escapar tan fácil.

SOMOS MÁS QUE ESTO

—Permíteme hacer esto, Rebeka. No te alejes, concédeme la oportunidad de ser lo que necesitas. Ambos sabemos que lo que hay entre nosotros es irremediable —afirmó como si fuera una novedad—, aunque hay muchas cosas sobre las que tenemos que hablar y muchas explicaciones pendientes... Déjate llevar.

Me separé un poco para mirarlo enfurruñada. Estaba preparada para empezar a despotricar: me sentía blindada contra su embrujo.

—No podemos abrazarnos y olvidar todo lo que ha pasado, no funciona así.

—La clave es rendirse, dejar de joder lo que tenemos y admitir que es inevitable. Te necesito para no perderme de nuevo. Para no olvidar quién soy. Y tú me necesitas para superar toda esta movida.

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—San Gary de Belfast, impartiendo cátedra y convirtiendo infieles. Claro que sí. Todo correcto —dije tragándome el nudo que me cerraba la garganta—. ¿Un poco de interés por tu parte y crees que todo queda olvidado? No, lo siento, pero no. Mierda, Gary, no puedes hacerme esto. Me dejaste, te dejé... No lo sé, da igual, pero la cuestión es que terminamos... ¡en julio! Y estamos en noviembre... No quiero que estés aquí. No quiero que me abrases. Y ¡deja de sonreír, por el amor de Dios! ¡Odio ver tus malditos hoyuelos! —Respiré hondo intentando no perder las riendas del todo—. No sé ni por dónde empezar a mandarte a paseo, porque es lo que te mereces. Porque ¿sabes qué? Si hay algo que he aprendido contigo, es que si las cosas que no salen a la primera, no merece la pena insistir.

Ser civilizada, contener las ganas de besarlo y llorar al mismo tiempo me estaba haciendo sudar.

—Esta es la tercera o la cuarta vez que lo intentamos —me corrigió con una sonrisa—. Nuestro *momentus interruptus*, tu estampida de Londres, la de Nueva York...

—¡Venga ya! La primera vez no cuenta. ¡No teníamos nada!

Se acercó a mí peligrosamente y apoyó su mano en mi cadera. Me estremecí con su contacto. Odié con todas mis fuerzas que me hiciera sentir tantas cosas, detesté cada maldita terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Eso no te lo crees ni tú —afirmó a pocos milímetros de mi boca—. Pero ¿qué más da? La cuestión no es esa. La pregunta es: ¿has tenido suficiente de lo nuestro o quieres más?

Hay que joderse.

Claro que quería más, ¡pero la propuesta llegaba demasiado tarde!

—Me humillaste, y siento decirte que eso es algo que no se olvida, es el tipo de cosa que la gente no perdona en toda la puñetera vida. Es de locos, ¿verdad?

Esquivó mi sarcasmo acercándose un poco más.

—No me enorgullezco de mi comportamiento en Nueva York. Pero estoy aquí. Siempre he sido un tío sensato y consecuente contigo.

Solté una carcajada cruel. Puse las manos en su pecho para alejarlo.

Deseaba estallar y devolverle todo el daño que me había hecho.

—Esto está roto —afirmé desgarrada.

Él se echó a reír con socarronería, incapaz de ver el dolor que su mera presencia me estaba ocasionando.

—Esto no está roto, solo frío y abandonado. Llámalo como quieras. Está en nuestras manos que vuelva a funcionar, volver a construir algo mejor que lo que teníamos. Prefiero fallar contigo que acertar con otra, discutir contigo que acostarme con otra... —dijo con tanta esperanza en la voz que me entraron ganas de pegarle.

De hecho, le pegué. Le arreé un manotazo en el pecho por haberme roto todos los esquemas y me quedé más ancha que larga.

—Me parece increíble que vengas diciéndome todo esto, ¡a estas alturas de la película! Porque, dime, mientras yo sufría escondida en Alemania, ¿tú qué demonios estabas haciendo? Desde el día que me echaste de Nueva York han pasado muchas semanas, y no has dado señales de vida, excepto los mensajes que ni siquiera entendí.

Volvió a acercarse.

—Haberte herido a conciencia es algo con lo que tendré que vivir para siempre, pero por mucho que lo sienta, no me quedó otra opción. Necesitaba apartarte de todo, aun sabiendo que el dolor que iba a provocarte podría ser irreversible. En mi defensa debo decir que estaba borracho, como prácticamente la totalidad de los cinco años antes de conocerte, y tal vez no lo gestioné de la manera adecuada, quién sabe. Pero te prometí que esto saldría bien, que lo conseguiríamos, y lo voy a cumplir.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Qué has estado haciendo? —Golpeé el suelo con el pie impaciente.

—He estado dejándome las pelotas tratando de arreglar Everlasting Wound. Solo quería ser lo mejor para ti.

—Ya lo eras. Pero solo conseguiste que te odiara y que deseara estar lo más lejos posible de ti. Además, pegarte con Josh y ofrecer el espectáculo que has dado durante la gira es una manera bastante peculiar para arreglar tu grupo, ¿no crees?

Bufó, se alejó de mí y me miró herido.

—Claro, culpemos a Gary por todo, porque siempre pierde los papeles y hace las cosas mal. Pobre e inocente Josh, al que le han partido la cara, cuando en realidad debería haberlo molido a palos.

La agresividad de sus palabras me pilló desprevenida.

—Esta vez estás equivocada, Rebeka: tenía muchos motivos para portarme como lo hice. Si quieres que te sea sincero, estoy más que harto de que me juzguen. Vale que he hecho algunas cosas mal, pero merezco el beneficio de la duda, aunque sea por una puta vez.

—Me importa una mierda quién tenía la razón; la cuestión es que le pegaste, lo tiraste al suelo y seguiste machacándolo hasta que se metió Chris a separaros, ¿no? Ese no es el tío del que me enamoré, pero sí que es el mismo que me echó de Nueva York. El maldito borracho que me destrozó el corazón.

Me miró con una mezcla de rabia y arrepentimiento.

—Por el amor de Dios, ¿qué coño te tengo que decir para que hablemos y me des una oportunidad?

Me quedé pasmada. No hablaba en serio; las cosas no eran tan fáciles, ni por mucho que me volviera loca su presencia. No iba a darle otra oportunidad.

—No hay nada que puedas hacer. ¿Pensabas que la felicidad estaría a la

vuelta de la esquina esperándote? Pues lo siento, pero no. Me ha costado la mucho, pero he reconstruido mi vida. No deberías haber vuelto a mi lado como un maldito paracaidista, sin saber muy bien dónde y cuándo ibas a aterrizar.

Se llevó las manos a la cabeza y me miró desesperado.

—Sabes cómo retorcer las cosas hasta que acabo suplicándote, y si es lo que necesitas, estoy dispuesto hasta a rogarte.

Verlo desolado estaba empezando a hacer mella en mí, así que respiré hondo y traté de reconducir mis sentimientos.

—No quiero que te arrastres. Solo quiero que entiendas que hay un montón de motivos por los que debería volver contigo, pero también hay una razón por la que no, y, lo siento, pero ahora mismo pesa más.

Me miró extrañado, pero optó por acercarse y rodearme con sus brazos. Obedecí, por supuesto. Me callé y le dejé hacer. Durante unos minutos me permití fantasear con una reconciliación perfecta.

—Dame una noche y antes del amanecer lo habrás visto claro. Sabes que, si nos damos una oportunidad para ser nosotros, todo volverá a su cauce, porque somos más que esto —me susurró al oído.

Encuadró mi cara con sus manos y me miró fijamente con un gesto de sufrimiento. Su boca vaciló justo frente a la mía; el cosquilleo que me provocó su aliento caliente y dulce en los labios me dejó bien claro que me iba a besar y que yo no iba a ser capaz de detenerlo. Porque mi cuerpo se había llenado con un anhelo que no deseaba sentir. Lo había echado tanto de menos y estaba tan a mi alcance... Aunque el más mínimo roce íntimo nos iba a lanzar de cabeza a un terreno demasiado conocido pero devastado. Él inspiró, colocó su mano en mi barbilla y me atrajo hacia su boca. Yo sentí una oleada abrasadora de calor y gemí con la mirada clavada en sus suaves labios.

Aquello iba a ser un beso de ruptura, de reconciliación, de despedida y de celebración. Todo a la vez.

Y supe que iba a doler.

De pronto sus facciones se endurecieron; parpadeó un par de veces y noté cómo su humor pegaba un giro brusco. Retrocedió un paso con la mandíbula apretada. Apoyé las manos en sus pectorales para no perder el equilibrio, porque a esas alturas dudaba de que mis piernas fueran a cumplir con su cometido. Su mano izquierda continuó aferrándose a mi cara, pero su pulgar

derecho acarició la zona dolorida de mi labio que el pintalabios, por lo visto, no camuflaba.

—Voy a matar a ese hijo de puta —sentenció entre dientes muy cabreado.

Me estremecí al recordar lo del día anterior, pero hice lo imposible para que él no lo notara.

—Ha sido Alex, ¿verdad?

Asentí, forcé una sonrisa y cogí su pulgar entre mis dedos. ¿Por qué demonios me resultaba tan natural tocarlo? Yo lo odiaba, era el demonio, ¡el causante de todas mis desgracias! Las siete plagas. Los siete pecados capitales. Los siete enanitos. Mierda.

—Dame una razón para que no le reviente la cara a tu ex.

—¿Que sigue detenido?

Resopló y desvió la mirada hacia el pasillo.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo.

—Que se ha terminado.

—Detalles —reclamó enfurecido.

—Mi fiesta de cumpleaños, eso es lo que ha pasado. Salí con Ana a celebrarlo y se nos fue un poco de las manos. Bueno, se le fue a Alex, y yo me puse en medio. Pero ya está, no quiero revivirlo; se acabó.

Entendió que no estaba dispuesta a hablar del tema en profundidad y volvió a estrecharme entre sus brazos. La conexión entre nosotros todavía era tan fuerte que éramos capaces de hablar con la mirada. Había cosas que, para mi desgracia, nunca cambiarían.

Una enfermera se acercó para pedirnos muy amablemente que nos largáramos.

Gary cogió mi mano y me arrastró pasillo arriba, sin rumbo, buscando cualquier salida al exterior. Podría haberle dicho que íbamos de camino a las cocinas, pero eso habría supuesto pasar menos tiempo tocándolo.

¿Por qué demonios deseaba tanto su contacto?

Nada más salir por la puerta principal, nos dimos de morros con mi hermano, que se quedó mirando nuestras manos enlazadas fijamente.

Gary, completamente ajeno a que el hombre que nos cortaba el paso era mi hermano, tiró de mí para rodearlo, pero Robert nos lo impidió. La cara de perplejidad de Gary era un poema precioso y la sonrisa de mi hermano, una amenaza letal. Pero yo los habría ganado por goleada a cualquiera de los dos, cuando vi que había alguien más al pie de la escalera cuyo nombre, de

pronto, recordaba con una claridad profética.

Parecía ser que todos los caminos iban a Bilbao, no a Roma.

Miré con cariño a mi hermano mientras estiraba el cuello. Nos parecíamos tanto que hasta yo era capaz de verme reflejada en él, pero no lo suficiente como para que Gary se percatara del pastel que teníamos delante, porque continuaba mirándolo irritado.

Tuve que intervenir.

—Este es mi hermano Robert —afirmé.

—Gary Connolly, un placer conocerte —dijo estrechándole la mano—. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó con ironía el capullo que tenía por hermano. Acto seguido, se convirtió en una fan todo sonrisas—. Una misión complicada, ya lo ves.

Robert me miró con el ceño fruncido, yo miré al norirlandés, que me devolvió su famosa sonrisa inocente aderezada con un par hoyuelos mientras apretaba mi mano con cariño, como si no nos hubiéramos estado tirando los trastos a la cabeza pocos minutos antes.

Bajamos las escaleras, yo con la intención de salir corriendo hacia algún sitio privado y mi hermano, con la idea de que Gary debía conocer a alguien más.

La fatalidad era inminente.

Daniel colgó y se metió el móvil en el bolsillo. Ojalá hubiera llevado puesto el traje de bombero y así pudiera apagar el incendio que se había desatado en mi interior.

Solté la mano de Gary para ponerme a rebuscar en el bolso. Necesitaba mantenerme ocupada y no entrar en pánico. Recé en silencio por que el sistema de escolarización alemán incluyera el ruso y no el inglés. Pero ni yo era tan ingenua como para creerlo.

—Hola, Rebeka —dijo Daniel en un perfecto alemán que de pronto me sonaba rudo y desagradable. Con razón decían que el idioma germano era el lenguaje de la furia.

Me dio un beso fugaz en los labios haciéndome sentir como si hubiera levantado la pata y me hubiera marcado. La cara de Gary pasó por el verde, el rojo y finalmente el azul.

Respiré agobiada mientras observaba a los tres hombres que ponían mi vida del revés, y pensé en lo diferentes que eran entre sí: Gary, alto, sexy a rabiar y desgarbado. Daniel, más alto y con un porte impresionante y elegante. Y mi

hermano, a mitad de camino de los dos y con pinta de estar pasándosele pipa, como si fuera lo más divertido que le había pasado en toda su puñetera vida, ajeno a la pelea silenciosa de miraditas que estaban llevando a cabo los otros dos. La nube de testosterona que flotaba a nuestro alrededor se estaba tornando tóxica.

—¿Tú eres...? —le preguntó Gary con la mano tendida y una sonrisita vacilona, a la par que le pegaba semejante repaso que me hizo sentir hasta celos.

Daniel se la estrechó con decisión, pero con su famoso ceño fruncido a más no poder. A eso no le ganaba nadie.

—Daniel... ¿el vecino? ¿Un amigo? —Me preguntó mosqueado—. Depende de quién seas tú.

Puse los ojos en blanco.

¿Qué demonios pretendía que le hubiera dicho? A esas alturas ni yo misma sabía cómo etiquetar lo que había entre nosotros, además de que no había tenido tiempo de llegar a esa parte de la conversación. No es fácil decirle a tu ex que lo has sustituido por un dios germano tan perfecto mientras él te está rogando otra oportunidad.

—Yo soy Gary, el... exnovio.

Miré hacia otro lado intentando tragarme el dolor que me provocaron las palabras de Gary, entre otras cosas, porque no quería que Daniel supiera lo enamorada que todavía estaba. Cosa que me convertía en una persona débil y patética, porque empujaba al olvido lo mal que me había tratado.

—Sé quién eres —sentenció Daniel con sequedad—. No solo por tu carrera en la música. Lo que no sé es cómo has acabado aquí. No he visto carteles que anunciaran tu llegada.

Como era de esperar, Daniel hablaba un inglés perfecto, claro, cortante e hiriente, al menos para mí. Apenas fui capaz de percibir su basto acento alemán entre sus reproches. No conocía al ministro de educación germano, así que me tuve que conformar con maldecir a la canciller.

Gary resopló airado, de manera que antes de que las cosas se salieran de madre y provocaran un conflicto internacional, aparté a Daniel del grupo. Le rogué a mi hermano con la mirada que se encargara del rockero un rato. Cosa que le pareció estupenda, y es que seguía mirándolo como si fuera Santa Claus.

La cercanía de Daniel siempre me relajaba, pero, teniendo a Gary al lado,

me producía muchísima ansiedad. Algo como un hormigueo constante que me pedía que me alejara.

—Pensaba llevarte a cenar a algún sitio —me dijo Daniel—, pero creo que necesitas quedarte un rato a solas con él. ¿Me voy a tomar algo con tu hermano y te espero?

—Creo que es mejor que volváis a casa de mi madre. Ahora mismo tengo hasta el estómago revuelto, pero debo hablar con él y darle explicaciones. Luego me largaré a llorar a alguna esquina —afirmé con sarcasmo.

Él miró a Gary de reojo y lo estudió al detalle.

—¿Qué hace aquí?

—Es el maravilloso regalo de cumpleaños de Ana. Espero poder devolverlo.

Sonreí, pero él me miró con preocupación y tomó mi mano entre las suyas.

—¿Estás bien?

Tal vez esperaba que mi reacción hubiera sido tirarme al suelo en estado catatónico. Yo también lo habría creído, pero después de lo vivido con Alex, cualquier enfrentamiento me parecía una fiesta.

—Es obvio que no, pero puedo con esto.

—No me gusta la idea de dejarte sola. ¿Quieres que me quede?

—Dame un poco de espacio, por favor. Permíteme lidiar con esto como una adulta.

Me miró con dolor y soltó mi mano. Yo observé que mi hermano hablaba solo porque el norirlandés no dejaba de mirarnos sin perder detalle.

—No debería haber venido... —dijo Daniel arrepentido—. Debería haber sido más listo y comprender que él aparecería a por ti en cualquier momento.

Me aferré a las solapas de su chaqueta.

—Es él quien no debería haber venido, no después de tanto tiempo... Tú estás en el lugar correcto —dije con cariño.

—La cuestión es quién de los dos se va a largar primero. —Me sonrió con amargura, se acercó a mi hermano y ambos se marcharon.

Yo los miré mientras se alejaban con el corazón a punto de salirse por la boca.

¿QUIÉN DEMONIOS ES EL VIKINGO?

Caminé con Gary hasta el parking y nos detuvimos entre los coches. La tensión entre nosotros había cambiado, pasando de atraernos a repelernos en cuestión de minutos. Lo bauticé como el «efecto Daniel».

—No sé cómo enfrentarme a esta situación —dijo Gary con calma.

No se atrevió a mirarme: estaba más herido de lo que parecía. Al menos eso nos aseguraba un punto de partida igualitario, porque yo me sentía como si un Panzer hubiera atropellado mis sentimientos.

—Yo tampoco sé cómo hacerlo —afirmé con un hilo de voz.

—Cuando me he montado en el avión esta mañana tenía otros planes. Pensaba que iba a tener la oportunidad de estar a tu lado. Me daba pánico volver a verte: ni siquiera podía pronunciar tu nombre sin sentirme angustiado. Pero ahora, en cambio, no puedo mirarte, porque cada vez que lo hago te veo entre sus brazos.

El dolor impreso en sus palabras hacía que sujetar las lágrimas empezara a ser una tarea imposible. Los recuerdos a todo color que compartíamos cruzaban las fronteras del pasado con demasiada facilidad.

—Y sé que tal y como se han puesto las cosas durante los últimos minutos, esto nos va a doler más de lo que pensaba, sobre todo a mí. No hay una manera fácil de que tengamos esta conversación, así que empecemos por lo básico: ¿quién es el vikingo? No seas blanda, dime la verdad. He visto demasiado como para tragarme cualquier cosa —rogó con frialdad, y se apoyó en un coche.

Seguía sin mirarme, pequeño detalle me mortificaba más que sus palabras derrotistas.

—Es Daniel —contesté bajito.

Se rascó la barbilla, frunció el ceño y se miró la palma de la mano fingiendo indiferencia.

—Por el acento he deducido que es alemán. ¿Me equivoco?

—Lo es. He estado viviendo en Alemania con mi hermano desde el día que me echaste de Nueva York.

Me acribilló con una mirada amenazadora que me dejó bien claro que mis reproches le sobraban.

—Estoy al corriente de casi todo, aunque yo no definiría a ese tío como «un contratiempo sin importancia», como hizo Ana —dijo con retintín—. Yo me he mudado a Belfast.

Lo miré atónita, recordando con una punzada de dolor cada rincón de su casa de Londres, el maravilloso tiempo que compartimos allí y lo lejos que quedaba la época en la que teníamos una oportunidad.

—¿Por qué te has mudado a Irlanda del Norte? —pregunté sin poder disimular la congoja.

—Te lo dije, necesitaba tiempo. Además, en realidad no me he mudado: he vuelto a casa —sentenció—. Nos estamos desviando del tema.

De buenas a primeras tenía delante a un Gary con los brazos cruzados y cabreado.

—No soy muy bueno con el lenguaje corporal ajeno, así que vas a tener que aclararme una cosa: ¿el vikingo es el sustituto de Alex o soy yo el que hace el papel de Alex ahora? Estoy un poco descolocado, muy confuso, por no decir otra cosa, así que explícamelo, sácame del error. —Su voz destilaba odio.

Me escudriñó esperando que dijera algo, pero yo no podía hablar: tenía un nudo hecho de emociones que me saturaba la garganta, y todo el dolor que me había acompañado durante los últimos meses se me había enroscado alrededor del estómago.

—He estado saliendo con él.

—Si no me lo llegas a decir, no lo habría deducido yo solito.

—Es un amigo de mi hermano. Es poli —dije como si eso justificara algo.

—Joder. Esto se pone más interesante por momentos. ¿Un poli? ¿En serio?

Golpeó una piedra que salió volando hacia el otro lado del parking y miró al infinito pensativo.

—Eres lo único que me ha mantenido cuerdo durante estos meses. Me has salvado de los miedos que amenazaban con ahogarme otra vez en una botella de whisky. —Me miró fijamente—. Eras la última chica del último pub, y si

hay algo que jamás hubiera imaginado es que buscarías a otro. Mierda, Rebeke, ¿tan malo soy para ti? Porque no creo que sea peor que el anterior a mí... Pero sustituirme por un poli es un golpe muy bajo.

—Siento que tu mundo se esté viniendo abajo, tal como se vino el mío, pero fuiste tú el que empezó todo esto. Yo solo me he limitado a seguir con mi vida y alejarme de ti tanto como me pediste, tanto como he podido. Necesitaba olvidar lo que siento por ti.

—Claro que sí: no hay nada que demuestre mejor el amor que buscarte a otro. Tus argumentos son una puta mierda. ¿Cuánto tiempo llevas con él?

—No lo sé, algunas semanas. No ha sido algo que ha sucedido de la noche a la mañana; ha sido lento y constructivo.

Quise decirle que no tenía nada que ver con la relación que mantuve con él, demasiado intensa para durar, pero me callé. Aunque trató de disimularlo, estaba traspuesto por mis palabras e impactado por su significado.

—Ajá, por eso ha abandonado su país para venir aquí, porque le importas una mierda y lleva saliendo contigo tres días. No me vaciles. ¿Cuándo pensabas contármelo? ¿Antes o después de que te besara en el hospital?

Me fulminó con la mirada.

—Te dejé. Y te recuerdo que has sido tú el que ha aparecido como un puñetero huracán en mi vida cuando te ha salido de las pelotas. No creo que tengas que echarme en cara todo esto.

El rencor bullía en mi interior dejando fuera de juego a la paciencia.

—Me abandonaste y me lo merecía, ahí estamos de acuerdo. También es verdad que encontrar a alguien mejor que yo no es difícil, pero tú has batido el puto récord de rapidez. ¿Paró la música y te sentaste en la primera silla que tenías a mano? ¿Se abrió el mercado internacional de invierno y fichaste al primero que se te puso a tiro? ¿O pusiste un anuncio en Tinder buscando a alguien con todas las cualidades inversas a las mías? Porque no me lo explico: es todo lo que yo no soy, ¡es como el jodido Ken! —gritó alterado—. Pero más guapo, más alto, ¡más todo! Maldita sea, Rebeke, ¿hace pilates o alguna mierda similar? Solo nos parecemos en el blanco del ojo y en la forma de mear. ¡Tal vez ni en eso! ¡Es tan jodidamente perfecto que seguro que hasta mea sentado! ¡El Discovery Channel debería hacer un documental sobre su vida y milagros!

Intenté mantener la calma mientras pensaba en cómo me sentiría si él hubiera encontrado a otra y fuera tan perfecta como Daniel. La desesperación

me atravesó de pies a cabeza.

—No lo he buscado. Surgió sin más, ¿no puedes odiarme por ello!

—Pues maldita tu suerte: has conseguido olvidar lo que sentías por mí, como si hubiera sido un polvo de una noche, y has ido a dar con don Perfecto.

—No te equivoques. Pasé semanas destrozada, me dejaste hecha añicos. Lo más gracioso es que todo se precipitó el día que me mandaste los mensajes.

—¿Me estás diciendo que es culpa mía? ¿Te empujé hacia él? —dijo con tono amargo.

—Hiciste que llamara su atención y no volvió a separarse de mi lado. Estaba tan hecha polvo... Pero él irrumpió en mi vida en el momento ideal, y sí, está como un jodido tren, pero es mucho más que eso. Ahora mismo es una de las personas en las que más confío, y ¿sabes por qué? Porque es un tío normal.

—Espero que seas feliz con tu novio.

Me dio la espalda y comenzó a alejarse, pero no podía permitir que nuestra despedida fuera así.

—¡Gary, espera!

Traté de alcanzarlo, pero aceleró el paso.

—¡No es mi novio! —grité agobiada.

Paró en seco y se dio la vuelta.

—¿Y él lo sabe? —me acusó con rabia—. Porque sueles ser muy poco clara con esas cosas. De hecho, si llego a besarte, habrías repetido los mismos errores que cometiste conmigo sin pestañear. ¿Pretendías demostrar que eres fuerte? ¿Que lo nuestro no te importa? ¿Querías empezar otro juego con dos tíos a la vez? ¿Qué cojones pretendías?

Él echaba humo, pero a mí me hervía la sangre en las venas.

—¡Vete a la mierda! Casi nos besamos porque me he dejado llevar por la intensidad del momento y por todo lo que todavía siento por ti, ¿no soy una arpía insensible! Tú no eres el más indicado para acusarme de infidelidad, porque te recuerdo que tienes media docena de canciones que narran al detalle todas y cada una de las veces que lo has hecho. Además, ¿como que tú no habrás conocido a otra en todo este tiempo!

Noté que tenía la cara al rojo vivo de tanto gritar, así como que la gente que paseaba por la calle nos miraba estupefacta. Él se echó a reír, cosa que me indignó.

—¡Es fácil ser fiel cuando no te quieres follar a otra! —bramó.

—Por el amor de Dios, yo no buscaba follarme a cualquiera; ese no el motivo por el que empecé a salir con Daniel.

Estábamos tan llenos de rencor y odio que nada bueno podía salir de aquello.

Excepto un desagradable final.

—Pues tú dirás. Si no es por sexo y no es tan perfecto como parece, ¿qué es lo que te da? ¿Una vida normal? ¿Es eso lo que buscas? ¿El misionero y la valla blanca en el jardín?

De pronto vi la casa con la maldita valla blanca, tan nítida que parecía estar frente a mí. El clásico vestido de novia pomposo. Los niños rubios correteando por el jardín. El perro labrador. El sexo reglamentario con desgana. El beso mecánico de buenas noches. La rutina y el aburrimiento. El drama. El final. Y dos vidas destrozadas.

¿Era todo a lo que podía aspirar?

Meneé la cabeza aturdida: ese no era el futuro que me esperaba con Daniel.

Solo dependía de mí que no fuera así.

—Si algo es evidente es que lo que yo te di no fue suficiente. Nunca lo fue, joder.

Quise gritar que lo que él me dio era más de lo que podía desear, pero que el dolor que me produjo cuando me lo quitó seguía siendo insoportable. Todo mi ser se había reducido a una mujer loca por un hombre, incapaz de admitirlo e incapaz de exponerse de nuevo.

—Gary, tenemos que hablar las cosas con calma. Tú sigues estancado, como si todo hubiera sucedido ayer, y yo he avanzado. Para mí lo nuestro se acabó en el mismo instante en el que salí por la puerta del hotel. No nos encontramos en la misma página de nuestra historia.

—Claro que no, joder: ¡tú tienes otro libro entre las manos! —Se tiró del pelo, fuera de sí—. ¿En serio creíste que todo el problema se reducía al bailecito sexy que le hiciste a tu ex y al besito de buenas noches que te dio él?

—¡Es lo que me dijiste! ¿Qué coño querías que pensara? Pasaste varios días desaparecido, cuando volviste seguías borracho y no parecías sentirte culpable al respecto. Apenas me miraste a la cara, me trataste como a una zorra..., y, para colmo, Halley también estaba allí. Solo había una cosa que encajaba: no me querías.

—Joder, Rebeka... Cuando llegaste a Nueva York los problemas me

superaban. ¿De verdad creíste que Josh te hizo ir para ayudarme?

—¿Tenías problemas y en lugar de hablar conmigo decidiste destruirnos? Muy maduro. ¿Y qué tiene que ver Josh en todo esto?

A mí me rompió el corazón, pero él también salió mal parado de mi viaje relámpago a América. Me alegré por ello.

—No confiaba en ti, ni en los motivos por los que Josh te había hecho ir, y encima, me diste la excusa perfecta con el maldito vídeo.

—Entonces, ¿tus palabras no tuvieron nada que ver con Alex? ¿Por qué lo hiciste?

—Lo de tu ex me sentó como una patada en las pelotas, no te equivoques, pero jamás mandarí a la mierda nuestra relación solo por eso. Discutiríamos, pasaría unos cuantos días sin hablarte y acabaríamos enredándonos entre las sábanas para reconciliarnos, pero no te pediría que te largaras ni desaparecería durante meses. Sabes que soy capaz de cualquier cosa por estar contigo, pero lo has ignorado todo. Te ha dado igual todo lo que te demostré durante el tiempo que salimos juntos.

Suspiró asqueado y se apretó el puente de la nariz.

—Me pediste muy amablemente que me largara y es lo que hice.

—Se te llena la boca de excusas y no te queda sitio para la verdad. Te dije que lo mejor era que te fueras porque no me encontraba en condiciones de tener una conversación adulta contigo. Te dije un montón de mierdas más, pero escuchaste lo que te dio la gana. No te dio por pensar «pobre Gary, parece destrozado, voy a ayudarlo». No, claro que no. Estabas deseando librarte de mí cuanto antes para tirarte al puñetero Ken. Gracias por haberte quedado mirando mientras me derrumbaba y por haber salido corriendo mientras lo nuestro se precipitaba hacia el final.

—¿Encima me culpas? ¿Cómo pretendías que lo supiera? No soy adivina, ¡joder!

—¡Porque sabes lo que siento por ti, pero no escuchas! Te lo di todo, lo bueno y lo malo, pero tú nunca te has comprometido al cien por cien conmigo.

—Ni tú eres el príncipe azul que parecía a primera vista. No te jode.

Gary pasó de la ira a la desesperación en cuestión de una frase. A mí me empezaba a doler la garganta de tanto gritar, así que hice un esfuerzo por calmarme.

Las trompetas de guerra dejaron de sonar dando paso a una maldita balada

triste que nos inundó a ambos.

—No vi nada más que odio en tus palabras —dije compungida.

—Soy bueno construyendo muros a mi alrededor y tú muy mala derribándolos. ¿Qué me dices de mis mensajes? ¿No te dio por pensar que había algo más?

Su mirada se tornó oscura e inquisitiva.

—No me los creí. ¿Te quiero más de lo que debería? ¿Dame más tiempo? Menuda broma. ¿Qué se supone que debía entender? ¿Que te habías vuelto a agarrar una buena cogorza?

—Que te quería tanto que me era imposible seguir apartándote, aunque estuvieras en el punto de mira. Y siento quitarte otra excusa más, pero llevo sobrio desde Nueva York.

El sentimiento de culpabilidad por lo sucedido, mi desconfianza hacia sus tendencias juerguistas y sus palabras hirientes me habían cegado de tal manera que no fui capaz de ver más allá de lo que pasaba. De hecho, seguía sin poder, había algo en el fondo, pero era incapaz de rendirme y permitir que volviera a hacerme daño.

Él suspiró cansado y me miró con lástima.

—La gente se pasa la vida entera intentando encontrar algo como lo que tú y yo tenemos. Muchos ni se acercan. Déjalo todo. Ven conmigo a Belfast y vamos a olvidar todo lo que ha pasado.

Me carcajeé ante sus palabras. ¿Dejarlo todo?

—Esperaré hasta que tu padre se encuentre mejor y luego nos largaremos. Es la única oportunidad que voy a darte. Arriésgate por nosotros, hazlo una vez más.

—¡No voy a dejarlo todo para irme contigo! Has perdido la maldita cabeza.

Puso ambas manos en la nuca y me miró con dolor.

—Vale. Dime que ya no me quieres y no insisto más.

Analiqué la situación e intenté tomar la mejor decisión posible, pero ninguna me parecía la correcta, porque no estaba dispuesta a mentirle.

—No puedo. No puedo decirlo. Ya lo sabes.

—Hay que ser muy afortunado para que la persona que te vuelve loco te quiera. Pero, por lo que se ve, tampoco es suficiente con eso en nuestro caso.

Me merecía un tiempo. Necesitaba continuar lamiéndome las heridas, merecía una oportunidad con Daniel, aunque solo fuera para demostrar que me equivocaba.

—Gary, está claro que siento algo muy fuerte por ti..., pero no estoy dispuesta a sufrir más. No te voy a dar el poder de destruirme emocionalmente de nuevo. Quiero algo fácil, y necesito ser feliz. Lo merezco, maldita sea.

En ese preciso instante supe que la decisión más importante de mi vida se había convertido en la peor. En la más precipitada y cobarde. Pero era tarde para echarme atrás.

—Entonces, si me quieres, ¿qué es lo que te da miedo? ¿Por qué no luchas? No soy capaz de leer tu mente y siento decir que el silencio no siempre es oro.

—¿Qué era tan fuerte como para que me dejaras de lado en Nueva York? No vuelvas a hacerme lo mismo; cuéntame la verdad y no me dejes a un lado, por favor. Hazme cambiar de opinión —rogué.

—Jamás sabotearía sin un buen motivo la mejor relación que he tenido; es lo único que te voy a decir. Los motivos han cambiado, pero sigo sin confiar en ti. Porque tú ya has decidido seguir sin mí, todo lo que fuimos se ha desvanecido para ti. Solo te pido dos cosas, Rebeka, y es que me recuerdes, que no olvides cómo hemos llegado hasta aquí. Porque yo no me arrepiento de nada. Y que me perdones por presentarme aquí y querer intentarlo de nuevo.

—Dame un tiempo, por favor.

Se acercó a mí, rodeó mi cara con sus manos y me miró como si le hubiera pedido que escalara la cima del Everest sin oxígeno y en chancletas.

—No te lo voy a dar, porque no tiene sentido alargar esto más. Y tampoco soy tan idiota como para permitir que lo inviertas en otro tío. No me voy a comer sus putas sobras.

Estaba rompiendo conmigo y ni siquiera seguíamos juntos. Pero dolía igualmente. Mierda. Dolía más, si cabe.

—No es por él; en parte sí, pero no. Maldita sea. Debemos encontrar la manera de ser algo, aunque sea amigos —dije con los ojos llenos de lágrimas.

—Solo tenemos que encontrar la manera de no volver a cruzarnos nunca más. Porque ambos sabemos que esta despedida puede convertirse en un «nos vemos cuando no nos sintamos tan jodidos y seamos capaces de tener una relación en lugar de destruirla». No es justo que le hagas pasar por eso al alemán. Ni a mí.

Me limpió una lágrima de la cara con el pulgar y suspiró.

—Entonces, ¿dónde nos deja todo esto?

—No tengo ni puta idea.

Pese a la frialdad de sus palabras, sentí que en el fondo todavía había una ligera esperanza. Era como un animal herido buscando la última caricia, y yo estaba dispuesta a dársela con tal de no verlo sufrir más. Con tal de sentir la calidez de su piel por última vez.

—A lo mejor lo nuestro solo funciona cuando hay alcohol de por medio, cosa que me deja fuera de la ecuación —admitió con rabia—. Así que lo mejor es que vuelvas con Ken e intentes ser todo lo feliz que puedas. Yo haré lo mismo. Intentaré enamorarme de una fan que me adore a todas horas. Nos costará unas semanas, pero saldremos de esta.

—No quiero, Gary, no quiero perderte. No vamos a conseguir superarlo. Pero tampoco sé cómo solucionarlo. Explícame lo que pasó, por favor —repetí por enésima vez.

—No puedo seguir con esto, Rebeka. Nos dolerá, pero es lo mejor: dejarlo e intentar olvidar. Esta es la última vez que vamos a rompernos el corazón.

Al final era como si fuera él quien rompía conmigo, era él quien lo tenía claro. Yo empezaba a no saber cuál era la mejor manera para protegerme del sufrimiento que me arrasaría sin contemplaciones.

—Tal vez no hemos conseguido olvidar porque nos faltaba una despedida.

—No te engañes. Cuando no quedan sentimientos, las despedidas son cortas: tú llevas más de una hora tratando de convencerme de que es lo que quieres mientras yo intento que veas todo lo que todavía somos —dijo con añoranza—. Créeme cuando te digo que odio mirarte y saber que es la última vez, que me duele como si me estuvieran arrancando el corazón del pecho. Pero, aunque no quiera, me tengo que ir y dejarte, porque no puedo concederte más tiempo; si seguimos así, solo vamos a conseguir destrozarnos del todo.

—Solo me estás culpando a mí —dije casi sin voz.

—No. Lo que pasó cuando te fuiste de Nueva York es culpa mía, porque te aparté de mí sin medir las consecuencias, pero lo que va a suceder a partir de ahora es culpa tuya.

Me acarició la cara y se dio la vuelta, y dejé que se fuera, sabiendo que era un tío fuerte y que superaría lo nuestro más fácilmente que yo, porque tener a Daniel no me aseguraba salir indemne. Al revés: el alemán acabaría siendo el segundo asalto de aquella pelea.

El silencio y el frío que me rodearon eran demasiado violentos. Me abracé el cuerpo completamente rota. Quise verlo alejarse, pero no lo conseguí porque no paraba de llorar. Tampoco supe si se dio la vuelta en algún momento o si dudó.

Me quedé vacía, a excepción de un amargo sentimiento por haberlo dejado marchar sin pelear, y supe que mis pensamientos siempre estarían con él, hasta el día de mi muerte.

No fui capaz de meterme en la cama de nuevo con Daniel, ni de ir al piso que compartía con Ana. De manera que cogí el viejo M3 de mi hermano, me acerqué a la costa y aparqué en un mirador. Apagué el móvil e intenté dormir con la certeza de que a veces encuentras a la persona perfecta en el peor momento posible.

25

TODO TIENE UN FINAL, MENOS LA SALCHICHA, QUE TIENE DOS

A la mañana siguiente, cuando llegué a casa de mis padres, me encontré a Ana esperando en la puerta. Tenía una pinta horrible, aunque mejor que la que tenía yo después de pasar la noche en vela en el coche, sin poder entender cómo el mundo seguía girando cuando yo me sentía tan perdida.

—Me suplicó que lo ayudara. ¿Pretendías que lo ignorara? —dijo arrepentida.

Me senté a su lado y le dediqué un suspiro de cansancio. No seguía enfadada con ella, pero sí decepcionada. Empezaba a no saber cuántos desengaños más iba a ser capaz de tragarme.

—Es posible que no haya elegido el mejor momento para recomendarle que viniera. —Se encogió de hombros—. Aunque su primera intención era aparecer en Alemania, y claro, yo se lo impedí, le rogué que te dejara un tiempo a tu bola... Pero cuando le dije lo de tu padre no hubo manera de pararlo. Para cuando me quise dar cuenta, estaba en la escalerilla del avión con el pasaporte entre los dientes.

—¿Cuánto tiempo llevas hablando con él?

—Mucho —afirmó mientras hacía un gesto exagerado con las manos, dando a entender que su primera conversación se remontaba a la época de las cavernas.

—Me prometiste que no te meterías.

—Te prometí no involucrarme a no ser que él se pusiera en contacto conmigo, cosa que sucedió el mismo día que Chris le entregó las llaves. Lucy no se atrevió; no quería herirlo. Así que técnicamente la culpa de que haya

tenido que intervenir es tuya. Me llamó a las tantas de la mañana. Joder, te juro que estaba hecho unos zorros, dispuesto a coger un avión y presentarse aquí.

—¿Te han ascendido a abogada del diablo y no me he enterado? —farfullé.

—Rebeka, ni siquiera sabía que te habías mudado a Alemania... Me dio muchísima pena. Ese tío está loco por ti, aunque no te lo merezcas.

—Esa noche me mandó algunos mensajes...

—Pues te prometo que yo le dije que te dejara en paz. Cuando se lo propone, es un pelín cabezota, ¿no?

—Habló la persona más flexible del mundo —espeté con acritud—. Me parece increíble que hayas permitido que viniera. Deberías haber tenido más cuidado, y, sobre todo, deberías haberle dicho que había conocido a otro.

—Eso tiene una explicación muy sencilla, aunque a Gary le ha parecido una mierda. —Sonrió con tristeza—. Los escarceos con el Agente Horchata me parecían algo pasajero, por despecho y tal, incluso pensé que te vendrían bien para reconocer lo que en realidad sientes. Jamás hubiera imaginado que fueras a enamorarte de él.

—La manera en la que subestimas a Daniel y lo que siento por él me deja pasmada. A ver cuándo te entra en la puta cabeza que no es un buenorro sin más. Es un tío viudo, con una hija y un montón de responsabilidades, no es alguien con quien pueda jugar al follamigo y salir ganando.

—Me equivoqué. Lo siento.

—No pasa nada. Ambas sabemos que a ti te encanta meterte en el papel de agente doble y que la culpable soy yo por permitirlo. Si en lugar de esconderme en Alemania hubiera sido valiente y hubiera aclarado las cosas con Gary, ahora estaría tan feliz con Daniel y nadie habría salido herido.

Se echó a reír.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —pregunté alucinada.

—Aislarte en Alemania fue la decisión correcta. Necesitabas poner distancia y orden en tu vida; llevabas demasiado tiempo arrastrando problemas. Pero en cuanto a lo de aclarar las cosas con Gary, sabes de sobra que habrías acabado reconciliándote con él. El Agente Horchata no habría tenido ni la más mínima oportunidad.

—Nunca lo sabremos, porque ahora sí que se ha acabado. Siento mucha pena por que las cosas hayan acabado así, pero también cierto alivio.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos. Finalmente, Ana me

abrazó. Pensé en la cantidad de veces que me hacía desear matarla, pero también en lo importante que era para mí tenerla a mi lado.

—¿Se ha ido? —pregunté temerosa.

—Sí, hace una hora. He intentado hablar con él, pero tiene un poco de mala leche a veces, ¿eh? Lo he llevado al aeropuerto y lo he dejado allí. No quiero ni pensar qué tipo de vuelo les va a dar a los de la aerolínea, porque tenía toda la pinta de necesitar un buen lingotazo. Ya conoces el dicho: Dios inventó el whisky para que los irlandeses no dominen el mundo...

Sonreí ante su declaración. Si de algo era capaz mi amiga era de conseguir arrancarme una sonrisa en las situaciones más adversas.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó con curiosidad.

—Quedarme en Bilbao hasta que mi padre se recupere y volver a Alemania, que es donde deseo vivir y donde tengo que terminar las prácticas.

Bufó en señal de protesta.

—Aunque la haya cagado permitiendo que Gary viniera y haya infravalorado lo que sientes por el alemán, hay algo de lo que sigo estando segura: apartar a Gary de tu vida es el mayor error que puedes cometer, y volver a Alemania es rematar la cagada.

—No empecemos de nuevo con lo mismo. Se acabó —sentencié cabreada, y ella se echó a reír con malicia.

—Claro, como mis palabras no se ajustan a los deseos de nuestra pequeña Rebeka, se enfurruña.

—Pensaba que habías cambiado de opinión respecto a mi relación con Daniel.

—No te equivoques, y hazme el favor de madurar de una puta vez y enfrentarte a lo que sientes con dos dedos de frente. Parece que te aburres sin tomar malas decisiones.

—Voy a volver a Alemania. Fin.

—Di que sí, tía valiente, vuelve a Alemania, escóndete con el Agente Horchata y su hija. Conviértete en una víctima de la mediocridad para el resto de tus días. Échalo todo a perder y júdeles la vida con tu orgullo del tamaño de un tráiler. No me puedo creer que no hayas aprendido nada de todo esto. Para ti la moraleja solo es una urbanización que está en Madrid.

Giré la cara para evitar el contacto visual. Los ojos me empezaron a escocer; una mezcla peligrosa de rabia e impotencia se estaba empezando a acumular dentro de mí.

—No voy a hacer lo que te a ti te parece que es lo correcto. No juzgues mis decisiones si no eres capaz de entender mis motivos.

—Claro que entiendo tus motivos: estás cagada de miedo, porque Gary es lo que quieres y Daniel es lo que crees que necesitas, lo que tu hermano trata de engatusarte y etcétera. Pero siento decirte que lo que buscas nunca va a sustituir lo que pierdes.

—De ahora en adelante, deja de meterte en mi vida y céntrate en tu novio, por favor —le dije sin mirarla a la cara mientras me levantaba del suelo.

Ella también se levantó impidiéndome pasar.

—Rompimos dos semanas atrás. Si te dedicaras a algo más que a lamentarte por tu mísera existencia, lo sabrías.

—¿Y qué diablos hacía ayer contigo en el bar?

—Somos amigos. Que se haya acabado no significa que no podamos serlo.

—Y tú, que no eres capaz de mantener una relación, ¿pretendes darme lecciones a mí?

—Me muero por que todo esto te explote en la cara.

No quise oír más. Entré en casa y di un portazo.

Fui directa a la cocina y me encontré a mi hermano desayunando.

—¿Has discutido con Ana? He oído gritos de tías a punto de tirarse de los pelos.

—La he mandado a hacer puñetas, cosa que pienso repetir contigo como no salgás de aquí en tres segundos. Déjame sola.

—Venga, no puedes cabrearte conmigo: soy tu hermano favorito.

Puse las manos en la mesa y lo fulminé con la mirada.

—No tengo el potorro para *trikitixas*.

—¡Esa lengua, Rebeka! —dijo mi madre mientras entraba en tromba en la cocina.

No tenía ni idea de por qué, pero se avecinaba bronca.

Se apoyó contra la encimera observándonos en silencio.

—¿Se ha ido Daniel? —preguntó con tono cortante.

—Sí, ayer por la noche —contestó mi hermano.

—¿Se ha ido? —repetí compungida.

—Tenía que trabajar...

Mierda. Estaba cabreado.

—Perfecto. Es muy agradable, pero no es un chico para ti, Rebeka —soltó mi ama de sopetón.

Mi hermano se atragantó con los cereales; se puso a toser y reír al mismo tiempo. Yo me senté a su lado y le di varias palmaditas en la espalda mientras miraba a mi progenitora como si no la conociera.

—Nunca me meto en vuestras vidas hasta el extremo de decir lo que debéis o no hacer, pero esta vez no me puedo mantener al margen.

—No creo que debamos meternos en la vida de Rebeka, y menos decirle que Daniel no es para ella —protestó mi hermano con la voz cascada.

—Cállate, Roberto. Bastante has hecho ya.

Oír su nombre completo era una señal inequívoca de que el horno no estaba para bollos, así que agachó la cabeza y se centró de nuevo en los cereales.

Mi madre se sentó a mi lado.

—Tu comportamiento con Daniel habría pasado desapercibido si no hubiera visto tu reacción al ver a Gary. Soy bastante más observadora de lo que pensáis. Con el alemán actúas de manera mecánica, como si quisieras encajar con él y ser algo que no sois. No reconozco a mi hija en esa chica —afirmó con lástima.

—Pero él me hace feliz. Estás equivocada —dije con miedo a intervenir.

Robert levantó la mirada de los cereales con disimulo.

—¿Y tú a él? —inquirió mientras planchaba con la mano una arruga imaginaria del mantel.

—Bueno, lo intento, claro que sí.

—Sé que os parece que soy vieja y que mis buenos consejos no van más allá de cómo hornear una merluza, pero hay una sugerencia que deseo hacerte, algo que he aprendido con la experiencia de los años que a ti te faltan.

—No te cortes, ama, ¡dale caña a la mocosa! —La animó mi hermano. Ella lo aniquiló con la mirada, suspiró y volvió a centrarse en mí.

—Hazte esta pregunta: en diez años, cuando haya desaparecido la ilusión del principio, llegues a casa agotada después de una jornada de doce horas de trabajo, tus hijos te estén dando problemas, la conversación con tu marido sea escasa, su cuerpo ya no sea tan espectacular y el sexo sea algo esporádico y mediocre..., ¿verás a Daniel de la misma manera?

Guardó silencio durante unos instantes esperando a que yo dijera algo, pero, una vez más, me había quedado sin palabras. Para sorpresa de todos, mi hermano también.

—Lo más peligroso que puedes hacer en la vida es jugar a lo seguro y no

ser tú misma. Nunca te pierdas, Rebeka, nunca dejes de ser tú, aunque un hombre te haga sentir protegida y te diga que todo irá bien. Aunque prometa poner las estrellas a tus pies... Si no sientes que estás en el lugar correcto, vete. No te quedes en el lugar donde intentas ser feliz: busca el sitio donde lo eres de verdad y lucha por pertenecer a él. La vida es larga, los problemas vienen y van, pero solo el amor es capaz de unir a una pareja, la atracción no es suficiente. Por eso, lo que vi cuando apareció Gary en el hospital... Te movías a su alrededor como si fuerais una sola entidad, con naturalidad. Lo mirabas como si tu universo de pronto se hubiera llenado de luz. Y él... Dios mío, hacía años que no veía una mirada así; era como si todos sus deseos y necesidades se concentraran en tu persona. —Sonrió orgullosa—. Saltaba a la vista que hay algo muy intenso entre vosotros dos.

—Lo hubo.

—Lo hay —respondió ella tajante; asentí a regañadientes—. Además, tuvo la valentía de aparecer estando yo delante, e incluso admitió haber metido la pata. Sabe reconocer sus errores y dar la cara. Un hombre así asusta. De hecho, comprendo mejor que nadie por qué te fuiste a Alemania, porque yo pasé por lo mismo casi cuarenta años atrás.

Robert y yo la miramos con la boca abierta. Ella sonrió de manera coqueta.

—Una tiene sus secretos. He sido joven y me he enamorado un par de veces. Además, era como tú, Rebeka, indecisa y siempre muerta de miedo por que el chico al que amaba me hiriera. También pensaba que tu padre era el tipo de hombre con el que no debería salir y hui; me fui una temporada a Sevilla con unas amigas. Incluso mantuve una relación con otro.

—¿Estuviste liada con un sevillano? ¿Eso lo sabe papá?

—¡Cállate, Robert! —gritamos ambas al unísono.

Mi hermano refunfuñó, pero se calló.

—Tal como te iba diciendo antes de que tu hermano se pusiera a decir idioteces, cometí el error de salir con alguien que a tus abuelos les fuera a gustar más, alguien que parecía que no me haría sufrir tanto como tu padre, porque menudo donjuán era... ¿Sabes qué es lo que aprendí?

—No. —Me miré las manos distraída tratando de imaginar a mi padre con Beyoncé agarrada de un brazo y la guitarra debajo del otro.

—En una relación debe haber pasión, dolor, deseo, tristeza, esperanza y miedo. Pero, sobre todo, debe haber dos personas que se aman hasta la locura, porque el amor es eso, dos personas bailando juntos con la vida,

superando lo malo y siendo ellos mismos. Tú eres de las que bailan con la vida, siempre lo has sido. Busca a alguien que lo haga contigo, que esté dispuesto a ser parte de tu locura. Quédate con él; te aseguro que, tal como yo lo conseguí, tú también lo harás.

Pensé que había muchos amigos, pero solo una madre. Y que esos eran los consejos que toda mujer debería tener la oportunidad de escuchar al menos una vez en la vida.

—Toma la mejor decisión para ti y vete con la cabeza bien alta, porque puede que no salga bien, pero, al menos, habrás escuchado el dictado de tu corazón. Recuerda que por muy del revés que se ponga el mundo y por mucho vértigo que sientas, nunca te quedarás sola, porque tu padre, tu hermano y yo siempre estaremos aquí.

Mi ama se levantó y salió de la cocina mientras sus palabras todavía se marcaban a fuego en mi cerebro.

—Hermanita, en Alemania dicen que todo tiene un final, menos la salchicha, que tiene dos.

—¿Qué coño significa eso? —pregunté muerta de risa.

—Yo tampoco lo sé, pero siempre había querido decirlo. Además, después de la charla de nuestra querida amaxo te debía unas palabras profundas.

Le pegué un manotazo y él se partió de la risa.

—Es broma. Pero espera, que tengo otra mejor aún: si quieres hacer una tortilla, tienes que romper varios huevos.

Se notaba que era la primera vez que mi hermano me daba un discurso sobrio.

—Lo que en realidad quiero decir es que la ama tiene razón. Y si se lo dices, lo negaré.

VUELVE A ALEMANIA

A los pocos días mi aita mejoró y lo pasaron a planta. Las secuelas eran menores de lo esperado y los médicos pensaban que con unos cuantos meses de rehabilitación todo volvería casi a la normalidad. La noticia me supuso un subidón tan reconfortante que no podía separarme de su cama. Verlo mejorar en cada pequeño pasito de su convalecencia era como consumir una droga de la felicidad, y no me quería desenganchar. Mi madre me dio tregua durante un par de semanas, mientras se volcaba en la terapia de rehabilitación con energías renovadas. A mi hermano, en cambio, lo mandó de regreso a Alemania en cuanto dejamos la UCI.

Pero por muy útil que yo tratara de ser, también acabó obligándome a volver. De hecho, una mañana me encontré la maleta preparada en la puerta, un billete de avión para esa tarde y una nota con un mensajito muy sutil.

«La persona indicada llegará cuando dejes marchar a la equivocada. Regresa a Alemania YA».

Traté de culpar al gélido clima, a lo deprimente que me resultaba que anocheciera a las cuatro y media de la tarde, pero la realidad era que no quería retornar a Alemania porque estaba cagada de miedo. Me largué deprisa y corriendo, con el corazón lleno de esperanza, e iba a regresar a rastras y con el corazón encogido. Sabía que Daniel me esperaba: deseaba estar conmigo, tal como me había dicho varias veces por teléfono, pero teníamos una conversación pendiente, cosa que me hundía en una tristeza inmensa. El futuro no pintaba demasiado brillante para nosotros.

Seguía enamorada de Daniel, deseaba tenerlo en mi vida, pero odiaba acarrear conmigo sentimientos encontrados hacia otro hombre. Al fin y al cabo, todavía amaba a Gary, lo quería más de lo que debería. Por lo tanto, la

decisión parecía clara: debía evitar herirlos más de lo que ya lo había hecho.

El tiempo era infinito, pero sabía que al final de mi historia no me esperaba una felicidad plena.

Ana y yo estábamos pasando por el peor momento al que jamás nos habíamos enfrentado, y tenía serias dudas de que nuestra amistad fuera a superarlo. Me sentía traicionada y ella, desengañada. Pensé en que algún día hablaríamos tratando de mantener al mínimo nuestra relación para no perderla, pero el tiempo y la distancia se encargarían de joderlo del todo. Con el paso de los años la recordaría como una de mis mejores amigas y me preguntaría por qué demonios no habíamos hecho nada para arreglarlo.

Aparté el bucle de pensamientos nocivos de mi cabeza, miré por la ventanilla del avión y vi Hannover; el lago artificial Maschsee destacaba entre los edificios y los árboles desnudos, tan típicos de finales de noviembre. Quise pasear por su orilla, sentirme de nuevo parte de la ciudad, porque mi asilo político había dejado de serlo y necesitaba pertenecer a algún lugar en el mundo.

—Ni siquiera ha vuelto a tocar la guitarra. Dice que, sin ti, no hay más canciones. Como sigamos así, vamos a tener un problema grave, porque esta espiral de destrucción en la que estáis metidos va a acabar en una desgracia. Encima, el concierto benéfico de Ámsterdam es dentro de nada...

Nada más bajarme del avión, recibí una llamada de Lucy que tuve que contestar; la había evitado durante los últimos días. Ella también estaba cabreada conmigo y hecha polvo por la situación que había provocado. No quería convertirme en una mártir, pero me dolía horrores que nadie fuera capaz de pararse a pensar lo que había supuesto para mí. Porque, en el fondo, había rechazado a un tío al que amaba con locura creyendo que era lo mejor para los dos.

—Chris y yo lo animamos a que fuera a Bilbao cuando supo lo de tu padre; pensamos que era el momento perfecto. Además, se ha mantenido sobrio desde Nueva York, créeme, por favor... Ahora ¡nos odia! ¿Qué es eso de que te has enamorado de un alemán? ¿Qué ha pasado?

—Bueno, yo... le dije que no quería volver con él, que necesitaba tiempo —susurré mientras salía a través de las puertas de cristal y buscaba a Daniel entre la multitud que llenaba la terminal de llegadas—. No estoy preparada

para volcarme en una relación con él otra vez.

—Lo has destrozado, por el amor de Dios, ¿es que no lo quieres?

—No es tan simple —afirmé de manera críptica mientras posaba mi mano en el hombro de Daniel, que se dio la vuelta, se acercó y me besó suavemente en la mejilla.

Tapé el móvil con la palma de la mano para susurrarle que hablaba con Lucy. Él se sentó en una silla de la terminal con el ceño fruncido.

Algo me dijo que las cosas pintaban peor de lo que había imaginado. Tal vez fuera el hecho de que no había llevado a Andrea; tampoco parecía tener escondido un bocadillo de Nutella.

—Sí que lo es —continuó ella—, es muy simple. Sé que lo de Nueva York supuso un punto y aparte para ti, aunque debo insistir en que Gary lo hizo por ti. Solo intentaba protegernos a todos.

Me alejé un par de pasos dispuesta a discutir con Lucy.

—Mira, estoy harta de oír que lo de Nueva York fue por mi bien. ¡A la mierda con esa excusa! Y claro que sigo queriéndolo, aunque eso no cambia las cosas.

—Sé que es meterme donde no me llaman y que Chris se va a enfadar conmigo, pero tienes que venir. Cuando sepas la verdad, tal vez lo veas de otra manera. No entiendo por qué Gary no te lo ha dicho, es un puñetero cabezota de mierda... tampoco comprendo por qué tú no lo has deducido.

La cantidad de gente implicada en nuestra relación me dejaba traspuesta.

—Gary se ha rendido, no quiere ni oír tu nombre. Pero, si alguna vez lo has querido, lo harás: vendrás.

Sentí el golpe en la boca del estómago y no pude controlar los sollozos.

Apelar a mis sentimientos era jugar sucio.

—¡No puedo! Claro que lo quiero, pero... —titubeé— tengo que ser consecuente con mis decisiones.

Me giré y me encontré a Daniel detrás escuchando sin un ápice de diversión en la cara.

WORDS ARE NOT ENOUGH

Daniel y yo nos estuvimos evitando durante unos cuantos días, cosa que no era nada fácil teniendo en cuenta que éramos vecinos. Rehuí enfrentarme a la verdad centrándome en la recta final de las prácticas. Salimos a pasear en un par de ocasiones con Andrea, pero mi humor se mantuvo al ralentí y él no preguntó; volvió a convertirse en una isla en la que esconderme de los problemas. Aunque tal vez fuera él quien se refugiaba detrás de su hija.

Hasta que mi hermano tuvo una de sus brillantes ideas.

Organizó una cena en una granja de la zona para celebrar el final de mis prácticas y que me habían ofrecido un puesto en Hannover. Invitó a Daniel, convirtiendo la ocasión en una situación tensa y desagradable para los cuatro.

Después de una cena incómoda y silenciosa, cuando llegó la hora de volver, Daniel insinuó que quería hacer una parada para enseñarme algo, así que mi hermano salió por delante con Verena, y nosotros nos fuimos de turismo. Justo lo que más me apetecía en el mundo.

Nos alejamos unos veinte kilómetros de Hallerburg por una carretera rural, hasta que Daniel detuvo su coche en un parking. Para mi sorpresa, estábamos al pie del castillo neogótico Marienburg, construido en el siglo XIX y propiedad del excéntrico Ernesto de Hannover.

—Sé que tenías ganas de verlo —me dijo.

Lo miré confundida. Sí, cada vez que había visto la impresionante silueta desde el coche, comenté que me encantaría visitarlo, pero no entendía qué demonios pintábamos allí a oscuras.

—No quería perder la oportunidad de traerte —afirmó con cierta tristeza.

Suspiró, cogió un paquete rectangular de la guantera y lo depositó en mis manos.

—Esta tarde he estado con Andrea en el centro comercial y te hemos comprado un detalle. Ella lo ha envuelto.

Sin mediar palabra rasgué el papel de Bob Esponja.

Me encontré con la caja de un CD con una foto mía como portada.

Sonreí al pensar que se trataba de algún tipo de colección de fotos de las semanas que habíamos pasado juntos y el corazón se me hinchó en el pecho. Tal vez no todo estaba perdido.

—Gracias —me acerqué a él para besarlo en la mejilla.

Él respondió a mi gesto cariñoso con frialdad.

Volví a mirar la foto con una sospecha taladrándome el cerebro.

Era un primer plano de mi cara que abarcaba desde el nacimiento de mi pelo hasta el comienzo de la curva de mis pechos. Sensual pero discreta. Me fijé en que mis ojos estaban clavados en algo que los hacía brillar; mis mejillas reflejaban cierto rubor y mis labios parecían hinchados, como si me hubieran estado besando durante horas. La sonrisa que tenía, que a primera vista parecía simplemente grande y sincera, en realidad evidenciaba lo feliz que era y lo satisfecha que me sentía. Pensé apesadumbrada que hacía demasiado tiempo que no veía ese gesto cuando me miraba en un espejo. Gracias a la desnudez de mis hombros y la sutilidad con la que se adivinaban mis pechos llegué a la lógica conclusión de que me encontraba desnuda. Mi pelo esparcido a ambos lados de mi cara sobre unas sábanas grises no dejaba lugar a dudas de que me hallaba en una cama.

De pronto comprendí el momento exacto en el que me habían sacado la foto.

Me giré en mi asiento y me enfrenté a la mirada gélida de Daniel.

—¿Por qué? ¿Por qué has tenido que comprarlo? —pregunté con rabia, casi fuera de mí—. Jamás hubiera esperado un golpe tan bajo por tu parte.

—Yo soy el primero que se ha quedado sorprendido cuando lo ha visto en el centro comercial. Nunca te he visto sonreír de esa manera.

—Tal vez porque nunca me has tenido desnuda en tu cama —ataqué herida.

Daniel se revolvió en su asiento y soltó un suspiro con los ojos cerrados. Una vez más, su férreo autocontrol ante cualquier situación desagradable iba a darme una lección.

Cogió la caja de mi regazo y le dio la vuelta: había un texto debajo de mi barbilla en el que no me había fijado.

—El mensaje está muy claro, hasta para mí.

Lo cogí entre mis manos de nuevo. Releí el texto una y otra vez con la esperanza de que en alguna ocasión su significado cambiara. Pero no; la composición de letras seguía ofreciéndome el mismo resultado:

«Everlasting Wound – Words are not enough».

Cerré los ojos y apreté los puños, incapaz de creer que Daniel hubiera sido tan cruel como para comprarme el último disco de Everlasting Wound. Pero más inverosímil me parecía haberme convertido en la imagen de la portada, y que las palabras grabadas en la púa de plata de Gary fueran el título.

—Esto no significa nada —afirmé tajante.

Mierda puta. Claro que sí significaba algo, ¡habían cambiado el título del disco por mí!

Le devolví el CD de malas maneras y él lo sujeto entre sus manos.

—Esta eras tú antes de que rompierais, ¿verdad?

Asentí enfurruñada y crucé los brazos sobre el pecho.

—Por lo visto, para él sí que significa algo. Tal vez todo.

—Es su problema.

—Deberías leer los títulos de las canciones antes de decir nada más: *Los gallos que nadan en los estanques, La última chica del último pub, Novecientos cincuenta y nueve, Romper el hielo a martillazos, Todo esto no puede ser culpa mía...* —leyó de carrerilla.

Miré hacia otro lado abochornada.

El maldito Gary había dejado constancia de todos y cada uno de los pasos que dimos en nuestra relación, y no contento con que lo fuera a escuchar todo el planeta, también tuvo que poner mi foto en la portada. Me pregunté qué medidas legales podría tomar al respecto, pero automáticamente decidí que lo mejor era no caer en el efecto Barbra Streisand y que toda la prensa acabara hablando del tema.

Daniel dejó el CD en la consola central del coche y se revolvió el pelo, inquieto.

Y yo agradecí que no se le hubiera ocurrido ponerlo y pedirme que le explicara qué demonios eran los novecientos cincuenta y nueve condones. Cosa que me provocó unas ansias incontrolables de escuchar todas las canciones para saber qué puñetas decían.

—Es la historia de vuestra relación, ¿no?

—Sí, pero no importa, es el pasado. —Traté de quitarle toda la importancia

que, para mi desgracia, sí tenía—. Es imposible que volvamos a estar juntos. No lo elegí a él.

—¿Me elegiste a mí? —preguntó sorprendido.

Si era sincera conmigo misma, había elegido huir. Al principio quise creer que lo hacía por tener una oportunidad con Daniel, pero hasta yo misma sabía que no era así.

—Creo que elegí no sufrir más por él, pero esa decisión no ha aliviado nada, solo lo ha empeorado todo. Aunque lo fácil sería decirte que quiero estar contigo, no puedo, no mientras siga queriéndolo, por mucho que las posibilidades de retomar algo con él se hayan esfumado.

Nada podía llenar el vacío que Gary había dejado dentro y fuera de mi corazón. Había cogido los trozos que quedaron después de Alex y los había unido para volver a romperlos en pedazos aún más pequeños. Me había roto. Y yo a él.

—Me alegro de que por fin seas sincera. El cambio que has dado desde que apareció en Bilbao es impactante. Antes eras una chica herida y ahora eres una mujer arrepentida. Me duele verte así. Una vez me dijiste que pensabas que tal vez él no te había querido, pero lo que observé en Bilbao no fue eso. Cuando me vio allí, cuando me acerqué a ti, cuando te besé... La rabia estuvo a punto de poder con él. Parecía desesperado.

Lo miré convencida de que debía perderlo, por mucho que no quisiera y hubiera retrasado el momento.

—La ironía de todo esto es que te tengo a ti, que eres el hombre perfecto, pero echo de menos el desastre. Por mucho que me odie por ello, no lo puedo evitar, y lo siento.

—No lo sientas; hace tiempo que sé que iba a estar de paso en tu vida. Recuerdo el dolor con el que me hablaste sobre él la primera vez, y supe que por mucho que estuvieras destrozada, nunca lo olvidarías. Por eso te evité al principio, porque acabaría enamorándome de ti y por desgracia tú... siempre querrás a otro. —Se encogió de hombros como si me acabara de decir que iba a salir el sol en cualquier momento—. Mis sospechas se confirmaron el día del concierto; fue bastante revelador verte arrancar los carteles con tanto dolor. A partir de ese momento, empecé a ignorar la situación que sabía que en algún momento reventaría. Te juro que podría seguir haciéndolo eternamente, pero...

—Entonces, ¿por qué te has molestado en salir conmigo si tan claro lo

veías? —repliqué con aspereza.

Él sonrió dejándome bien claro que un enfrentamiento verbal quedaba descartado. Tenía una entereza y una serenidad odiosas, y yo unas ganas terribles de culparlo por todo injustamente.

—¿Si llega a salir bien? Mi hija te adora, yo estoy loco por ti...

Daniel el intachable volvió a dar en el clavo con las palabras perfectas que cualquier mujer querría escuchar. Estaba dispuesto a seguir conmigo aun sabiendo que yo no era completamente suya. Dejaría que el tiempo pasara y hasta que acabara siéndolo, demostrándome que sentía algo muy fuerte hacia mí, más de lo que yo jamás había sentido por él. Lo odié por eso también y comencé a notar que me iba a derrumbar de un momento a otro.

Ese fue el momento exacto en el que el amor y la decisión que iba a tomar empezaron a escocerme.

—Dios mío, ¿qué he hecho? —dije al borde de las lágrimas.

—Tratar de aprender a amar de nuevo, intentar recuperar la ilusión, cerrar las heridas y borrar las cicatrices. Solo que a veces no es posible, porque no puedes darme lo que no tienes.

No le faltaba razón, porque estaba dispuesta a intentarlo con todas mis fuerzas, pero la aparición de Gary me demostró que con Daniel me sentía mimada, pero no viva.

—Perder a Gary te dejó un vacío que quisiste llenar deprisa, para no estar sola y desprotegida. Abriste el horizonte y me viste ahí, buscando exactamente lo mismo que tú. Carol me amaba con locura y me dio lo máspreciado que tengo, Andrea. Era cariñosa, dulce y estaba un poco loca, como tú. Me hacía reír. Pero todo lo que vino después fue triste y vacío, hasta que apareciste tú. Me gusta que me necesites, y a ti te gusta la seguridad que te doy, pero ni yo soy el centro de tu universo ni tú eres el mío.

Abrí la boca para discutir su teoría, pero no me lo permitió.

—Hemos salido juntos durante unos meses que han sido fantásticos, eso nunca cambiará. Siempre que lo recuerde, me hará sonreír, porque has sido el punto de inflexión en el que he sido capaz de amar a alguien, te has convertido en el toque de locura que siempre me ha faltado, sobre todo desde que Carol se fue. —Sonrió y yo lo miré embelesada—. Pero no soy lo que buscas. Nunca vas a dejar de mirar atrás, y nunca serás feliz sin él.

Le acaricié la mejilla con cariño. Aunque sus palabras me dolían demasiado, no había argumentos en el mundo que pudieran rebatirlas. Hacía

tiempo que yo también sabía que estábamos condenados y que él nunca sería Gary.

—Este CD lo va a cambiar todo para ti. Lo cambia todo para los dos.

El altruismo de sus actos pudo conmigo. Las lágrimas empezaron a empapar mis mejillas.

Daniel era el tipo de hombre que me hacía recuperar la fe en el amor y me obligaba a creer en que los caballeros con armadura y buenas intenciones existían. Pensamiento que provocaba que mis sentimientos hacia él crecieran y se revolvieran y que odiara a muerte la idea de perderlo.

—Hazlo por mí, vete. Lucha por él.

—¡No puedo! Esa puerta ya se cerró.

Puso sus manos en mis hombros. Miré hacia otro lado abrumada por su contacto.

—Rebeka, mírame. —Obedecí disgustada—. Ojalá yo pudiera coger el coche y volver con Carol de nuevo. Decirle que podemos solucionarlo todo y evitar el desastre que vivimos. Tú tienes esa oportunidad; según he leído, él debería estar en Ámsterdam para el concierto benéfico que van a dar mañana. Está a tu alcance, solo a trescientos noventa kilómetros. Sé que tienes miedo a que vuelva a hacerte daño, pero mereces la oportunidad de volver con él. Inténtalo o siempre te arrepentirás.

Volví a sentir mis viejas y conocidas ganas de salir corriendo, pero, por primera vez, con el rumbo bien definido.

—Voy a acabar llorando de nuevo —afirmé con la congoja reflejada en la voz.

—Eso intento, que sueltes lo que guardas. Ahora ya sabes cómo sería la vida conmigo aquí. También sabes que no es tu sitio. No puedes seguir ignorando que lo que sientes por él es muy fuerte.

—Eres demasiada buena persona —dije hecha polvo.

—Voy a cumplir treinta y cuatro años. Con todo lo que he visto y vivido, he aprendido a aceptar las cosas tal como son. Podría seguir contigo, no tocar este tema jamás, pero quiero que seas feliz. Te aseguro que, si hubiera podido salvar a Carol apartándome de su vida, no habría dudado un instante; se lo habría dado todo y me habría marchado sin mirar atrás. Deja que lo haga por ti.

Me pedía que lo librara del dolor que sentía por no haber podido ayudar a Carol, pero las cosas no eran tan sencillas: primero debía redimir mi propia

culpa.

—Mierda, Daniel, no puedes ser tan perfecto. Deberías estar muy cabreado conmigo. Soy una maldita cobarde y, encima, voy a dejarte.

—No puedo enfadarme por que lo quieras a él, es así de simple.

—Ojalá te hubiera conocido la última vez que vine a visitar a mi hermano, antes que a él.

Se echó a reír, cosa que me hizo mirarlo como si le faltaran un par de tornillos.

—No le veo la gracia —dije mosqueada.

—Pues la tiene. De habernos conocido antes, no me habría fijado en ti por nada en el mundo, porque Carol lo era todo. Piénsalo. ¿Si no hubieras conocido a Gary, te habrías enamorado de mí?

Sopesé sus palabras durante unos segundos y recordé a la Rebeka anterior a Gary. Aquella chica que nunca buscaba amor porque había perdido la fe en todo lo que le rodeaba, porque pensaba que ni siquiera lo merecía. Aquella mujer que se creía independiente y fuerte, pero que en realidad se dejaba arrastrar por la marea.

—Tal vez no me habría acercado lo suficiente como para conocerte. No eres lo que se dice... mi tipo.

Fue una manera suave de decirle que nunca me habría mostrado abierta a conocer a alguien como él, porque no me habría molestado en ir más allá de su cuerpo, y en cuanto me hubiera dado calabazas, a otra cosa, mariposa. La conclusión que se formó en mi cabeza me dejó aturdida: con Gary había aprendido lo que era amar de verdad, y él había hecho que estuviera dispuesta a repetirlo. Me había convertido en una fan incondicional de los sentimientos que despertaba en mí y había tratado de replicarlo con la persona equivocada.

—Estábamos dispuestos a enamorarnos, pero no destinados a hacerlo. No fue un flechazo. Y en el remoto caso de que tuvieras una relación conmigo antes de conocerlo, ¿qué habría pasado en Londres cuando lo conociste?

—Que te habría sido infiel —afirmé sin un ápice de duda, y hasta me sorprendí.

—Ahí lo tienes. Así que o te pones en marcha con destino a Ámsterdam o acabaré llevándote por la fuerza. Te aseguro que con la sirena nos colocaremos en Ámsterdam en un par de horas.

—Jamás pensé que este día llegaría tan pronto.

—Siempre estaré aquí si me necesitas. Incluso si llega el día en el que se te

acaben los sentimientos por él, aquí seguiré.

—Te necesito más que nunca.

—Sigo aquí. —Sonrió y me estrechó entre sus brazos.

—Una vez que llegue allí, estaré donde debo, pero primero tengo un largo camino delante, que no va a estar lleno de rosas.

A la mañana siguiente, me levanté temprano, me preparé y le pedí a Verena que me acercara a algún sitio para poder alquilar un coche.

Media hora después me monté en un Opel Astra, encendí el GPS y empecé a tamborilear en el volante mientras se cargaba la ruta que debía seguir.

Fui consciente de que era una locura presentarme en Ámsterdam, pero los trescientos noventa kilómetros no eran excusa suficiente para retenerme. Ya no.

Por primera vez en toda mi historia con Gary, iba a ser yo la que daría el paso. Arranqué el coche decidida y aceleré a fondo en dirección a la Autobahn.

Paré cerca de la frontera, cogí un café tamaño familiar y me senté en los bancos del exterior. Observé a los camioneros que descansaban y charlaban alrededor de sus vehículos. Iban con las chaquetas cerradas hasta la nariz, pero yo no era consciente del frío: el corazón me bombeaba la sangre a toda velocidad y estaba acalorada.

Mi móvil bailaba entre mis dedos.

—Hola. —Escuché su voz adormilada al otro lado de la línea.

—Dime que lo haga, dime que no he perdido la cabeza.

—Hazlo, tía, ¡tírate a Daniel de una maldita vez!

—Joder, Ana, no me refiero a eso. Voy de camino a Ámsterdam, a recuperar a Gary, y me ha entrado el acojono.

—¡Joder! ¡Entonces no te tires a Daniel y sigue conduciendo!

Menuda lumbrera que estaba hecha mi amiga por las mañanas.

—Voy a intentar recuperarlo.

—Claro que sí. Oh, Dios mío, ¡gracias por el segundo advenimiento de Rebecka!

—¿Y si no se arregla?

—Deja de decir chorradas. Para una vez que haces lo que debes, ¡cuelga y conduce!

—Vale.

—No oigo que hayas colgado. —Se echó a reír.

—Necesito que me digas que esto no es una locura.

—Es una locura. Pero siente el miedo, míralo a los ojos y dedícale una jodida peineta. Agarra a los nervios por las pelotas y que les den, Rebeka. Tienes que vivir en modo «Sí, joder» y no dudar más. Todos los días hay finales felices, busca el tuyo, ¡reclámalo! ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Pronto lo sabría.

DAME ALGO A LO QUE AGARRARME

—Deberíamos hablar con el equipo de Belfast para que descargue el material y reparar todo lo que se ha jodido.

El pasillo en el que me encontraba daba a un salón enorme lleno de personas que correteaban de un lado a otro. Estaba en mitad de las entrañas del *Ámsterdam Arena*.

Gary levantó la mirada de los papeles que tenía entre las manos con una sonrisa enorme en la cara que se le quedó congelada en cuanto me vio.

No conseguí decir ni pío.

Había cuatro personas con él: Chris, Lucy, Joy y otro hombre. La pelirroja fijó la mirada en mí con una sonrisilla amable, pero el hombre parecía extrañado. En cambio, Chris y Lucy sonrieron orgullosos. Eran mis cómplices: jamás les agradecería lo suficiente la oportunidad que me habían brindado colándome en el estadio. Si aquello salía bien, le pondría Chris a mi primogénito.

Joy se retiró hacia el fondo del pasillo y alzó sus pulgares con disimulo tratando de animarme, y el hombre que los acompañaba comenzó a seguirla, pero la voz de Chris lo detuvo.

—Brian, reserva un billete más para Belfast.

Gary le lanzó a su compañero una mirada que podría cortar el acero como si fuera queso.

—Gary, tío, ojalá hubiera intervenido desde el principio... Ella viene con nosotros, te pongas como te pongas —dijo Chris demostrando que le importaba un pepino que entrara en cólera—. Tú lo hiciste por mí; ha llegado la hora de devolverte el favor.

No supe a qué se refería, pero Gary le dedicó una sonrisa torcida y asintió.

Mantuvieron una conversación silenciosa durante unos segundos hasta que Lucy le puso una mano en el hombro a Gary y lo miró con cariño.

—Connolly, esta vez no tienes derecho a opinar. Vais a aclarar las cosas, para bien o para mal. Y mientras, piensa dónde va a dormir, porque se queda en tu casa. —Su dulce vocecilla de hada madrina no consiguió camuflar la dureza de sus palabras, y eso que parecía una contrincante diminuta e inofensiva.

Él no fue capaz de responder; se limitó a apretar los dientes y los puños mosqueado.

—Ámsterdam es la ciudad del amor, hazme caso —me dijo Lucy.

La feliz pareja se largó y Brian con ellos, dejándome con cara de idiota y preguntándome en que momento había destronado la capital holandesa a París en el merecido puesto de ciudad del amor. Había una historia detrás de aquella conversación que yo no conocía.

Gary resopló y su flequillo se alborotó. Se apoyó contra la pared y se metió las manos en los bolsillos.

—Sabía que acabarías apareciendo. Es valiente que lo hayas hecho, pero también inútil.

El hombre travieso y pícaro que solía ser había desaparecido. Se había convertido en una cuchilla afilada, y yo necesitaba al tío que le había dado sentido a mi vida.

No parecía que hacerlo volver fuera a ser fácil.

—He visto un poco el concierto —cambié de tema.

—Me alegro por ti —afirmó con aspereza.

Di un paso hacia él.

—Ha sido genial. He llegado justo cuando estabais tocando mi canción favorita. —Traté de quitarle hierro a la situación.

—Si hubiera sabido que estabas, no la habría tocado. De hecho, no la vamos a volver a tocar.

Conocer el lado frío de una persona tan apasionada como él era duro. Desgarrador.

—Te he echado de menos.

Se carcajeó ante mis palabras haciendo que me temblaran las piernas.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que vas a decir? Dame algo a lo que agarrarme, no me vengas con frases trilladas y vacías de significado. No tengo tiempo para esto.

Sus palabras llenas de rencor me destruyeron, redujeron todo mi ser a escombros, pero, pese a eso, lo obligué a sacar las manos de los bolsillos y traté de enlazar nuestros dedos. Él intentó resistirse a mi contacto, pero pillarlo desprevenido tenía sus ventajas.

—Tus manos están frías.

—Están del tiempo.

Noté que medía cada palabra y contenía cada reacción. Maldita sea, daba hasta miedo.

En un movimiento rápido retiró las manos, sacó el móvil y miró la pantalla con el ceño fruncido. Ese gesto tan infantil me taladró el corazón.

—Te has comprado un móvil nuevo —afirmé recordando con dolor la agónica muerte del viejo.

—No pude juntar las piezas del otro. Menuda ironía, ¿eh?

—Por favor... —gimoteé.

Suspiró mirando hacia otro lado.

—Todas las decisiones traen consigo consecuencias, TODAS. Te lo dije cuando fui a Bilbao, pero con tanto grito tal vez no lo entendiste: la cagaste y se acabó. No quiero tenerte cerca, Rebeka. No pienso volver contigo. —Me miró fijamente y se revolvió el pelo nervioso—. Vale, eso es una mentira bien gorda, pero es que... ¡Joder!

—Necesitaba tiempo. No te enfades, por favor...

—No te preocupes por eso. No he dejado de estar enfadado ni un solo segundo en tres semanas —espetó con acritud—. Te juro que eso es verdad; tengo un cabreo de cojones. Me prometí que no te echaría de menos ni un segundo, pero aquí estoy, disfrutando de los recuerdos que despiertas en mi interior. Mierda. Joder.

—Por lo menos escúchame, déjame explicarte por qué he venido —rogué.

—No necesito escucharte para saberlo. Quieres volver conmigo.

Asentí conteniendo las lágrimas.

—Soy un genio. —Me miró arqueando una ceja—. Vamos a coger ese vuelo. Estoy demasiado cansado de todo como para discutir contigo. ¡Qué divertido es tener unos días de vacaciones y encontrarme con este marrón!

Como era de esperar, el vuelo fue un suplicio, aunque tuve la suerte de poder sentarme con Lucy, que trató de amenizar el viaje con su verborrea habitual. Me habló de la gira por Estados Unidos durante casi todo el trayecto y de Chris, consciente de que yo no la estaba escuchando. Gary fingió estar

dormido con los cascos puestos. Rocé sus dedos sin querer en un par de ocasiones sobre el reposabrazos, y él reaccionó cruzando los brazos sobre el pecho mientras me lanzaba un par de miradas que podrían haber desencadenado otra edad de hielo.

Según me contó Lucy poco antes de aterrizar, los chicos habían decidido dejar atrás Londres y asentarse en Belfast; necesitaban empezar de cero, pero, sobre todo, necesitaban que Gary se mantuviera centrado. Por lo visto, vivir a las afueras de la ciudad le ayudaba. Me parecía increíble que fueran capaces de reorganizar sus vidas en torno a él, después de lo turbulento que había sido su pasado y de todas las veces que los había defraudado... Le estaban dando otra oportunidad.

Antes de largarse dejándome tirada en la puerta de la terminal, Lucy me pidió que la llamara en caso de que necesitara su ayuda y Chris me abrazó con cariño. También trató de tranquilizarme con palabras de ánimo que no sirvieron para nada. Me sorprendió la seguridad que mostraban por mi bienestar, porque las señales indicaban lo contrario: no había ni rastro de Gary; nada más bajarse del avión había cogido su equipaje y había desaparecido.

Me senté sobre mi maleta y me dediqué a jugar con el móvil e investigar quién era el señor que le daba el nombre al aeropuerto: George Best, conocido como «el chico de Belfast» o «el quinto Beatle». Una leyenda del fútbol que falleció tempranamente gracias a la devoción que le profesaba al alcohol. También conocido como el héroe de la infancia de Gary, según me dijo en una ocasión. Genial. Justo lo que necesitaba para calmar los nervios.

Miré a mi alrededor disgustada. Me prometí que, si en media hora no venía, buscaría un hotel y me daría por vencida. Tal vez había tardado demasiado tiempo en admitir la verdad.

Veintitrés agónicos minutos más tarde apareció con cara de pocos amigos, arrastrando su maleta y con la guitarra al hombro. Se detuvo a mi lado de mala gana.

—Sigues aquí —afirmó malhumorado.

—No tengo dónde ir. Ya lo sabes. Además, no hay ningún vuelo a Alemania hasta mañana.

—No ha sido idea mía que vinieras, pero, por lo visto, es exclusivamente mi responsabilidad. Preferiría que te quedases con Chris y Lucy, pero no me voy a arriesgar a que ella me corte las pelotas. Así que o te mando a un hotel

o te llevo a mi casa. —Miró pensativo hacia la calle.

Me levanté de la maleta, que volcó y golpeó el suelo con un estruendo enorme.

—Quiero quedarme contigo.

—¿Crees que no lo sé? —Sonrió con amargura—. Soy lo último que te conviene en este momento. En Bilbao lo tenías bien claro; tal vez fue tu momento más lúcido...

—Por favor.

Apretó la mandíbula y empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor, se calló y comenzó a caminar hacia el parking. Yo lo seguí, hasta que a mitad de camino se detuvo de golpe, haciéndome tropezar con su maleta.

—Que supliques me desconcierta —dijo con rabia contenida.

—Y a mí me descoloca que me hables así.

—A veces no queda otro remedio que ser un cabrón.

Dio un par de pasos más y se quedó observando el parking. Volvió a mirarme malhumorado como si fuera la culpable de que no encontrara su coche, cosa que era bastante probable visto el estado en el que se encontraba desde que yo había llegado.

—Ojalá pudiera dejarte en la puerta de cualquier hotel, pero sé que no voy a ser capaz, ni aunque fuera un cinco estrellas. —Elevó la llave en el aire y los intermitentes de un coche negro cerca de nosotros se encendieron—. Me odio por ello, no sabes de qué manera.

Me acerqué a él poniendo mi mano en su pecho. Se puso tenso y dio un paso atrás.

—He intentado alejarme, por el bien de los dos, pero he acabado corriendo hacia ti.

—Eso es exactamente lo que me cabrea. —Su tono era duro y contenido—. No has luchado, te has rendido. Eres una niña cobarde. Eres...

—Eso ha dolido.

—Me alegro. Espero que sufras con esto por lo menos la mitad de lo que me ha dolido a mí.

SABES CORRERTE EN ALEMÁN

Durante lo que duró el trayecto hacia su casa, su mirada se desvió una sola vez en mi dirección, aunque seguramente solo buscaba el retrovisor y yo estaba en medio.

Llegamos pasadas las doce de la noche, después de un viaje tenso, mudo y temerario.

Era un pequeño chalé junto al mar, al norte de Belfast, en el quinto pino, más o menos donde San Patricio perdió el mechero. Cosa que deduje gracias a los carteles de la carretera. Por mucho que me hubiera gustado preguntarle si esa era la casa de su familia que mencionó en una ocasión, no me dio pie a hablar en todo el trayecto. El volumen al que puso la música, el último disco de The Queen of the Broken Hearts, hacía vibrar hasta los cristales de todos los vehículos que circulaban a nuestro alrededor.

Salió del coche sin mediar palabra, cogió nuestras maletas y su guitarra del maletero, las arrastró por el camino de piedra, abrió la puerta casi de una patada y lo tiró todo en la entrada.

—Vamos a tener un *déjà vu* de los que duelen —dijo mientras me miraba con ojos cansados y fríos.

No entendí a qué se refería. Me limité a asentir y a seguirlo por toda la casa. Me mostró la cocina de pasada y me guio hasta el enorme salón, sin pronunciar una mísera palabra. Puso leña en la chimenea y la encendió con pericia. Observé a Brooklyn, su Gibson Les Paul roja, colgada en la pared junto a otras tres guitarras.

—Esta vez tampoco hay nada más que no sea un sofá y una cama —me dijo mientras cogía las maletas de la entrada y empezaba a subir las escaleras.

Lo seguí por un pasillo estrecho hasta una habitación grande y luminosa,

decorada con un estilo rural pintoresco pero moderno. Me habría encantado hacerle algún comentario sobre lo bonita que era, pero, una vez más, me contuve.

—Dormiré en el sofá, no hay problema —sugerí con un hilo de voz.

Me lanzó una mirada de incredulidad a la par que tiraba las maletas contra el suelo de madera.

Me sobresalté por el golpe y cerré los ojos angustiada.

—Que esté cabreado o, más bien, que quiera matarte con mis propias manos no significa que sea un desalmado. Dormirás en mi cama. Punto. Ya discutiremos mañana sobre tu regreso a Alemania. Encontrarás el baño al final del pasillo. Cualquier cosa que necesites... Supongo que estás en tu casa.

Se acercó al armario y sacó una manta y una almohada.

—Me siento... agotado, por no decir otra cosa. Buenas noches.

Se largó sin darme la oportunidad de responder. Me quedé bloqueada, incapaz de mirar otra cosa que no fuera el marco de la puerta. Me dejé caer al suelo al lado del equipaje y me abracé a su maleta como una idiota, tratando de buscar apoyo moral en un objeto inanimado. Eso era lo único que me quedaba en ese triste momento.

Pasados los minutos decidí abrirla; cogí la primera camiseta que pillé y me la puse a modo de camión. Un olor extraño se mezclaba con el delicioso aroma de Gary, pero no me importó.

Me metí en la cama y, ante la imposibilidad de dormir, miré mi móvil para pasar el rato. Tenía varios mensajes de Ana, de mi hermano y de Daniel. Se me revolvió el estómago pensando en él y en Andrea, y lo diferente que sería todo si lo hubiera amado lo suficiente. Probablemente en ese mismo instante yaceríamos abrazados en su cama, después de haber arrojado a la niña, y él lo daría todo por mí. Me sentiría protegida y querida... No como con Gary, que, aunque no podía reprochárselo, me odiaba, y estábamos más lejos que nunca.

Había tomado una decisión; además de ser consecuente con ella, me tocaba luchar.

Como era de esperar, el móvil se quedó sin batería. No tenía a mano un adaptador de corriente. Así que, pasadas las tres de la mañana, me levanté. Caminé por el pasillo descalza, a oscuras, y bajé las escaleras tropezando varias veces.

Cuando llegué al salón, observé la habitación desde la puerta, iluminada por el fuego del hogar que todavía no se había apagado, y al amor de mi vida, que parecía dormido. Estaba tumbado sobre el costado derecho, con un brazo estirado y la mano colgando del sofá, y con el otro brazo abrazando la manta que se enroscaba en su cuerpo. Me acerqué despacio; levanté un poco la manta para acostarme a su lado. Me acurruqué contra el calor de su cuerpo en el escaso espacio que quedaba y apoyé la cabeza en su brazo. Respiré hondo. Nos encontrábamos cara a cara; por primera vez en meses mi cuerpo se relajó con el contacto del suyo y sentí que por fin volvía a estar en el sitio que me correspondía.

Estudié su cara, cautivada como si fuera la última vez que lo iba a tener delante; mientras dormía, reflejaba una inocencia y una paz que rara vez dejaba ver cuando estaba despierto. Parecía más joven y sensato. Memorice cada detalle de sus labios carnosos, la forma de su mentón, sus mejillas, la barba de tres días que le hacía aparentar más edad de la que tenía, pero que le sentaba tan bien... Todas sus armas de seducción visibles, todos los rasgos que me volvieron loca nada más verlo casi un año atrás.

Enrosqué uno de sus rizos en mi dedo índice, alucinando con la longitud de su cabello y gozando del tacto sedoso. Aguanté las lágrimas a duras penas.

Abrió los ojos lentamente y contuve el aliento inconscientemente. Pero no vi desprecio en el azul apagado de sus iris, solo resignación. Al menos, de primeras, no parecía que fuera a tirarme al suelo de un empujón. Volví a respirar algo más tranquila.

Movió un poco el cuerpo, estiró las piernas y me permitió acomodarme mejor a su lado, haciendo desaparecer los pocos milímetros que nos separaban. Observó con un atisbo de diversión la camiseta que tapaba mi cuerpo. Con un movimiento ágil, protegió mis piernas del frío con la manta.

—Esta casa es muy fría —se justificó con voz somnolienta, pero el latido descontrolado de su corazón me demostró cuánto significaba para él ese gesto.

Mi corazón estaba a punto de colapsarse.

—Casi tanto como tú.

—Será que nací aquí.

Me retiró un mechón de la cara y me miró fijamente. Deseé salir corriendo, porque sentía en lo más profundo de mi ser ese jodido miedo a que me hiciera daño con una sola palabra, pero me obligué a continuar a su lado.

Vi su mano izquierda todavía agarrada a la manta; le acaricié el dorso con suavidad, convirtiendo ese momento crucial en la primera vez que nos tocábamos, piel con piel, en semanas.

—Siento decirte que apestas. La camiseta que llevas... no ha visto una lavadora en varios días.

Olisqueé la prenda de nuevo: no le faltaba razón. La mezcla de humo de cigarrillos y humanidad era brutal. Sonreí con timidez.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, yo tratando de armarme de valor y él probablemente evaluando la situación.

—Así que quieres volver conmigo.

—Sí —afirmé sin un ápice de duda.

Noté cómo su mano derecha se movía con suavidad acercándose a mi espalda. Su pulgar rozó ligeramente mi camiseta, pero la electricidad de su contacto me atravesó desde la cabeza hasta los pies.

—Has tardado más de lo que pensaba. Pero nunca haces lo que espero...

Me sentí esperanzada, fuerte y hundida. Todo al mismo tiempo.

—Tenía que estar segura.

Me maldije por estar todavía tan cohibida y no ser capaz de gritar a los cuatro vientos, para que me oyeran desde Escocia, que lo quería. Era una profesional soltando burradas, pero cuando se trataba de emociones profundas... Además, nunca me había gustado ser la chica que tenía que llenar el silencio, pero sabía que había llegado el momento de explicarme, y no solo sobre lo que quería: tenía que demostrarle que lo que sentía por él era mucho más de lo que yo misma pensaba.

—¿Y lo estás? —preguntó con tono profundo.

—Sí.

Mi soltura oratoria compuesta de monosílabos debió de resultarle conmovedora.

—O sea, que el alemán no te ha metido la caña que necesitas y te has visto obligada a volver conmigo. ¿Qué demonios les pasa a los alemanes con el sexo? Si no sale de una cadena de producción, ¿no saben manejarlo?

Su descaro era un arma de doble filo, aunque dejaba en evidencia algo que tal vez no había visto claro hasta entonces: detrás de toda esa bravuconería e irreverencia, se escondía un tío inseguro tan cagado y sobrepasado como yo.

Cerré los ojos permitiendo que sus palabras me partieran en dos, pero volví a abrirlos dispuesta a que supiera que ese no era el motivo por el que había

ido hasta allí.

Pero él continuó por la senda de los reproches ofensivos.

—Sabes correrte en alemán; supongo que el detalle no le habrá pasado desapercibido —dijo como si hablar de mis orgasmos con otros tíos fuera lo más apropiado y constructivo. Cosa que me dejó bien claro que no tenía intención de que las cosas fueran fáciles. Tampoco es que estuviera en situación de cabrearme, pero su comentario fue demasiado. Volví a cerrar los ojos herida, tratando de sujetar el torrente de lágrimas que iba a empapar su maravilloso sofá de un momento a otro.

—No me he corrido en alemán. Ni en ningún idioma —farfullé humillada mientras una lágrima traidora recorría mi mejilla, seguida de otras doscientas cincuenta y tres.

Así fue como mandé a la mierda mi promesa de no montar una escenita.

Traté de levantarme, pero casi me caí del sofá, si no hubiera sido porque él me agarró.

—No llores, joder. Lo siento. —Sujetó mi cara entre sus manos obligándome a mirarlo; parecía arrepentido—. Me he pasado.

—No niego que me lo merezca, pero has sido cruel.

Se llevó una lágrima con el pulgar y me acarició con suavidad la mejilla. Pude sentir que empezaba a rendirse, y me jodió que fuera por las lágrimas. No quería ganar aquel asalto jugando la carta de la chica llorona.

—Lo siento —repetió—. No estoy bien, y no voy a fingir lo contrario. Y, claro, no solucionarlo con alcohol o sexo saca lo peor de mí. Veinte minutos me he pegado delante del bar del aeropuerto convenciéndome de que no merecía la pena entrar y pasar la noche sentado en la barra con una botella de whisky, que puedo enfrentarme a esto sobrio... Pero, joder, no es tan sencillo.

Trató de sonreír, aunque ambos sabíamos que sus palabras no tenían ni pizca de gracia.

—Lo he dejado todo atrás: mi familia, mis amigos..., hasta un puesto de trabajo en Hannover que he rechazado. Me estoy esforzando, pero tú te has construido una puta pared alrededor con el orgullo. Y lo entiendo, te prometo que lo entiendo, pero si no haces otra cosa que disparar en mi contra, va a ser imposible conseguir algo. Así que, si de verdad quieres que me vaya, solo tienes que decirlo. Me marcharé.

—Necesito silenciar la voz de mi cabeza que me dice que lo elegiste a él y

que no mereces una puta oportunidad, y la única manera es causándote mucho daño. No me mires así. Lo del alemán...

—... te dolió.

—Evidentemente, sí. Todo lo que pasó antes de que nos viéramos en Bilbao me da igual. Que mantuvieras una relación con él me parece genial mientras fueras feliz. No me supone un problema, porque yo no estaba ahí para hacerlo, así que es lo que hay. Incluso si te acostaste con él, no podía evitarlo. Lo miré confundida.

—Que te arrepientas y que a mí me duela no significa que estuviera mal, Rebeka. Soy el primero que entiende cómo funcionan esas cosas. He sido el cabrón infiel y he sido el otro. Me conozco los dos papeles al dedillo, y decir lo contrario o culparte me convertiría en un hipócrita. Ya sabes lo que dice la canción: por mucho que lo sientas, también disfrutaste, y no hay nada de malo en eso. —Hizo una pausa—. Lo que me molesta es que él te importó más que yo a la hora de tomar la decisión, y que tus sentimientos por él sean más fuertes, que lo quieras, que sea algo más que un par de polvos por despecho, y me mata que hayas decidido volver conmigo por algún motivo equivocado, porque crees que es lo correcto o por quién soy.

A Gary no le molestaba que me hubiera acostado con Daniel, pero los sentimientos... Eso sí. Esa atracción natural e irreprimible que mi corazón se había traído entre manos me convertía en la persona más horrible e infiel del planeta.

Ojalá Daniel hubiera sido un mero objeto sexual para mí.

—Él era la opción correcta y fácil, pero eso no significa que sea lo que en realidad quiero. De hecho, no lo es. Sé que elegí volver a Alemania y la cagué, pero te aseguro que no fue solo por Daniel. Tenía miedo.

—No puedo confiar en ti. Esa es la verdad. Dejarte con él es lo más duro que me he visto obligado a hacer nunca, pero a su vez me siento orgulloso. Me he demostrado que tú eres lo primero, que soy capaz de sacrificar cualquier cosa por ti. Hasta regalarle una oportunidad de oro a otro tío, jodiendo mi propia vida y amargándome la existencia.

Sonrió disgustado mientras yo me limpiaba una lágrima de la cara.

—Que ahora mismo estés aquí es todo lo que me debería importar, así como los sentimientos que albergas hacia mí, pero necesito ir poco a poco. No sé si serás capaz de luchar contra mis demonios cuando los tuyos todavía campan a sus anchas... Cosa que convierte esta situación en una cuestión de

supervivencia: si te dejo acercarte y todo se vuelve a joder, no voy a ser capaz de remontar.

Odié que le diera miedo estar a mi lado. Deseé que me permitiera besarlo una vez, rozar mis labios con los suyos, para que entendiera que lo era todo para mí.

—Jamás podré compartir mi vida con otra persona, y te juro que lo he intentado, pero te necesito. Con tus problemas, con tu grupo, con tu familia, con tu manera de hacerme sentir... Tú tocas partes de mi ser a las que él no llega, ni siquiera con las manos. Daniel es uno de los mejores amigos que he tenido, y un tío adorable, nada más.

—¿Adorable? —Se echó a reír—. Si una tía dijera eso de mí no me lo tomaría demasiado bien. Me sobrarían las pelotas...

Ahí estaba la sonrisa que me hizo caer rendida a sus pies en el pub de Joe, y que casi un año después seguía desmontándome.

—De ahora en adelante lo llamaré Daniel I el Adorable. Me gusta más que «Ken».

En el fondo no era un mote tan malo, si lo comparaba con la lista que tenía mi amiga Ana.

Me mordí el carrillo, segura de que, si no lo hacía, la sonrisita que intentaba reprimir se me iba a escapar.

—No seas capullo. —Le di una palmada en el hombro—. Daniel es... el tío perfecto, lo tiene todo. Es guapo, atento, detallista, maduro, cariñoso, estable...

—Tal como lo estás describiendo parece una criatura mística, y hasta yo me quiero acostar con él.

Bufé mosqueada. Él se encogió de hombros con inocencia.

—Perdón. Continúa, por favor.

—Por muy perfecto que sea, y por mucho que haya intentado que lo fuera todo para mí, ha sido imposible. Me entristece el daño que le he podido provocar... Me gustaba mucho, pero no con la intensidad que sé que puedo llegar a sentir. No me temblaban las piernas, no perdía el aliento, no me quedaba anonadada mirando sus ojos o jugueteando con los dedos de sus manos. —Hice una pausa tratando de ordenar las ideas—. No eras tú.

Parecía aliviado. Quise aplaudirme por haberle dicho lo que pensaba con tanta claridad.

—Y canta fatal. —Me guiñó un ojo.

—La verdad es que sí.

Así, tontamente, Gary conseguía que el nudo que me cerraba la garganta se abriera.

—Mi hermano me dijo, muy sabiamente, que en la vida hay tres amores: el primero, que te marca a ti y a las siguientes relaciones que vayas a tener; el segundo, que es el imposible, y el tercero y último, el correcto. Tú eres el segundo, el amor más complicado de toda mi vida, y él es el correcto, pero no es lo que quiero. Admitirlo era un paso que tenía que dar yo sola.

—¿Ha merecido la pena?

—¿Estar con él o sin ti? —pregunté confundida.

—No tenerme a tu lado ya sé que ha sido una mierda, por eso has vuelto corriendo. —Se echó a reír de nuevo haciéndome sentir un revoloteo en el estómago—. Me refiero a él. Si ha merecido la pena salir con él todos estos meses.

Me detuve a pensar durante unos minutos. ¿Había merecido la pena?

—Sí. Tal vez haya sido egoísta por mi parte, pero me ha ayudado a ver las cosas con claridad. Su amistad es importante para mí, y él ha provocado nuestro reencuentro.

—No bromees con eso, Rebeka.

—¡Es verdad! Hablamos y le dije que todavía sentía algo muy fuerte por ti, pero que no tenía esperanzas de volver contigo. Fue él quien me dio una patada en el culo en tu dirección. Lo digo en serio. —Fruncí el entrecejo—. Hasta me regaló tu último disco.

Puso una cara extraña.

—Puede que algún día le dé las gracias.

Contuve la respiración. Tenía una duda lacerante.

—Y tú... ¿Has estado saliendo...? ¿Te has acostado...?

—No —contestó tajante—. Rotundamente no. Ya te lo dije en Bilbao.

—Oh.

—Sí, ¡oh! —Se carcajeó—. Tal como te he dicho, es la primera vez que no me enfrento a mis problemas con sexo y drogas. He caído en relaciones carnales con facilidad muchas veces, y gracias a ti, he descubierto que tiene que haber algo más para que merezca la pena. Debería estar orgulloso, pero no sé qué decirte. No me siento especialmente bien. —Me lanzó una mirada de lástima y yo, muy oportuna, bostecé agotada—. Dame unos días, necesito... ver cómo van las cosas. Que hayas venido es un problema, pero

por muy egoísta que sea, prefiero tenerte aquí que saber que sigues en Alemania. Con él. Necesito luchar contra esto, al menos intentarlo... ¿pero sabes qué? A lo mejor no quiero ganar; quiero perder, quiero la derrota por todo lo alto.

Me miró de un modo que me hizo intuir que me había echado de menos tanto como yo a él y que deseaba volver al punto en el que lo éramos todo, pero, pese a eso, presentí que estaba pasando por el mismo proceso que yo cuando llegué a Alemania. Esa horrible sensación de vértigo por la intensidad de nuestros sentimientos, y ese terror por perderlos. Yo me refugié en la bebida y la juerga, y después en Daniel. Él, en cambio, no tenía ninguna de esas opciones a su alcance, al menos, si no quería acabar descarrilando de nuevo, y se había visto obligado a dejarme entrar en su casa.

Me acurruqué y él me estrechó entre sus brazos, en el único sitio que tenía todo lo que deseaba en la vida.

Nos quedamos dormidos abrazados.

30

ME HAS MENTIDO

Pese a la conversación que mantuvimos y al hecho de haber dormido abrazados, los siguientes dos días me ignoró. Se largaba temprano a saber dónde, a hacer cosas de rockero, supongo, mientras se escondía de su mayor reto como un cobarde: una morena de metro setenta que solo deseaba ser su chica de nuevo. Para colmo, volvía a última hora de la noche, cansado y arisco.

Mientras tanto, yo me dedicaba a pasar las horas echándolo de menos, arrastrándome por la casa y comiendo chocolate, sin ser capaz de dar con la fórmula mágica para volver a ser nosotros. Me hacía sentir como el huésped inesperado que se queda demasiado tiempo, pero, pese a eso, le concedí el tiempo y el espacio que parecía necesitar. Aunque la situación fuera de lo más racional se estaba convirtiendo en algo más que absurdo.

Así que, al tercer día, en lugar de resucitar nuestro amor, me fui de turismo.

Cuando llegó el taxi, le pedí que me acercara al centro de Belfast. Una vez allí, me monté en el primer autobús turístico que vi, uno de esos rojos con dos pisos. Me senté en la parte de arriba a cubierto, con un mapa y un café entre las manos.

El guía, Paddy para los amigos, nos narró con su acento cantarín la historia de la ciudad al son de *Brown eyed girl*, de Van Morrison, y no paró hasta que consiguió que todos los pasajeros alzáramos las manos y cantáramos a coro el pegadizo estribillo: «*Sha la la la la la la la la la dee dah*». Pese a lo zumbado que parecía estar, se puso serio cuando visitamos los barrios problemáticos y vimos los alambres de espinos, las cámaras de vigilancia, los «muros de la paz» y las puertas que antiguamente los separaban para evitar conflictos. Las diferentes banderas que ondeaban a cada lado evidenciaban

que las heridas no habían cicatrizado del todo, cosa que me entristeció. Paddy también nos mostró algunos de los murales que adornaban los barrios y mantenían en la memoria de sus habitantes a las víctimas de «los problemas».

De vuelta en el autobús, de camino a los muelles, nos señaló la casa del ciudadano más famoso de Belfast: el optimista que tenía una piscina en el jardín. ¿Qué demonios tenían los norirlandeses que te hacían sonreír con dos palabras?

Media hora después, con la cabeza aturullada sin poder digerir tanta información, abandoné el *tour* en el barrio donde se encontraban los astilleros Harland and Wolff, que construyeron, entre otros, el orgullo de Belfast: el insumergible buque RMS Titanic. Por lo que me contaron —con cierta ironía—, se hundió porque el capitán era inglés. Durante la visita, no dejé de preguntarme si algún antepasado de Gary trabajó poniendo remaches en el Titanic ni de pensar en lo que me habría gustado escuchar todas las historias saliendo de sus labios.

Me marché de allí a primera hora de la tarde caminando por la orilla del río Lagan y admiré las dos enormes grúas amarillas que dominaban el *skyline* de Belfast a lo lejos: Samson y Goliath. Paseé durante un buen rato hasta cruzar un puente que me llevó de vuelta al centro.

—Es normal que esté siendo frío y distante. Dale tiempo —dijo Ana al otro lado de la línea—. Usa su negatividad como combustible, convierte el caos en pasión y pon toda la carne en el asador. Y, sobre todo, no te rindas: sabes que merece la pena.

Sostuve el móvil entre la oreja y el hombro, dejé las bolsas que llevaba en el suelo y me senté en un banco de la Queen's Square. Estaba húmedo. En Belfast el clima cambiaba en cuestión de minutos y en un mismo día podían sucederse las cuatro estaciones.

—No pienso rendirme, pero lo he jodido todo.

—Lo has estropeado un poco, sí. Pero parece que no es tarde para solucionarlo. Al menos no te has encontrado tus mierdas tiradas en la puerta, y eso, a mi entender, es buena señal.

—Me jode haber estado tan ciega. Me encerré en mí misma y seguí adelante con la decisión equivocada.

Me giré para observar la belleza del reloj Albert Memorial, que presidía la

calle y que estaba peligrosamente inclinado, más de un metro, aunque los transeúntes no parecían preocupados. Suspiré entristecida por el hecho de encontrarme en uno de los puntos turísticos más importantes de la ciudad sola.

—La próxima vez intenta escuchar lo que te digo, porque por mucho que trates de negar y ocultar lo que en realidad sientes, para mí es como si tuvieras un maldito sistema de subtítulos en la frente. Solo espero que consigas solucionarlo y que hayas aprendido la lección. Por cierto, ¿dónde diablos andas? ¡Oigo muchísimo ruido! —Alzó la voz.

El tráfico de la hora punta que marcaba el final de la jornada de los habitantes de la ciudad tronaba a mi alrededor.

—En Belfast. Pasando el día sola.

La verdad es que al principio pensé en llamar a Lucy y pedirle que me acompañara, pero en el último momento decidí que necesitaba pasear a solas y pensar. O tal vez era una penitencia autoimpuesta, quién sabe.

—Míralo por el lado bueno: desde que lo conoces has hecho un motón de turismo. Londres, Nueva York, Hannover, Ámsterdam y ahora, Belfast. ¡Es genial!

Protesté con un gruñido y ella se echó a reír.

—Quiero hacer algo por él. No sé si comprarme algo provocativo o darle una sorpresa... Pero necesito algo que rompa la inercia de esta situación como sea.

Ana guardó silencio durante unos instantes. Casi fui capaz de escuchar los engranajes de su cerebro maquinando, aunque en realidad eran sus dedos tecleando con agilidad.

—Tengo una idea —dijo entusiasmada—. Según Google Maps, te encuentras cerca del centro comercial Victoria Square; tendrás que andar un poco, pero no debería ser demasiado complicado.

—¿Qué puñetas haces mirando un mapa de Belfast?

—Oye, intento ayudarte, y de paso me preparo para una hipotética visita turística. ¡El edificio del ayuntamiento es imponente!

Continuó hablando y dándome indicaciones acerca de la dirección que debía tomar. Mientras tanto, yo me giré hacia la calle principal tratando de ubicarme. Una melena rubia, casi naranja, con un tinte de estos que se ponen cuando se pierden apuestas o le haces una putada bien gorda a la peluquera, llamó mi atención provocando que perdiera el hilo de la conversación. A su

lado, aferrándose a su cuerpo con posesividad, caminaba un chico con el flequillo largo y rebelde. No estaba segura de lo que veía, pero me resultaron demasiado familiares.

—Ten paciencia. Te está poniendo a prueba. ¡Cómprame algo chulo! —dijo Ana antes de colgar.

Me quedé mirando fijamente a la pareja un par de minutos más. No se dieron cuenta.

Cuando el taxi me dejó en casa por la tarde, me encontré a Gary saliendo por la puerta. Con las llaves del coche en la mano, una cara de cabreo monumental y un gorro de lana gris monísimo calado hasta las orejas.

—¿De dónde vienes? —espetó con acritud.

Lo miré y no pude evitar preguntarme cómo se las había apañado para meter todo el pelo bajo la lana él solito.

—He estado pasando el día en la ciudad —respondí como si nada.

—Maldita sea, podrías haber dejado una nota.

Di un paso atrás impactada por su rabia.

—Claro, podría haber dejado una nota cariñosa al lado de las que tú me has dejado a diario.

Fui consciente de que me encontraba en plena crisis pasivo-agresiva y que no iba a ser capaz de ser indulgente. Parecía arrepentido, pero a mí me importó un pepino haberlo herido.

—Tenía trabajo.

—Estaba aburrida.

Pasé de largo canturreando «*Sha la la la la la la la la la la dee dah*» y entré en casa. Lo oí soltar varias palabrotas y cerrar de un portazo. Lo ignoré mientras me quitaba el abrigo, lo colgaba en el perchero y me sacaba las botas de una patada.

Se puso frente a mí con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿*Brown eyed girl*? ¿Te has montado en un autobús turístico?

Asentí. Me miró como si le hubiera vendido mi alma al mismísimo diablo. Le di la espalda y él me siguió hasta el pie de la escalera.

—Iba al aeropuerto a buscarte. Hay un vuelo a Hannover dentro de media hora. Pensaba que te habías ido, joder.

Me miró angustiada. Se quitó el gorro haciendo que sus rizos volvieran a su sitio.

Que supiera a qué hora había vuelos a Alemania me llevó a pensar que en el

fondo creía que iba a salir huyendo y que no iba a pelear hasta el final. Me dolió.

—¿Qué más da si me voy? No es que vayas a notar mi ausencia, ¿no crees? Se quitó el abrigo y me miró contrariado.

—Si he permitido que te quedaras aquí es porque... —Resopló—. Da igual. Había pensado en cenar contigo. Por eso he vuelto antes.

Suspiré lánguidamente. Tal vez necesitábamos discutir, gritar e implosionar, como el núcleo de una estrella que se rompe en mil pedazos por el efecto de su propia atracción gravitatoria. Pero estaba demasiado disgustada como para ser coherente.

—He comido algo antes de venir —mentí.

Subí las escaleras de dos en dos y me encerré en el dormitorio. No me siguió.

Deseé que lo hubiera hecho más que nada en el mundo.

Media hora más tarde volví a bajar a la cocina con el objetivo de meterme una buena dosis de azúcar. Me encontré con que todo estaba en silencio y que no había rastro de Gary.

En la isla central descansaba un plato cubierto con una tapa de plástico. La levanté con curiosidad. El olor del cordero frío me dio en toda la cara.

Pensar en que había estado cocinando hizo que se me escapara una sonrisilla y me sintiera esperanzada. A lo mejor su idea había sido más romántica de lo que me había dado a entender, pero yo lo había arruinado con mi sarcasmo. Me costó la vida no salir corriendo como una loca para abrazarlo, pero no era plan de sobrevalorar un estofado, tal como había hecho con la primera noche que dormimos abrazados.

Volví a cubrir el plato, cogí mi abrigo y salí al jardín trasero para despejarme.

La hierba estaba congelada y el cielo, estrellado. Señal inequívoca de gripe a la vista. ¡Y yo que pensaba que el frío bullía del interior de Gary!

Me dejé caer pesadamente sobre el balancín de madera, metí la mano en el bolsillo y saqué el paquete de tabaco. Llevaba semanas sin fumar, desde la noche de autos con Alex.

Justo cuando me disponía a sacar un cigarrillo, rendida ante la posibilidad de que la nicotina hiciera el trabajo sucio de alegrarme el día, Gary abrió la puerta.

La hierba crujió bajo sus pies mientras se acercaba. Seguía teniendo cara de

pocos amigos.

—Estamos a cero grados. No deberías sentarte aquí —afirmó con tono autoritario.

—Tú y yo llevamos bajo cero tres días: ni siquiera noto la diferencia —dije, y me arrepentí nada más hacerlo.

Nadie dijo que fuera a ser fácil, pero tampoco que fuera a ser tan jodidamente complicado. Seguíamos enamorados, no me cabía la menor duda, y ambos la habíamos cagado, pero éramos incapaces de hallar el punto intermedio en el que volver a encontrarnos. Deberíamos querernos por todos los maravillosos momentos que habíamos compartido, y no odiarnos por lo único en lo que nos habíamos equivocado.

Le hice un gesto para que se sentara a mi lado. Iba a intentar hablar con él, pero si decidía seguir guardando las distancias e ignorándome, me iba a rendir.

Él se cerró el abrigo y se sentó a mi lado.

—Dices que estoy siendo frío, y tienes razón, pero no es por el motivo que crees. Simplemente he cambiado o he vuelto a ser yo, no lo sé. Cuando dejas de beber, el día se alarga un montón; tienes mucho tiempo libre, piensas... Hasta que no permaneces sobrio una temporada no te das cuenta de lo jodido que estabas.

Rehuí su gesto de dolor y miré la casa pensativa.

—Una vez me desperté sobre ese tejado. Borracho —afirmó con el semblante relajado y la vista fija en el pequeño chalé—. No tengo ni puñetera idea de cómo acabé ahí arriba, pero bajar de una pieza fue todo un reto. Mi abuelo solía decir que Irlanda está llena de verdes prados para que los borrachos que no consiguen llegar a casa tengan dónde dormir; yo siempre complico las cosas, ya me conoces... Supongo que mis problemas empezaron hace mucho más tiempo del que pensaba. Creo recordar que tenía diecinueve años y era Nochebuena, una de las últimas que pasamos aquí. Solíamos dormir en el salón toda la familia, mis padres, mis tíos, primos... en plan campamento.

Supuse que era su peculiar manera de mantener una conversación banal y distraernos de la tensión. Lo que no imaginaba era que se avecinaba una pequeña bomba.

—He buscado ayuda, Rebeka; no lo puedo superar solo. Y el primer paso ha sido volver a casa y rodearme de la gente a la que realmente le importo.

Sus palabras impactaron en mi corazón como una bomba de diez kilotonnes. Entré en modo vibración, temblando como una niña pequeña, y solo pude limitarme a hacer un gesto para que continuara hablando.

—Aquella noche en Nueva York no me importaba no despertar a la mañana siguiente. Ni siquiera lo deseaba. Estaba seguro de que no iba a ser capaz de gestionar todos los problemas que se me estaban viniendo encima, y no quería ser ese tío borracho y pasado de rosca para ti. No podía ser lo que merecías, corrías peligro a mi lado. No quería alejarte de mí, pero tampoco quería que pagaras las consecuencias de la mierda de vida que he llevado... Estaba destrozado por tu inseguridad, por el egoísmo de Josh y por mi debilidad.

—Gary, para un segundo, por favor.

Sus pupilas se veían dilatadas y tenía un brillo triste en la mirada.

—Durante la primera parte de nuestra relación sufrimos las consecuencias de mi pasado...

Fijó la mirada en el suelo.

—Lo sé. Tú también has luchado para dejar atrás todo lo que te pasó con Alex. Aunque fuera algo que tenías que hacer tú sola, yo no estaba en condiciones de ayudarte.

—Estamos más que en paz. No te culpes por todo.

—Me siento débil... No beber es muy jodido.

—Llevas sobrio desde Nueva York. Lo vas a conseguir.

—No sé si voy a conseguirlo... Me siento como si hubiera vuelto al instituto: vuelvo a ser aquel chico delgado con demasiado pelo en la cabeza que siente que nunca llegará a ser nadie. Y me duele, porque lo tuve todo y lo mandé a la mierda. Nunca he nadado en la abundancia, ni siquiera en los mejores tiempos de Everlasting Wound, pero hoy en día estoy arruinado, ni siquiera tengo un empleo, y las ventas del último disco no acaban de despegar. Depende de mí salir adelante... Pero no sé si seré capaz de volver a componer ni si los chicos aguantarán a mi lado. Lo único que puedo ofrecerles a cambio de vuestra confianza, es esto —abrió los brazos y sonrió con tristeza—: Yo, con todos mis defectos y mis mierdas, aunque probablemente sea la versión más real de mí que tendréis jamás. Y toda mi mala reputación, que es mucha. Ni siquiera puedo prometerte que las cosas vayan a mejorar o que vaya a superar la adicción; solo puedo decirte que lo intento con todas mis fuerzas.

—No me importa, Gary, y diría que a Chris y Sean tampoco. Volverás a ser tú. Esto ya no es lo mismo; no somos los dos idiotas que se conocieron en un pub... ¿Y a quién le importa?

Suspiró y miró hacia la casa.

—Este chalé era de mis abuelos hasta que mi madre lo heredó. Se lo compré hace unos meses, cuando tuve que vender la casa de Londres. Aquí me siento seguro; tengo buenos recuerdos de mi infancia, y de toda la familia unida, aunque fuera el topicazo navideño.

Sin darse cuenta, había pronunciado las palabras mágicas, y yo no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad.

—¿Sabes que dentro de poco será Navidad?

Me miró como si fuera mediados de agosto.

—¿Dónde quieres que pase Nochebuena? ¿Quieres que me vaya a Bilbao?

Nos retamos en silencio. Yo buscaba una respuesta y él se debatía entre volver a herirme o decirme lo que realmente quería.

—Mi lado egoísta quiere que te quedes aquí, que pases la Nochebuena conmigo y mi familia, porque necesito saber que soy motivo suficiente para retenerte, pero mi lado realista entiende que quieras volver a tu casa, sea cual sea.

—Mi casa está donde estés tú.

—Entonces es simple: quédate conmigo —me imploró con los ojos rebosando sinceridad—. Siento seguir siendo tan distante, pero me toca aprender a tocarte de nuevo, sin tener miedo a que todo se vaya a la mierda tan rápido como ha empezado. Temo pronunciar las palabras equivocadas...; me asusta provocar que te largues y me dejes tirado para siempre. No podría soportarlo, no puedo volver a perder. —Suspiró apesadumbrado—. Aunque en el fondo sé que, por verte feliz, sería capaz de cualquier cosa... Hasta de perder a propósito.

Mi estómago nos robó el protagonismo del momento rugiendo como si no hubiera comido nada en los últimos dos meses. A Gary le pareció divertido, y yo me alegré por haberle arrancado una pequeña sonrisa.

—Te he mentado —admití abochornada—. Ahora mismo podría comerme a los doce apóstoles.

—Lo sospechaba.

Extendió su mano con la palma hacia arriba y el aire dejó de llenarme los pulmones.

Ese gesto era más importante que cualquiera que hubiera hecho durante los últimos días, porque dormir abrazados había sido la consecuencia de pegarme a él como una lapa después de un día muy duro para ambos, pero ofrecerme su mano era un acto voluntario y lleno de significado. Era proactivo.

Alargué mi mano dejándola suspendida sobre la suya. El calor que emanaba su piel me hacía cosquillas. Era como si la atracción se hubiera convertido en una corriente eléctrica que viajaba de su cuerpo hacia el mío y viceversa. Esa conexión era la razón de que estuviéramos tan perdidos.

Gary no perdió detalle de mis movimientos ni un segundo, hasta que, finalmente, posé mi palma sobre la suya y suspiró, tal vez tan abrumado como yo.

Entrelazó nuestros dedos, nos levantamos del balancín y entramos en la cocina.

Él se puso a trastear, cogió el plato de la isla para calentarlo en el microondas. Yo me senté a la espera, incapaz de decir una maldita palabra y echando de menos aferrarme a su mano. A esas alturas me conformaba con tan poco que hasta me daba lástima a mí misma.

Después de un estridente pitido, puso el plato delante de mí y se inclinó sobre la encimera para observarme. Miré el cordero con la nariz arrugada. Oía fuerte, demasiado, y no es que fuera uno de mis platos favoritos.

Se sentó a mi lado comenzando a desmigalar la carne con sus dedos. Lo observé estupefacta.

Me ofreció un poco de cordero, pero yo pegué los labios y negué con la cabeza. Alzó una ceja e introdujo el cordero en su boca; cerró los ojos y un sonido gutural, demasiado familiar y completamente fuera de contexto, salió de su garganta. Dejé de respirar mientras lo observaba masticando, como si fuera la primera vez que veía a una persona hacerlo y como si hubiera descubierto que era lo más erótico del mundo.

—¿Está bueno? —pregunté perpleja.

Su respuesta consistió en relamerse los labios y repetir el mismo ruidito orgásmico un par de veces más. Jamás podría mirar el cordero sin acordarme de sus sonidos de placer. Las próximas navidades serían una puñetera agonía. Abrió un ojo y me pilló boquiabierta, cosa que aprovechó para meterme un buen pedazo de cordero entre los labios.

Lo miré de reojo; esperaba mi aprobación, pero la carne estaba francamente seca y me hice la sueca.

—Solo intentaba olvidarte —dije de pronto, sin haberlo pensado—. Yo también quería sobrevivir.

—Lo sé.

—Estoy tan enamorada de ti que no sé ni qué hacer.

Durante varios minutos me quedé en silencio a la espera de que dijera algo más, pero se centró en la comida.

—¿No vas a decir nada? —pregunté enfurruñada.

—Me conoces lo suficiente como para saber que si no tengo nada que decir es porque la situación me viene grande. Abre la boca.

Volvió a ofrecerme otro trozo. Moví la mandíbula de manera exagerada, dándole a entender que seguía trabajando con el pedazo anterior.

—No puedes hacerme esto —protesté entre dientes.

—Claro que puedo. Abre.

Tragué y abrí. Depositó otro trozo con suavidad entre mis labios mientras miraba mi boca maravillado. No pude contenerme y lamí sus dedos. Él se relamió los dientes con la lengua mientras soltaba un suave gemido.

—Habla conmigo, por favor —rogué—. No sé, empieza por decirme que soy una zorra por haberme enamorado de otro..., discute conmigo, cambiemos el patrón.

—No lo eres —afirmó con la vista clavada en el plato mientras separaba otro pedazo.

—Dime que me vaya.

Alzó la mirada con la frente arrugada.

—¿Sin cenar? Ni pensar. Abre la boca, querida.

Hice lo que me pidió sin dudar y volví a saborear otro pedazo de cartón asado.

—Buena chica.

—¿Esto es algún tipo de castigo? —Entorné los ojos mosqueada.

—Efectivamente.

—Está un poco seco —afirmé con la boca llena.

—Soy un cocinero pésimo, pero me has mentido: no habías cenado, y lo has hecho para fastidiarme.

—Cierto —concedí divertida.

—Así que ambos sabemos que vas a comértelo todo, porque comprendes que es importante y porque estás deseando hacerme feliz y compensarme por tu mentira. Yo voy a permitirte, porque he tenido que aguantar a mi madre

dos horas por teléfono mientras me daba la receta, porque no sé cocinar ni un puñetero huevo frito, pero quería tener un detalle contigo. Por si eso fuera poco, me he visto obligado a ir al supermercado dos veces y me he quemado con el horno. Además, te mueres por volver a lamerme los dedos, y si las cosas no han cambiado, ambos sabemos que es un juego demasiado tentador al que estamos deseando sucumbir.

Asentí efusivamente y ambos nos echamos a reír.

Volvió a introducir otro trozo de cordero en mi boca, tan seco como el anterior. Aproveché el momento para rozarle los dedos con la lengua.

—Odio que nos hayamos distanciado —dije con la boca llena—. Me ignoras, pero me regañas si me voy sin avisar. Cuando decidí ir a buscarte a Ámsterdam, sabía que habíamos perdido la magia, pero creía que la recuperaríamos. Porque, ilusa de mí, confiaba en que continuaríamos teniendo esperanza y amor. No niego que sigamos sintiendo algo el uno por el otro, pero la ilusión brilla por su ausencia.

Nos miramos fijamente durante unos minutos. Me perdí en el azul infinito de sus ojos y empecé a tener una idea clara sobre los misterios del amor y mi papel en su vida.

Finalmente, suspiró.

—Si supieras lo que siento por ti, estarías segura de que nada puede salir mal.

Los músculos de su mandíbula se tensaron.

Sus palabras hicieron rebotar a mi corazón con más dulzura que cualquier canción romántica que hubiera escrito hasta la fecha.

En ese mismo instante entendí que no era el mismo tío del que me había enamorado casi un año atrás: se había convertido en una persona más madura, y estaba muy tocado. Mi deber era descubrir qué hacer con el daño que nos habíamos provocado; tenía que encontrar la fórmula para convertirlo en el combustible de algo nuevo. Tenía que ayudarlo a superar todos sus problemas y dejar atrás los míos.

Pero, para mi desgracia, había más. Estaba a punto de soltarme el temido «pero», y lo que podría venir detrás me angustió.

—Pero elegiste darle la oportunidad a otro ¿y ahora pretendes que haga como que no ha pasado nada? Lo eras todo para mí..., y lo eres.

—Tú también me heriste en Nueva York. Todavía no me has dado una explicación al respecto.

Resopló airado.

—No lo entiendes. Acabó siendo una pelea, cuando no debería.

—No fue una discusión. Para mí fue un hasta nunca, por mucho que supiera que me ocultabas algo.

—Estaba cabreado, fuera de control, y tú en el punto de mira. En el mío y en el de Josh. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Hablando de Josh, he quedado con los chicos en el Kelly's Cellars dentro de media hora; es un pub histórico de la ciudad, llevan casi trescientos años sirviendo pintas... Quiero que vengas conmigo. Necesito poner todas las cartas sobre la mesa, aunque me vaya a suponer un mal trago. Tienes que entender el pasado para que puedas enfrentarte a lo que sucedió en Nueva York.

Asentí con un nudo en la garganta y me levanté decidida a arreglarme un poco.

Él me detuvo y choqué con su cuerpo.

—¿Dónde vas?

Apoyé las manos en su pecho aturdida por su reacción.

—¿A arreglarme? —pregunté alzando las manos—. ¡Dios!, odio esta tensión que nos rodea todo el rato. No te acercas a mí, me rehúyes, pero si yo me alejo te enfadas... No sé qué hacemos, pero nos estamos consumiendo. Y yo solo deseo que todo vuelva a ser como antes.

—Solo es cuestión de tiempo.

El peso de sus palabras me superó y salí corriendo al piso de arriba. Por segunda vez.

TE NECESITO A MI LADO

Aparcamos en el centro de Belfast y anduvimos por sus callejuelas, que estaban llenas de gente preparada para arrasar la noche y ahogarla en Guinness. Cosa que mi lado más inmaduro también planeaba hacer en cuanto pusiera un pie en el pub. Tal vez él no pensara arreglar las cosas con alcohol, pero yo empezaba a no ver otra salida para aflojar la presión que me mantenía en vilo las veinticuatro horas del puñetero día.

Gary caminaba delante de mí haciéndose un hueco entre la multitud, que canturreaba himnos en un idioma desconocido que lo mismo podía ser gaélico que chino. Las posibilidades de que acabáramos cada uno en una punta de Belfast se multiplicaban por diez a cada paso que dábamos. Estrechó mi mano y me pegó a su cuerpo. Yo le rodeé la cintura con el brazo instintivamente, pegando mi mano a su camiseta por debajo de la chupa de cuero. Palpé sus abdominales sin ningún disimulo, y noté cómo se contraían. A esas alturas de la película me sentía de lo más sobona, e invadir su espacio vital se había convertido en una necesidad. La situación era tan familiar que mi pobre corazón latía a doscientos por hora, mis manos estaban empapadas en sudor y había empezado a hiperventilar. El efecto que Gary provocaba en mi cuerpo era repentino, poderoso e incontrolable. Siempre había sido así.

Pese a todo, traté de caminar con normalidad sin que él notara nada, disfrutando del roce de nuestros cuerpos. Me dio mucha pena que el paseo fuera tan corto cuando nos detuvimos cerca de una de las dos puertas del Kelly's Cellars. Parecía un lugar pintoresco, si no fuera porque el Primark que tenía al lado le restaba seriedad.

—Perdona por los restregones. Demasiada gente, empujones... —me justifiqué con la respiración acelerada.

El silencio y su sonrisa seductora se adueñaron del momento, haciendo que el mundo que nos rodeaba desapareciera para mí. Todo menos el estridente sonido de un violín que se escuchaba dentro del local.

—Creo que ha sido más indecente y menos casual de lo que intentas aparentar. —Me miró fijamente, me rozó el labio inferior con el pulgar, y yo me derretí—. Sé cuándo mientes, y te recuerdo que queda cordero en casa. Además, iba a darte las gracias: disfruto mucho de la necesidad con la que me metes mano en público.

Me acarició la mejilla y alternó la mirada entre mi boca y mis ojos, pero finalmente optó por quedarse en la primera. Yo jadeé, a punto de tener un arrebató y llevarlo a empujones, bastante poco amistosos, a un callejón, pero su caricia acabó demasiado pronto y me dejó necesitada y desorientada.

—No pares de tocarme. Por favor.

—Odio oírte rogar —dudó por un instante, pero se aferró a mi mano de nuevo reanudando la marcha. Yo lo seguí con las piernas hechas mantequilla.

Cuando entramos en el pub no tardamos ni tres segundos en localizar a los chicos: estaban en la barra justo frente a la puerta. Tampoco es que hubiera mucha gente; por lo visto, para los norirlandeses, el frío y la lluvia no eran un problema para echar una Guinness sentados a la intemperie.

Gary soltó mi mano, y yo estaba tan necesitada de contacto físico que me lancé a abrazar a los chicos, primero a Sean y después a Chris, como si fueran dos primos que hacía mucho que no veía.

—Me alegra ver que sigues aquí —me dijo Chris al oído.

En cuanto lo liberé, Gary le estrechó la mano con cordialidad, tal vez un poco abochornado por mi reacción.

Miré a mi alrededor maravillada. Era un pub muy antiguo, con las paredes irregulares, el techo bajo e inclinado en diferentes direcciones y el suelo un poco inundado por la lluvia. Además de darme cuenta de que la tasa de pelirrojos por metro cuadrado era alarmante, también observé que el Kelly's estaba dividido en tres estancias comunicadas entre sí. La música folclórica irlandesa invadía el ambiente y le daba un toquecito de alegría. Un arco separaba nuestra estancia de la contigua; leí la inscripción que lo coronaba:

«Céad Míle Fáilte».

—¿Qué significa? —Señalé la inscripción en balde, porque Gary ni siquiera se giró.

—Es gaélico. La traducción literal es: «Cien mil bienvenidas». Pero lo que en realidad quiere decir es que eres bienvenida, mil veces, de dondequiera que vengas y quienquiera que seas. Los norirlandeses somos así de acogedores. —Me guiñó un ojo.

De pronto oí unos grititos a lo lejos; busqué la fuente y me encontré a Lucy corriendo entre las pocas personas que había y los músicos, con su cerveza levantada en el aire. Sin mediar palabra, me estrechó entre sus brazos. Me arrepentí por haber abrazado a los chicos, porque, de haber sabido que ella también estaba, habría aguantado cinco minutos más. Apoyé la barbilla en su hombro y vi que Gary me miraba como si no entendiera por qué estaba abrazando a todo el pub y no a él, como si de pronto no supiera qué había pasado entre nosotros ni a qué se debía tanto dolor.

—No sabes cuánto me alegro de ver que sigues aquí —me dijo Lucy.

—No cantes victoria: creo que tiene el número de British Airways en marcación rápida. A la mínima me va a facturar de vuelta sin contemplaciones.

Lucy tiró de mí a través del arco y nos acomodamos en la otra sala, lejos, pero a la vista de los chicos. Si lo que pretendía era que le contara mis penas cerveza en mano, no iba a hacerme de rogar. Me quité el abrigo y me senté en una mesa dispuesta a desembuchar.

—Sé que no lo hará: no es capaz de estar sin ti, y ahora que han pasado unos días, menos aún. He estado varios meses con él prácticamente las veinticuatro horas del día, y sé de lo que hablo. Puede que trate de luchar contra lo que siente por miedo, pero va a perder la batalla.

Gary se acercó a nosotras y me ofreció una cerveza.

—No hay Beck's, pero te gustará. Es una pinta de Smithwick's Irish Ale.

La cogí con manos temblorosas y le di las gracias articulando las palabras con los labios. Sus ojos se quedaron clavados en mi boca por segunda vez, sus pupilas se dilataron y su respiración se aceleró. A mí se me cortó de cuajo. Por mí podía mirar mis labios toda la eternidad. Era increíble que una simple cerveza fuera capaz de hacernos conectar a un nivel tan primario, lanzándonos a aquella primera mirada que nos hizo caer rendidos.

—Si vuelves a mirarme así, tendré que escribirte una canción —le susurré con tono juguetón.

Era más que evidente que le estaba costando horrores contenerse. Sonrió desconcertado, se pasó la mano por el pelo y, sin nada que decir o hacer,

volvió con los chicos. Pensé que tal vez esa era la batalla que me faltaba luchar: conquistar su cuerpo.

Lucy carraspeó con suavidad, y volví a centrarme en ella con una sonrisa radiante.

—¿Ves? A eso me refería, ¡casi os achicharráis! Está claro que la solución está a la vuelta de la esquina.

—Gracias por todo, Lucy. Si no fuera por ti y por Chris... Jamás habría tenido la oportunidad de arreglarlo, y aunque todavía no lo hemos conseguido...

Se separó de mí y me dio un golpe en el hombro.

—¡Nada de gracias! Somos las dos únicas mujeres en Everlasting Wound, tenemos que apoyarnos. Gary merece ser feliz, más que nadie. Espero que lo de esta noche nos sirva a todos para cerrar de una vez la etapa de Josh y empezar una nueva muchísimo mejor.

—¿Lo de esta noche? —Arrugué el morro desorientada—. Por cierto, ¿dónde está Josh?

—No sabemos nada de él desde que anunciaron la disolución del grupo; se largó por su cuenta. Pero Gary ha llamado esta mañana a los chicos para reunirlos, así que habrá noticias frescas. Les ha dicho que es hora de zanjar el tema, y Chris sospecha que les va a presentar al nuevo guitarrista. Se ha reunido con más de veinte esta semana.

Miré de reojo a Gary; continuaba hablando con Chris mientras le daba un trago a un botellín de agua.

—¿Ha estado entrevistando a guitarristas? —pregunté sin poder apartar la vista de él. Eso explicaba sus ausencias y echaba por tierra mis pensamientos venenosos sobre que pasaba los días escondiéndose para evitar enfrentarse a nuestra situación.

—Sí, decidieron hacer una selección entre conocidos y algunos que les ha sugerido la discográfica. Me imagino que habrá sido una semanita bastante entretenida. Los chicos poco pueden aportar a la hora de elegir un guitarrista: es Gary quien debe tomar la decisión. Sustituir a Josh no es ninguna tontería. Además, ha estado buscando un local para ensayar y lo ha encontrado. Han hecho toda la instalación eléctrica entre Gary y Sean.

Miré a Lucy con el ceño fruncido.

—¿Sabes que todavía no me ha explicado nada?

—¿Qué habéis estado haciendo estos tres días? —Se le iluminaron las

mejillas de una manera adorable y negó con la cabeza efusivamente—. No me lo digas. Por favor.

Me eché a reír. Si tuviera sexo que ocultar, yo también me habría sofocado con su pregunta. Pero, por desgracia, las cosas no eran así.

—Tranquila. Solo nos hemos dedicado a odiarnos. Y él a desaparecer cada vez que podía, pero al menos no me mentía cuando lo achacaba al trabajo...

—Vaya, lo siento. —Puso su mano sobre la mía y apretó con cariño.

—Supongo que me lo merezco, pero mantengo la esperanza de que por fin volvamos a conectar.

De pronto, Chris nos interrumpió, primero dándole un beso a Lucy y después poniendo su mano en mi hombro.

—Chicas, os agradecería si pudierais parar de destripar a Gary durante un rato. Nos gustaría sentarnos en una mesa ahí detrás para poder hablar tranquilos. —Señaló hacia la estancia más pequeña del Kelly's, que parecía reservada.

Lucy me lanzó una mirada de «¿Ves? Aquí hay tema» y siguió a su marido hacia el fondo del bar. Yo me quedé clavada con mi cerveza sin saber muy bien qué hacer. Me puse en pie y observé a los músicos: dos guitarristas, un violinista, un flautista y una tía con un tambor con un marco muy peculiar.

Gary se acercó; posó sus manos en mi cintura y las mías fueron a parar a su cuello. Una vez más estábamos interpretando el baile de la pareja infeliz que no puede dejar de sobarse pero tampoco lo quiere admitir abiertamente.

—¿No vienes? —preguntó preocupado.

—No sé si debo.

Se acercó a mi oído; su aliento me erizó la piel, y pensé que los pubs y nosotros dos no éramos una combinación demasiado buena.

—Poner en orden Everlasting Wound casi me cuesta perderte. Lo que sucedió nos afecta a todos, así que te agradecería que vengas conmigo. Te necesito, por favor.

Ver su lado débil expuesto hacía que mi lado salvaje se desatara y me entraran ganas de partirle la cara a todo el que lo hubiera herido. Empezando por mí misma.

—Llevo tres días tratando de acercarme a ti y tú me has ignorado. Si ahora me pides que esté contigo, atente a las consecuencias, porque no me voy a despegar de ti. Seguiré aquí hasta que me abras tu corazón de nuevo. No voy a parar hasta conseguir saltar tus muros.

—Eres pequeña, necesitarás ayuda —se cachondeó.

—Los escalaré —afirmé orgullosa.

Agarró mi mano y tiró de mí hacia el fondo del bar.

—Te espero al otro lado. He estado meses esperándote.

Esa fue mi despedida al Gary ambiguo.

KEITH COOPER

La sala contigua se estaba desierta, excepto por Brian, el agente del grupo, que se encontraba allí colocando unos platos con comida sobre la mesa. Patatas fritas, alitas y nachos.

Sean, Chris y Lucy se sentaron a un lado de la mesa, y yo tomé asiento en el otro, entre Gary y Brian. Las caras serias de todos los presentes me resultaron preocupantes; todos sabíamos que Everlasting Wound saldría del pub siendo algo diferente. Cosa que no significaba que fuera a ser algo bueno. Pude sentir el miedo, la tensión y la desconfianza alrededor de la mesa. El futuro de todos los presentes, incluido el mío, estaba en manos de Gary, y no era famoso por haber tomado las mejores decisiones en el pasado. Supe que era injusto juzgarlo antes de tiempo, pero también que no era la única que lo estaba haciendo. Mientras tanto, Gary continuaba a mi lado, sumido en un estudio en profundidad del botellín de agua que sujetaba entre las manos, absorto en sus pensamientos, otro mal síntoma que me ponía los pelos de punta.

Le di un par de tragos largos a mi Smithwick's hasta terminármela. Brian me sonrió y se levantó a servirme otra. Le había dado una excusa para sentirse útil y separarse durante unos minutos de la pesada incertidumbre que nos asfixiaba. Poco después me colocó otra cerveza delante, y continuamos picoteando en silencio.

Pasados los minutos, un chico alto, con una llamativa cara de niño, pelirrojo y con los ojos azules claros, apareció en la entrada. Me enderecé nerviosa en mi asiento mirando sorprendida alrededor de la mesa: las caras largas que había visto minutos atrás se habían convertido en grandes sonrisas y gestos de aprobación. Cara de Niño se acercó a la mesa con un gesto tímido y nos

saludó con un escueto movimiento de la cabeza. Los miembros del grupo le estrecharon la mano y Lucy lo abrazó con cariño. Me quedé sin saber qué hacer; había usurpado el papel de la recién llegada sin pestañear, convirtiéndome una vez más en la chica que no conocía a Everlasting Wound.

—Hay un montón de guitarristas jóvenes con un talento brutal —dijo Gary con una sonrisa radiante—, pero he decidido volver al origen y recurrir a alguien conocido. Encima toca la guitarra mejor que yo. Rebeke, te presento al arrogante, irreverente, pero virtuoso Keith Cooper, capaz de tocar la guitarra, el bajo, el piano, el arpa y el violín.

—Y la gaita, no olvides la gaita, tío, que mi madre puso mucho empeño en eso —afirmó Keith con un rudo acento, marcando mucho las erres.

Mientras le estrechaba la mano, recordé la historia que me había contado Gary sobre la primera vez que actuaron todos juntos improvisando *Still loving you*, tras una apuesta bastante absurda. Y me pregunté qué había sido de la chica con la que se fugó a Escocia dejándolo todo atrás.

Keith se sentó en la presidencia de la mesa y Gary tomó la palabra.

—No he podido preparar una presentación con diapositivas divertidas para la ocasión, así que vais a tener que aguantarme hablando un rato largo sin distracciones. ¡Que empiece la fiesta!

Trató de quitarle hierro a la situación con el humor que solo él sabía utilizar, pero ni con eso rebajó la tensión que nos embargaba a todos. Posé mi mano en su pierna y apreté intentando transmitirle fuerzas.

—He pensado que es importante que nos pongamos todos al día, sobre todo, que le contemos a Keith lo que ha pasado durante los últimos años.

Le lancé una mirada herida, porque yo también merecía una explicación. Él entrelazó nuestros dedos bajo la mesa, y, aunque era un gesto insignificante, fue suficiente. No quería evidenciar nuestra relación delante de todos los presentes, aunque estuvieran al corriente.

—He aceptado ser el nuevo guitarrista de Everlasting Wound, pero con una condición: quiero saber qué es lo que ha pasado, porque si tengo que fiarme de lo que dicen la prensa y las malas lenguas del mundillo, estáis acabados. Pero confío en Gary, sé que, si él ve una salida, es porque la hay.

Miré anonadada a Keith; tenía las ideas bien claras y no se andaba por las ramas. Además, confiaba en la capacidad de Gary, y eso hizo que automáticamente me gustara.

—Todos estos años Josh ha estado jugándomela para quedarse con el grupo —empezó Gary sin más preámbulos—. Josh y Halley, en realidad. Pero, para entenderlo, creo que será mejor que me remonte al principio. Esta es la historia de cuando la juerga se convirtió en trabajo, también conocido como el inicio de Everlasting Wound. Todo lo que voy a decir a continuación va a cambiar las cosas, y puede hacer que esta señorita y Keith no me den otra oportunidad. —Sonrió con amargura y yo apreté su mano de nuevo—. Con veinte años decidimos que Everlasting Wound era algo demasiado importante como para no dedicarle todo el tiempo que nos permitían los estudios. Tal vez al principio no parecía una buena decisión, porque solo éramos unos idiotas inmaduros sin rumbo que solo intentaban dejar el mundo algo más bonito de lo que se lo habían encontrado. Solo teníamos una maqueta de cierto éxito y muchas ganas de juerga. Soñábamos con ser unos rockeros de la vieja escuela, forrados de pasta y rodeados de conejitas de Playboy, pero los primeros discos que siguieron a la maqueta, *Overstep the line* y *Forgiveness*, no nos dieron otra cosa que disgustos y deudas, por las escasas ventas y porque eran basura. En esa época Josh me presentó a Halley; después de varios escauceos, acabamos saliendo. A mí me encantaba la manera que tenía de adorar mi inexistente faceta de estrella. Era fácil, llenaba el vacío de mi interior y compartía conmigo la afición de coquetear con las drogas duras. Pero le puse los cuernos en más de una ocasión, porque me creía con derecho a todo y no sentía por ella nada especial. Ahora sé que debería haberla dejado marchar, pero, en lugar de eso, empujado por Josh, escribí *I want you back* para disculparme. Para mi desgracia, se convirtió en un éxito rotundo desde el primer concierto en el que la tocamos. Es una jodida balada sobre la relación más conflictiva que he tenido en mi vida y que todo el mundo ha interpretado mal, incluida la propia Halley, que acabó volviendo conmigo.

Chris asintió con un gesto triste.

—Como iba diciendo, nos encasillaron como una banda bastante más melosa de lo que nos habría gustado. Cosa que nos cerró algunas puertas, pero nos abrió otras, como, por ejemplo, la oportunidad de ser teloneros de algunos de los mejores grupos del Reino Unido. Pasamos de pagar por tocar a cobrar entre 150 000 y 200 000 libras cada vez que pisábamos un escenario, y todo se debía a la canción de Halley. No sé vosotros, pero para mí supuso un cambio radical.

Abrí la boca y miré a Gary embobada. No porque el dinero me importase una mierda, sino porque era fascinante lo lejos que había conseguido llegar.

—Después llegaron las giras por Europa y Asia para promocionar *Your life without me*, el disco que contenía la dichosa canción, y más problemas: levantarme, comer algo, meterme treinta chupitos y un par de rayas, darme un baño de masas, disfrutar de una fiesta brutal entre bastidores y partir hacia otra ciudad. Era una rutina demasiado fácil a la que acostumbrarme, así que cada vez que acababa un *tour* me sentía invencible e incapaz de volver a la realidad. No hay nada que se le parezca al subidón que experimento cada vez que me enfrento a veinte mil personas cantando más alto que yo las canciones que nunca pensé que saldrían de la oscuridad de mi habitación. Pero tampoco hay nada más triste que estar rodeado de veinte mil personas y sentirte solo en medio de un escenario enorme.

No era la primera vez que hablaba sobre lo triste que era la soledad que lo embargaba en la cima de su carrera, y quise borrar esos sentimientos con un abrazo, pero me contuve.

—Con el tiempo —continuó—, algunos más que otros, acabamos descarrilando del todo, porque intentar buscar el subidón fuera del escenario era imposible, a no ser que te pongas hasta el culo a diario. Os aseguro que cada día me sorprende el hecho de que sigamos vivos.

—Sobre todo yo. Todavía recuerdo la noche que me dejasteis abandonado en una gasolinera cerca de Viena. Cabrones —afirmó Chris, y todos nos echamos a reír.

Gary carraspeó. Aflojó un poco mi mano; la pequeña broma de Chris había supuesto un descanso para él.

—Maldita sea, Chris, ya está. Te dije que si volvías a echármelo en cara, contaría la verdad. Porque, sí, te dejamos tirado en medio de la nada, pero cuéntanos con qué te entretuviste en los servicios. O mejor dicho, con quién.

Lucy se puso como un tomate.

—Sigue con tu relato, anda —protestó Chris—. Que nos van a dar las uvas.

—En fin, tal como estaba contando, yo no era capaz de lidiar con toda la responsabilidad del grupo, y fue Josh el que fue asumiendo el papel de líder poco a poco. Se acabó convirtiendo en mi mejor amigo, en la persona a la que le confiaba todo. Hasta que todo explotó en el concierto de Belfast.

Contuve el aliento asustada: por fin iba a saber lo que sucedió de verdad y por qué acabaron a tortas.

—Unos días antes del concierto, Halley me dijo que estaba embarazada. A mí se me vino el mundo encima y desaparecí. Protagonicé uno de los momentos más vergonzosos de toda mi vida. Todavía hoy, me sigo odiando por ello. La abandoné en el peor momento posible; de hecho, creo que fue la primera vez que me ausenté más de ocho días. Chris me encontró en un estado vergonzoso: si mal no recuerdo, en un garito de mala muerte en...

—Brixton —afirmó Chris—. Me pasé tres días con Sean buscándote por todo Londres, mientras Josh consolaba a Halley.

—Y me llevasteis a tu casa.

—A casa de mis padres, para ser más exactos, y fue Lucy la que cuidó de ti —afirmó Sean—. Puedes dar gracias de que ella se hiciera cargo de todo, porque nosotros solo pensábamos en partirte la cara.

—Gracias, Lucy.

—Ya me las diste en su día, no te preocupes. Sigue, que lo estás haciendo muy bien. —Sonrió con cariño.

—Cuando volví a conectar con la realidad, tuve varias charlas poco constructivas con Chris. Cuando se desataba el caos, Sean desaparecía. Siempre se mantiene al margen: los bajistas son así de cobardes y viven en su mundo.

Todos se echaron a reír, incluido el susodicho.

—Chris intentó convencerme de que parara la espiral en la que estaba metido, pero yo lo mandé a la mierda. Pese a todo, consiguió mantenerme sobrio lo suficiente como para poder dar el concierto de Belfast y, así, acabar la promoción del disco y poder descansar unos meses. Varios días después, cuando llegué al recinto, con la intención de disculparme con Halley y hacer lo correcto, la pillé con Josh en nuestro camerino, comiéndole los morros y alguna que otra cosa más, como si fuera el maldito amor de su vida.

Lucy empezó a toser escandalosamente. Por lo visto, no lo sabía. A mí se me cortó la digestión y estuve a punto de vomitar sobre la mesa. La antigua Rebeka se habría excusado para ir al servicio, habría cogido un avión a Shanghái y no habría vuelto a mirar atrás. Pero la nueva, la que había aprendido a base de tortazos, quería quedarse, y deseaba ser parte de la lucha. Me sorprendió haber evolucionado tanto en tan poco tiempo. El laberinto de dudas había desaparecido; mis sentimientos estaban más claros que nunca. Pelearía por él y estaría a su lado mientras me lo permitiera, porque lo amaba.

—Nunca sabré si salió conmigo para darle celos a Josh o si lo utilizaba a él

para dármelos a mí. Solo tengo claro que siempre estuvo enamorada de Josh, pero yo poseo el talento y la fama.

—Todos conocéis lo que sucedió a continuación —comentó Chris—; aquella noche en Belfast, Gary pensó que todos estábamos al corriente de la aventura de Josh y Halley, así que nos echó a todos del grupo, y nosotros a él, y acabamos a hostias. Para más información, hay varios vídeos en YouTube que demuestran lo a punto que estuvo Gary de matar a Josh sobre el escenario cuando le lanzó el puto monitor a la cabeza. Días después, cuando supimos que Halley había perdido el niño, cancelamos todo lo que nos quedaba pendiente y cada uno nos fuimos por nuestro lado. Os juro que pensé que nunca superaríamos aquel bache; estaba seguro de que habíamos tocado fondo destrozando nuestras vidas y las de los que nos rodeaban.

—Yo también creía que no volveríamos —dijo Sean con un hilo de voz.

—No me jodas, Sean. A esas alturas tú ya estabas de camino a las islas Canarias. No tenías ni puta idea de lo que sería del grupo.

—El viaje lo había reservado mucho tiempo antes, pero me preocupaba, tío. Gary carraspeó y tomó palabra.

—Durante las primeras semanas que siguieron al altercado, yo también pensé que se había acabado, que Everlasting Wound pasaría a la historia, y me dediqué a desmadrarme un poco más. Lo había perdido todo: a mi novia, a mi hijo, a mi grupo... Pero Josh apareció en mi casa, se disculpó y me juró que había sido un hecho aislado, que Halley estaba destrozada. Lo perdoné, tal vez porque quise creer que lo que me decía era verdad, y porque era el único y mejor amigo que había tenido. Pero, en el fondo, las cosas habían cambiado radicalmente. Decidimos volver, y para cuando entramos en el estudio a grabar *Fall from grace*, las cosas se habían calmado. Lo publicamos sin pena ni gloria, pero nos fuimos de gira por Europa durante varios meses. En Alemania volví a tocar fondo. Me desperté tirado en el barrio de Kreuzberg, con una herida por arma blanca de varios centímetros en el muslo. No recordaba nada de lo sucedido, y Josh me organizó una intervención. Me pidió que dejara de beber durante un año. Acepté, porque entendía que era lo mejor para todos. Durante los últimos dos años, Josh se ha dedicado a hacer de buen samaritano cuidando de mí, manteniéndome vigilado y poniendo en mi contra a todas las personas que me rodean. Pero yo no me fiaba de él, por lo que le pedí a Brian que se implicara más en el grupo si quería continuar ganando pasta con nosotros.

—La sorpresa fue bastante desagradable —intervino Brian—. El grupo era un desastre: había deudas con diferentes proveedores, material sin reemplazar, impuestos sin pagar, giras sin cobrar y, lo más preocupante de todo, los derechos de las canciones estaban desperdigados. Descubrí que Josh se había atribuido la autoría de muchos temas que no eran suyos. Avisé a Gary y continué investigando por mi cuenta.

—No podía creer que, además de lo de Halley, Josh me estuviera estafando, y así acabé saliendo para desfasarme. Fue la noche que conocí a Rebeka.

Quise abrazarlo, pero estaba petrificada. Él rodeó mi cara con sus manos.

—Aquella noche en Nueva York... los pillé de nuevo, Rebeka, vi con mis putos ojos cómo mi supuesto mejor amigo, al que le había confiado mi carrera y mi vida, se follaba a Halley. Ninguno de los dos pudo negar lo evidente. Hacía muchos años que lo sospechaba, y en Belfast lo tuve delante de mis narices, pero no me lo había querido creer. Así de gilipollas he sido.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—El estado en el que me encontraba cuando llegaste a Nueva York no era solo por ti. Después de recibir el vídeo y pillarme un cabreo de cojones, fui a los camerinos a tranquilizarme, y fue cuando los pillé juntos otra vez. Pero, además de eso, estaban hablando sobre cuánto los estabas ayudando a destrozarme y que pronto te quitarían de en medio a ti también. En ese momento no entendí nada, pero imagino que me debieron de oír cuando le conté lo del vídeo a Chris un rato antes. Después de pasar unas horas en el hotel hecho un lío, me llegó el mensaje equivocado para Alex, y entre la borrachera y la confusión, terminé explotando y me largué. Estaba más tranquilo, y bastante más borracho, cuando por fin volví al hotel días después, pero cuando apareciste allí sin previo aviso, y encima me dijiste que Josh sabía lo del vídeo de Alex, recordé lo que Josh y Halley hablaban en el camerino sobre ti y pensé que había más y que tú también estabas en el ajo. Por eso necesitaba que te fueras; no podía creer que tú también me estuvieras engañando, tenía que alejarte. Aunque fuera mi mayor contradicción. Tardé unos meses en darme cuenta de que tú eras lo que se interponía entre Josh y sus ganas de quedarse el grupo, porque tú estabas consiguiendo que por primera vez fuera feliz y no me dedicara a destrozarme la vida. Y así las cosas, decidí que no podía acercarme a ti hasta que solucionara todo, porque temía que Josh y Halley te utilizaran de alguna manera en mi contra. Y, sobre todo, que te hicieran daño.

—Oh, Dios mío, deberías haber hablado conmigo. Yo... yo nunca te habría engañado... ¿Por qué no me lo dijiste en Bilbao?

—Porque quería matarte, era mi prioridad. ¡Dios! Me tenías tan cabreado... Deseaba hacerte daño. Josh lo ha controlado todo, a través de Fiona, de ti, del grupo... Yo confiaba en él, y ha estado a punto de arruinarnos.

—¿Y por qué no lo echaste del grupo nada más haberlos pillado?

—Porque queríamos saber hasta dónde era capaz de llegar y qué más había detrás. Sean no era un problema: siempre ha pasado de todo. Así que hablé con Chris al respecto largo y tendido, y contaba con su apoyo. Ambos sabíamos que el grupo se iba a ir a la mierda, pero debíamos hacerlo, necesitábamos descubrir todo el pastel.

—¿Por eso te pegaste con Josh?

—Sí, quise matarlo de nuevo cuando se le escapó que el embarazo de Halley había sido una mentira, pero como no tenía un monitor a mano, me conformé con usar los puños.

—¿Qué? —pregunté desencajada.

—Chris siempre había pensado que el embarazo de Halley había sido una trampa, una excusa para que me casara con ella, y cuando Josh admitió la mentira, nos lo confirmó. A través de Halley, él podía acceder a la mitad de mis propiedades, *royalties*, la marca de Everlasting Wound... Y tú, Rebeka, estabas en medio.

—Cuando Gary ganó el concurso de maquetas —intervino Brian—, la discográfica le dio la libertad de contratar a los músicos que quisiera, pero Everlasting Wound se fundó con un solo dueño, y, por lo tanto, hay algunas ganancias que solo recibe él, pero también es él quien asume los gastos derivados. Actualmente, el reparto de ganancias se sitúa porcentualmente en un setenta y un treinta, respectivamente, pero es evidente que Josh quería más.

—No necesito oír nada más. Podéis contar conmigo —dijo Keith, rotundo, y se puso en pie—. Haremos que Everlasting Wound vuelva a la puta cima, que es donde debe estar. Le demostraremos al cabrón de Josh que, sin él, podemos ser todavía mejores.

—Gracias, tío —dijeron los chicos al unísono.

Gary continuó durante media hora más dando todo tipo de explicaciones. Cuando hubo terminado y todos comenzaron a comentar algunos detalles en corrillos, me levanté de la mesa dispuesta a bajar al servicio. Me observó

angustiado, pero yo, con toda la calma del mundo, me acerqué y le di un tierno beso en la mejilla.

—No me voy a ir, soy parte de esto. Solo necesito ir al baño.

Asintió y volvió a centrarse en la conversación con Sean y Keith.

Entré en los servicios deseando tener un par de minutos para sosegar me, pero mis planes se vinieron abajo en cuanto me encontré con una norirlandesa pelirroja bien entrada en los cuarenta abrochándose los botones de los vaqueros mientras intentaba mantener el equilibrio de una manera bastante curiosa, sin derramar ni una sola gota de la Guinness que sujetaba en una mano.

—Voy a hacer que tu día mejore notablemente —me dijo sonriendo y con un aliento a alcohol que habría derribado hasta la muralla china—. Hay papel. ¡Es un motivo de celebración! ¡Dios bendiga los pubs de Irlanda del Norte!

Y es que la vida era así de simple: había que disfrutar de cada pequeña alegría que nos ofrecía e intentar sufrir lo menos posible.

Hice pis muerta de risa, impactada por las habilidades equilibristas de la señora, y salí con una sonrisa en la cara. Me quedé en el pasillo dudando entre salir a fumar o volver con los chicos. Metí la mano en el bolso y palpé el paquete. El cuerpo me pedía a gritos un poco de nicotina y aire fresco para terminar de asimilar todo lo que había escuchado. Porque, sí, Gary había gestionado muchas cosas mal, sobre todo nuestra discusión en Nueva York, pero también había sufrido las consecuencias de la envidia y la mala sangre de Josh. Debería haber sido más lista y haber entendido lo que escondían sus palabras cuando me recomendó que lo dejara y que me olvidara de él, por el bien del grupo.

—Para tener tan claro que no vas a irte, mucho estás dudando.

Me giré y me encontré a Gary apoyado contra la pared observándome divertido. Le mostré el paquete de tabaco.

—No sé cómo canalizar las emociones. La rabia, la impotencia, el dolor... No sé cómo sacarlo y seguir adelante.

—Bienvenida a mi mundo, querida.

—Nos habríamos ahorrado tantos problemas si tú me hubieras contado la verdad en Nueva York... Nos hemos hecho tantísimo daño por culpa de Josh...

Me arrinconó contra la pared y me miró fijamente. En la tensión de su cuerpo se notaba que seguía conteniéndose, y no entendí por qué.

—El tipo de amor que me dabas al principio no era suficiente para que pudiera confiar en ti. Ahora sí; me has entregado tu corazón y voy a cuidar de él. Ahora es real.

—Eso es muy sexy.

—Lo que necesito de ti es que te quedes a mi lado, es lo que siempre he necesitado. Solo espero no encontrarme la cama vacía como aquella noche que te fuiste de casa a las tantas para después volver.

—Lo sabes.

—Me di cuenta de que te habías asustado con la idea de visitar a mi madre. Tu cara de pánico fue muy reveladora, no me permitió pegar ojo, preocupado...

—Pero me dejaste ir.

—Confiaba en que regresarías.

Sus manos recorrieron mi cintura hasta posarse en mis caderas, demostrándome que las dudas a la hora de acercarse a mí o tocarme habían desaparecido. Se sentía liberado después de haberme contado toda la verdad, pero no se dejaba llevar del todo.

—Nuestro primer beso no volverá a ser en un pub —me dijo con una sonrisa traviesa.

Regresamos con los demás agarrados de la mano y sonriendo, embargados por la esperanza de que, a partir de entonces, todo iba a ir bien.

Horas después, nos mezclamos en el ambiente del Kelly's. Keith y Gary acabaron tocando algunas canciones con el grupo irlandés que actuaba en el bar. Así descubrí que *La última chica del último pub* se había convertido en algo como un himno en los pubs de Belfast. La versión acústica que interpretaron, con instrumentos típicos de Irlanda, hizo que todo el bar enloqueciera coreando la letra, que hablaba sobre un inocente norirlandés que había caído rendido ante los pies de una morena de ojos verdes. Llamarlo «canción» era la mayor injusticia del mundo: era una creación sublime y salvajemente dulce que a los pocos segundos hacía que te embargara una sensación indescriptible, conectaba con tu alma, entumecía el dolor de tu corazón y te salvaba la vida. También era romántica y muy sexual, tanto que, de haberla tocado una segunda vez, habría subido la natalidad en Belfast.

A continuación, se pasaron a los clásicos irlandeses, canciones alegres y sarcásticas sobre construir un muro alrededor de Donegal, sobre el amor eterno que le profesaban a la Thatcher y sobre un escocés borracho, valga la

redundancia, y sus aventuras con su *kilt* y dos chicas mirando debajo.

Cuando cerraron el Kelly's nos fuimos a casa. Por primera vez, ninguno de los dos tenía problemas para caminar.

UTILIZA ESTA IMAGEN COMO MÁS TE GUSTE

Salí del baño ataviada con el pijama y sin saber dónde estaba Gary; perdernos en esa casa tan pequeña era absurdamente fácil.

Cuando entré en la habitación dispuesta a acostarme, me encontré una camiseta sobre la cama. Era la que Gary había llevado puesta durante todo el día, la misma que vestía la noche que nos conocimos. Estaba empezando a pensar que se la ponía en señal de duelo por la noche en la que irrumpió en mi vida como un huracán de categoría cinco. Me senté en la cama con la cara metida entre las fibras, empapándome con el olor que tanto me gustaba y que me hacía soñar despierta con los momentos únicos que había vivido con él. Decidí quitarme la parte superior de mi pijama para ponérmela; tiré del bajo y la olisqueé de nuevo, volviendo a sumergirme en los recuerdos.

Dejé de colocarme con sus feromonas, abrí los ojos y me topé con Gary apoyado en el marco de la puerta, mirándome maravillado y con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba un pantalón de pijama largo gris y el torso desnudo. Por lo visto, hacía ya un rato que estaba siendo testigo de mi adicción desenfadada y del bochornoso despliegue de mis debilidades.

Me quedé paralizada y muda. En cuestión de segundos había perdido hasta el hilo de mis propios pensamientos.

—Me encanta verte olisquear mi ropa.

Escondió su sonrisa con la mano, pero una vez más sus hoyuelos entraron en escena dejándolo en evidencia. De pronto me encontré perdida en una especie de trance, contando una y otra vez el *pack* de seis onzas de su tableta.

—¿Ha sonado raro? —Frunció el entrecejo.

—¡Hola! —Salí del ensimismamiento de golpe agitando la mano como si estuviera colocada.

Carraspeé con suavidad. Tal vez me había pasado con el entusiasmo. Paré de jugar al tres en raya con sus abdominales, y mientras me perdía de nuevo observando el delicado rastro de vello que surcaba su ombligo hasta desaparecer en la cinturilla de su pantalón, eché mano de toda la fuerza de voluntad que me quedaba y admití que me había cazado.

—En otra situación, sí, habría sonado raro, pero no podemos negar lo evidente: me has pillado «esnifándome» tu camiseta. —Me encogí de hombros—. Me encanta, me trae recuerdos muy buenos. Aquella noche fue... Perfecta.

Dio un par de pasos y se dejó caer sobre la cama. El colchón se hundió bajo su peso.

—Sé que la de hoy no está en la lista, pero lo has dicho como si no hubiera habido más noches igual de buenas que la primera.

Suspiré lánguidamente por varios motivos, aunque los principales eran el poder abrasador de su cercanía y un recuerdo en concreto.

—Hay otra noche que también recuerdo con especial... ¿cariño? ¿Simpatía? —Me faltaban las palabras, y los nervios estaban a punto de hacerme divagar como si fuera mi madre después de un par de *gin-tonics*.

—Por la cara que estás poniendo, me hago una idea de a cuál te refieres. Novecientos cincuenta y nueve —cantó como si fuera el gordo—. El rubor te delata con demasiada facilidad. Es francamente cautivador que todavía te sofoques con el recuerdo. Provocas que te desee aún más.

Deslizó su mano entre la camiseta y mi espalda y comenzó a dibujar circulitos con el pulgar lentamente. La tensión sexual que convertía nuestra relación en un trío hizo acto de presencia. Empecé a no saber cómo comportarme ni cuáles eran las reglas del juego. Mi cuerpo tampoco parecía dispuesto a colaborar, por supuesto que no. Mis partes íntimas habían empezado a mandar amenazas de muerte a mi cerebro para que actuara ya y movilizara mis manos. Mis sentidos estaban hechos un desastre y completamente sobrecargados. Iba a explotar si no tomaba cartas en el asunto pronto.

—Me siento perdida.

Resoplé, cansada de que mis habilidades verbales a veces fueran basura, y me tiré boca arriba en la cama. Porque había conseguido superar mi tendencia a salir corriendo ante el primer indicio de problemas, pero hablar sobre el tema era otro cuento. Encima, su presencia lo ponía todo patas arriba, y

aunque también obraba el milagro de hacer desaparecer el dolor sordo que me había acompañado durante los últimos días, las revelaciones me habían dejado expuesta.

Él me miró las piernas con una expresión que no fui capaz de clasificar pero que me puso como un tomate. Me giré y hundí la cara en la almohada. Entre no saber qué decir y avergonzarme, estaba bien jodida. Noté su mano recorriendo mi pierna, desde la pantorrilla hasta pasar la rodilla. Algo había cambiado de manera radical en su manera de comportarse y de tocarme, dejando a la vista un final cercano que podría ser bueno o malo, pero un desenlace, al fin y al cabo.

—Estás helada.

Me volví a poner boca arriba y lo miré con cara de pocos amigos.

—¿Te extraña? Esta casa es un frigorífico, hace días que no te acercas a mí y todavía sigo alucinada con todo lo que nos habéis contado... —Me tapó la boca con la mano y yo protesté.

Sus ojos brillaron con diversión, una expresión que había echado tantísimo de menos. El tacto de su piel en mis labios me volvió loca.

—Cállate antes de que acabes diciendo algo de lo que tengas que arrepentirte y devuélveme mi camiseta.

—No —farfullé entre sus dedos.

—La necesito —dijo con seriedad, y me quitó la mano de la boca—. Tú misma acabas de decir que en esta casa hace un frío de mil demonios; no querrás que me enfríe. Soy un enfermo bastante tocapelotas.

Me abracé el cuerpo mientras decidía qué hacer con la prenda. Nunca había ido sobrada de autoestima a la hora de despelotarme, pero me lo jugué todo a una carta: me incorporé, me quité la camiseta con un movimiento rápido y la tiré al suelo.

—Utiliza esta imagen como más te guste.

Como era de esperar, a Gary le dio un ataque de tos. Aunque se las apañó para que sus ojos se quedaran clavados en mi sujetador, mientras trataba de no ahogarse. Sonreí.

—Una vez más, debo darte la razón —dijo con la voz cascada—. Si hay algo que sobra en nuestra relación, es la ropa.

Me dedicó una sonrisa juguetona, se puso en pie, se recolocó el paquete con bastante poco disimulo y se quitó los pantalones. Yo lo miré boquiabierta. Los *boxers* ajustados negros le quedaban de infarto. Como por arte de magia

sus maravillosos abdominales dejaron de importarme, y me centré en otros asuntos bastante más abultados.

—Solo estaba intentando darte argumentos para que duermas conmigo — me defendí, apabullada y fuera de órbita.

Fingí una sonrisa inocente, consciente de que las bragas me rozaban los tobillos.

—Rebeka, seamos realistas: tu cuerpo semidesnudo no es un argumento, es una jodida declaración de guerra. Es jugar sucio, pero, por suerte, yo también sé cómo. No es que no quiera dormir contigo. Lo que deseo es despertarme a tu lado.

Me sentí feliz y más que esperanzada.

—No sé si es lo correcto, ni si es demasiado pronto, pero lo necesito. Hoy más que nunca.

Me levanté de la cama con decisión y le clavé el dedo índice en el pecho descubierto. De su cuerpo emanaba un calor demasiado tentador, y no solo por el biruji que hacía en la casa. Quería acurrucarme con él para el resto de mis días y borrar todo lo malo que había vivido a base de besos.

—Haz el favor de meterte en la maldita cama a mi lado. Que es donde debes estar.

—Ambos sabemos que, si lo hago, va a marcar un antes y un después. Con ropa o sin ella.

Me miré las manos asustada; tenía razón, había algo que yo debía poner sobre la cama antes de que volviéramos a construir una nueva relación.

—Hay una cosa que quiero que sepas.

Fingió no preocuparse, pero el movimiento de los músculos de su mandíbula lo traicionó. Cogí su mano entre las mías y le acaricié el dorso con el pulgar tratando de transmitirle que no era nada malo.

—Sigo manteniendo el contacto con Daniel.

Nos miramos mientras Gary valoraba el peso mis palabras con el ceño fruncido. Crucé los dedos mentalmente para que no acabáramos sumergidos en otra batalla por la que no estaba dispuesta a luchar. Y menos estando los dos medio desnudos.

—¿Te molesta? —Entorné los ojos calculando su reacción.

Resopló y los rizos de su flequillo bailaron alocadamente.

—En el fondo, sí, me molesta. Mucho. Supongo que es la angustia que me provocan los celos por que hables con él y el temor que me produce la idea

de volver a perderte. —Suspiró—. Pero que me lo digas calma esos sentimientos primitivos, confío en ti.

—¿Por qué eres tan comprensivo?

—Porque al final va a ser que Daniel y yo tenemos algunas cosas en común. Estamos conectados... Él es mi sustituto, y yo me he convertido en el suyo.

—Él nunca llegó a sustituirte.

—Pues mira que es grandote... ¿Cuánto mide?

—No sé... ¿Uno noventa y cinco?

Se sentó en el borde de la cama y miró fijamente el suelo. Parecía hundido de nuevo, y yo me maldije por haber elegido ese momento para soltarlo.

—Ahora en serio... Soy comprensivo porque buscar a tu alma gemela no siempre acaba en un amor épico. A veces se queda en una amistad que, con el paso de los años, valdrá más que el amor. —Alzó la vista y a mí se me aceleró el corazón—. Para ti Daniel I el Adorable es alguien muy importante; le diste una oportunidad y eso no fue ninguna tontería. Querías compartir tu vida con él porque estabas enamorada. Él te quiere lo suficiente como para haber puesto por encima de sus deseos lo que sentías por mí. Es un tío con las pelotas bien puestas, y por mucho que me incomode que hables con él, no puedo estarle nada más que agradecido. No puedes perderlo, no debéis mandar a la mierda vuestra amistad porque a mí me pueda molestar. Porque él siempre seguirá ahí para ti, Rebeka. Incluso si algún día yo te fallo, tendrás un amigo de un valor incalculable.

—Nunca dejarás de sorprenderme. Tus palabras nunca son las que espero.

—Eso es bueno, nunca te aburrirás de mí. —Sonrió disgustado—. Y si sucede, al menos sabré que habrá un tío mejor que yo esperándote en Alemania. Eres demasiado buena para mí. Ese es uno de los motivos por los que te dejé con él sin apenas pelear.

—Pues no deberías, maldita sea. ¿Ese es el problema? ¿Crees que él es mejor que tú? —pregunté enfadada.

—En parte sí. El paleta norirlandés no podía ganar esa batalla.

—Él no es mejor que tú. No digas tonterías; sois dos personas muy diferentes, pero ambos tenéis muchas virtudes.

—Yo soy egoísta: puse a Everlasting Wound por delante de lo nuestro.

—Te he elegido a ti, aunque en el fondo, sé que no tenía otra opción...

—Me quitas un peso de encima. —Sonrió con amargura.

—Siempre me descolocas. Consigues que mis palabras suenen como las de una quinceañera inmadura hasta las cejas de hormonas.

Se echó a reír ante mi comentario y asintió dándome la razón.

—Pues que sepas que hoy voy a hacer historia. Te voy a descolocar con una sola mano.

Sus carcajadas me distrajeron; no lo vi venir. Se abalanzó sobre mí. Rodamos por toda la cama y comenzó a hacerme cosquillas, pero antes de que me diera tiempo a pensar en cómo podría acabar el jueguecito, me rozó la parte baja de la espalda.

Lancé un grito desesperada, más por el susto que por el dolor, y él se quedó congelado debajo de mí con sus manos alrededor de mi cintura.

—Mierda. ¿Te he hecho daño?

Me senté a su lado y exhalé aire con fuerza. Él me miró preocupado.

—Tranquilo. No, solo me has rozado... Eh... Hay otra cosa que debo decirte. O más bien enseñarte.

Se incorporó y cruzó los brazos sobre el pecho fingiendo indignación.

—Me vas a matar. Tanto suspense va a acabar conmigo y al paso que vamos, los paramédicos me encontrarán en calzoncillos, con una parada cardíaca y empalmado.

—Eres increíble. No tienes remedio.

Me reí y él hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—Desembucha, querida. Aprovecha que todavía tengo pulso.

Le di la espalda y bajé un poco la cinturilla del pantalón de mi pijama. Escuché cómo contenía la respiración y se acercaba a mí.

—Por el amor de Dios.

Tiró con suavidad del plástico que cubría el tatuaje y acarició con dulzura la piel alrededor.

—Quería tener algo que significara mucho para los dos.

Giré el cuello para encontrármelo un pelín desconcertado. ¿No le gustaba?

—Tu culo, sus aledaños y todos los centímetros de piel que los componen son sagrados, son la tierra prometida. ¿Cómo osas profanarlos?

Volvió a observar las palabras y las filigranas que decoraban la parte baja de mi espalda: *Words are not enough*.

—Pero debo admitir que mis palabras ahí escritas suben de valor. Jamás podría haber imaginado un sitio mejor para guardarlas, de mi corazón directamente a tu piel. Es perfecto.

Me ruboricé sometida por sus palabras.

—Me alegro de que te guste.

—Es curioso, pero tuve un pequeño problema con la púa de plata que te regalé. Cuando la recogí de la joyería y vi el grabado, me di cuenta de que en inglés son tres palabras, *I love you*, y en español, en cambio, dos. Di muchas vueltas por Londres tratando de dar con una solución. Finalmente, la volví a llevar, y les dije que cambiaran la inscripción. Que el número no importaba, porque ni tres ni veinticinco palabras llegarán nunca a expresar lo que siento. El problema no está en la cantidad, sino en la intensidad y el poder que no tienen.

—Has vuelto a hacerlo, y no es justo —afirmé fingiendo un mohín.

Volvió a tapar mi piel sensible, me dio un beso casto en el hombro y me miró con intensidad.

—¿El qué? —preguntó confuso.

—Has vuelto a dejarme traspuesta y sin saber qué decir. Se supone que el tatuaje era mi golpe maestro, mi manera de demostrarte cuánto significas para mí, y has acabado marcándote el tanto diciendo la frase perfecta.

Gruñí desesperada. Él sonrió con orgullo y hoyuelos.

—¿Te duele mucho?

—No más de lo que me han dolido estos últimos días.

—*Touché*. Pero espero que entiendas por qué he tardado unos días en contártelo. Temía que fueras a largarte.

—Sí, lo entiendo. En el fondo me alegro de que lo hayas hecho de esta manera. Ahora, los chicos y yo somos un equipo, y estaremos a tu lado, Gary. No voy a dejar que vuelvas a los viejos hábitos, no me voy a alejar nunca más de ti.

Retiró el nórdico, se metió en la cama y se acomodó boca arriba como si tal cosa.

—Ven. —Dio unas palmaditas a su lado.

Jamás una palabra tan simple significó tanto para mí. Al fin y al cabo, sí que había algunas palabras que lo significaban todo.

Me deslicé dentro, me rodeó con los brazos y yo me acurruqué encantada. Mi cuerpo se relajó contra el suyo. Su corazón latía descontrolado, casi tanto como el mío.

Apagó la luz y nos mantuvimos en silencio durante unos minutos.

—Respira hondo y no te muevas —susurró en mi oído.

Como que el bloqueo que me provocaba la intensidad del momento me iba a permitir siquiera parpadear.

—Es como si fuera la primera noche, solo que en esta ocasión estás despierta y sobria. Casi puedo escuchar el tráfico de Londres atravesando las calles y tu suave respiración flotando en el ambiente. Me encontraba perdido, a punto de volver a descarrilar, pero lo cambiaste todo, en el peor momento.

Deslizó la mano por la curva de mi cintura y se detuvo en mi cadera, provocándome una crisis existencial, una de tantas, dejándome sin palabras, sin poder respirar y abrumada.

—Las interminables curvas de tu cuerpo arqueadas contra el mío, mi pierna entre las tuyas, el olor de tu cabello esparcido sobre mi almohada, mi mano sobre tu vientre... La conexión que noté es difícil de definir, pero si tengo claro es que enamorarme de ti fue lo más fácil que he hecho en mi vida, lo más natural y brutal que he experimentado. Si no lo hubiera jodido todo con mi dolor de pelotas, si no te hubiera hablado sobre lo poco que significaban esas palabras para mí y si hubiera estado seguro de que no me ibas a tomar por un loco, te habría dicho que te quería.

Las lágrimas corrían por mis mejillas. Estaba demasiado flipada como para conseguir decir algo. Sabía que sentía algo muy fuerte por mí, porque me lo había dicho y demostrado en muchas ocasiones, pero no dejaba de sorprenderme lo pronto que cayó rendido ante mis dudosos encantos y la facilidad que tenía para expresarlo.

—Siento no haber estado despierta, porque yo también me habría enamorado de ti.

—Eres la última chica del último pub. Mi pequeño milagro.

—Soy la chica que bebió demasiado y se perdió el momento más crucial de su vida por estar durmiendo la mona con el amigo Jäger.

Se rio con ganas. Traté de buscar más palabras; llevaba veintitantos años hablando, solo era cuestión de concentrarme.

—Cuando me fui de Nueva York, mi vida se rompió en dos pedazos afilados que me arañaban la piel. Antes y después de ti. Aunque odiaba pensar en ti, en el fondo, amaba el simple hecho de recordar tu nombre y todo lo que habías significado para mí.

—Sabía que por mucho que el daño pudiera ser irreparable, acabarías a mi lado. En realidad, ¿no notas cómo la oportunidad de que todo vaya bien flota a nuestro alrededor? Siempre ha estado ahí. Construiremos una relación tan

sólida e intensa que la anterior se morirá de celos. Te parecerá una mierda. Míranos qué maduros, compartiendo una cama abrazados y sin más intenciones que hablar y terminar de arreglar lo nuestro. Aprendiendo de nuestros errores.

Me reí entre dientes. La humedad no resuelta que sentía entre las piernas, y que no pensaba mencionar, seguiría ahí durante días.

—Me estoy engañando, ¿verdad? —Su cuerpo se agitó por la risa.

—Efectivamente. Tienes razón en todo, menos en una cosa. Nunca seremos inocentes.

—Ay, Rebeka, ¿qué voy a hacer contigo...?

Su pregunta se quedó suspendida en el aire, y ambos respiramos relajados.

—Dime que todo ha vuelto a la normalidad.

—No puedo; aún no hemos negociado lo que hay entre nosotros. No sé dónde acabaremos, ni qué demonios estamos haciendo, pero eso nunca ha sido un problema, ¿verdad? El noventa por ciento de mi vida se ha basado en impulsos. Y algunas veces hasta han salido bien. Ahora, duérmete, porque mañana tengo que madrugar.

—Quiero que te quedes conmigo en la cama —protesté con tono infantil.

—Tengo que trabajar. Así que no me tientes, por favor.

—No quiero dormir.

—Mañana seguiré aquí. Me despertaré tan empalmado como siempre, deseando ver tu cara y besarte.

—Pues hazlo. Bésame —rogué adormilada.

—No. Duérmete.

Obedecí y me quedé medio dormida con la espalda pegada a su pecho, su brazo sobre mi cadera y su cara hundida en el hueco de mi cuello.

Pero, pese a todo, lo escuché balbucear.

—Lo he echado todo de menos. Verte sonriendo entre mis brazos, deslizarme entre tus piernas y contemplarte desnuda y excitada, verte gritándome enfadada, incluso verte juzgándome cruelmente por mi pasado. Todo. Eres el recuerdo más bonito que tengo.

TODA ESA TENSION NO RESUELTA

A la mañana siguiente me desperté sola en la enorme cama. Bajé las escaleras y me encontré la puerta del salón medio abierta. Me asomé y miré encandilada a Gary, que estaba sentado en el sofá con una acústica negra brillante sobre sus piernas. Trazaba una melodía dulce pero triste. La repetía una y otra vez. Estuve escuchándolo durante unos minutos. La paz que invadía la estancia me inundó; sabía cómo conectar con las personas a través de su música, y conmigo, a través de todo su ser.

De vez en cuando paraba de tocar, cogía el lápiz que tenía en la oreja y tomaba notas en su famoso cuaderno de ideas.

—Todo lo que deseo en esta vida es... Mierda puta. —Desafinó, y yo sonreí mientras pensaba en que podría cantarme al oído la lista de la compra y me seguiría pareciendo alucinante.

Resopló; los rizos rebeldes de su flequillo se alborotaron. Se colocó la púa entre los labios, frunció el entrecejo y miró hacia la puerta pensativo. Me pilló boquiabierta.

—Tal vez debería limitarme a tocar en el metro, ¿no crees?

Di un paso dubitativo, pero no me acerqué. Él retiró la púa de su boca.

—Puedes pasar, no te voy a morder.

Atravesé el salón y me senté a su lado. Llevaba unos vaqueros negros y una camisa. Pensé en que lo bueno del puñetero frío que hacía en Irlanda del Norte era que se ponía camisas de cuadros casi a diario para deleite de mi vista.

Rasgué con un dedo las cuerdas de la guitarra, que produjo un sonido que estaba más cerca de un tren descarrilando que de un acorde musical, pero él sonrió igualmente. Me acarició la cara con cariño y colocó un mechón de mi

pelo tras mi oreja.

—Puedo enseñarte.

Me rozó la nariz con la púa y contuve la respiración.

—Ya lo intentaste. Y Jimmy Hendrix estuvo a punto de levantarse de su ataúd y matarnos a los dos. A mí por profanar el rock y a ti por permitirlo.

Sus hoyuelos se marcaron más que nunca. Dios, cómo añoraba esa sonrisa sincera.

—Tócame algo.

—¿Perdona? —Me miró aturdido.

Me eché a reír ante su cara de susto, porque no era algo que viera a menudo.

—Una canción, mente sucia. Echaba de menos tu chispeante ingenio de machote norirlandés.

—Probablemente echas en falta otras cosas de machote norirlandés, pero nunca lo admitirás.

Quería reír y llorar, abrazarlo y pegarle. Pero no me atreví a hacer ninguna de esas cosas.

—Está bien... Veamos qué soy capaz de ofrecerte. —Me guiñó un ojo.

Trazó unos acordes con la púa y cantó bajito un *uuuh* profundo.

Comenzó a cantar la letra con un tono más grave de lo habitual.

—*Well it's been building up inside of me, for oh I don't know how long...*

No reconocí la canción, pero de pronto me sentí catapultada a la década de los 60.

—... *Oh, what she does to me, when she makes love to me and says don't worry baby...*

Varios minutos después, tocó el último acorde.

—Y esa voz tan grave y varonil, ¿de dónde ha salido? —pregunté imitándolo.

—¿Te gusta? No es mi tesitura habitual, pero si intentara cantarla en falsete, tal como es la original, saldrías corriendo y tendríamos que llamar al cristalero.

—No la conozco, pero es preciosa. Y he pillado el mensaje.

—No hay ningún mensaje: ya te he dicho todo lo que te tenía que decir. — Sonrió con timidez y dejó la guitarra a su lado apoyada en el sofá—. Simplemente es la primera canción que aprendí a tocar. Es de los Beach Boys: a mi madre siempre la han vuelto loca. *Don't worry baby* era su

favorita. ¿Tal vez esperabas algo en plan *I hate myself for loving you*, de Joan Jett & The Blackhearts?

—Me hubiera hecho ilusión escuchar *All I wanna do is make love to you*, de Heart.

—*Dirty little girl*, de Burn Halo —propuso con una ceja alzada

—*Still loving you*, de Scorpions.

—Ahí me has ganado.

Ambos nos echamos a reír. Pasados los minutos nos miramos fijamente.

—Te echaba de menos. —Verbalizó mis sentimientos.

Sus ojos brillaron con sinceridad.

—Y yo —afirmé cohibida.

—En realidad, empezaste a echarme de menos en el momento exacto en el que te diste cuenta de que no podías reemplazarme.

Le quité el lápiz de la oreja y lo mordisqueé nerviosa.

—Maldición o desgracia, llámalo como quieras, pero he venido buscando el tercer asalto y es lo que quiero.

—¿Ahora crees en las terceras oportunidades? —dijo de cachondeo mientras se mordía la lengua de manera traviesa.

—Soy una ferviente fan de tener otra oportunidad contigo, sea la que sea.

Alzó una ceja de manera pícaro y de pronto su comportamiento dio un giro de ciento ochenta grados.

—Ajá. ¿Y cómo quieres hacerlo, a tu manera o a la mía?

—¿Cuál es la diferencia? —pregunté recelosa; algo me decía que no quería escuchar su respuesta.

Cogió su cuaderno de notas y me quitó el lápiz. Dibujó dos círculos enormes, uno al lado del otro, y me sonrió satisfecho.

—A tu manera —garabateó «Rebeka» en uno de los círculos— consiste básicamente en que te folle a todas horas de viernes a domingo, mientras de lunes a jueves estás en Bilbao o Hannover —dibujó algo similar a un pene, lo tachó e hizo otro más grande— y te dedicas a buscar una escapatoria, que normalmente incluye a otro tío... —dibujó una bandera con tres franjas horizontales, pintando la superior en negro— preferiblemente alemán, por supuesto. Y la mía, en cambio —puso su nombre en el segundo círculo—, consiste en tatuajes a juego, vivir en Belfast —dibujó un trébol de cuatro hojas y una guitarra— y lo más importante: presentarte a mi madre.

Si esa era la manera en la que quería negociar nuestra relación, yo tenía una

propuesta. Le quité el lápiz de nuevo.

—¿Y no pueden ser las dos opciones? —Pinté un círculo sobre los suyos, uniendo nuestros nombres, la guitarra y el enorme miembro viril— Vamos, una mezcla... Un poco de aquí y otro poco de aquí... Pero en Bilbao. —Hice una lata enorme intentando que se pareciera al Guggenheim.

Observó mis garabatos con atención, pero no parecía convencido.

—Uhm... —Me quitó el lápiz—. No, no lo veo. Te quiero aquí.

—Pero... —Resoplé, volví a coger el lapicero y giré el cuaderno hacia mí.

—¿Sí? —me interrumpió.

En realidad, no había peros: estaba bien claro. Yo lo quería a él, y me daba igual dónde y cómo.

—Vale, Belfast —admití como si tal cosa.

—¿Te vendrás a vivir conmigo? —preguntó tratando de esconder la emoción.

—Sí. Pero tendré que volver a Bilbao al menos una vez al mes, para ver a mis padres...

—Hecho. De eso me encargo yo.

—Gary, yo...

Me miró temeroso, como si fuera a echarme atrás.

—No te cortes. Toda aportación por tu parte será bienvenida.

Maldita sea, se estaba divirtiendo a mi costa. Puse mis manos sobre el cuaderno tapando nuestra relación.

—¿Vas a contraatacar con una contraoferta?

Respiré hondo. La sinceridad me picaba en la punta de la lengua.

—Te quiero —solté de sopetón, y el lápiz se me cayó de las manos.

Nos miramos en silencio durante unos minutos.

—Por fin.

—No pongas esa cara. Ya lo sabías —protesté.

—Lo supiera o no, esa declaración cambia las cosas —dijo con tono grave y serio.

—Ah, ¿sí?

—Sin duda.

Cogió el cuaderno y lo tiró por encima de su cabeza al otro lado del salón.

—Las palabras mágicas nunca han sido «lo siento» o «por favor». Por lo visto, conmigo solo funcionan «saca otra ronda, tío», «dale más fuerte, Gary», en varios sentidos, y «te quiero».

—Pensaba que esas palabras no significaban nada para ti —afirmé confusa.

—Que no sean capaces de abarcar lo que yo siento no significa que no necesite oírtelas decir.

—De haberlo sabido, hace días que las habría utilizado. Mierda, las habría gritado a los cuatro vientos.

—¿Y ahorrarnos todo el calvario? Bah, no; presionarte ha sido hasta divertido. Las cosas a veces se ven más claras de rodillas, ¿verdad?

Se acercó a mí, demasiado. Cogió mis manos entre las suyas.

—Esto nos deja con una sola opción —anunció con solemnidad.

—Soy toda oídos.

—Te presento a mi madre, te vienes a Belfast a vivir y... —Se rascó la barbilla pensativo—, te hago el amor a todas horas. Última oferta. Lo tomas o lo dejas.

No me pasó desapercibido el cambio en su terminología, ni su manera de retarme al mantener las dos condiciones que sabía perfectamente que más miedo me habían dado en el pasado.

—Pero intenta no presentarme a tu madre hablando sobre mi carrera cinematográfica en el porno, que nos conocemos.

—No te prometo nada. ¿Aceptas?

—Veo tu oferta y añadido no volver a salir corriendo cuando haya problemas. Te entregaré mi pasaporte.

—Perfecto. Me encanta negociar contigo.

—Y ahora, ¿vas a besarme?

Lo miré esperanzada y él se echó a reír.

—No, querida. Si te beso, si me acercara lo más mínimo a tu boca ahora mismo, acabaríamos desnudos. En menos de diez segundos te tendría contra la pared.

Toma. Ya.

—Pero yo quiero que te acerques a mí, que me toques, que me enciendas..., como hacías al principio. Quiero el polvo de reconciliación y no quiero volver a dormir sola. No sé a qué estás esperando. ¿Es que no lo necesitas? —lloriqueé.

Se carcajeó con socarronería.

—Claro que lo necesito, joder. Soy un tío y tengo necesidades. Y tú desafías todas las putas reglas de la física, porque, contigo cerca, no todo lo que sube vuelve a bajar.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan delicado?

—¿Desde que no bebo? A saber. Estoy empalmado y no pienso con claridad.

—Bienvenido de vuelta. Te echaba de menos.

Me acerqué a sus labios y lo miré con la esperanza de que me permitiera seguir.

—En serio, Rebeka: no creo que esto sea lo que nos conviene ahora mismo. No vamos a volver a disfrazar el sexo de amor. Porque en cuanto te ponga un dedo encima, todo se habrá acabado. Volveremos al punto de partida, dejaremos de hablar acerca de nuestros problemas y nos dedicaremos a tener sexo sin parar. No es que me disguste la idea, pero... ¿es lo que quieres?

—Podemos hablar y acostarnos.

Lo miré con ojos de cordero degollado.

—Lo dudo. —Soltó una carcajada—. Además, te lo debes ganar, y tienes mucho que demostrar. Recuerda, ahora las cosas son a mi manera. No pongas esa cara de disgusto. Te quiero, por encima de todo y con todos los matices que le faltan a esa expresión que tanto os gusta oír a las mujeres.

—Tal como me dijiste, más de lo que merezco.

—Exacto. —Sonrió con suficiencia—. Pero tengo que mantener a raya tus sentimientos, porque siempre están a otro nivel y acaban trayéndonos problemas.

Lo miré mosqueada.

—¿Es la primera fase de reproches del tercer asalto?

Carraspeó con suavidad y se acercó a mi cuello.

—Rebeka, todo el mundo sabe que te pongo —me ronroneó al oído. Su aliento me hizo cosquillas—. Y eso te nubla el buen juicio.

Me guiñó un ojo al tiempo que yo le pegaba un manotazo en el brazo.

—Ya estamos con las debilidades de Rebeka. Sí, me pones: eres mi debilidad. Es lo que hay, ¡asúmelo!

Sonrió con malicia. Yo respiré hondo tratando de centrarme. Dios, solo su olor... podía hacerme divagar durante horas.

—Pero debes entender de una maldita vez que detrás de toda esa tensión no resuelta que me está matando hay más. Mucho más. Te quiero.

—De modo que ese es el problema que nos queda por arreglar... ¿Necesitas que resuelva toda esa tensión sexual?

Asentí levemente.

—¿Y cómo de intenso quieres que me ponga?

—Mucho.

—¿Mucho en mi nivel o en el tuyo? —se burló.

—Mándame el currículum y ya te llamaré —bufé.

—Haré algo más que eso. Te prometo que, si tú sigues luchando, yo también. Pero no me bajaré los pantalones hasta no estar seguro de que lo nuestro no es algo pasajero otra vez. Aunque me tenga que matar a pajas encerrado en el baño.

—Podría ayudarte; no es plan de que te lesiones y pongas en peligro Everlasting Wound de nuevo.

Se acercó lentamente a mí; me acarició el cuello con la nariz.

—Soy ambidiestro —susurró con deseo.

Noté que sonreía contra mi piel, orgulloso de haber conseguido desviar mis pensamientos deshonestos, aunque ambos sabíamos que era un espejismo pasajero.

—¿Crees que es demasiado tarde para recuperar lo nuestro? —pregunté.

Me giró la cara suavemente y me miró los labios, dando comienzo a su famoso maremágnum de señales confusas. Me relamí instintivamente.

—No. El final de nuestra historia es el punto perfecto para retomarla y reconstruirla, porque va a ser imposible hacerlo peor. Te lo dije: esto nunca se va a acabar. ¿Y tú? ¿Qué sientes, además de toda esa lujuria que te nubla el buen juicio y que a mí me mantiene empalmado las veinticuatro horas del día?

—Siento que no estás a salvo conmigo. Que como vuelvas a lanzarme una indirecta o como me mires de nuevo así, me montaré en tu regazo y me apoderaré de tu boca sin ningún tipo de remordimiento.

Gary se echó a reír. Negó con la cabeza.

—Esa es mi chica. La actriz porno de la que me enamoré. El romanticismo hecho persona.

Volvió a besarme en el cuello; un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, y supe que estaba a punto de cometer un disparate.

—En serio, Gary, si sigues por este camino —acarició con suavidad la piel de mi cuello, desde la mandíbula hasta la zona de mi clavícula—, acabaremos con otro *momentus interruptus*, como en Londres, y tendré que coger un avión. Y volveremos a fallar estrepitosamente.

—Nunca hemos fallado: solo hemos tenido la suerte de dar con todas las

maneras posibles para que lo nuestro no funcione. Así que ahora solo nos quedan las buenas decisiones, las que harán que todo vaya como debería. No voy a echar más mierda a lo nuestro, y si tú estás dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva, yo también. Esta vez será para siempre o acabaremos de cabeza en un psiquiátrico.

35

LARNE

—¿Dónde vamos? —pregunté enfurruñada.

Varios días después de haber sentado las curiosas normas de nuestra nueva relación, a eso de las siete y cuarto de la mañana, estábamos montados en el coche. Él duchado, afeitado y bien vestido, con unos vaqueros oscuros y una camiseta de pico negra, y yo como si me hubiera atacado un tiranosaurio *Rex*. Con pelos de loca y con la primera ropa que había encontrado tirada por la habitación. Porque el muy capullo me dejó dormir hasta que casi era la hora de que nos marcháramos. Y claro, tampoco me avisó la noche anterior sobre nuestros planes.

Me fijé en que cogió la A2 en dirección norte, como si eso me diera alguna pista sobre el destino que tenía en mente. Tampoco es que estuviera muy puesta en la geografía de Irlanda del Norte, pero fuera donde fuera, había muchas opciones de que la carretera acabara dándose de bruces con el mar.

—Es una sorpresa. —Sonrió.

—No hace falta que hagas esto.

—¿Conducir? —Me miró extrañado.

—Me refiero a que te molestes en pasar el día conmigo. Sé que andas liado con el grupo... Podemos planear algo por la tarde...

Frunció el ceño y puso su mano en mi rodilla. Tenerlo sentado a mi derecha seguía pareciéndome de lo más temerario.

—Sé que estos últimos días están siendo difíciles. La ausencia de Josh hace que yo tenga más cosas de las que encargarme, pero para ti no estoy liado. Hoy no. Además, quiero hacerlo: deseo pasar tiempo contigo y tengo una sorpresa.

Me revolví nerviosa en mi asiento y miré por la ventanilla tratando de

adivinar dónde demonios íbamos. La carretera se abrazaba a la costa y ambas serpenteaban por el escarpado terreno. Ninguna novedad que me diera alguna pista.

Veinte angustiosos minutos después, aparcó el coche cerca de dos camiones blancos enormes. Nos bajamos y se acercó a mí.

—Las buenas carreteras nunca llegan a los sitios maravillosos como este. Bienvenida a Larne.

Miré el mar, la playa llena de piedras blancas y grises, la torre al fondo... Me quedé estupefacta por la belleza. Él me abrazó por la espalda y apoyó su barbilla en mi hombro.

—Es un lugar precioso. Gracias por haberme traído.

Me acerqué al agua con él pegado a mi cuerpo. Admiré las olas rompiendo contra Irlanda del Norte, desgastándola y moldeándola un poco más, como en todos los siglos anteriores. A lo lejos pude ver un pequeño acantilado.

—Cuando venía a pasar el verano con mis padres, solía traer a algunas de mis novias aquí.

—¿Es tu picadero de la adolescencia? —Me giré con el ceño fruncido y me perdí en la inmensidad del azul de su mirada.

—La última vez que veraneamos aquí, tenía catorce años. Venía con la bici y la chica de paquete.

Sonreí mientras imaginaba a un Gary adolescente, delgado y desgarbado, tratando de engatusar a las niñas del pueblo. Y supe que yo me habría entregado a él sin reparos.

—Mi primer beso, o, mejor dicho, la primera vez que le chupeteé la cara y le lamí los labios a una chica, fue aquí. También fue aquí donde me partieron el corazón por primera vez... Pero ese no es el motivo por el que te he traído. ¿Recuerdas mi llamada para romper el hielo?

Asentí. Cómo olvidar aquella conversación.

—Estaba sentado en ese banco.

Me deshice de su abrazo, me acerqué al banco y me senté. Acaricié la madera con la mano, ensimismada en mis pensamientos y en el paisaje.

Gary se colocó frente a mí, se agachó y puso sus manos en mis rodillas. Me miró fijamente.

—Esa noche escribí muchas de las canciones que componen el último disco aquí sentado. —Se giró hacia el mar; el viento revolvió sus ingobernables rizos y volvió a mirarme—. Recuerdo que hacía un frío de mil demonios. Al

anochecer el aire gélido del océano me cortaba la piel de la cara y las manos, pero no podía dejar de escribir, necesitaba ponerlo todo sobre el papel. Después te llamé, cuando me di cuenta de la magnitud de lo que sentía por ti y lo absurdo que me resultaba quedarme de brazos cruzados.

—¿Por eso me has traído? —pregunté con una sonrisa de oreja a oreja.

Él asintió.

—En realidad, había pensado montar un *tour* por los bancos con vistas al mar más famosos de Irlanda del Norte. Te encantaría.

Me eché a reír alzando los pulgares.

—Genial. Me encanta ver que has vuelto a abrir la agencia de viajes. Adoro que me cuentes estas cosas. Saber qué hacías cuando no estabas conmigo... me ayuda a no recordarlo como una época triste.

—Pues hay más.

Resoplé y puse mis manos sobre las suyas.

—Contigo siempre hay más, no es nada nuevo.

—Cuando estaba a punto de congelarme y acabar tocando la guitarra en la corte celestial, me prometí que, si conseguía arreglar las cosas contigo, te traería aquí y te pediría matrimonio.

Estuve en una muerte clínica durante dos apacibles segundos. Después empecé a hiperventilar.

No hablaba en serio. Agradecí que tuviéramos el mar tan cerca; solo me quedaba decidir si dejar que me arrastrara el agua hasta Escocia o si ahogarlo a él.

—No te asustes, todavía es pronto.. —Sonrió de medio lado.

Ante ese giro inesperado de los acontecimientos, me pregunté qué era lo que me acojonaba más: que me lo pidiera o que no. Miré el paisaje de reojo con una pequeña punzada de decepción pinchándome el corazón.

—Llevas tres días dejándome sin palabras —dije con voz de pito—, y empieza a provocarme secuelas graves en el cerebro. Parezco boba: todo el día con la boca abierta y con cara de flipada. Temo que no voy a recuperar el habla y que me voy a quedar petrificada para el resto de mis días.

Se echó a reír como el gamberro que era. Yo adoré ver sus hoyuelos.

—Lo mejor de todo es que me sale sin querer, porque si me lo curro un poquito más, te dejo sin aliento. Y si me lo tomo realmente en serio... Bueno, ya sabes lo que pasa. Soy un puto crack.

—Pues eso —dije abochornada.

—Respira, Rebeka. Te estás poniendo morada.

—Será azul —protesté.

—Sofoco y falta de oxígeno: es morado.

—Gracias, señor cromático.

—De nada, querida.

Cogió mi mano y me guio hacia el otro lado del parking. Más que caminar, flotaba a su lado. Su tacto, su presencia, sus palabras... No entendía cómo había sido capaz de dudar que fuera el hombre de mi vida.

Nos dirigimos hacia los camiones blancos junto a los cuales había aparcado. Los rodeamos y, para mi sorpresa, nos encontramos en medio de un campamento. Había un par de carpas no demasiado grandes y tres caravanas.

Me detuve en seco para dedicarle una mirada suspicaz.

—Parece un *set* de grabación.

—Lo es —respondió bajito.

Volví a mirar a mi alrededor sin entender una mierda. Había unas veinte personas trabajando. La actividad era frenética. Gary se puso frente a mí, posó sus manos en mis hombros y me miró preocupado. Como si cualquier movimiento brusco por su parte fuera a desencadenar una crisis de histeria en mí.

—Vamos a grabar un videoclip —dijo con tranquilidad.

—¿En serio?

—Muy en serio —asintió y se quedó a la espera de mi reacción.

Me puse a dar saltitos como una loca. Él me observó divertido.

—¡Siempre había querido asistir a una grabación! ¡Qué emocionante! Gracias por haberme traído. Guau. ¿Es algún *set* de *Juego de tronos*?

Continuaba callado. Paré de dar saltos; lo atravesé con la mirada. Carraspeó y se rascó la barbilla pensativo.

—Es magnífico que siempre hayas querido asistir a una grabación, de verdad que sí... ¿Y salir en ella?

Me eche a reír. Estaba de broma de nuevo. O a lo mejor no.

—Hola, Gary. Soy Maire, la directora. Supongo que me recuerdas.

Una señora de unos cuarenta y tantos se interpuso entre nosotros. Era bajita y rubia y llevaba las gafas en la punta de la nariz. Parecía muy cabreada.

—Aquí tienes el *storyboard*. —Le arreó un buen golpe en el estómago con una carpeta enorme.

—Gracias —dijo él aturdido mientras trataba de que no se le cayeran los

papeles del archivador.

—Haremos dos o tres tomas —continuó Maire como una ametralladora—: una en el banco con la chica y otra tú solo con la acústica. Supongo que te sabes la letra —afirmó con cinismo—, no como la última vez. Mira que juré que no volvería a trabajar contigo.

Eureka. Por lo visto, la pobre Maire había conocido a la versión juerguista de Gary; sospeché que la grabación no había ido todo lo bien que a ella le habría gustado.

—Estamos preparados, así que pasa ya a maquillaje. Empezamos con las tomas de la guitarra. Supongo que tú eres Rebeka.

Me envaré al escuchar mi nombre y asentí. Contuve las ganas de hacer un saludo militar.

—Peluquería y maquillaje. Aquí tienes otra copia del *storyboard*.

Cogí la carpeta que me ofreció. Me precipité, corriendo, tras una asistenta que había salido de la nada. Miré hacia atrás: me topé con que el muy capullo de Gary se estaba partiendo de risa, hasta que la sargento Maire le pegó un grito para que se pusiera en marcha. Entonces me reí yo.

La secuaz de Maire me arrastró al interior de uno de los camiones sin que pudiera protestar y me empujó hasta que acabé sentada en un tocador. Miré alucinada a mi alrededor: todo estaba lleno de fotos mías, hechas por Gary durante el tiempo que salimos juntos. Habían tachado algunas y marcado enfoques diferentes de mi cara y perfil. También había una copia a gran tamaño de la portada de su último disco.

La peluquera comenzó a trabajar con mi pelo mientras yo trataba de relajarme mirando el *storyboard*. Como si supiera qué hacer con él, además de abanicarme para que se me pasara el susto o calzar la pata de una mesa coja.

«La última chica del último pub: Rebeka Arriaga».

Oh. Dios. Mío. Las manos me temblaban tanto que era incapaz de pasar de la portada.

—Me encanta esa canción —afirmó la peluquera con una docena de horquillas en la boca—. Es genial que vayan a grabar el vídeo aquí; es la primera vez que trabajo para una producción de esta envergadura. Va a ser la leche. ¡Mi peinado va a salir en un videoclip de Everlasting Wound! —canturreó rebosando felicidad, como si el vídeo fuera a tener créditos que

mencionaran su labor.

—Yo tampoco había salido nunca en un videoclip. Así que estoy un poco de los nervios —afirmé.

—¿Llevas mucho tiempo en el mundillo del cine? —preguntó con la mitad de mi pelo levantado en el aire a modo de cresta.

—No. Claro que no —me reí como una bruja.

—¿Y no te pone nerviosa grabar con Gary Connolly? Joder, ese tío está cañón. Si yo tuviera que acercarme lo más mínimo a él...

Volví a reírme y la miré a través del espejo. Ella no tenía la culpa de ser un pelín cortita.

—Soy la jodida novia del jodido cañón que, por cierto, va a grabar su último videoclip, porque en cuanto lleguemos a casa me lo voy a cargar. — Sonreí como una psicópata.

—Tú eres la última chica —me miró pasmada a través del espejo con mis pelos todavía levantados en el aire mientras me colocaba una pinza roja— Jo, tía, qué potra. Me llamo Sally.

Le estreché cordialmente la mano que me ofreció. Llevaba un par de docenas de anillos de hojalata que se me hincaron en la palma.

—Soy Rebeka, pero eso ya lo sabes. Y sí, tengo la suerte de ser su... — titubeé durante unos segundos— novia.

Vaya. Volver a decirlo era más reconfortante de lo que jamás habría imaginado.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Sally mientras nos colocábamos con la laca que no paraba de pulverizar sobre mi cabeza. Cosa que estaba bien pensada, porque la humedad a orillas del mar de Irlanda del Norte podría acabar con Gary grabando el videoclip con Espinete a su lado.

—Lo conocí en Londres —empecé a relatar.

Sally dejó la laca sobre el tocador, se sentó a su lado y me miró de frente.

—Cuéntamelo con detalles —me rogó emocionada—, no los escatimes.

Maire iba a cabrearse por el retraso, pero me dio igual: estaba deseando fardar un poco de novio recién reestrenado.

Salí del tráiler media hora después, con la cabeza como un bombo, y con un colocón de mucho cuidado gracias a los productos de peluquería. Sally se había esmerado, haciendo que el resultado fuera impresionante: tenía el pelo perfectamente peinado en bucles y un maquillaje suave pero sexy. También llevaba ropa nueva: un top granate bastante escotado y una minifalda de

cuero negra, que me convertía automáticamente en la protagonista buscona del vídeo. Desde luego que no iba a pasar desapercibida entre el verde y el azul del paisaje.

Gary no se hallaba a la vista, de manera que me acerqué a la zona donde estaba la directora dando voces a todo el equipo. No era difícil seguir el eco de sus gritos.

—Ya era hora —me regañó Maire.

La seguí hacia el banco donde habíamos estado con anterioridad, corriendo como un cachorrito con las piernas demasiado cortas. Gary se encontraba allí de pie. Me miró embobado, y yo me pregunté si llevaba un halo de laca alrededor de la cabeza a modo de escudo supersónico, o si le había encantado la minúscula falda. Me atusé el pelo y aproveché el poco tiempo que tuve para lanzarle una mirada fulminante por la encerrona, que a él le resultó de lo más graciosa. Sally me asaltó con un pintalabios granate oscuro para darme los últimos toques.

Estábamos rodeados por todo el personal de producción y un montón de artilugios cinematográficos. El equipo parecía preparado para empezar a rodar la escena. Yo temblaba como un flan. Gary seguía mirándome fascinado y era todo sonrisas. Maldita sea. ¿Nunca se ponía nervioso? ¿Desayunaba sedantes?

—La toma que vamos a grabar es simple. Rebeka, siéntate en el banco; Gary, ponte detrás y haz como que cantas. ¡Poned la segunda estrofa! —gritó a un par de chicos que controlaban un equipo de sonido enorme.

Todos obedecimos las órdenes de la directora: yo me senté, la música empezó a sonar y Gary canturreó bajito. En un par de tomas estábamos listos y ella bastante contenta, pero no lo suficiente como para sonreír o darnos un respiro con sus berridos. Aunque tal vez su voz era así de serie, estridente y desagradable.

—En este último corte, que va a ser la guinda del pastel —Maire miró fijamente a Gary—, vas a sentarte al lado de Rebeka; coges su cara entre tus manos, como si estuvieras enamorado de ella, pero con dolor, como si hubieras pasado las de Caín. La miras con intensidad y la besas apasionadamente, con desenfreno. Tiene que durar por lo menos dos minutos y veinticinco segundos. Podéis hacerlo como más cómodos os sintáis, luego ya lo ralentizaremos en posproducción, pero debéis girar la cabeza cada poco; así las tomas serán más variadas.

Gary se sentó a mi lado. Parecía avergonzado.

El equipo de cámaras nos colocó una a cada lado, haciendo que pareciera un documental del National Geographic sobre la reproducción humana en la primera fase del ligoteo.

«El ejemplar macho de Homo Sapiens acecha sigilosamente a la hembra...»

—Espero que te haya gustado mi sorpresa.

—No has querido besarme en ninguno de todos los días que llevamos juntos —le reproché.

—Lo sé.

—Joder, ¡eres la hostia! ¿Y si ahora decido que no quiero? Acabarás comiéndole los morros a la buena de Maire, ¿y sabes qué? Tiene bigote. Es lo que te mereces, porque...

Me puso una mano en la boca obligándome a callar.

—¿Por qué no paras de protestar y me dejas que te dé un morreo guarro de un par de minutos? —preguntó apurado.

—Dos veinticinco —farfullé entre sus dedos.

—Más a mi favor.

—Gary, ¡quítale tu sucia mano de la boca ahora mismo! ¡Le vas a estropear el maquillaje! —vociferó la directora muy cabreada.

Me reí por lo bajo con crueldad. No sabía qué era lo que había hecho Gary en la grabación anterior, si se presentó desnudo y le interpretó el «bailecito de la trompa del elefante», o si simplemente le pegó fuego al decorado, pero se había ganado una enemiga para toda la vida.

—No me jodas, Rebeka. Bésame —insistió de nuevo con gesto serio—. Maire me va a cortar las pelotas.

—Fingir delante de las cámaras es surrealista y ridículo. Me niego —Miré hacia otro lado haciéndome la dura y crucé los brazos.

Puso sus manos en mi cara, me obligó a mirarlo y me habló entre susurros, probablemente para que los objetivos de las cámaras, que casi nos rozaban las narices, no lo captaran.

—No te equivoques. Te voy a besar porque es lo que deseo desde hace días, semanas y meses. Tú también lo anhelas, así que déjate de chorradas y pataletas infantiles. Además, quedará grabado para la posteridad. Cada vez que dudes de lo que siento por ti, solo tendrás que mirar el vídeo y recordar que la clave está en decir te quiero sin utilizar esas palabras. Aunque nunca me ha gustado exponerme al público de esta manera, la ocasión lo merece;

soy un genio organizando reconciliaciones. Esto va a cerrar una etapa y va a dar comienzo a otra, al resto de nuestras vidas y al nuevo Everlasting Wound.

Su sinceridad me hizo ponerme del color de mi camiseta, y dudé que fuera a ser capaz de cerrar la boca en los próximos treinta minutos. Cosa que le brindaba la posibilidad de meterme la lengua hasta la campanilla sin ningún esfuerzo, y, encima, me sentía lo suficientemente necesitada como para no protestar.

—Estoy hasta nervioso —me confesó inquieto.

—¿Por qué?

—Porque voy a besarte. Obviamente.

Ambos sonreímos como dos adolescentes tímidos. Yo también estaba cardíaca, pero él no necesitaba saberlo.

—Tranquilo, sabes hacerlo. Muy bien, por cierto.

Recordé nuestro primer beso y me sofoqué. Agradecí las dos toneladas de maquillaje que Sally me había esparcido por la cara.

—¿Y si me rechazas de nuevo?

No me lo pensé dos veces: me lancé y me apoderé de sus labios.

Me importó una mierda las veinte personas que nos rodeaban, las risitas y el cachondeo, incluso si las cámaras ya habían empezado a grabar. Iba a darle algo más que un morreo de dos minutos y veinticinco segundos: iba a ser un beso de tornillo, cálido, húmedo y sudoroso. Inolvidable e histórico.

MTV rechazaría el vídeo por ser demasiado explícito y yo sería la orgullosa responsable.

En cuanto posé mis labios en los suyos, su lengua se abrió paso sin contemplaciones y se enroscó con la mía. Parecía el primer beso, la primera caricia, la primera noche... Solo que no hubo tanteos, ni preliminares, ni reconocimiento del terreno. Fuimos directamente al grano.

La pasión me desbordó a los pocos minutos y pasé de estar sentada en el banco a su lado a estar a horcajadas sobre él, con los dedos enroscados en sus rizos y con sus manos empujando mi trasero. Era increíble lo rápido que nuestros cuerpos eran capaces de encajar y entregarse como si no hubiera pasado ni un maldito día desde la última vez.

El objetivo del beso, que quedaría para la posteridad, estaba bien claro: concentrar el tiempo perdido en nuestras bocas y acabar rompiendo alguna cámara de una patada.

Un rato después noté que las cámaras se retiraban y la gente se dispersaba.

No hizo falta ni un solo grito de Maire. Una decisión bastante inteligente por parte de los miembros del equipo si no querían acabar viendo más de lo que había en el guion.

Y es que redescubrirnos el uno al otro era una tarea vital, tórrida y desenfrenada.

MANCILLEMOS EL CASTILLO DE CARRICKFERGUS

Una hora después de que se hubieran retirado las cámaras, dejamos de enrollarnos como dos adolescentes salidos y nos fuimos a comer a un pintoresco restaurante de la zona. Más tarde, aprovechamos para hacer un poco de turismo en Carrickfergus y visitamos el castillo.

Al anoecer, nos sentamos en un muro bajo detrás del castillo, para admirar su silueta; mis labios volvieron a rozar los suyos, perdimos la noción del tiempo y nos liamos a ensayar para una hipotética segunda parte del videoclip.

—Estoy tan... Deseo tanto... —Apenas era capaz de hablar entre jadeos, pegada a su boca, que continuaba dándome suaves besos en el labio inferior.

—Sí, la manera en la que me tiras de los rizos me hace sospechar que quieres algo más.

Mis manos soltaron su pelo y le rodeé el cuello.

—¿Por qué has parado de besarme? —pregunté mientras le lamía el labio superior.

—Eres tú la que ha empezado a hablar, o, más bien, balbucear. Además, esto es un sitio público.

Paré de jugar con sus labios y lo miré con fastidio. ¿Se iba a poner tiquismiquis después de la emboscada que me había preparado?

—Me da igual. —Volví a lanzarme a por su boca, ávida de más—. Esto va a pasar contigo o sin ti —murmuré.

Él detuvo mi ataque, parecía alucinado.

—¿Sin mí?

Asentí. Nos miramos durante unos minutos en silencio.

—Visto lo que me ha costado arrancarte un beso, no pienso suplicar para

conseguir algo más. Aunque pensaré en ti.

Hundí la cara en su cuello, me deleité con su olor y le lamí la piel.

—Nunca me había pasado esto. ¿Debería sentirme utilizado? De veras que lo siento.

—No lo sientas. Es desconcertante, pero francamente... excitante.

Volvió a envolvernos el silencio. Él negó con la cabeza y sonrió travieso. Hoyuelos a la vista, Rebeka perdida.

—Así que quieres algo más —afirmó con retintín.

—Lo que no quiero es sexo por compasión.

—No me das ninguna pena. Pero ¿no prefieres una cena romántica, velas y todo eso?

¿Mis jadeos lo llevaban a pensar eso? ¿No me conocía?

—¿En el coche? —ofreció como alternativa.

—Mancillemos las ruinas del castillo, por favor —rogué pegándome a su boca.

—¿En serio? ¿No prefieres mancillar la inocente y acogedora casita en la que nací?

Apoyé las manos en sus hombros y resoplé.

—¿Crees que somos los primeros que lo tienen sexo entre estos muros? Estudiaste historia: deberías saber mejor que nadie los actos carnales que se llevaban a cabo en los castillos.

—A mi madre le encantará saber que por fin me ha valido el título para algo. Espera a que se lo cuente, ya verás lo feliz que la vas a hacer.

—Oh, venga, no te vayas por las ramas.

—¿De verdad que quieres consumir un acto de tal calibre aquí?

—Quiero consumarte a ti. Amarte. Comerte. Lamerte. Todo.

Me bajé de su regazo, me agaché entre sus piernas y él acarició mi pelo con cierta duda.

—Esto va a suceder, colabores o no —sentenció.

Acerqué mi mano a su centro de placer y me quedé mirándolo fijamente.

—Oh, señor, podrías disimular un poco. —Alcé una ceja escandalizada.

Se echó a reír, enredó sus dedos en mi pelo y me obligó a mirarlo de nuevo. Sus ojos ya no reflejaban indecisión, brillaban inundados por el deseo. Estaba cachondo, casi tanto como yo, y supe que, si mi vida fuera a acabar, no querría estar haciendo otra cosa que perderme entre sus brazos. Moriría con una sonrisa y entraría en el cielo por la puerta grande.

—¿Qué quieres? Cuando te comportas de esta manera, me matas, y me conviertes en una puñetera erección permanente. Soy humano y tengo una personalidad adictiva, y tú eres la droga más peligrosa que conozco.

—Pues vamos a solucionarlo: no quiero que sufras tanto. Bastante hemos hecho en honor a la castidad.

Bajé la cremallera de sus pantalones y comencé a hurgar en su interior con los dedos. Él suspiró excitado.

—Será por eso por lo que tengo la sensación de que han pasado un par de años desde la última vez... La castidad dilata el tiempo.

—Es porque vamos despacio, demasiado para nosotros.

—Para nosotros cualquier cosa que no sea repentina e imparable es ir despacio. Y mis dolores de pelotas, una jodida realidad con la que nunca conseguiré aprender a vivir.

—Pues deja de protestar. Lo quiero al estilo celta: rudo.

Resopló, agobiado y excitado.

—Mezclemos la turbulenta historia de Irlanda del Norte a nuestro antojo. Claro que sí.

Puso su mano en mi barbilla y me obligó a mirarlo por enésima vez.

—No sé si voy a ser capaz.

Me eché a reír. ¿Me estaba tomando el pelo? Porque los jadeos que acompañaban a su voz no dejaban lugar a dudas.

—Es como andar en bici. Tú tranquilo.

Sonrió mientras negaba con la cabeza. Me levantó del suelo y me colocó de nuevo a horcajadas sobre él. Puso sus manos alrededor de mis caderas.

—Me refiero a que tengo varias cosas en la cabeza.

—¿Cuál es el problema? Desconecta y juega conmigo.

Me restregué contra su erección con bastante poca elegancia y guie sus manos hasta mis pechos. No iba a ponerle las cosas fáciles, y él tampoco es que estuviera a punto de salir corriendo.

—Verte así, sobre mí, moviéndote, buscando postura, sofocada, hambrienta... hace que piense en el alemán. Y no porque me ponga. Sé que es inoportuno, pero no puedo evitarlo. Sé que en tu cabeza nos comparas y siempre gana él, no podría ser de otra manera.

—¿A qué viene eso? —Me detuve en seco, preocupada. Pensaba que ese tema ya había quedado zanjado.

—Tuvo su oportunidad y no sé si... Bueno, no sé si te comportabas así con

él, o si soy yo...

Me miró preocupado. ¿En serio que se sentía... utilizado? ¿Infravalorado? ¿Estaba celoso?

—Suéltalo ya.

—Los celos me devoran cada vez pienso en él contigo acariciándote, besándote, quitándote la ropa..., dándote todo lo que yo no podía. Me comparo con él y pienso: ¿qué tengo yo que me convierta en una opción mejor? Y la respuesta siempre es: nada. No tengo nada, Rebeka. Lo único que puedo ofrecerte son estos sentimientos que guardo desde la primera noche que te vi.

—¿Y te parece poco? Joder, Gary, ahora mismo es todo lo que quiero. Con Daniel las cosas no llegaron tan lejos...

—¿Intentaste follarte el dolor?

Gary era el señor de las frases lapidarias.

—Sí, y ni siquiera fui capaz de cerrar los ojos.

—¿Acabaste gritando mi nombre mientras él empujaba entre tus caderas? —se pitorreó.

—No lo hice, no llegué tan lejos. Ya te lo dije. Te sentía en todas las partes de mi cuerpo. El dolor era...

—Nunca funciona, por muy hondo que lo entierres; el dolor siempre vuelve, y cuando lo hace es con más fuerza. Ni siquiera la satisfacción sexual amaina el temporal, y la culpa que te invade después es aún peor. Además, siempre me han dicho que soy un tío que te marca de por vida. Ya sabes, inolvidable.

—No sé si pegarte o acariciarte el ego con dulzura. Maldita sea.

—Cualquiera de las dos cosas me va bien.

Filtré su comentario y sonreí.

—Gary, el sexo no deja de ser sexo, pero tú... oh, Dios mío —gemí mientras movía las caderas contra su cuerpo de nuevo—, haces que sea mucho más. Apoteósico y épico, como si fueran el 7 de julio, San Patricio y Nochevieja a la vez. Es... lo mejor que he experimentado. Lo que he vivido hasta ahora no tiene nada que ver con la manera en la que tú me tocas, tu manejo de la situación, cómo me amas y cómo me empujas a sucumbir con todo mi ser al orgasmo, y es así porque eres tú, por la intensidad de lo que siento por ti.

Me encantaba verlo apabullado y con sus perfectos labios formando una O.

—Nunca dejará de sorprenderme tu... No sé ni cómo definirlo —negó.
—¿Apetito? ¿Atrevimiento? ¿Descontrol?
—«Apetito descontrolado hacia mi persona» me gusta. —Pasó su dedo por mi labio inferior y yo se lo mordí.
—La culpa la tienes tú.
—Pobrecita. Claro, culpemos a Gary el cachondo. Como si tu segundo nombre fuera «Remilgada».
—Quién te ha visto y quién te ve, Gary Connolly; indignado como si fueras virgen.
—Es peor que eso, querida: soy el cabronazo que nunca te da lo que necesitas.
—¿Te recuerdo todas las veces en las que me has dejado con las ganas desde que nos conocemos?
—¿Esto es una queja formal? —Se carcajeó.
—Sí, lo es. Quiero las hojas de reclamación.
Me lanzó una mirada incendiaria y sonrió de medio lado.
—No puedo permitir que nos vuelva a pasar esto.
En menos de diez segundos, mi camiseta voló hacia el agua, mi sujetador había desaparecido y él estaba besando mi pecho.
Y en menos de un minuto, un señor carraspeó a mi espalda.
—A lo mejor ya es tarde para hacer ruiditos e intentar pasar por ovejas —dijo Gary muerto de la risa entre mis piernas, mientras yo me tapaba los pechos con las manos.
—Sabías que había un guardia. Maldito seas, Gary Connolly.

Volvimos a casa a primera hora de la tarde y por fin me pude dar la ansiada ducha que no había sido capaz por la mañana. Me relajé debajo del chorro de agua caliente mientras pensaba en lo afortunados que éramos por haber recuperado lo nuestro. Salí de la ducha, me senté en la cama y aproveché para mandar unos cuantos mensajes a Ana, a Daniel y a mi hermano.

Daniel Beck - 21:25: Todo bien en Alemania. Andrea pregunta a menudo por ti; he tenido que comprar un atlas para explicarle dónde está Irlanda del Norte y por qué no puedes venir un día a cenar. Hemos quedado en que estás tan lejos como ir a Disneyland París dos veces. Heiko le ha dicho a todo el mundo que te fuiste porque vuestro amor era casi imposible, como ver el final de un arcoíris. En el fondo es un

romántico y te echa de menos. Tu hermano y Verena siguen como siempre. Y sí, soy feliz. Aunque también te echo mucho de menos. Cuidate y ven a visitarnos pronto.

Yo también lo echaba de menos, pero no de la misma manera que él a mí. Me recompuse del mensaje de Daniel y bajé a buscar a Gary.

Cuando salí, el cielo estaba oscuro, pero las estrellas y la luna brillaban e iluminaban el agua como si estuviera cubierta por un manto plateado. Gary se encontraba de espaldas en mitad de la playa, cerca del agua. Aproveché el momento para mirarlo embobada sin que se percatara de mi presencia. Lo repasé de arriba abajo: sus rizos rebeldes ondeando al viento, la anchura de su espalda y la delicia que era su trasero..., y me fijé en que se hallaba descalzo. Así que yo también me animé; me quité las zapatillas y puse un pie sobre la arena. Inmediatamente pegué un salto mortal triple horrorizada por lo helada que estaba. Por suerte él no se dio cuenta y siguió absorto en el mar. Me volví a calzar y me acerqué despacito.

Estreché su cuerpo entre mis brazos y apoyé la mejilla en su espalda. Respiré hondo. Su olor mezclado con el salitre me volvió loca.

—Me encanta la calma después de la tormenta —me dijo sin apartar la vista del mar.

—¡Pero si no ha llovido!

—¿Tú crees? ¿Qué me dices de la tormenta que vaticinaste?

—Oh.

—Te lo dije. Nunca viene mal una buena tempestad, con tal de que sobrevivas para disfrutar de la paz que viene después.

Se dio la vuelta entre mis brazos y me quedé alucinada al ver lo que sujetaba entre sus manos.

Tuve que recordar que necesitaba oxígeno para vivir.

—Pensé que no nos vendría mal recordarlo —dijo con tono serio mientras yo contemplaba hechizada el vaho que salía entre sus labios.

No fui capaz de decir nada. Alzó mi cara con su mano en mi barbilla; cuando sus ojos conectaron con los míos, la tristeza que vi me impactó.

—La noche que volvimos de Ámsterdam le pedí a Joe que me lo mandara —dijo, y me besó en la nariz con dulzura.

Acaricié el cartel de Beck's con los dedos, como si me pareciera imposible que estuviera allí.

—Quería traer algo de Londres para ti. Pero no ha llegado tan pronto como

me habría gustado.

Cogí el cartel entre mis manos, lo observé durante un buen rato y llegué a una conclusión bastante sorprendente. El trozo de metal representaba un recuerdo precioso, pero ya no tenía nada que ver con nosotros. Ni yo era Beck's ni él me había vuelto a llamar así.

Éramos dos personas completamente diferentes. Él ya no era una estrella del rock que había perdido la cuenta de todas las cervezas que se había tomado y que coqueteaba con la primera morena que se le había puesto delante. Ya no estaba perdido en un bucle de autodestrucción. Yo tampoco era la chica inmadura que buscaba un rollo de una noche para librarse de una despedida de soltera. Ni tenía nada que ver con el manojito de dudas que se fue a Londres a pasar un fin de semana con él. Tampoco me reconocía en la idiota que jugó a dos bandas con su ex. Ni en la petarda que se escondió para lamerse las heridas en Alemania.

Si un año atrás alguien me hubiera dicho que un norirlandés con el pelo negro rizado y los ojos azules más increíbles que jamás había visto me iba a robar el corazón, le habría pedido el teléfono de su camello.

Levanté la vista y me perdí en la profundidad de su mirada. La impresión que me provocaba, ese escalofrío imparable que me atravesaba sin piedad, era lo único que no había cambiado, y nunca lo haría.

Tiré el cartel al suelo, lo que hizo que una sonrisa maravillosa se dibujara en su cara.

Posé mis manos en su pecho y me puse de puntillas para besarle en la mejilla. Él me rodeó la cara y recorrió la curva de mi labio inferior con la lengua. Gemí.

—Te quiero —dije mientras él continuaba pegado a mi boca, sonriendo y sin dejar de besarme.

Deslizó sus labios por mi mandíbula y depositó varios besos en mi cuello, al tiempo que sus manos descendían con destino a mi trasero. Me agarré a su cuerpo para no perder el equilibrio, hundí la cara en el hueco entre su hombro y su cuello. Le quité la sudadera con manos torpes, tiré de la camiseta hasta sacársela por la cabeza y me quedé admirando su cuerpo. Pero no fueron ni dos segundos: para cuando me quise dar cuenta, Gary me había cargado en su hombro, había abierto la puerta de una patada y trotaba escaleras arriba.

Me dejó sobre la cama con suavidad y sus ojos azules me devoraron con pasión.

Me quedé sin respiración, sometida.

De pronto el mundo desapareció a nuestro alrededor y los relojes retrocedieron hasta el punto en el que nuestra relación floreció. Nunca olvidaría ese momento; la mujer en la que me había convertido le pertenecería para siempre, y tuve que admitir que las palabras no iban a ser capaces de hacerles justicia a mis sentimientos. Tal vez había alcanzado el punto en el que él decía encontrarse desde hacía meses.

Gary se arrodilló sobre la cama y, sin quitarme un ojo de encima, avanzó hasta colocarse sobre mí. Se inclinó y jugueteó con la púa de plata que descansaba entre mis pechos.

—Eres preciosa...

Sus dedos acariciaron con lentitud la piel sensible de mi canalillo, como si nunca me hubiera tocado, redescubriendo cada detalle de mi cuerpo. Yo hice lo propio con mi mano en su nuca; enrosqué mis dedos en sus rizos, lo atraje hacia mi boca y le rodeé la cintura con mis piernas. Comenzamos a besarnos con lentitud, disfrutando de cada segundo y cada caricia. Su mano se deslizó por mi cuello, y mi cabeza, casi involuntariamente, se inclinó hacia atrás para darle acceso. Cerré los ojos disfrutando del sedoso roce de sus labios y su lengua en mi piel, gemí y suspiré, todo a la vez, superada por el momento. Recorrí su espalda con las yemas de mis dedos y noté que sus firmes músculos se contraían a mi paso.

Nuestras respiraciones comenzaron a acelerarse mientras sus manos sacaban de la escena a mi camiseta y sujetador. Volví a sentir el peso de su cuerpo sobre mí y la tensión de su miembro contra mi vientre. Contuve el aliento; deseaba que fuera más rápido, pero mi mente anhelaba guardar cada gesto y cada sensación y no olvidarlo jamás.

Sus manos deslizaron con delicadeza mi pantalón hasta los tobillos y lo tiró al suelo. Acarició la piel entre mis piernas con delicadeza, y yo tiré de su pantalón con impaciencia, haciéndolo sonreír ante mi incapacidad de arrancárselo de cuajo. Mis torpes dedos habían olvidado el pequeño inconveniente de los botones. Él se entretuvo chupando mi labio inferior y acarició mis pechos. Yo volví a pelearme con su bragueta y por fin conseguí quitárselo.

Contuve el aliento. Parecía que era la primera vez que lo veía desnudo.

Sus dedos se colaron entre la tela de mis braguitas; me las quitó con suavidad y comenzó a trazar círculos. Me observó con pasión y una media

sonrisa, mientras mis caderas se contoneaban contra su mano, deseando que no parara en los próximos ocho años. Apenas era capaz de contener el intenso e increíble orgasmo que estaba a punto de arrasarme, así que le imploré que se introdujera en mi interior. Dejó de acariciarme, recorrió cada milímetro de mi cuerpo con su lengua en sentido ascendente y jugueteó con mis pechos; yo hice lo propio con mis dedos, que exploraron cada centímetro de su cuerpo. La ansiedad por sentirlo dentro de mí estaba a punto de acabar conmigo.

El silencio de la habitación, con las olas del mar a lo lejos, parecía intensificar los sonidos de placer que salían de nuestras bocas.

Me besó de nuevo, con calma y premeditación. Me penetró rápidamente.

Sin contemplaciones.

Mi cuerpo se tensó a su alrededor y él emitió un sonido gutural que me provocó una vertiginosa sensación de plenitud.

Nuestras caderas comenzaron a moverse perfectamente sincronizadas con un ritmo implacable y al son de nuestros gemidos.

—Te quiero —masculló contra mi cuello. Su voz era un suave susurro que acariciaba mi oído con dulzura—. Y jamás ha significado tanto para mí.

Por la mañana me dolería todo el cuerpo.

Todo, menos el corazón.

EN PIJAMA Y BLANDIENDO UN CUCHILLO DE MANTEQUILLA

Había momentos en mi vida en los que me preguntaba cómo había llegado a la situación en la que me encontraba. Y esa mañana viví una de esas extrañas ocasiones.

Me había despertado sola en la cama, había bajado a desayunar canturreando canciones de Everlasting Wound y, ¡bam!, de pronto estaba mirando estupefacta cómo Halley le acariciaba el brazo a Josh en mitad de la cocina.

Y no seguía soñando. Me hallaba pasmada, casi tanto como ellos.

No ver a Gary por ninguna parte era una buena señal, pero significaba que estaba sola.

Me puse tensa al instante y apreté los puños.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo Josh con rabia.

—Es un contratiempo, cariño —respondió Halley nerviosa.

Josh estaba muy delgado y demacrado; no era ni sombra del amable chico que fingió ser cuando lo conocí. En cuanto a ella, no me cabía la menor duda de que era la rubia desteñida que vi en Belfast una semana atrás. Seguía siendo una belleza exótica y despampanante. Llevaba una falda tan corta que tapaba su trasero con gran esfuerzo, pero estaba hecha un desastre, el maquillaje corrido, la ropa arrugada... Una muñeca rota.

—No lo es, nena; es perfecto. La retendremos por la fuerza hasta que Gary acepte cederme todos los derechos del grupo. Es mucho mejor que fingir un robo. Es brillante —dijo Josh mientras me miraba fijamente.

Parecía estar sopesando qué hacer conmigo, cosa que me dejó estupefacta. ¿Se creían Bonnie y Clyde? Me acerqué a la encimera a mi izquierda con un movimiento lento y sutil. Me enfrenté a sus miradas de odio.

—¿Por qué, Josh? ¿Por qué lo odias tanto? —pregunté desesperada—. ¿No crees que ya has hecho suficiente? Lo has arruinado y has conseguido que el grupo desaparezca.

—Cállate, zorra —gruñó Halley—. El grupo no es nada sin Josh...

Josh alzó la mano ordenándole guardar silencio y ella pateó el suelo cabreada. Por lo visto, a la niña le gustaba llevar la voz cantante. ¿Qué demonios pretendían conseguir?

—No lo odio, solo quiero que me dé todo lo que me corresponde. En cuanto al grupo, ¿crees que no sé que ya me han sustituido y que están a punto de anunciar su retorno? Pero no les voy a permitir que echen por la borda tan fácilmente los quince años que le he dedicado a Everlasting Wound.

Dio un paso hacia mí y yo me pegué más todavía a la encimera. Palpé la superficie tratando de buscar algo con lo que defenderme en caso de que todo se desmadrara. Encontré un objeto metálico y lo escondí detrás de mi espalda; lo mismo podía ser un cuchillo que un pelador de patatas. Pero al menos tenía algo con lo que sacarle un ojo si se acercaba más.

—Yo soy el alma de Everlasting Wound —continuó desvariando—, y soy yo quien debería seguir en el grupo, no él. Si no fuera por mí, hace años que lo habrían encontrado muerto en cualquier cuneta, pero yo me he dedicado a cuidarlo y vigilarlo. Soy como un hermano para él, ¿y cómo me lo paga? Apartándome de todo.

—Lo has cuidado por interés, ¡no te jode! —Me eché a reír drogada por los nervios, mientras Josh me miraba como si me faltaran un par de tornillos.

—Esto no debería haberse alargado tanto —dijo apesadumbrado—. Si todo hubiera salido bien aquella noche en Kreuzberg, hoy no estaríamos aquí. Era el momento perfecto: estrella del rock drogada se desangra por una herida de arma blanca. Todos habrían pensado que se había suicidado, destrozado por la muerte de su padre. Era el titular perfecto. —Abarcó con las manos un par de metros de manera teatral—. Y valdría millones.

—La cicatriz de Gary... —recordé.

—No sé cómo demonios se hizo la herida, pero si la putita con la que se acostó no lo hubiera fastidiado todo avisando a una ambulancia...

—¡¿Ibas a dejar que se desangrara?! —grité alterada.

—Digamos que no me esforcé en evitarlo.

—Estás loco —dije, e instintivamente di un pasito hacia la puerta.

Josh me cerró el paso y negó con el dedo índice.

Traté de recordar de nuevo las palabras de Daniel acerca de cómo enfrentarme a un oponente con dignidad, pero, una vez más, no fui capaz de acordarme de una maldita palabra. Me preparé mentalmente para lo peor e intenté alargar la conversación todo lo posible.

—Everlasting Wound no será nada sin él —continué con la vista clavada en él—. Te jode, pero es así.

Se echó a reír como un psicópata.

—Te equivocas: su legado será enorme, y todo para nosotros. —Se acercó a Halley, la agarró por la nuca, la acercó a él y le plantó un beso de todo menos romántico—. Por fin seremos la pareja perfecta y viviremos por todo lo alto, podridos de dinero.

—Viviremos de los tributos a su persona y de los *royalties* —recitó ella como si llevara varias semanas repitiéndose lo mismo, pero sin saber lo que significaba.

—Perdona que te diga, pero tu canción es mía y es la que más dinero produce —le espeté a Halley, sabiendo que chingarle no era la mejor opción, pero, qué demonios, lo mío nunca había sido la paciencia.

Josh bufó y ella puso cara de estar oliendo algo desagradable, la misma que puse yo la noche que la conocí. Seguía cagada de miedo, pero en el fondo me alegraba de haberla calado desde el principio: era una arpía plastificada.

—No pude evitar que te la regalara —dijo Josh entre dientes—, por mucho que le dije que era una locura, no me hizo caso. Lo más gracioso de todo es que ni siquiera se le ocurrió a él, la idea fue del inútil de Chris, quien se suponía que iba a tenerlo controlado para que no cometiera estupideces. Cuando vinieron a Belfast, empezó a confiarle a Chris cosas para las que antes recurría a mí. Gary estaba destrozado intentando buscar la manera de volver contigo y Chris, empujado por su maldita mujer, le sugirió que te regalara alguna canción. Gary pensó que la de Halley sería perfecta, porque mataría dos pájaros de un tiro. Y la verdad es que casi se me saltan las lágrimas de lo bonito que fue, pero él no tenía derecho a dártela. ¡Joder! —gritó desencajado—. Halley la merecía más que tú. Porque tú no eres nadie, solamente una zorra que busca arrebatar nos el dinero.

—Habéis perdido la cabeza. ¡Everlasting Wound no ha hecho otra cosa que traerme problemas! Por mí podéis quedaros todo el puñetero dinero. Yo solo lo quiero a él.

Halley golpeó insistentemente el hombro de Josh con el dedo, hasta que

este le prestó atención. Muy enamorado debía de estar para aguantar a semejante petarda.

—Tenemos que recuperarla —dijo desesperada—. Es mía, Josh, y la quiero. Por favor.

Me eché a reír ante sus comentarios de niña caprichosa. La única opción era que yo se la cediera voluntariamente, cosa que no pensaba hacer bajo ningún concepto.

—Maldita sea, nena, olvídalo. Tenemos que centrarnos en el grupo y olvidar esa puñetera canción.

—Pero yo la quiero, me trae buenos recuerdos. —Se mordió el labio de manera juguetona, como si de pronto hubiera recordado cómo era tirarse a mi novio.

Josh y yo reaccionamos como un equipo: él gruñó fuera de sí y yo decidí que la iba a despellejar.

No pude evitar preguntarme qué tipo de relación habían mantenido, porque el circo que habían organizado se estaba convirtiendo en una situación cuando menos ridícula.

—¿Buenos recuerdos? ¿Qué coño significa eso, Hayls? Siempre dijiste que eras desgraciada a su lado, pero que lo aguantabas por mí.

La muy pécora se encogió de hombros con inocencia. ¿Josh no se había dado cuenta de que ella jugaba a dos bandas?

Y mientras pensaba que era imposible que las cosas se volvieran aún más raras, la puerta que daba al jardín trasero se abrió de un golpe.

Para sorpresa de todos, una señora cruzó el umbral con paso firme, haciendo que seguir el argumento de la escena fuera imposible.

Era más alta que yo y un poco rechoncha, con el pelo blanco, corto y rizado, como si fuera un mullido casco de la Segunda Guerra Mundial. Tenía unos ojos azules muy vivos, y un gesto severo que me forzó a ponerme recta y meter tripa. Llevaba puesto un traje de chaqueta y falda azul de *tweed*; solo le faltaba un tocado ridículo para ser idéntica a la reina de Inglaterra.

No dudó un instante, y apuntando con el dedo índice, como si fuera un cuchillo bien afilado, se acercó a Josh. Yo me pegué a la encimera para dejarla pasar: la amable señora no parecía inofensiva. La típica que lo mismo te cocina unas croquetas que te encierra en una mazmorra.

—Josh Carter Graham, ¿qué demonios te crees que estás haciendo? —inquirió la mujer con una voz chillona e infantil, casi llegando al falsete.

Agarró a Josh de la oreja con rabia alejándolo de mí a base de tirones.

Si no hubiera tenido la barbilla rozándome los pies, me habría echado a reír ante semejante despliegue de fuerza bruta.

—Siempre te he tratado como a un hijo; no me gusta un pelo lo que estoy viendo.

Josh se dejó arrastrar. La vocecita no le hacía justicia al genio que gastaba la mujer.

Segundos después, Gary entró corriendo.

—Mamá, por Dios, ¡te he dicho que me esperaras al lado del coche! —dijo con fastidio mientras dejaba una maleta en el suelo.

Gary miró a su alrededor evaluando la situación, hasta que se topó conmigo y me sonrió.

—Hola, Gary —dijo Halley con voz sexy, y pestañeó como si le estuviera dando algo chungo.

Pero él hizo caso omiso de sus palabras y se acercó a Josh.

—¡Tú te callas, fresca, que no eres nada más que una fresca! —vociferó la madre de Gary mientras le retorció la oreja a Josh y se acercaba a ella—. Nunca me gustaste.

Halley agachó la cabeza y se miró las manos avergonzada. A mí se me escapó una risita.

—Qué bonito, Connolly, que tenga que defenderte tu madre —espetó Josh con un gesto de dolor.

—Mamá, lo he intentado por las buenas. Lo siento.

La obligó a soltar la oreja de Josh y la apartó un poco como si fuera un mueble. Acto seguido, le propinó a su excompañero un puñetazo brutal en la mandíbula y un rodillazo en el estómago.

—Me dolerá la mano, pero ha merecido la pena —dijo Gary con una sonrisa de oreja a oreja mientras me guiñaba un ojo—. Tirarte a Halley e intentar quitarme el grupo fue una putada, pero aparecer en mi casa y disgustar a Rebeka...

—¡¿Cuántas veces tengo que decirte que las cosas no se arreglan con violencia?! —le recriminó su madre a grito pelado mientras volvía a retorcer la oreja de Josh.

Gary se acercó a mí.

—He llamado a la policía antes de entrar, pero creo que no los vamos a necesitar —afirmó alternando la mirada entre Josh y su progenitora, que

había empezado a echarle una bronca monumental.

Las palabras de Gary hicieron que mi cerebro comprendiera que la situación de peligro había pasado y la tensión liberó mis músculos; conseguí moverme y por fin miré el objeto que sujetaba en las manos.

—¿Ibas a defenderte con un cuchillo para untar mantequilla?

—Parece ser —dije avergonzada por mi nulo instinto de protección.

—Qué poético. ¿Todo bien?

—Sí, pero un poco flipada.

—¿Por mi madre? —preguntó divertido.

—No, estoy flipada por esos dos y lo surrealista que ha sido todo. Tu madre se encuentra en otro nivel, me tiene acojonada.

—Es maja, ya verás.

—Ajá —dije poco convencida.

Menuda primera imagen para la suegra: en pijama y blandiendo un cuchillo de mantequilla a modo de espada.

—Te dije que lo nuestro consistía en presentarte a mi madre, y si te hubiera avisado, ahora mismo también estarías atemorizada, pero en Escocia. Además, mira qué bien nos ha venido tenerla. ¿Qué coño hacían esos dos aquí?

La observamos sin poder creer que ya tuviera a Josh y Halley fuera de la casa.

—Querían intimidarte y que les cedieras todos los derechos de Everlasting Wound.

—No quería tener que llegar al extremo de implicar a la policía, pero voy a solicitar una orden de alejamiento. No pensaba que estuvieran tan jodidos.

—Pretendían retenerme hasta que accedieras. Yo era la moneda de cambio.

—Vaya par de inútiles. Ni suelo llevar un contrato de cesión encima, ni saldría ganando con el intercambio.

Le pegué un golpe en el hombro, y antes de que pudiera ponerme a decirle cuatro cosas, «Suegra» volvió a entrar en la cocina sacudiéndose las manos. Se acercó a nosotros.

—Se acaban de largar. Qué ganas tenía de darle un buen tirón de orejas desde que me contaste lo mal que se ha portado contigo... No me entra el aire del disgusto. —Exhaló aire con fuerza, cansada—. ¿Y bien? Supongo que esta es Rebeka.

Me pegó un buen repaso de arriba abajo y asintió; parecía satisfecha con lo

que veía.

A mí me ardía la cara. El muy capullo de Gary estaba muerto de risa.

—No, mamá, esta es Beck's Stone, la actriz porno de la que te hablé.

La señora Connolly le lanzó una mirada afilada y yo le di un manotazo en el hombro.

—Soy Rebeka. No le haga caso.

Su madre le arreó una sonora colleja. Acto seguido, me guiñó un ojo.

—Encantada de conocerla, señora Connolly —dije nerviosa.

—Llámame Erin; «señora Connolly» suena a suegra, no querrás que nuestra relación vaya por esos derroteros...

—De acuerdo; encantada, Erin. —Estrechó mi mano mientras me estudiaba de nuevo al detalle.

—Tienes un acento precioso y eres muy guapa. —Se giró hacia su hijo con el morro torcido—. ¿No tienes nada que hacer? Espero que la casa esté en condiciones, por el amor de Dios: tienes una invitada. Yo no voy a estar siempre para sacarte las castañas del fuego.

Gary se largó como una exhalación y me dejó sola con Erin. Cobarde.

—¿Un té? —me preguntó.

—Claro. —Me senté en uno de los taburetes de la isla mientras me preguntaba qué más podía depararme el día.

Varios minutos después, me puso una taza humeante delante y se sentó a mi lado. Charlamos un rato sobre diferentes temas: quiso saber sobre mi familia, sobre mi carrera..., y no se conformaba hasta obtener hasta el más mínimo detalle.

—Gracias por todo —dijo de pronto.

Si algo había aprendido de mi suegra en el poco tiempo que llevaba en casa, era que no se andaba con rodeos. Y que le gustaba el *tweed*.

—Yo... solo he bajado a desayunar y me los he encontrado aquí... La verdad es que me he asustado.

Se echó a reír, y vi los mismos hoyuelos que en su hijo. El corazón me retumbó en el pecho.

—No me refiero a eso, querida. Durante los treinta y cuatro años que tiene mi hijo, he visto pasar a una chica tras otra, pero ninguna tenía lo que hay que tener para estar con él. De manera que debes de ser una persona única e increíble. Querer a mi hijo es tan fácil como imposible, depende de la época. Lo sé por experiencia.

Yo no había hecho nada, excepto contonearme en un pub de Londres en el momento adecuado, aprovechando la suerte de haberlo conocido.

—Gary tiene la sonrisa y el color de ojos de su padre, Darren. —Sonrió con orgullo y hoyuelos—. No solo eso; la bondad, el romanticismo, el carácter abierto y bromista y la habilidad para la música también son suyos. Fiona es más como yo: brusca, de mecha corta y un poco cabezota.

—Los rizos y los hoyuelos sin duda son tuyos —dije maravillada.

—Querida, esa es la rama escocesa de mi familia. Es imposible evitarlo. Pero, por desgracia, en ese reparto caprichoso de la genética también ha heredado el mayor defecto de Darren: lo mismo construyen que destruyen. Supongo que ya lo sabes.

—Sí, lo he visto destruirse alguna vez...

Sonrió con amargura y sacó la bolsita de su té.

—Hace algunos años, pasamos una época de muchas dificultades económicas. Poco después, Darren tuvo el fatídico accidente de tráfico aquí en Belfast. Triplicaba la tasa de alcoholemia. Ni siquiera sabíamos que había viajado a Irlanda del Norte, llevaba varios días fuera de casa. Él también padecía problemas de adicción, y ya era demasiado tarde para solucionarlos...

Me quedé congelada en el taburete.

—Está mal que lo diga yo, pero mi hijo es de los que merecen la pena. Solo quiero que sepas que perderte es lo más duro por lo que lo he visto pasar; estaba destrozado, y cuando se vino a vivir aquí, me temí lo peor. Pero luchó, y lo ha superado sin atajos. Me siento muy orgullosa de que lo hayáis conseguido. Eres su salvavidas. Por primera vez sabe que, si hace tonterías, habrá consecuencias: te perderá. Y ya sabe lo que es.

Una lagrima me recorrió la mejilla; la señora de acero suspiró. Se levantó y me acunó entre sus brazos. Las emociones que me habían perseguido durante el último año atacaron todas de golpe.

ESTO LO PUEDO HACER SIN MANOS

SEIS MESES DESPUÉS.

WEMBLEY ARENA, LONDRES

—¿Qué escuchas por el pinganillo? —pregunté de manera coqueta.

Tiré del cable rizado que colgaba de su hombro, como si fuera un agente del FBI, y que se perdía por dentro de la parte trasera de su camiseta. Cosa que me tentaba a explorar más a fondo.

Él dejó la guitarra eléctrica en un soporte de madera y estiró los músculos del cuello.

—Estaba escuchando el partido del Manchester United contra el Chelsea.

—¿Y quién ha ganado?

—El Manchester, por supuesto.

—¿Tanto te aburren los conciertos? —Alcé una ceja y él se echó a reír.

Acababa de presenciar el apoteósico y esperado retorno de Everlasting Wound. Había sido alucinante. Según Gary, las musas estaban celosas de nuestra relación y no habían parado de inspirarlo para componer. Incluso las críticas hablaban de que el grupo sonaba mejor que nunca, que habían vuelto al rock original, y, para mi sorpresa, idolatraban *La última chica del último pub* tanto como en los pubs de Belfast.

La euforia me inundaba las venas, y todavía podía escuchar el eco de los gritos de las más de veinte mil personas que habían enloquecido conmigo. Y eso que me había perdido la última canción para recibirlo entre bastidores, algo que había merecido la pena: sudado, con los rizos revueltos y eufórico. Todo para mí solita. Además, estaba atractivo a más no poder, con unos vaqueros gastados y una camiseta negra de manga larga con el cuello en pico y siete excitantes botones. Los adoraba: jugar con ellos, introducir mis dedos

entre la tela y hurgar, soltarlos, arrancarlos..., cualquier jueguito que acabara con Gary desnudo. Solo de pensarlo, se me hacía la boca agua.

—En realidad, llevo el auricular para evitar el retorno del sonido. Escucho tocar a Keith y a Sean y, sobre todo, mi guitarra y mi voz, para no desafinar o ir a destiempo.

—Pensaba que no desafinabas por el *auto-tune*.

—No necesito procesadores de audio para corregir el tono de mis ejecuciones vocales, lo hago a pelo. Ya deberías conocerme. También escucho a Brian rogándome que no me quite la camiseta.

—¡Maldito sea Brian! Yo quiero que te la quites.

Arañé la tela de su camiseta con las uñas y le lancé una mirada incendiaria.

—Joder, no necesitas ningún incentivo por mi parte. —Sonrió satisfecho.

Desplegué de nuevo el cartel que había preparado para la ocasión:

«I ♥ Gary».

Pegué varios gritos y saltos como la seguidora incondicional que era.

—¿Brian? Voy a necesitar refuerzos en el pasillo tres. Código 959. Fan loca tratando de arrancarme la ropa —habló a la manga de su camiseta.

Escuché una voz saliendo del auricular y Gary se echó a reír.

—Déjalo, Brian, era una broma.

—No tienes remedio —bufé.

Enrollé el cartel de nuevo y él se quitó un dispositivo extraño de la cinturilla trasera del pantalón que dejó al lado de su guitarra.

—Está bien saber que la próxima vez puedo acercarme a la mesa de mezclas y susurrarte cochinadas al oído.

—Sería genial que lo hicieras —dijo encantado con la idea—. Pero innecesario.

—¿Te distraería?

Resopló y su flequillo bailoteó en el aire. Me dedicó una mirada ilegal.

—Con tu mera presencia consigues que me pierda. Porque, antes, cuando me bajaba del escenario me sentía perdido, y solo conseguía mejorar poniéndome hasta el culo. Pero hoy ha sido diferente: estaba sobrio y lo tenía bajo control, hasta que te he visto. ¿Sabes lo que pasa cuando miro al público, las luces lo iluminan todo, la música suena a mi alrededor y de repente te veo entre la multitud? —Me acorraló contra la pared y rodeó mi cara con sus manos.

—Sorpréndeme.

—Que se me pone dura —susurró en mi oído—. Y el momento no podría ser más inoportuno, ¡delante de veinte mil personas! Da gracias a que tenía la guitarra delante; de otra manera estaría en YouTube de nuevo, pero en algún canal en el que salen animales empalmados.

Acerqué mis labios a su cuello y dibujé un reguero de besos hasta su mandíbula. Él se agarró a mi cintura.

—¿Nunca piensas las cosas antes de decirlas? —murmuré con la boca pegada a su piel salada.

—La verdad es que en mi cabeza suena mejor, tierno, dulce y sentimental, pero cuando lo pronuncio en alto parezco un perverso indecente y obsceno. Justo como quiero que suene cuando hablo de ti. Las cosas claras y el sexo sucio. Pero es la verdad —se encogió de hombros—: creo que he recitado la receta del *Lemon Pie* en lugar de la letra, porque no podía dejar de pensar en hacerte un montón de cosas, incluso delante de toda esa gente. Me excitas y me enciendes, haces que todo tenga sentido, consigues que recupere el rumbo, y a su vez me empujas a perderlo completamente. Y saber que tú sientes lo mismo es brutal.

Lo observé derretida, y supe que juntos conseguíamos que los polos se derritieran.

—Yo también estaba pensando en hacerte algunas cosas. —Recorrí sus labios con la lengua mientras él se apoderaba de mi trasero.

—Podemos discutir sobre quién pone más a quién en cualquier otro momento, pero ahora... voy a perder el control —dijo posando sus manos sobre mis pechos—. Bueno, en realidad lo he perdido en el escenario, pero no te tenía a mano.

—*Hey, guys.* —Alguien pasó por nuestro lado y nos saludó sin inmutarse. Ambos saludamos con la cabeza mientras las manos de Gary seguían ancladas a mí, haciendo las veces de *push-up*.

—Rebeka, creo que va a ser mejor que lo que tengo planeado no lo vea nadie. —Se apretujó contra mi vientre.

Me agarré a su espalda para evitar escurrirme entre sus brazos y la pared. Era eso o acabar siendo un charco en el suelo con unos zapatos carísimos.

Al muy retorcido se le escapó una sonrisa socarrona. Sabía perfectamente cómo me estaba haciendo sentir.

—Creo que es muy cutre tener que hacer esto entre bastidores...

Escuché un clic, el sonido de una puerta abriéndose y Gary se movió a la velocidad de la luz arrastrándome pegada a él. Y sus manos en mis pechos, por supuesto. No fuera a ser que mis tetas se perdieran por el camino. En pocos segundos, volvíamos a estar contra la pared.

—No es la abadía de Westminster, pero servirá.

Miré a mi alrededor sorprendida. Era su camerino, bueno, el camerino de TODO Everlasting Wound, donde minutos antes del concierto había como treinta personas y un barullo impresionante.

Estábamos solos. Tiré de su camiseta y se la quité, incapaz de contenerme más.

—Espero que lleves un condón, porque tú y yo jugando con la marcha atrás es algo que nunca podría salir bien —comenté—. Y ya nos la hemos jugado bastante...

—¿Y para qué necesitamos un condón? ¿Qué tienes en mente? No te sigo.

—Y si... ¿Y si sucediera? —balbuceé mientras acariciaba su pecho.

Se rascó la barbilla pensativo y sonrió de medio lado.

—¿En serio que quieres mantener esta conversación ahora mismo? Porque si estás intentando meterme miedo, la llevas clara.

—Solo pensaba en alto.

—¿Quieres que pare? —Me retó con la mirada mientras soltaba mi pantalón y me ayudaba a salir de él.

—No, claro que no. —Le rodeé el cuello con las manos.

—Pues vete haciéndote a la idea de que de tanto jugar con fuego, valga la redundancia, algún día nos quemaremos. Pero no va a pasar nada, Rebeka: será maravilloso verte con una versión enana de mí mismo en brazos. No tengo muy claro cómo se las gasta la genética, pero, vista mi familia, hay un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que salga con hoyuelos, ojos azules y rizos.

Me eché a reír recordando a su madre diciéndome exactamente lo mismo.

—Seamos realistas. El mundo no está preparado para otro como tú. Además, ¿y si es una chica?

De pronto se puso pálido.

—Ahora sí que me has acojonado. Una versión de mí mismo en mujer sería como el Anticristo.

—Tal vez no deberíamos bromear sobre este tema.

—Es pronto para que suceda, pero si pasara por accidente, por despiste...,

porque no me puedo controlar, porque tal y como me siento me voy a correr con la fuerza de un reactor nuclear..., no habría ningún problema. Siempre imaginé que sería el tío divertido de mis sobrinos, pero creo que también puedo ser el padre responsable de mis hijos.

—¿Dónde está la estrella del rock irresponsable y desfasada de la que me enamoré? —dije, y le hice un suave chupetón en el cuello.

—Sigue aquí, no te preocupes. Además, ¿no te parece que querer ser padre es bastante irresponsable por mi parte?

Abrí la boca para decir algo, pero la volví a cerrar. Siempre conseguía dejarme aturdida. Pese a todo, me las apañé para soltar sus pantalones y lo acaricié.

—Te quiero, a mi manera, más de lo que puedo expresar y menos de lo que llegaré a quererte. Y voy a demostrártelo con cada centímetro de mi cuerpo.

Un brutal tornado de atracción sexual nos envolvió; nos besamos como locos y lo rodeé con las piernas. En menos de una milésima de segundo, se hundió en mi interior y ambos jadeamos necesitados.

—Nunca volveremos a separarnos —dijo pegado a mis labios—. Prométeme que nunca más voy a perderte.

Sonreí como una idiota mientras asentía. Él me devolvió una sonrisa deslumbrante con hoyuelos.

Necesitaba que le hiciera todo tipo de promesas en los momentos más insospechados, cosa que cumplía encantada, porque, por él, habría llevado a cabo hasta la mayor locura del mundo.

—Hagamos la cosa romántica, demos el paso —dijo con la respiración acelerada.

—¿El qué?

—Cásate conmigo.

—No digas tonterías. ¿No recuerdas cómo nos conocimos? No puedo creer que ya lo hayas olvidado: ¡sabes que odio las bodas!

—Para nada. Gracias a tu odio hacia las tradiciones y la institución del matrimonio, voy a tener la gran suerte de casarme contigo.

—Si hubiera pedido una Heineken, tal vez no estaríamos aquí.

—Lo sé, ni yo mismo puedo creer que te lo haya pedido. Pero da igual. Cásate conmigo.

—Vuelves a hablar sin pensar en lo que dices.

—Sí, es verdad, pero si no te casas conmigo, me volveré loco.

—Gary, céntrate, por el amor de Dios —gemí.

—Esto lo puedo hacer sin manos y hasta con los ojos cerrados. —Embistió con potencia—. Oh, joder. Lo digo en serio.

—No es el momento. Es... demasiado... pronto.

—Di que sí o paro, y Dios sabe que estás a punto.

—Eso es chantaje.

—En realidad, es que te quiero, y a ti te acojona porque no tienes escapatoria.

Lo miré mosqueada y apreté los músculos de mi vientre haciéndolo jadear.

—Si no aceptas, te lo pediré desde el escenario cada noche. Y no me vale con que me lo prometas; no quiero ponerte un anillo y esperar dos años mientras decides si quieres las flores de color lavanda. Quiero que nos casemos cuanto antes.

—Sí.

—¿Vas a convertirte en Rebecka Connolly? ¿La mujer del tío ese alto y sexy que rasga guitarras sin tener ni puta idea de lo que hace y encima le pagan por ello? —Sonrió, y supe que había conseguido distraerlo.

—Ajá.

Paró de moverse y me miró con la respiración acelerada. Yo protesté.

—Lo has dicho para que no me detenga —dijo mosqueado.

Sonreí con inocencia. Él apretó las manos alrededor de mi trasero y se movió lentamente para torturarme.

—Oh, Gary, déjalo ya. Me voy a casar contigo, ya está, esa es la noticia. No hagas que me arrepienta.

—Eres increíble.

—¡Eres tú el que ha elegido este momento para pedírmelo! —protesté.

—Había supuesto que contaría toda tu atención.

—¿Te vas a callar y vas a seguir? Por favor. Menos hablar y más... eso que estabas haciendo con la cadera...

—Solo me quieres por el sexo —dijo divertido.

—Joder, sigue, por favor —lloriqueé—. Podemos hablarlo después. O mañana. No hay prisa.

—Di que sí —empujó entre mis piernas introduciéndose lentamente—. Pero de verdad.

—Oh, Dios.

—Cásate conmigo —repitió entre dientes mientras salía lentamente de mi

interior—. Además de follable, soy matrimoniabile, y te lo voy a demostrar. ¿Quieres que me ponga de rodillas... y esas cosas? Porque no es mi estilo; soy más de los que te besan contra la pared y acaban haciendo mucho más que eso.

—Lo que quiero es que te centres.

—Cuenta hasta tres, contesta sin pensarlo.

Y así era como tomábamos las decisiones.

EPÍLOGO

LOS GALLOS QUE NO NADAN EN LOS ESTANQUES

UN AÑO DESPUÉS
DERRY, IRLANDA DEL NORTE

—¿Posibilidades de repetir? —me preguntó Gary con las manos sobre mis pechos.

—Muchas. —Sonreí de manera coqueta mientras me recolocaba los tirantes del vestido—. Pero ya te llamaré. ¿Me das tu número? Te guardaré en la pe de «Primer Esposo».

—Muy graciosa.

Hundió la cara en mi cuello y empezó de nuevo con la maravillosa tortura de lamer y mordisquear mi piel. Era incansable, y, por lo visto, verme vestida de novia le resultaba un pelín excitante.

La elección del vestido me había costado una bronca monumental con mi santa madre. Después de haberme probado el catálogo entero en varias tiendas de Bilbao, finalmente me decidí por un corte princesa con el escote asimétrico en uve y unos tirantes finos. La falda de tul me llegaba hasta la rodilla por delante y arrastraba un poco de cola por detrás. Era de color burdeos.

Según la feminista progre que era mi progenitora, dejaba en evidencia mis actos impuros antes del matrimonio, como si hoy en día alguien llegara «a estrenar» a la boda. Las sandalias plateadas de tacón que llevaba tampoco le habían entusiasmado. Por lo visto, parecía una corista.

Mi futuro marido me quitó varias horquillas del pelo y empezó a jugar con un mechón.

—Gary... ¡Deja algo para la luna de miel! —No soné demasiado convencida—. Aunque sea, espera a que acabe el baile...

—Este es y siempre será el mejor baile que dos personas pueden interpretar. Además, necesito consumir el matrimonio antes de que salgas corriendo —se

pitorreó.

Puse los brazos en jarras y le lancé una mirada acusatoria.

—Tres cosas: primera, ¡lo acabas de hacer! Segunda, todavía no estamos casados; la ceremonia es dentro de cinco minutos. Y tercera, por tu culpa no voy a llegar virgen al matrimonio, y bastante cabreada está mi madre ya.

Se echó a reír.

—Firmamos ayer, así que técnicamente eres mi mujer. —Se encogió de hombros con inocencia—. Puedo hacer lo que quiera contigo: es lo único por lo que no iré al infierno. Además, te he dejado tan virgen como te he encontrado.

Alguien aporreó la puerta y nos quedamos mirándola fijamente. Él seguía aferrándose a mi cuerpo, con el pelo revuelto y la camisa fuera del pantalón. A mí parecía que me había arrollado un tren.

—¿Chicos? Odio tener que interrumpir —dijo la fría voz de Fiona—, pero vamos a empezar sin vosotros.

Ante mi reticencia a casarme y mi odio a las grandes pompas nupciales, Gary se había hecho cargo de localizar una casa de campo en la Irlanda del Norte profunda, cerca de Derry. Estaba en mitad de la nada, rodeada de pastos verdes y ovejas, pero con unas vistas impresionantes. Más bucólico y romántico, imposible. Nuestros familiares y amigos estaban encantados con la idea; yo solo quería compartir el resto de mi vida con él. Me daba igual cómo.

También se había encargado de mi despedida: organizó un fin de semana inolvidable en Londres para mí y mis amigas, además de Lucy, Verena y Fiona. Aunque me hizo jurarle que no me acercaría a una botella de Jägermeister a menos de cinco yardas. Como si conocer a un rockero y enamorarme perdidamente de él pasara dos veces en la vida.

—¿Lo tienes todo? —pregunté mientras metía varios mechones sueltos en el recogido que llevaba en el pelo.

—Solo te necesito a ti. —Rodeó mi cintura con una mano e introdujo la otra por debajo de la falda—. No todos los días te puedes casar con una actriz porno.

Le di varios manotazos en el pecho.

—Eras tú el que quería una boda, así que... ¡Estate quieto!

Se arregló la camisa, se cerró la bragueta y se puso la chaqueta. Llevaba un traje negro de corte italiano y una camisa satinada del mismo color. Iba

elegante pero informal, tal como yo le había pedido, asustada por sus amenazas de aparecer con una chistera, al estilo de Slash.

Me besó, cogimos un paraguas y nos encaminamos hacia el salón donde tendría lugar la ceremonia.

Ninguno de los dos lo sabíamos todavía, pero aquella tarde habíamos hecho algo más que el amor.

Me aferré al brazo de mi aita como si necesitara un último empujón para alcanzar la meta y comenzamos a caminar hacia el estrado en el que nos esperaban Gary y el juez.

Mi aita estaba casi curado, a excepción de la movilidad de su mano izquierda, que todavía no había recuperado del todo. Pese a todo, iba guapísimo con un esmoquin negro y entusiasmado por el gran día que teníamos por delante. No consintió en que Gary y yo lo visitáramos en Bilbao, y, para sorpresa de todos, en cuanto pudo se presentó en Belfast con mi ama. Recordaba todo lo que le había contado en la UCI, de manera que tuvo varias conversaciones tensas con Gary que acabaron de manera apoteósica en el Duke of York, otro famoso pub de Belfast. Al menos para mi padre.

Alcé la mirada para recorrer a sala; los cientos de ojos que nos observaban emocionados me hicieron temblar. Acabaría llorando, estaba destinada a hacerlo.

Ana se encontraba en la última fila, muy sexy, con un vestido negro de tubo cortito y su pelo rubio alborotado. Sentí el impulso de salir corriendo, abrazarla y trincarnos un par de chupitos a escondidas para calmar los nervios. Cosa que no había podido hacer para no restregárselo por las narices a Gary, que llevaba sobrio año y medio. Junto a ella estaban Sean y Brian, el *manager* del grupo y mi actual compañero de trabajo. A los pocos meses del incidente con Josh y Halley, tuve que ponerme manos a la obra y asumir algunas responsabilidades que a Gary le sobrepasaban. Poco a poco me fui convirtiendo en otro miembro más del equipo y acabé encargándome toda la parte publicitaria.

Chris y Lucy se hallaban en la siguiente fila. Solo pude fijarme en la sonrisa que él lucía en la cara. El grupo se había convertido en una gran familia, estable y feliz, y Chris podía sentirse muy orgulloso de lo importante que

había sido su papel para conseguirlo.

Joy y los chicos de su banda estaban justo en el lado contrario; una vez más, volvían a compartir una gira con Everlasting Wound. Joy y yo nos habíamos hecho grandes amigos: la vida en un autobús de gira te unía a tus compañeros irremediabilmente.

Tres filas más adelante se encontraban mi hermano y Verena, con quien por fin había conseguido conectar. Darle una oportunidad y abrirme a ella nos había deparado muchas sorpresas agradables. Lo más gracioso era que teníamos en común muchísimas más cosas de las que parecía a primera vista. Sobre todo, tocarle las pelotas a mi hermano y una extraña afición a pintarnos las uñas. Para disfrute de mis amigas, Verena se convirtió en la reina de la juerga en mi despedida, y descubrí que su lado alocado era genial, similar al de su hermano Heiko, pero sin antecedentes penales y con ropa. Intentábamos vernos cada pocos meses, para que la relación que tenía con mi hermano no volviera a resentirse.

Fiona, su novio James y Erin compartían la primera fila con mi madre. La relación entre nosotras no había mejorado en lo más mínimo; era la única espina que nos quedaba. Eso y el hecho de que nos confesara que había tenido un rollo con Josh. Seguía viviendo cerca de Londres con su recién adquirido novio, y teníamos la suerte de no verla muy a menudo. La relación con Gary no pasaba de justa, aunque su madre tenía fe en que, con el paso del tiempo, la desconfianza que Josh había provocado entre ellos se mitigaría. Erin, en cambio, repartía su tiempo entre Londres y Belfast. Era una mujer de armas tomar, imprevisible y encantadora. Se había apuntado a estudiar español para poder relacionarse con mi familia, y ya era capaz de hablarlo con una soltura bastante peligrosa.

Continuamos caminando y me sorprendió ver que a pocos metros del estrado el suelo estaba cubierto de flores. El olor era impresionante.

Me detuve en seco.

Mi padre me miró sorprendido, Gary me dedicó una sonrisa con hoyuelos y los invitados contuvieron la respiración.

Eran azaleas.

Volví a revisar las caras de los casi cien invitados. Entonces lo vi.

Su cuerpazo embutido en un traje azul oscuro con camisa blanca, su pelo rubio, sus ojos turquesa... y Andrea aferrándose a su mano. No había duda: Daniel se encontraba allí con una sonrisa arrolladora, dispuesto a remover

mis sentimientos, que ya no eran románticos, pero que continuaban siendo muy fuertes.

No había tenido la oportunidad de volver a quedar con él en ninguno de los viajes que hice a Alemania; mantener una distancia prudencial había sido la mejor decisión que podríamos haber tomado. Pese a todo, deseaba con todo mi ser abrazarlo, darle las gracias por lo buen amigo que había sido y desearle que pudiera encontrar a alguien que estuviera dispuesta a darlo todo por él, porque merecía eso y más.

Avancé un par de pasos sin poder romper la conexión entre nuestros ojos. Hasta que un movimiento al lado de Daniel llamó mi atención y me puso los pelos de punta.

Heiko y el resto de los enanitos —Ingo, Sebastian y Helmut— lo acompañaban. Vestidos de pescadores, por supuesto, y con pinta de haberse bebido hasta el agua del lago Neagh, el más grande de Irlanda.

Mi aita apretó mi mano obligándome a centrarme en la boda que se estaba desarrollando a nuestro alrededor, cosa que los alemanes me habían hecho olvidar.

Antes de dejarme con mi futuro marido ante el estrado, me sonrió.

—Es él. No tengas la menor duda —dijo con dulzura.

Gary estrechó la mano de mi padre y se acercó para besarme la mejilla con suavidad.

—Creo que tatuarnos las alianzas ha sido la mejor idea del mundo: hemos evitado que la cague dejándomelas en casa —me susurró, y yo me eché a reír, más por los nervios que por otra cosa.

Meses atrás, Gary me había llevado a buscar un anillo por todo el centro de Belfast, y ante la imposibilidad de encontrar uno que nos gustara a los dos, acabamos en el salón donde me hice el tatuaje y nos grabamos las alianzas en la piel.

El juez comenzó con la apasionante lectura de varios artículos del Código Civil.

—Así pues, Gary Domhnall Connolly: ¿quieres contraer matrimonio con Rebeka Arriaga? —preguntó.

—Sí. Prometo amarte, honrarte y apreciarte siempre. Prometo permanecer junto a ti en lo bueno, en lo malo y en lo puto peor. Aunque por eso ya hemos pasado y aquí seguimos... A lo mejor no hace falta que lo jure. Eres la única persona a la que le puedo prometer que seré fiel, tal como he sido hasta

ahora.

Todos los presentes suspiraron al unísono. Yo basculé entre la adoración y la pasión que sentía por él.

—Rebeka Arriaga: ¿quieres contraer matrimonio con Gary Domhnall Connolly?

Miré a Gary con pánico fingido en los ojos, agarré la cola de mi vestido e hice el amago de salir corriendo.

—Sí —dije con una sonrisa de oreja a oreja, y él entornó la mirada—. Te quiero.

—Ha sido duro tomar la decisión de dejar de lado una semana de pesca en Dinamarca, pero tu marido habló con él e insistió —dijo Ingo con orgullo.

Según me había contado, Gary había hecho un par de llamadas a Alemania, primero para invitar a Daniel y Andrea y segundo, para que mi hermano y los enanitos lo convencieran. Se había encargado del viaje y el alojamiento de todos los alemanes con el único objetivo de hacerme feliz.

Ese era uno de los muchos motivos por los que lo amaba.

—Todavía puedes ser mi cuarta esposa.

Me giré y me encontré al Hombre Amor, con su camisa azul marino de pescador y las RayBan naranjas. Era toda una leyenda internacional.

—Llegas tarde. —Le saqué la lengua, e Ingo se partió de risa.

—No soy celoso.

—No tengo planeado cambiar de marido en los próximos días.

—Tendré que conformarme con amarte en silencio y seguir toqueteándome mientras pienso en ti.

Me eché a reír y lo abracé tan fuerte que estuve a punto de matarlo, y fue una lástima no haberlo hecho, porque me habría ahorrado el lametazo de vaca que me dio en toda la cara, llevándose parte del maquillaje.

—Gracias por haber venido —le dije con cariño.

—¡Somos alemanes! No íbamos a dejar que Daniel invadiera Irlanda del Norte solo. Somos los siete enanitos y nos movemos en bloque siempre que Blancanieves nos necesita cerca.

—En realidad habéis venido seis —dije de cachondeo.

—Cierto; a Lukas le han retirado el pasaporte. Un pequeño lío con su vecino, un cuchillo y la policía. Es largo de contar. Pero no te preocupes: creo

que Ana puede sustituirlo.

Andrea soltó la mano de su padre y se abrazó a su pierna con un gesto de vergüenza. Estaba preciosa con un vestido rosa.

—Hola Andrea. Te veo, pequeña —balbuceé en varios idiomas, y Daniel me sonrió.

Llevaba casi un año sin hablar alemán, razón por la cual hasta me dolió la garganta.

—Hola, Gary; esta es Andrea, mi hija.

La pequeña asomó su carita y sonrió a Gary, metiéndoselo en el bolsillo instantáneamente. Él estrechó su manita.

—Hola, preciosa. Encantado de conocerte —le dijo en inglés.

—Papá, ¿por qué habla tan raro este señor? —espetó la niña con el ceño fruncido al estilo de su padre.

Gary sonrió y le ofreció la mano a Daniel, quien se la estrechó con cordialidad.

—Gracias por haber cuidado de ella cuando yo no lo hice —dijo Gary.

Daniel apretó la mandíbula y me miró fijamente con dolor.

—No hay de qué —afirmó tajante—. Cuídala.

Mi hermano apareció de la nada, cosa que agradecí.

—Andrea, ven, vamos a buscar un helado —le ofreció.

—¿Helado a esta hora? —contestó ella contrariada.

—¿Una manzana? —le propuso.

—Vale —accedió con timidez.

Se despidió agitando su manita con efusividad y se colocó entre Gary y mi hermano. Superaba la altura de sus rodillas por un dedo.

Daniel y yo nos quedamos en silencio durante unos segundos.

—¿Eres feliz? —me preguntó.

—Lo soy.

—Eso me parecía. —Sonrió con cierta tristeza—. Pero me alegro de que así sea.

—Daniel... Gracias. Nunca olvidaré lo que hubo entre nosotros y lo que hiciste por mí. Ojalá las cosas hubieran sido de otra manera, pero yo...

—Yo nunca olvidaré lo que significaste para mí —me interrumpió—. Tienes razón, ojalá las cosas hubieran sido de otra manera.

Me abrazó y yo me aferré a su espalda conteniendo las lágrimas a duras penas.

Y en ese instante supe que siempre lo echaría de menos, pero que nunca me arrepentiría de mi elección.

La tradición era darle golpecitos con el tenedor a la copa y así llamar la atención de los invitados para hacer un brindis, pero ahí estaba mi amiga Ana para cargársela. Sacó un cencerro de la nada y lo agitó como una loca.

¿Quién demonios le había dado un micro?

—Tengo que ir al baño, así que voy a ser breve con lo que quiero decir. — Sonrió con efusividad y sacó un papel del bolso que al desplegarse llegaba al suelo.

Ni los manuscritos del mar Muerto tenían semejante tamaño.

—He decidido que lo voy a hacer en inglés para evitar que el padre de Rebeka le corte las pelotas a Gary antes del segundo brindis. Así que, si alguien lo va a traducir, ¡filtros, por favor!

Se echó a reír con socarronería, agitó el cencerro a modo de redoble, yo me agarré a la mesa, porque mi amiga no se cortaba un pelo, y si advertía que venían curvas, íbamos a descarrilar seguro. Mi hermano alzó la mano ofreciéndose como traductor, y supe que la sentencia de muerte de las pelotas de mi recién adquirido marido estaba firmada.

Adiós a su licencia paternal.

—¡Genial, Robert! Me alegro de que vayas a ser tú el traductor. En fin, al grano. —Carraspeó—. Queridos invitados, amigos y familiares, es increíble que nos hayamos juntado en esta aldea de mala muerte en Irlanda del Norte, en donde, por cierto, hace un frío que te cagas para ser junio. Gente de Bilbao, Belfast, Londres, Pensilvania... Pero lo más alucinante de todo es lo lejos que somos capaces de viajar con tal de comer y beber de gratis.

Toda la sala estalló en carcajadas. Todos menos mi padre, que iba con retardo. Aunque tampoco le iba a hacer mucha gracia el asunto: él iba a pagar el banquete.

—Rebeka, estás preciosa, y Gary, tío, podrías haberte afeitado ¿no? La barba de tres días es sexy, pero no en el día de tu boda.

Gary se echó a reír alzando los pulgares.

—Teniendo en cuenta que Rebeka odia las bodas —continuó Ana— y que

Gary se lo propuso en medio de un polvazo, típico de ellos por otra parte, es sorprendente que todo haya salido tan bien. Os felicito, chicos. Como también es sorprendente que acabarais juntos, porque mira que me habéis hecho sudar sangre. Se rumorea que Cupido se ha dado a la bebida y que la Celestina se ha metido a *stripper*.

Hizo otro redoble con su cencerro y sonrió orgullosa. Se lo estaba pasando pipa y el resto de los invitados, también.

—Conocí a Rebeka una fatídica noche en pleno descalabro romántico, mientras se escondía en el cubículo de los baños de un bar. Por aquel entonces, salía con Trump.

Alex se había mudado a Barcelona tras el veredicto del juez, que implicaba una orden de alejamiento y una pequeña indemnización. Jamás volvería a saber nada más de él.

—Después vino Ricitos Ardientes —continuó mi amiga—. Rebeka tiene la capacidad de beberse su peso en Jägermeister, arreglárselas para estar perfecta y capturar a una maldita estrella del rock. Eso sí, no le pidáis que al día siguiente recuerde nada; las famosas «lagunas borrascosas» de Rebeka... Pero tampoco le pidáis que tome buenas decisiones, es lo que peor se le da ¡con diferencia!

—Si me pongo a pensar en todas las malditas decisiones que hemos tomado... me voy al bar —dijo Gary entre risas.

—Así fue como acabó con Daniel el immaculado. ¡Saluda, Daniel! Que todos vean ese cuerpazo que tienes. —Hizo una pausa y se atusó el pelo de manera coqueta—. Pero finalmente, volvió Gary. A mí me gusta llamarlo «el segundo advenimiento de Rebeka», cuando vio la luz y todo eso. Podríamos describir su relación como un infierno lleno de calles cortadas y giros equivocados, pero con un inesperado final feliz. Benditas sean todas las buenas y malas decisiones que habéis tomado, porque os han traído hasta aquí.

La madre de Gary estaba a punto de partirse en dos de un ataque de risa. Cosa que no me sorprendió en lo más mínimo: de tal palo, tal astilla. Heiko no hacía otra cosa que alzar su copa cada dos palabras de mi amiga. Eran tal para cual.

—Voy a ir acabando. Sé que tenéis tantas ganas como yo de empinar el codo. Felicidades, chicos: os deseo que aguantéis casados más de ocho meses.

Se acercó a nuestra mesa y nos abrazó.

—Gary, haces a Rebeka feliz de maneras en las que yo no puedo. Cuídala.

Los chicos se subieron al escenario y... ¡mi marido! estaba atónito. Keith, el sustituto de Josh, se puso en el puesto de Gary y otro chico, más joven que la media y al que no conocía de nada, se puso en el suyo.

—Es Kyle, el hermano pequeño de Chris. Es un *crack* con la guitarra —me susurró.

Chris tomó la palabra.

—Hace año y medio terminó la agonía para todos. Lo pasamos fatal viendo cómo os hacíais daño. Para vosotros tampoco fue un camino de rosas. Por eso, hoy es un gran día que marca el comienzo de vuestra unión, que esperamos que dure. Queremos ofrecer un regalo especial, porque este grupo sin Gary jamás habría existido. Nunca habríamos tenido la oportunidad de dedicarnos a algo que nos gusta tanto y encima tener éxito. Va por ti, tío, y por tu esposa.

Comenzaron a tocar los primeros acordes de *Still loving you*, la canción que dio origen a Everlasting Wound, y se me pusieron los pelos de punta. Lo más gracioso de todo era que Scorpions eran originarios de Hannover. Una vez más el destino se había pasado de listo con la ironía.

La voz de Keith, mucho más aguda que la de Gary, moldeó los tonos altos de la canción con precisión, y los punteos de la guitarra de Kyle hicieron el resto para que la ejecución fuera perfecta.

—*If we'd go again all the way from the start, I would try to change the things that killed our love...* —me cantó Gary con suavidad al oído.

Apoyé mi cara en su pecho disfrutando de aquel momento eterno.

—¿Sabes que esta canción provocó un *baby boom* en Francia en 1985?

Lo miré sorprendida, en parte porque hablar de niños en cualquier sentido me daba pánico, y en parte porque me pareció que mi amiga salía del servicio con la ropa descolocada y con pelos de loca.

Fruncí el ceño.

Salimos por la puerta trasera de la casa rural, evitando a todos los invitados durante unos minutos.

—Quiero enseñarte una cosa —me dijo serio.

Caminamos de la mano hasta que se detuvo junto a unos árboles cercanos y

se quedó mirando fijamente al infinito.

Los ojos se me llenaron de lágrimas; lo abracé por la cintura y quise borrar el dolor que lo embargaba, porque en el fondo aquello significaba cerrar definitivamente la etapa más difícil de su vida.

—Él está contigo —afirmé casi sin voz.

—Lo sé, y también sé que se sentiría orgulloso de mí. Por todo lo que he conseguido con el grupo, por tenerte conmigo y por habernos casado en la casa en la que él nació.

Rozó con los dedos la lápida de su padre y trató de disimular que tenía los ojos anegados de lágrimas.

—¿Estás bien? —Le acaricié la cara y lo besé en la mejilla con cariño.

—Sí, no te preocupes. —Respiró hondo; hasta yo noté que el aire no alcanzaba a llenar sus pulmones.

—Adoro la manera en la que me mientes.

—En realidad, lo adoras todo de mí. Soy tu hombre. —Sonrió con la mirada todavía entristecida y se encogió de hombros.

Le di un manotazo en el trasero y lo besé de nuevo.

—Hay algo más que quiero que veas.

Caminamos de vuelta a la casa y la rodeamos.

—No he conseguido que se metieran en el puñetero estanque. ¿Quién habría pensado que los gallos odian nadar?

Sonreí al recordar mis palabras en el pub de Joe.

Había puesto una piscina hinchable llena de agua en medio del jardín y había soltado varios gallos, que se negaban rotundamente a nadar.

—No importa, nada lo va a estropear. Soy feliz.

—Todo el mundo es feliz el día de su boda. El único problema es que el matrimonio viene después. —Alzó una ceja con suficiencia.

—Es el mejor día de toda mi vida.

—¿Mejor que cuando te salen dos chocolatinas de una máquina expendedora en pleno síndrome premenstrual?

—¿Recuerdas cada palabra de la noche que nos conocimos?

—Cada palabra, cada gesto y cada detalle. Todo.

—Oh, Dios mío. Estás loco por mí. —Le saqué la lengua.

—Sí, querida, lo estoy, y aunque sé que me costó un tiempo, tú también has caído rendida, y es todo lo que necesito en esta vida. Tal vez deberíamos casarnos, ya que están todos aquí. Podemos aprovecharlo...

—¿Otra vez?

—Sí. Tal vez a la segunda no llueva.

AGRADECIMIENTOS

Con esta segunda novela he conseguido disfrutar de las dos cosas que más me gustan: viajar y escuchar música. Me he sumergido en Alemania e Irlanda del Norte, dos países mágicos y majestuosos que me tienen enamorada. He aprendido mucho, sobre todo a no juzgar sin conocer.

Aprovecho para saludar a la señora norirlandesa que hacía malabares para mear en los estrechos urinarios del Kelly's Cellars de Belfast, sin derramar ni una gota de Guinness. Me alegraste la noche con tus palabras, yo te dije que eras mi heroína y te prometí que saldrías en mi segunda novela: aquí estás (capítulo 32). *Check.*

Debo admitir que esta historia nació en mi último viaje a Alemania, sentada en la barra del Rocco's; de pronto me pregunté qué estaría haciendo Gary en NYC, y la historia fue tomando forma en mi móvil. Y es que el pub ilegal existe; de hecho, tener un bar en el sótano de casa es costumbre en Alemania desde los años 70. He de decir que su orgulloso propietario se está preparando para organizar un hipotético *tour* para los turistas que busquen localizaciones de la novela. Sí, una gran parte de Heiko está basada en él. El resto es la explosiva mezcla de varios alemanes que he tenido el placer de conocer. Sois la hostia. Os prometo que todavía no he perdido la esperanza de conocer a un alemán serio de verdad. Algún día...

Nunca me ha gustado desvelar las mezclas que hago a la hora de imaginar físicamente un personaje, pero esta vez es obligatorio hacerlo, porque ha sido todo un flechazo. Daniel, nuestro immaculado germano, está inspirado en el físico de Manuel Neuer al cien por cien; no había mucho que mejorar..., y os voy a dar un consejo al respecto: nunca elijáis de modelo al portero de un equipo tan bueno como el Bayern de Múnich, porque no hay manera de verlo en los noventa minutos que dura un partido. Pese a todo, gracias, Neuer por ese cuerpazo.

Mientras escribo estas palabras siento una pena inmensa en mi interior; despedirme de Gary y Rebeka, después de casi dos años, es duro. Echaré de menos liberar mi mente y meterme en la piel de Gary, que es, sin duda, el personaje más cómodo que he creado y que me ha dado tantas alegrías. Y sí, yo también he sentido las ganas de pegarle un buen bofetón a Rebeka. Creo que en mi interior hay demasiada Ana.

Es una despedida, pero no un adiós definitivo. Tal vez algún día eche un vistazo a sus vidas y os cuente cómo les va.

Quiero dedicar esta novela a Lucía. Te lo repito a menudo, pero no lo suficiente: sin ti no habría escrito ni la lista de la compra. Tal como me dijiste (me llegó al alma), para ti mis novelas son como sobrinos, pero creo que, en realidad, eres como una madre adoptiva. Trabajar contigo en el proceso de corrección ha sido una experiencia maravillosa. Gracias por atender mis extrañas preguntas a cualquier hora. Y mis inseguridades, que, al teclado, son muchas. Tú sí que eres un ancla, un diccionario andante y el premio gordo. Y esto va dedicado a tu lado «ortonazi»: «Espero que te *haiga gustao*».

A mis lectoras beta: Jaione, Edurne y Arantza. ¡Sois el puñetero *dream team*! Nunca os podré agradecer todo lo que os habéis implicado. A nuestro lector alfa, Iker, por meterse en este lío e implicarse a muerte. Al final la teoría de Garazi sobre que Gary se lía con Ana se ha ido al traste, ¡a ver si aprendes a mentir mejor! Ya verás lo bien que nos lo vamos a pasar con la siguiente novela.

A Iñigo, mi copiloto que practica el solipsismo, porque «tiene que hay». Y a un tal Marcos. A día de hoy el *demolition risk* sigue al 65%, gracias por cuidarnos.

A las grandes amistades siempre dispuestas a echar un cable: Borja y Nago; Gorane (por convertir la pelu en un punto de lectura); las Bravas o Groupies, que se cambian de nombre y me vuelven loca; Eva, seguimos teniendo un café pendiente; Arantza y Eguzkiñe, por toda la ilusión que me habéis

A mi *koadrila*: estáis supertocadas, la emoción que les habéis puesto a mis novelas excede todos los límites de la lógica. A lo mejor después de la presentación me arrepiento de haber escrito este párrafo. Nada de pancartas, ni alcohol..., ¿eh? ¿Eh?

A mis dos profesoras de lengua castellana: Mari Jose y Agurtxo. A ver quién de las dos me arrea antes con la novela en la cabeza (esto no era una apuesta).

A Jens, mi mejor amigo/primo/confidente, a su mujer, Marion, y a Matti (¡en la próxima novela te prometo que saldrás!). Jens, mientras yo me preguntaba dónde estaría Gary, tú no hacías otra cosa que sacarme cervezas en el Rocco's. Gracias por enseñarme a amar Alemania y contarme cómo vivió nuestra familia la posguerra y la caída del Muro. Nunca olvidaré la visita que hicimos al Muro cerca del Harz.

A los pescadores alemanes que invaden Dinamarca cada año. No entiendo una mierda de lo que decís, pero me muero de la risa. Sin vosotros, la vida de Rebeka en Germania habría sido un tostón. Gracias por la fiesta de despedida en el Rocco's, *striptease* incluido.

A mi editorial, Pàmies, y al equipazo que hay detrás: Conchi, Carlos, Bea, Rosana... ¡Ha sido un placer!

A todas las personas que me han recibido con los brazos abiertos en las redes sociales, y a mis compañeras de escritura que se han pasado a darme la bienvenida. *Danke schön!*

Finalmente, mi familia: padres, tíos, cuñados, sobrinos y primos. (Esto parece una esquila). Si empiezo a nombraros de uno en uno, fijo que me dejo a alguien, así que daos todos por mencionados y abrazados.

A mi equipo favorito: Judy & Mickey. Por apoyarme en esta locura que ha sido escribir dos libros, corregirlos, revisarlos... Ya solo me quedan otros dos y ¡me habré ganado el apellido! No os quejéis como con el primer libro: ahora compartís párrafo, ni más grande, ni más pequeño. IGUAL.

Y a ti, querido lector, que has esperado de febrero hasta abril para ver cómo terminaba esta historia, espero que lo hayas disfrutado, y una vez más, *eskerrik asko* de todo corazón.

Esta vez he escuchado a grupos como: Hinder, Shinedown, Halestorm, The Cranberries, Die toten Hosen (*of course!*) y Within Temptation.

SOBRE LA AUTORA: MAY BOEKEN

MAY BOEKEN es el seudónimo tras el que decidí escribir. Nací en Pamplona durante el frío enero del 83, aunque resido en Gipuzkoa y tengo una peligrosa ascendencia alemana, que a veces se descontrola un poco.

De niña soñaba con ser periodista, pero actualmente me dedico al marketing en una empresa de comunicación, y tras varios relatos inacabados con los que he torturado a mis amigas, he dado rienda suelta a mi pasión escritora con la biología *Everlasting Wound*.

Soy amante de los coches, la lectura y la música: me encanta el *hard rock*, sobre todo las baladas épicas que te dejan sin respiración (aunque en la intimidad es posible que me pilles escuchando a Lady Gaga o algún éxito de los 60). Mis amistades dicen que siempre visto de negro, pero eso no es del todo cierto: la tonalidad de mi ropa varía en función de mi estado de ánimo, desde el negro oscuro al negro chillón.

Todas las benditas decisiones es mi segunda novela, tras *Todas las malditas decisiones* (2018, Phoebe).



www.mayboeken.com

Twitter: [@mayboeken](https://twitter.com/mayboeken)

Facebook: [@mayboeken](https://www.facebook.com/mayboeken)

Instagram: [mayboeken](https://www.instagram.com/mayboeken)



MÚSICA DE *TODAS LAS MALDITAS DECISIONES*

Disponibles en Spotify todas las canciones que aparecen en *Todas las benditas decisiones (Everlasting Wound II)*.

¡Sigue la historia de Gary y Rebeka!

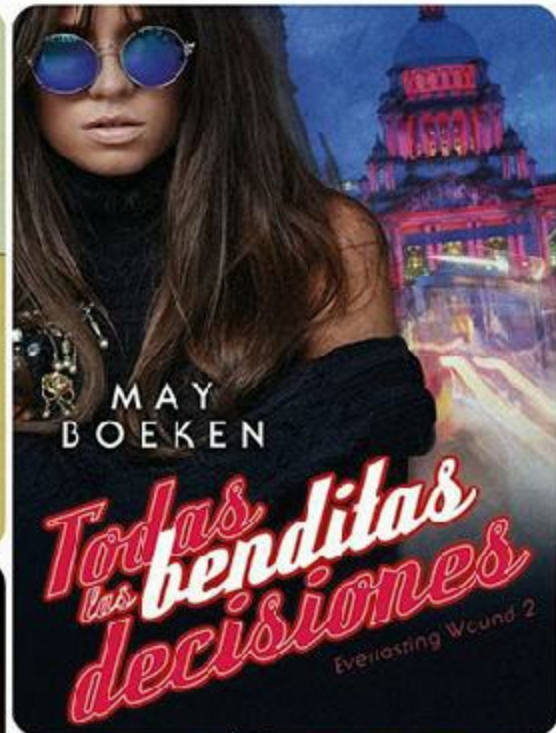
Playlist: [ELW2 - Todas las benditas decisiones](#)

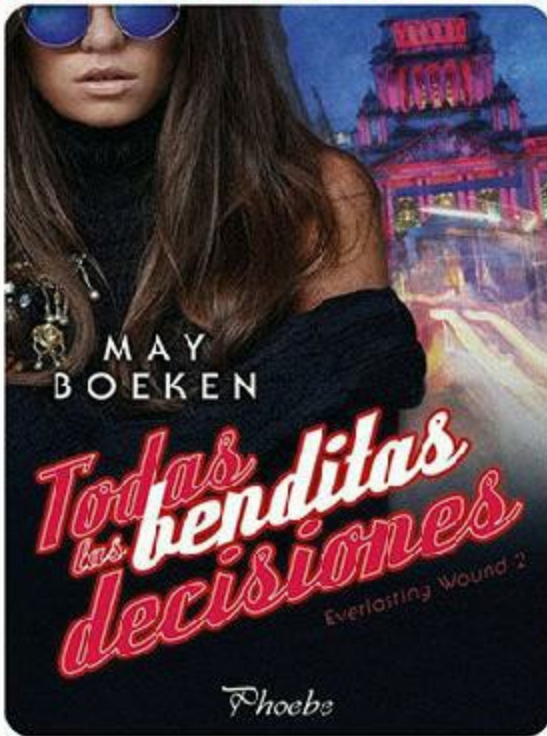




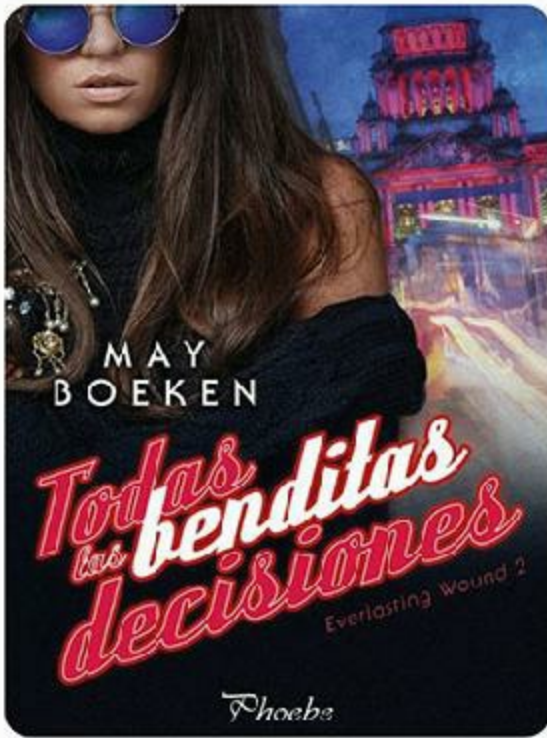
FANPICS

(fuente: twitter [@PhoebeRomantica](https://twitter.com/PhoebeRomantica))

















*Todas
las henditas
decisiones*

¡Es el maldito portero de la selección alemana!
Es el típico tío que consigues cazarlo y luego
no sabes ni qué hacer con él de tan bueno que
está. Pero, joder, vista su altura y el tamaño de
las manos, es imposible no pensar en el calibre
de su...

Ana · Everlasting Wound II

A LA VENTA
23 DE ABRIL





*Todas
las
heridas
decisiones*

Cuando nos conocimos me preguntaste de qué huyo, y la respuesta es: de mujeres como tú, heridas por haber amado más de lo que han recibido a cambio.

Daniel • Everlasting Wound II

A LA VENTA
23 DE ABRIL





*Todas
las benditas
decisiones*

—¿Qué haces aquí? —repetí, intentando recuperar el control sobre mi mirada, que se centró en su inofensiva oreja izquierda.

—Me han echado del último bar. ¿Tú qué crees? Alcé una ceja ante su comentario y él me dedicó una media sonrisa alucinante.

Everlasting Wound II

A LA VENTA
23 DE ABRIL





Todas las benditas decisiones

Encontrar a alguien mejor que yo no es difícil, pero tú has batido el puto récord de rapidez. ¿Paró la música y te sentaste en la primera silla que tenías a mano? ¿O pusiste un anuncio en Tinder buscando a alguien con todas las cualidades inversas a las mías? Porque no me lo explico: es todo lo que yo no soy, ¡es como el jodido Ken! Pero más guapo, más alto, ¡más todo! Maldita sea, Rebeka, ¿hace pilates o alguna mierda similar? Solo nos parecemos en el blanco del ojo y en la forma de mear. ¡Tal vez ni en eso! ¡Es tan jodidamente perfecto que seguro que hasta mea sentado!

Gary • Everlasting Wound II

A LA VENTA
23 DE ABRIL





*Todas
las
decisiones*

¿Lo quiero? Sí, joder.
¿Me voy a arrastrar? Ni de broma.
¿Se acabó? Por supuesto.
¿Me duele el alma? Más que nunca.
Rebeka - Everlasting Wound II

A LA VENTA
23 DE ABRIL

